

GUARDIÁN

NESA COSTAS



Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES **KIWI**

Primera edición, febrero 2019

© 2019 Nesa Costas
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serruya

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[CLARA](#)

[EL COMIENZO](#)

[SOBREVIVE](#)

[ITINERARIO](#)

[TRES AÑOS DESPUÉS](#)

[UN NUEVO COMIENZO](#)

[LA FORTALEZA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Para Pablo, por compartir itinerario conmigo
y apoyarme en cada cambio.

CLARA

Soy el lastre del que todos buscan librarse. Desde que empezó la huida, cruzan los dedos para que algo me alcance y rompa la cadena que nos ata. Da igual que juntos hayamos crecido, poco importa compartir los malos recuerdos. He corrido con ellos, me he escondido a su lado por escapar del horror. Pero ahora, solo sirven los más fuertes, y yo nunca lograré serlo.

—¡Clara!

Al escuchar mi nombre desperté, inmersa en una pronunciada negrura. No podía ver nada, pero las voces sonaban cerca. Algo le pasaba a mi pierna derecha, parecía atrapada y empezaba a dolerme. La voz de mi hermano captó mi atención. Olvidé la oscuridad y el dolor; quise llamarlo, pero mi garganta solo dejó salir un lamento débil.

—¡¡Clara!!

Al tratar de moverme, caí en que no solo mi pierna derecha estaba inmóvil. Algo me abrazaba con tanta fuerza que lo único útil de mi cuerpo eran mis labios. Una pena que ningún sonido surgiera de entre ellos. Lo intenté de nuevo y una voz desconocida se metió en mi cabeza. Sonaba muy cerca. Rasgada, masculina.

—Cierra la boca. Ni un ruido.

De muy lejos, me llegaron nuevas voces:

—¡Tenemos que salir de aquí!

Eso lo había dicho Arturo. El amigo de mi hermano me caía bien, a pesar de su rechazo. Había perdido la cuenta de las veces que me había llamado inútil desde que dejamos la ciudad. No le faltaba razón, pero mi hermano siempre me defendía. Como ahora.

—No pienso irme sin mi hermana —dijo Guillermo, antes de alzar la voz—. ¿Alguien ha visto a Clara?

Varios noes y un titubeo alcanzaron mi sepultura. Nadie podía verme, porque estaba bajo ellos, oculta por los tablones de lo que, instantes antes, había sido un granero.

—Guille... lo siento —murmuró una voz femenina, con una nota apenada—. Ella... se le echaron encima... No pude... Lo siento.

En mi cabeza, se reproducía la escena: las palabras de Fátima habían dejado a mi hermano sin aire. Pude ver su bonito rostro congestionado por el dolor que provoca la pérdida. Traté por todos los medios de comunicarme, y lo único que obtuve fue la respuesta de esa voz en mi cabeza.

—Tía, das puta pena. Yo también te dejaría tirada.

La vergüenza se mezcló con la impotencia. Si no fuese la voz de un hombre, bien podría jurar que era Fátima quien me hablaba.

—No —susurró mi hermano, antes de volver a los gritos—. ¡¿Cómo que se le echaron encima?! ¡¿Dónde está?! ¡¿Qué le pasó?!

Exigencias y más exigencias. Mi hermano era muy mandón cuando se lo proponía. Era de esperar que no le sentase bien enfrentar el desastre tras dos días de ausencia. Ellos, los que partían de la casa rural, eran quienes corrían riesgos, no nosotros.

—¡Ya no está! —protestó Fátima, en mitad de sus sollozos—. ¡Es una de ellos! No se ha

quedado a esperarte, deberías darle las gracias. ¡Maldita sea!

Mi hermano retomó las negaciones. No quería creerla y hacía bien. Yo no era uno de ellos. Ellos no se habían echado encima de mí. Lo único que estaba sobre mí eran los tablones que jamás movería sin ayuda. Ahí fui consciente de lo cerca que estaba la muerte, pero ni con esas logré más que un débil lloriqueo.

Ni Fátima ni Arturo moverían un dedo por mí, y harían todo lo posible por arrastrar a Guillermo lejos de mi lado. Él les servía, yo no. Desconocía si estaban al tanto de dónde me encontraba, pero daba lo mismo. Lo supieran o no, jamás lo compartirían con Guillermo. Llevaba siendo una carga demasiado tiempo. Tendrían más oportunidades sin mí.

El lugar en el que habíamos pasado los últimos años era un verdadero oasis en mitad del infierno. Seguíamos en Galicia, pero me resultaba imposible señalar provincia. Los nombres de las localidades habían perdido relevancia cuando todas resultaban igual de inhabitables. Lo importante: una casa, terrenos de cultivo, un perímetro bien asegurado, varios pueblos próximos desiertos, donde conseguir lo que nos faltaba. Yo lo estropecé todo. Dejé pasar a los cinco hombres, unos oportunistas, porque en mi ingenuidad creí que no buscaban más que un lugar de reposo; que solo necesitaban descansar, que estaban solos, que se irían al alba. Al contrario, al amanecer, lo que intentaron fue matar a los más fuertes: Arturo, Fátima. A mi hermano no, porque no estaba. Ahora, suponía que los cinco estaban muertos, pero los disparos y los sonidos de lucha habían sido un imán para los infectados. En mitad de la refriega, cuando vi a la veintena de amenazantes figuras acercarse, lejos de plantar batalla lo que hice fue correr a esconderme en el granero. Hasta que una enorme furgoneta echó abajo los pilares.

—¡Vamos, Guille! ¡No hagas esto, ella no querría verte así! —gritó Arturo, desesperado—. ¡No te rindas!

Las palabras se agolparon en mi garganta, también el miedo a verme sola. Traté de gritar, de moverme, pero impotencia y dolor fue lo único que obtuve. No quería que Guille se rindiera ni ser un lastre ni que estuviera más pendiente de mí que de él mismo, pero tampoco quería que me abandonara. Ingenua, inútil y egoísta. Así era, y, de no ser por la debilidad en mi voz, lo habría llamado a gritos.

—¡Corred! ¡Son demasiados! —chilló Fátima.

La humedad de mi rostro me dio a entender que estaba llorando. Iban a irse. Harían lo necesario para sacar de allí a Guille, por ponerlo a cubierto, porque siguiera con ellos. Escuché un forcejeo, mi hermano negaba. No se iría de allí hasta encontrar mi cuerpo. Me sentí todavía más miserable porque quería que se quedase conmigo, a pesar del riesgo que corriera. Escuché un último grito de protesta, una disculpa por parte de Arturo y, lo que me pareció, un golpe seco.

—¡Cógelo por los pies! —ordenó Arturo.

Mis esperanzas quisieron extinguirse al comprender qué pasaba. Guille estaba inconsciente, sus amigos lo alejarían de mí. Yo estaría muerta en cuestión de tiempo. Por los sonidos, supuse que se marchaban. Intenté revolverme, pero los escombros me sujetaban con fuerza. Traté de gritar, una nota ascendió imparable, pero algo me tapó la boca. Tardé un par de segundos en comprender que lo que me retenía no eran los restos del granero, sino alguien. Un cuerpo grande me envolvía por la espalda en un abrazo imposible. La voz sonó cerca, porque el hombre susurraba justo en mi oído.

—Como levanten esos tablones, nos volarán la cabeza a ambos.

Me mantuve muy quieta por miedo y también por desconcierto. Debía tratarse del conductor que provocó el derrumbe del granero. No era de los míos, no era de los buenos. Solo podía ser uno de los cinco que intentaron arrebatarlos la casa rural. Escuché sonidos de arrastre, golpes, sobre nosotros. Los infectados se movían. Algunos despacio, otros demasiado rápido. Me aterraban los corredores, eran letales, aunque en mi caso hasta los lentos suponían una amenaza. Apreté los párpados con fuerza, inmersa en una despedida silenciosa, porque sin mi hermano ya no había esperanza.

EL COMIENZO

No hubo un solo rumor; ni la menor sospecha. La palabra pandemia no llegó a ser pronunciada, ni se dieron debates sobre el origen. Quienes trabajaron en el levantamiento de los puntos seguros o no sabían qué eran o algo les impidió contarlo. La desinformación pudo ser para que no cundiera el pánico o porque nuestra atención estaba puesta en algo diferente. En los medios, en las calles y en las casas solo se hablaba del próximo lanzamiento de un tratamiento rejuvenecedor. Nada de cirugía; una inyección de nanorrobots orgánicos capaces de reproducirse para reinvertir el desgaste celular; una crema dérmica para los tejidos exteriores, y podrías tener veinte años a los setenta. Lo eclipsó todo, porque era efectivo y porque los vídeos y noticias sobre violencia han estado ahí siempre. Atentados, peleas, destrucción, desapariciones y asesinatos. Nada de eso era nuevo, y siempre sucede lo bastante lejos como para que realmente afectara. Sabemos que es horrible, pero poco podemos hacer desde nuestros sofás, salvo señalar que es horrible, culpar a tal o cual gobierno responsable de solucionarlo, mientras continuamos con nuestras vidas. Ganarle la batalla al declive del cuerpo humano suponía algo tan insólito y próximo, que nadie quería perderselo.

Hay personajes públicos que forman parte de nuestra vida. Nos acompañan a lo largo de los años de un modo u otro, por lo que es imposible no tenerlos en cuenta. Lupe Arias, periodista, hacía suyo el lema de renovarse o morir. De adolescente, su rostro logró un primer plano y se convirtió en la líder de los programas infantiles. Cuando estos entraron en declive, Lupe saltó al mundo adulto como presentadora de sucesos, que era lo que vendía en su momento. Con buen criterio, abandonó el barco de las miserias antes de que se hundiera, para subirse al carro del corazón. Su éxito, su poder, levantaban amores y envidias a partes iguales. A los sesenta y ocho años se había convertido en una reina imposible de destronar... hasta que llegó la alta definición. Sus enemigos vieron en el HD el medio para acabar con ella. Porque sus arrugas resaltaban con total nitidez, y el maquillaje, que las había difuminado hasta la fecha, se veía recargado y vulgar. Cabría esperar que su trayectoria profesional sirviera para silenciar las críticas a su aspecto, pero no fue así. El apoyo que recibió no pudo más que el rechazo. Mil veces parodiada, calumniada, menospreciada, Lupe Arias, sin remedio, se retiró.

Todos la recordaban, nadie la echó especialmente en falta, hasta que, cual ave fénix, regresó. Sin embargo, no era la mujer madura de los programas de corazón, sino la joven espectacular que se encargaba de entretener a los niños. Sin trampa ni cartón. Su rostro, su cuerpo, su interior correspondían a su aparente edad. Y ella era la imagen de un tratamiento que hizo enloquecer al mundo, antes incluso de empezar a ser comercializado. Mientras la lista de espera crecía, y los centros en los que se llevaría a cabo terminaban de erigirse, todos los laboratorios se centraron en buscar algo similar con lo que competir. El mercado negro se sumó al auge despachando sucedáneos a los que querían lo mismo que Lupe, y lo querían antes que todos los demás, sin saber que esa carrera por encontrar la eterna juventud nos llevaría al principio del fin.

En algún lugar del mundo, algo salió rematadamente mal. Quizá un sucedáneo de la crema o un fallo en el protocolo de los nanorrobots. Tal vez una reacción adversa en un consumidor o un error garrafal en pleno laboratorio. Muy pocos ensayos clínicos o un inoportuno y terrible

Cisne Negro. Quienes fueron responsables dudo que sobrevivieran para explicarlo. El resto del mundo... ¿Cómo íbamos a saber que el horror se había desatado? ¿Que una infección imposible se encontraba en la calle, extendiéndose a sus anchas entre nosotros? ¿Cómo asumir que uno de esos falsos tratamientos podía conservar con vida un cuerpo, aun cuando la persona hubiera muerto? Renacido o reanimado, el ser humano infectado avanzaba movido por un impulso primario. Despojado de toda conciencia, si acaso sentía la necesidad de perpetuar la nueva forma de vida. De ahí su empeño por atacar, contagiar y sumar filas. ¿Quién iba a prever algo semejante?

Antes de empezar a fallar las comunicaciones, en las noticias, se veían grupos de gente con pancartas o dando voces. A veces, se filtraban imágenes de auténticas batallas, crudas y violentas, todos peleando contra todos; los antidisturbios cargando con fuerza, pero nadie le dio la importancia que merecían. Desde que apareció la primera valla publicitaria del tratamiento rejuvenecedor, las manifestaciones y protestas fueron una constatación. Se criticaba gastar recursos en buscar la eterna juventud, cuando la gente seguía muriéndose de hambre independientemente de la edad. Se salía a la calle por una igualdad que no había llegado, por la excesiva importancia que le dábamos al aspecto físico, por las malas condiciones laborales y la escasez de recursos. A su vez, podía verse que en otros países las masas también se manifestaban, por motivos similares o diferentes. Asociaciones religiosas, muchas con tintes de secta, ponían el grito en el cielo por ir contra la creación. Tampoco eso era algo nuevo. Camufladas por las movilizaciones pacíficas, estaban aquellas otras derivadas de la infección que volvían a las personas asesinos implacables, pero fueron tomadas por actos de exaltados, radicales o vándalos. Cuando las comunicaciones empezaron a fallar, se achacó a la censura. A nadie se le ocurrió pensar que los fallos eran derivados de la falta de mantenimiento, de la escasez de personal, caídos al estar en primera línea. Quizá en las altas esferas se sabía qué pasaba en realidad, pero a la gente de a pie se la mantuvo en la ignorancia. El caso fue que, para el día en el que las clínicas debían abrir sus puertas, la mitad de los clientes en espera estaban muertos.

Supongo que para todos fue igual de sorprendente. En mi caso, un día corriente, a las cinco y diez, el primero de muchos autobuses se detuvo en mi calle. La prospera ciudad en la que se había convertido Meira iba a ser desalojada, como todas las demás. Vivíamos en un tercero; mis padres, Guille y yo. Fátima y Arturo, nuestros vecinos, estaban en el piso. Los mellizos eran ya de la familia, porque su madre trabajaba todo el día y la mía se encargaba de vigilarlos. Ellos, como Guille, podían tacharse de adultos, pero eso no impedía que se adueñaran del salón igual que de niños. Yo, como de costumbre, estaba en la cocina terminando los deberes. Desde allí, los escuchaba jugar a la Xbox. Me gustaban sus risas, su complicidad, salvo cuando se volvían en mi contra. Desde siempre, he sido la pequeña, rellenita, torpe y despistada del cuarteto. Los mellizos se han pasado la vida machacándome, Guillermo defendiéndome. Nos llevábamos dos años, mi madre siempre decía que cuanto más creciéramos menos se notaría la diferencia de edad, pero yo no veía ninguna mejora, sino todo lo contrario. Entre los de dieciséis y los de dieciocho, parece que hay siglos.

Estudiar se me daba igual de mal que todo lo demás. Fátima solía decir que era raro, porque sin amigos ni aficiones debería ser única hincando los codos. Pero lo único que yo tenía era fantasía. Delirios de grandeza. Algún día sería tan espectacular como Fátima, tan ágil como Arturo. Ambos parecían sacados de un anuncio sin necesidad de ir arreglados en exceso. En la

cocina, mis ojos se perdían en un punto indefinido y soñaba con pequeños lucimientos en el instituto, en el barrio, donde fuera. Con un millón de testigos a los que dejar perplejos.

Entonces, llamaron a la puerta. Los fallos en las comunicaciones habían empezado hacía poco, por lo que sabíamos que había algún problema, pero todavía no éramos plenamente conscientes de su alcance, ni nadie estaba demasiado preocupado.

La policía nos metió prisa sin deshacerse en explicaciones. Si queríamos sobrevivir, debíamos irnos con lo mínimo. Mis padres dudaron, pero no había demasiadas alternativas y sí cuatro jóvenes a los que proteger. Los detalles nos los darían en el punto de destino: Lugo. En la ciudad, se habían alzado barricadas y aprovechado la zona amurallada para protegernos... de algo. Las especulaciones se sucedieron nada más alcanzar los asientos del autobús, porque nadie parecía tener nada claro. Se hablaba de un ataque terrorista masivo, de una guerra mundial inminente, hasta de invasiones extraterrestres.

Nunca llegamos. En la carretera nacional, el autobús chocó contra varios turismos y el embotellamiento nos atrapó sin remedio. Entonces, la Guardia Civil dio indicaciones: debíamos seguir camino a pie, hasta alcanzar alguno de los puntos seguros que la Xunta de Galicia había construido para casos como este. Eso hicimos, aturdidos y asustados. Todo el mundo quería irse, y nadie sabía bien ni adónde ni el motivo.

Me rezagué por culpa de atender adonde no debía. Un matrimonio con un niño hablaba de una antigua fortaleza en Orense. Allí, los altos muros darían cobijo e impedirían lo que fuera. Un hombre se les sumaba, insistía en no seguir las indicaciones del Gobierno. Cuando el corrillo lo componían diez personas, otro hombre habló de los poblados; pequeñas agrupaciones que se mantenían en la era antigua, inmersos en paganismo y alquimia. No se sabía más, porque a nadie le interesaba, pero el hombre insistía en que los salvajes seguro que estaban al tanto y preparados para lo que se nos venía encima. Aseguraba que por eso se habían mantenido lejos de las ciudades, donde, habiendo tanta gente dispersa entre los altos edificios y callejuelas, sería imposible alzar una protección efectiva. Por las caras de los interlocutores, lo de la fortaleza sonaba bien, lo de los salvajes no tanto.

Todos imaginábamos a los habitantes de los poblados con taparrabos y bailando alrededor de una hoguera, dándole gracias al cielo porque llovía. Yo no conocía a nadie que hubiera estado cerca de ninguno, ni que supiera cuándo o por qué se habían formado. Tampoco a sus habitantes, porque los salvajes escapaban, justo, del progreso, y la ley los amparaba.

Para mí los poblados eran la versión indígena de las aldeas ecológicas. Las aldeas eran diferentes y accesibles. Simples lugares en los que se pedaleaba para conseguir energía y se comía solo lo cultivado en tierra limpia. A los habitantes de las aldeas los había visto vestidos con jerséis, que parecían sacos de aspillera, siempre dispuestos a aumentar filas. Las afueras de las ciudades, los bosques y campos... muchos pueblos se habían convertido en parajes extraños, señal de rechazo del mundo moderno. Como si el mundo moderno fuera el culpable de las crisis económicas, la superpoblación y el desempleo. Para mí, la culpa era del hombre de forma atemporal. El mundo solo permanecía a la espera de que nos extinguiéramos pronto y la siguiente especie dominante fuese un poco más lista.

La mano de Guillermo había atrapado la mía y de un tirón me sumó al resto.

—Clara, no te despistes.

Al percibir el miedo en su tono me juré que no lo haría. Lástima que no fuese algo

controlable. Tampoco pude darle muchas vueltas, porque, en un segundo, descubrimos cuál era la amenaza.

Tres figuras tambaleantes se acercaban desde la zona boscosa, al otro lado del quitamiedos. El terreno irregular con sus matojos daba sentido al modo torpe de caminar. Cuando estuvieron más cerca, los del accidente empezaron a murmurar, y el sonido me recordó a un avispero al agitarse. Los aparecidos eran dos mujeres y un hombre. Sus ropas se veían sobadas, como si llevaran días andando con ellas. Sus brazos no empezaron a moverse hacia adelante hasta que nos tuvieron a unos metros. Yo no estaba tan cerca como para apreciar sus rasgos, pero sí alcancé a ver que una de las mujeres, la que llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho, tenía una horrible herida en el cuello.

Nadie se movió hasta pasados unos segundos. Un primer voluntario dio un paso adelante para auxiliar a los, evidentemente, heridos. Varios lo siguieron con el mismo ímpetu, pasada la impresión. La herida del cuello de la mujer era profunda, el granate teñía su piel y su jersey, imposible que siguiera caminando tan tranquila. Su rostro no reflejaba dolor. Las expresiones de los tres eran serenas, demasiado tranquilas. El hombre, vestido con un vaquero oscuro y una sudadera teñida de granate, arrastraba más la pierna izquierda, por lo que supusimos que ahí estaba el problema. La tercera mujer, en cambio, no reflejaba la menor lesión. Sucia, ida, tambaleante, pero ilesa. Cuando el primer voluntario apretó el paso para echarles una mano, los tres se echaron sobre él. Torpes, sí, pero con el factor sorpresa de su parte. Imparables, el resto de voluntarios intervinieron, muy pocos dieron marcha atrás. Ahí empezaron los gritos.

Corredores y lentos. El virus no afecta a todas las personas del mismo modo. Unos avanzan con torpeza, otros tienen los reflejos tan agudizados que parecen superhéroes siniestros. Todos están muertos, y van a la caza de los vivos. Como muestra, solo tres infectados llegaron a la carretera, pero cuando se extinguieron los gritos sumaban más de treinta.

Nosotros corrimos sin importarnos lo que pudiera pasarle al resto. Quizá si en ese momento hubiéramos aunado fuerzas, si nos hubiéramos librado de esos caídos en equipo, habríamos puesto fin a la amenaza. En cambio, escapamos para dejar el peligro atrás, sin saber que ese era el modo en el que se alimenta la tragedia.

En un avance a ciegas, por el extrarradio de Lugo, vimos más. Tuvimos suerte de esquivarlos. Para entonces, mi cerebro ya había desconectado, incapaz de asimilar lo que recogían mis ojos y mis oídos. De todas partes nos llegaban los sonidos de disparos y explosiones. El ejército realizaba un fantástico trabajo de contención, hasta el último tanque intervenía. Sin embargo, saber que de ese modo se atajaba el problema no impedía que el sonido me destrozase los nervios. Un padre que llevaba a su hijo de la mano no dejaba de decirle que eran fuegos artificiales, en un intento inútil por calmarlo. No le funcionó, no sonaban como fuegos artificiales, y no ayudaba que el aire se cargase cada vez más de un espeso humo gris, cuyo olor variaba entre el de la goma, y en ocasiones, la carne quemada.

Hay personas capaces de hacer frente a las adversidades, otras no. En situaciones extremas, hay quien reacciona al segundo y quien no reacciona. Yo formaba parte de los últimos. Cuando veía a los infectados, lejos de correr o esconderme al momento, me quedaba paralizada. Los lentos atrapaban mi atención por lo inverosímil. Un cuerpo con semejantes heridas no podía mantenerse en pie. Una persona muerta no podía atacar. Yo no podía convertirme en una de esas cosas. Una parte de mí gritaba de rabia frente a mi estupidez. Debía moverme, era peligroso

aquel estado de catatonía, pero no podía controlarlo. Guillermo, mis padres, hasta los mellizos, se hartaron de tirar de mí. Yo, simplemente, me dejaba llevar, hasta que alcanzamos uno de los esperados puntos seguros. Cuando las puertas se cerraron a nuestro paso, pensamos que todo había terminado. Para nada. Un horror distinto nos aguardaba entre las altas alambradas, porque el ser humano es sociable, pero las personas hacinadas no resisten.



La mayoría de los habitantes del punto seguro estaba conmocionada, y eso permitió que la cosa no se torciera desde el minuto cero. Militares y diversos cuerpos de seguridad ponían los términos y distribuían a la gente. Hubo quejas, pero pocas, y fueron absorbidas por las paredes de hormigón del enorme edificio de una sola planta en el que nos metieron. Las órdenes secas y restrictivas, las malas condiciones del redil en el que vivíamos no gustaron, pero estábamos convencidos de que sería por poco tiempo. Un sacrificio hasta que las autoridades frenasen al desastre. Después de ser arrancados de nuestros hogares, y tras haber presenciado lo imposible, éramos capaces de aceptar cualquier privación, siempre y cuando fuese por un periodo breve y definido. Si la cosa se alarga, hasta el ser más racional protesta, sobre todo si las malas condiciones afectan a las personas que quieres.

Conoces tus derechos, son unos cuantos, casi todos relacionados de algún modo con la dignidad de la persona. No es muy digno compartir suelo, porque no había suficientes camas, con un centenar de desconocidos que huelen mal. Ni que decir tiene que un aseo supone un inodoro y papel higiénico, como mínimo. Puede verse en cualquier baño público, el papel no crece en las paredes, y tiende a gastarse con facilidad. Ducharse pasó a ser considerado un lujo, porque tampoco el agua es eterna, aunque lo parezca. El hedor reinante hubiera resultado insoportable, si la pituitaria no fuese tan efectiva en acostumbrarse a los olores.

El primer problema surgió de dentro hacia fuera, por un vaso de agua. El racionamiento tiene mucho sentido, pero cuando se tiene sed, se quiere agua. Es muy sencillo, abres un grifo o una botella y bebes. Llevas haciéndolo así toda tu vida. ¿Ahora ya no? A uno de los habitantes del punto seguro le pudo la impaciencia, y trató de arrebatarle el vaso al vecino. El vecino no quiso dárselo y forcejearon. El efecto masa hizo el resto. Minutos después del incidente, todos se pegaban con todos, convencidos de que iban a robarles sus raciones. Los militares intervinieron, hasta lanzaron disparos al aire, poniendo fin a la guerra.

Pero las consecuencias asomaron las orejas. Las peleas derivaron en heridas, las heridas en infecciones, y de ahí a enfermedades. Apenas había personal sanitario, porque el grueso se había quedado en los hospitales. Si había que racionar el agua, no podíamos pretender contar con el aparataje médico último modelo. Estábamos protegidos de la terrible infección, sí, pero el ser humano lleva peleando contra otras infecciones durante siglos, controlándolas gracias a las buenas condiciones que, en aquel redil, brillaban por su ausencia. Morir de hambre, de sed o de enfermedad no era el concepto que, los allí reunidos, teníamos de un punto seguro. Los soldados dejaron de atender a las protestas, los mandos empezaron a adoptar medidas mucho más marciales. Desde mi aturdimiento, alcanzaba a ver que quienes daban las órdenes, y sus secuaces, nos trataban como a ganado. Mejor dicho, parecían considerarnos ganado. Quizá movido por el

mismo pensamiento, mi padre supo que debíamos salir. Lo intentó, y recibió una bala en la cabeza. El soldado que le disparó ni se molestó en mirarnos. Alguien preguntó si estábamos allí por nuestra seguridad o para no aumentar el número de infectados. Nadie respondió, por lo que la respuesta estaba clara.

Mientras unos aseguraban que nos enfrentábamos a un castigo divino, y que solo Dios decidiría nuestra suerte, otros se reunieron para plantar cara a los opresores, o así nos lo contó Arturo. Tan delgado y ágil, Arturo se movía entre los refugiados con pericia, y el oído puesto. Aprovecharíamos el momento de la revuelta para escabullirnos. Parecía un buen plan, salvo porque los opresores se fueron. Y nos dejaron encerrados. Quienes abrieron la puerta fueron los que iban a plantarles cara. De allí salió muchísima gente. Supongo que solo una tercera parte seguirá con vida.

Nos sumamos a un grupo numeroso, porque era de esperar que juntos llegásemos más lejos. A mí no me gustaba el punto seguro, pero la inmensidad del mundo, con sus amenazantes infectados, tampoco supuso una mejora en mi estado mental. Además, ni siquiera había asimilado que mi padre estaba muerto. Seguían sin poder contar conmigo.

Una estación de autobús nos brindó cobijo de noche. El ruido atrajo a los infectados. Entraron sin que nadie pudiera evitarlo. Con el revuelo, nos separamos. En la confusión me despisté y perdí de vista a mi madre, a mi hermano y a los mellizos. Mi máxima reacción fue esconderme bajo unas escaleras metálicas, mientras los cadáveres se apilaban, hasta que la infección volvía a levantarlos. La sangre teñía todo de tal forma que solo se distinguía el color rojo. El olor a muerte impregnaba el ambiente. Escuché mi nombre en boca de mi madre. Espabilé. Salí de mi escondite para reunirme con ella. La tenía a dos pasos, cuando un adolescente se le echó encima como si fuese un león sobre una gacela. Vi como hundía los dientes en su cuello, desgarraba su carne y me enseñaba sus arterias. De la impresión, me quedé inconsciente.

Por suerte, Guille estaba cerca. Él me sacó de la estación en brazos, a pesar de quedarse sin aire, y sin espalda. A partir de ahí, vagamos. Desconozco cuanto tiempo, porque mi aturdimiento alcanzó su punto más preocupante tras la caída de mi madre. Fátima llevaba un calendario que guardaba en el bolsillo de los vaqueros. Lo recuerdo entre sus temblorosas manos cada noche. Tachaba los días para no perderse. Ese detalle se grabó en mi memoria porque se me antojó absurdo. El tiempo había dejado de ser un problema. Contarlo no venía a cuento. Por lo demás, solo sé que nos mantuvimos lejos de aglomeraciones de gente, enfrentando la locura y el fanatismo religioso que arrastra a las personas en las miserias, y procurando no hacer ruido. Las buenas intenciones, el afán por ayudar al prójimo caían a la misma velocidad que los humanos. Eso sí podía comprenderlo: la familia es lo primero. La mía, no la tuya.

Con el paso de los años, nuestra ropa pasó a ser holgada y mugrienta por dos motivos: falta de aseo y comida, y búsqueda de un aspecto que no llamase la atención ni atrajese a quien no debiera. Un aspecto cuidado daba a entender que se tenía recursos, algo que toda persona viva buscaba con desesperación, pues cada vez había menos. Las carreteras se habían convertido en zonas de pillaje. Además, Fátima se las había visto con un par de soldados a los que les gustó demasiado lo que veían. Hasta cubierta de mugre su cuerpo proporcionado, su melena rubia y sus ojos almendrados color miel eran atractivos. Encontrar aquella casa rural pareció devolvernos la esperanza. Personas normales, ritmo normal. Paz y calma. Un par de meses de respiro... Hasta

que yo volví a despistarme.

SOBREVIVE

Tras un tiempo largo e incierto, sentí que el hombre aflojaba su agarre. Del exterior apenas llegaba otra cosa que silencio. Se habían ido los humanos, y los que lo fueron.

—Ayúdame —ordenó el hombre.

No tenía opciones, y sí ganas de dejar el encierro y recuperar mi vista. El hombre se movió y yo con él, un poco inquieta por su proximidad. Aquel desconocido era lo más cerca que había estado de otro que no fuera mi hermano. Probablemente, él también terminaría abandonándome.

En silencio, movimos tablones hasta que la luz del sol nos cegó unos instantes. Por suerte para los dos, no quedaba nada ni nadie. La casa rural ardía, el humo se enroscaba entre los árboles del bosque que la ocultó tantos años. No se veía nada más allá de unos metros. Mientras mi vista se acostumbraba a la claridad y al picor de ojos, busqué al hombre. La impresión volvió a dejarme muda. No era mucho mayor que yo, rondaría los veinticinco, sí más grande, pero lo que en verdad me impresionó fue su rostro. El impacto contra el granero le había salido muy caro. Se protegió así de una muerte segura, pero, a cambio, su rostro se veía ensangrentado, repleto de cortes. Me dedicó una sonrisa torcida que se me antojó grotesca entre tanto rojo reseco, mientras sus ojos marrones iban de mí al entorno. Lo reconocí, en parte. Era uno de los cinco a los que dejé paso.

—¿Y ahora qué? —me preguntó con regocijo.

No fue necesario rogar por mi vida, mis ojos lo hicieron por mí. El hombre agudizó su voz como si tratase de imitarme.

—No me mates, por favor —dijo, antes de echarse a reír—. En serio, ¿por qué te molestas? Tienes miedo, estás sola, ¿para qué quieres vivir?

Avergonzada, aparté la vista. Ni siquiera contaba con una respuesta adecuada, y aquel hombre estaba en todo su derecho de burlarse. Yo les había dejado paso, me había creído su mentira. Llevaba todo ese tiempo encargándome de las tareas del hogar, porque no servía para vérmelas con los infectados. Ni siquiera había logrado hacer un guiso decente sin ayuda. Mi incompetencia no era algo nuevo, llevaba conmigo toda la vida. No era tan inteligente como Guillermo ni tan ingeniosa como Fátima. Arturo era el chico más delgado que había conocido, pero su agilidad y puntería lo posicionaban entre los mejores. Desde el colegio, había estado a la sombra de los tres, con ellos sin formar realmente parte, porque nunca hubo un sitio para mí. Yo era el fracaso, la torpe e inocente de la que burlarse cuando Guille no escuchaba. Los kilos de más ya no estaban, poco había para comer, pero todo lo demás se mantenía. Debería ser diferente, solo nos teníamos los cuatro, pero Fátima no me pasaba una, y Arturo tampoco, como si yo fuese la culpable de todos sus males. Quizá sí lo fuera, o al menos del mal que acababa de separarnos. Sin duda, ellos estarían dando saltos de alegría. No me di cuenta de que me había derrumbado hasta que mi trasero dio contra los tablones. Me encogí y abracé mis piernas. Lloré. Eso era lo único que se me daba bien.

El hombre resopló y escuché sus pasos alejarse. Dudé. Sentí el impulso de seguirlo, pero me daba miedo. Quedarme sola me aterraba mucho más, por lo que salvé mi parálisis y caminé con

premura tras él. Se volvió al notar que lo seguía.

—¿Me estás vacilando? Tú no vienes conmigo, Heidi.

Gustosa le habría comentado que me llamaba Clara, no Heidi. Tras años de burlas, entendía que el cambio de nombre no era obra de un error. Como él siguió andando, yo también. Hasta que se detuvo y me encaró. Me pareció todavía más grande y amenazador. Tragué saliva con dificultad. Llevaba el pelo muy corto, por lo que su rostro ensangrentado quedaba bien visible. Quizá por los cortes, su expresión no podía ser más fiera.

—Lárgate o te vuelo la cabeza.

Me quedé quieta, pero no hice ademán de marcharme. Traté por todos los medios de expresarme a través de mi maltrecha garganta.

—No... no quiero estar sola —dije, con una voz que ni siquiera parecía la mía.

—¿Y a mí que me cuentas, tía? Ese no es mi problema —gruñó, antes de volverse y apurar sus pasos.

Seguí tras él. Me daba miedo, mucho, pero la perspectiva de verme sola entre lo que quedaba de aquel oasis me aterraba mucho más. Ya me las había visto en una situación parecida, al poco de comenzar nuestro bagaje. Del pasado, me pareció escuchar la voz de Guillermo, de los gemelos, y hasta de mi madre, debatiendo. Era como si acabase de salir, de nuevo, del punto seguro. En su momento, no abrigué esperanzas, ahora mucho menos. ¿Cómo sobrevivir sin recursos? Mi padre decía que la desinformación es peligrosa, pero también la sobreinformación. Nos creemos sabedores de todo, y no tenemos ni idea de nada. Sal ahora mismo de tu casa, vete al monte y trata de cazar un conejo. No, no vas a conseguirlo. Sabes que hay trampas, quizá conozcas cómo se montan, pero intenta algo aterido de frío, muerto de sed, de hambre y, sobre todo, de miedo. Tres cuartos de lo mismo con la pesca. Los peces no son tan idiotas. Por improvisar una caña, hasta un anzuelo, no van a picar. Ni dejarán que los ensartes con tu lanza recién afilada.

El hombre volvió a detenerse y esta vez desenfundó su arma. Apuntó a mi cabeza.

—¿Te has quedado sorda? Largo, harás que me maten.

Negué con la cabeza mientras nuevas lágrimas empapaban mi rostro. El hombre parecía más desconcertado que molesto. Bajó el arma y disparó a mis pies. Yo ni siquiera me moví. No iba a impresionarme con eso. Arturo lo había hecho un par de veces. Si quisiera dispararme de verdad, ya lo habría hecho. Mi motín molestó al hombre. Sacudió la cabeza y volvió a apuntar hacia mi cuerpo.

—Si cuando llegue a cinco sigues ahí, dispararé. Uno, dos...

Todo en su tono, en su postura sugería determinación. Lo aceptaba, y no me moví. Si me mataba, fin de mi problema. Pesaba más la soledad, la indefensión.

—Cuatro...

Cerré los ojos y recé porque no doliera demasiado.

—Joder —protestó entre dientes.

Volví a abrir los ojos de pura sorpresa. Lo que podía intuir en el rostro del hombre no sugería compasión, ahora sí parecía de verdad enfadado, pero había bajado el arma. Me señaló con un dedo.

—Si te quedas rezagada, te jodes. Si te atacan, te jodes. Si te pierdes, te jodes. No moveré el culo para salvarte y, si me conviene, te usaré de carnaza para escapar.

Como si estableciésemos algún tipo de pacto, asentí. Comprendía sus condiciones, me valían. Él parecía más descolocado si cabe. Soltó un juramento y me dio la espalda para avanzar, ahora conmigo detrás.

ITINERARIO

La carretera en la que quedó atrapado el autobús, el punto seguro, la estación de autobuses, un pequeño pueblo remoto, el hospital de campaña, la soledad más absoluta y la casa rural. Ese había sido mi recorrido, o al menos el camino por el que me llevaron. Ahora, la sola idea de volver a deambular me revolvió el estómago. A mi mente acudió Arturo y una de nuestras escasas charlas. Tiempo atrás, se había sentido estafado, o eso dijo, porque en las películas posapocalípticas sobran las casas deshabitadas para suplir carencias. Allí los protagonistas encuentran refugio, sobras en las alacenas, ropa y un aseo. No era cierto, o al menos no del todo exacto. Las había, claro que las había, pero antes de encontrar una habías pasado tantos infortunios que no servía para renovar del todo la esperanza. Nuestro mundo había caído, aunque intentamos resistirnos a la evidencia; hasta que el hambre, la sed, la muerte, el mal que habita en cada uno de nosotros y el clima fueron imposibles de ignorar. Al final, avanzas porque retroceder es imposible, y con el itinerario que te impone la vida aprendes... a menos que, como yo, hayas hecho ese viaje con los ojos medio cerrados y la cabeza muy lejos. Aun así, algo siempre queda, y las nociones básicas más o menos las tenía sabidas.

Con el tiempo, descartamos las ciudades por impracticables. Si no estaban repletas de infectados, no encontraríamos más que ruinas. Sin control ni mantenimiento, tras un desalojo tan apresurado, más de una llave de gas o de agua quedó abierta. A lo largo de los años, los incendios y explosiones súbitas habían sido una constante. Probablemente cada ciudad alzada no sería más que un laberinto de escombros y muerte. Los pueblos se las vieron con lo mismo, y también con la colonización masiva. Los primeros supervivientes buscaron refugio en ellos, por lo que ahora nada queda en las cocinas. Las casas remotas son pocas y, como tienden a ser lugares de paso o de vacaciones, tampoco están demasiado abastecidas.

No hay agua ni electricidad. Ningún iluminado instaló generadores de emergencia, con las instrucciones a mano para que alguien sin conocimientos pudiera disfrutarlo. ¿Sabrías conectar la luz, montar una radio o canalizar el agua? Nosotros no supimos. Lo único que hicimos bien fue movernos, justo lo que hacía yo en ese momento.

Durante horas, ni mi acompañante ni yo dijimos nada. El sol ascendía en el cielo, sin importarle lo más mínimo lo que pasaba bajo sus rayos. Diversos árboles nos brindaban sombra y el bosque parecía en calma, imperturbable, con el olor de la naturaleza más acusado que nunca sin polución que pudiera enmascararla. Yo tampoco había salido indemne de la caída del granero, pero las contusiones y cortes solo provocaban cansancio. No podía permitirme el lujo de hacer balance de daños, ni quejarme. Recordaba, a trozos, el tiempo antes de la casa rural. No esperaba volver a dar con un punto seguro, ni un hospital de campaña, ni una nueva casa idílica. Hasta yo, tan estúpida siempre, comprendía que todo había ido a peor, y que mi única esperanza era mantenerme junto a aquel desconocido, hasta que me encontrase Guillermo.

No fue hasta media hora después cuando comprendí que Guillermo no me encontraría, porque no iba a buscarme. Me daba por muerta, no removería cielo y tierra, ni acudiría en mi rescate en el momento preciso. La comprensión me arrancó nuevas lágrimas y un pánico que amenazó con derrumbarme. Mi acompañante me miró sobre su hombro, pero pronto volvió a

estudiar la zona boscosa que atravesábamos.

—Aquí, debería estar aquí —murmuró para sí mismo.

Me pareció que respiraba con más fuerza, se movía en tensión. Empecé a inquietarme. Buscaba algo, pero el no saber qué o qué me supondría estuvo cerca de hacerme correr en dirección opuesta. Por el contrario, seguí avanzando tras él, mientras la camiseta sucia y gastada que lo cubría se adhería a su musculatura. Sudaba, cada vez más nervioso, contagiándome. Cuando quise preguntar el motivo de su inquietud, nos llegó el olor a quemado.

—Hijo de puta —gruñó el hombre, mientras desenfundaba su arma y encorbaba la espalda como un depredador al acecho.

Tras un conjunto de árboles apareció lo que en otro tiempo debió ser una cabaña. Ahora, apenas quedaban tablones en pie, tan deshecha como el granero. La diferencia, el negro del carbón y el olor débil. Habían quemado esa cabaña y hacía tiempo del incendio. Con una maldición, el hombre aligeró sus pasos, consciente de que el artífice del incendio ya no estaba allí. Me pregunté si sería su hogar y al momento me pregunté quiénes eran para él los hombres con los que llegó a la casa rural. ¿Familia? ¿Amigos? ¿Los echaría tan en falta como yo a Guillermo? Me costaba creerlo, porque no eran buenos, sino malvados. Como él. Ahora el cuerpo tenso era el mío, ante la certeza de seguir a un asesino capaz de colarse en un hogar para aniquilarlo. Debería escapar de él, pero mis piernas se negaron a moverse.

Ajeno a mis temores, el hombre guardó su arma, empezó a apartar los primeros tablones con energía, como si el accidente y la caminata no fuesen más que un paseo para él. Sus manos se oscurecieron por las cenizas, pero no detuvo su búsqueda. Cada vez más frenético, ansioso, hasta que se dio por vencido con una maldición y con una patada a los tablones que acababa de apartar.

—¡Joder! —gruñó, llevándose las manos a la cabeza.

Se volvió para darle la espalda a los restos y, al verme, recordó que no estaba solo. Vi en sus ojos que yo pagaría su frustración. Ni con esas retrocedí. Lo único que pude hacer fue contener el aliento. Entonces, apretó con fuerza los párpados, las heridas de su rostro se contorsionaron, y volvió a darme la espalda.

Con la rapidez de una serpiente, volvió a encararme, y en dos zancadas lo tuve delante. Sujetó mi brazo con tanta fuerza que me arrancó un quejido. Encorbó la espalda para que nuestros rostros estuvieran a un palmo. La sangre todavía fluía lenta y densa de sus cortes, y a mí se me cerró el estómago de miedo y grima.

—Vas a meterte ahí abajo y vas a subir lo que quede.

Su sentencia aligeró mis piernas al fin. No entendía dónde quería que me metiera, pero me negaba a acercarme a aquella trampa mortal. Retrocedí, pero su agarre era fuerte y apenas logré separarme. Por escapar de su rostro, alcancé a ver la montaña de maderos quemados. Asomaban entre los restos trozos metálicos y cristales. La voz del hombre entraba en mi mente, pero apenas alcanzaba a oírlo por culpa del pánico.

—... un sótano... —decía—... había de todo... no entro por ahí... algo quedará.

De tan aturdida, lo único que logré fue sacudir la cabeza y parpadear. Me soltó de un empujón ante lo que había sido la puerta de la cabaña. Mis rodillas fallaron, y terminé sentada ante los restos que apenas veía de tanto que lloraba. Su mano se cerró en mi pelo revuelto, para dirigir mi rostro hacia los tablones.

—¿Lo ves?

No veía absolutamente nada. Un lloriqueo escapó entre mis labios. Al momento, el tirón de pelos fue más fuerte y pensé que me arrancaría varios mechones. Alcé las manos para atrapar las suyas con intención de detenerlo. No aflojó su agarre. Se acuclilló a mi espalda, pegándose contra su pecho para hablarme al oído.

—Si no quieres morir de hambre, de sed o de una puta infección vas a entrar ahí.

—No —gemí, perdiendo fuerza hasta en las manos.

—Sí —sentenció, levantándose con él de un brusco tirón que volvió a arrancarme un lloriqueo—. O bajas tú o te empujo yo.

Fue inevitable que llamase a Guillermo. Su nombre escapó de mis labios en un ruego débil y angustiado. Él nunca me dejaba arriesgarme, siempre impedía que me expusiera. El cuerpo del hombre volvió a amoldarse a mi espalda. Su agarre firme estaba cargado de rabia.

—Aquí estamos solos, y tú eres la única que cabe por ese hueco.

Sin quererlo, me arrastraron los recuerdos. Antes de la casa rural, hubo un momento en el que Guillermo, Arturo, Fátima y yo nos planteamos ser los únicos habitantes vivos. Llevábamos meses sin cruzarnos con nadie. Habíamos cambiado de rumbo y alcanzamos Oviedo, donde dimos con una casa de campo deshabitada. Estuvimos allí un par de días. Todo un receso, listos para aguantar semanas con nuestras provisiones, y las que encontramos en la vivienda de dos plantas. Ninguno sabía qué íbamos a hacer cuando se acabase la comida, ni queríamos preguntárnoslo. Estábamos agotados moralmente; hartos de andar para no llegar a ninguna parte. Siempre escapando, sobreviviendo, preguntándonos cómo sería ahora la ciudad en la que habíamos vivido toda la vida, y si no nos habría ido mejor de habernos quedado en nuestra casa. Quizá movidos por este pensamiento regresamos después a Galicia, aunque nunca llegamos a Meira.

Yo seguía siendo la torpe, pero la apatía lograba que hasta Fátima relajase sus puyas en mi contra. La apatía y el cariño de Guillermo. Nunca lo hablé directamente con Arturo, pero supongo que ambos sabíamos que, antes o después, ellos formarían una pareja.

Cada noche, yo subía al trastero de la casa. Todavía hoy desconozco por qué lo hacía, si era para escapar de la soledad que me producía el romance entre mi hermano y Fátima, o para recrearme en ella. Me sentía incompleta, algo habitual, pero cada vez con más fuerza notaba la falta de algo. Por ese motivo, no había dejado de soñar despierta, solo que mis sueños tomaron un nuevo rumbo. Ya no buscaba el lucimiento personal, sino un motivo por el que seguir avanzando, o algo que pusiese fin al miedo. Suponía que así era como se sentía Fátima junto a mi hermano, y él junto a ella: seguros.

Cuando Guillermo y Fátima se encerraban en la segunda habitación, Arturo se encargaba de la vigilancia nocturna. No había una sola vela encendida en toda la casa, ni la necesitábamos. Al anoecer, y hasta el alba, nos movíamos a oscuras. Desde la ventana del trastero podía ver su silueta ante la casa. Alto, desgarbado, pero efectivo. Mil veces me pregunté qué pensaría Arturo, cuál sería su sueño. A pesar de ser una constante, cualquier acercamiento con él estaba abocado al fracaso. Antes o después, Arturo perdía la paciencia y me atacaba por inútil, torpe o molesta. Sin embargo, como era una costumbre, una y otra vez yo iba a su encuentro. Los menosprecios dolían, pero los primeros momentos eran agradables.

La noche que abandonamos la casa, dejé el trastero para ir junto a Arturo. Me gustaba

observarlo, lo que a él no le hacía ninguna gracia. Arturo no era especialmente guapo ni alto, sí muy delgado, pero fibroso. Contaba con mucha fuerza, se advertía en sus movimientos. Su piel era más bien blanca, aunque ahora se veía tostada. Antes de pasar tanto tiempo al descubierto, se enrojecía con el sol. Siempre se quemaba cuando íbamos al río o a la piscina. Su pelo seguía como siempre; clareaba en verano, adquiriría un tono más oscuro en invierno. Sus ojos verdes, almendrados como los de Fátima, solo me enfocaban cuando atacaba. Si la charla era amistosa, se detenían en cualquier punto en el que yo no estuviera.

Me escuchó llegar. Lo supe por el modo en el que resopló. Yo no era sigilosa porque tampoco necesitaba serlo. En esa casa, no iba a andar de puntillas cuando solo estábamos nosotros.

—¿Cómo va la noche? —pregunté, acercándome con lentitud hasta apostarme junto a él.

El porche no regalaba otra visión que la de un bosque silencioso, carente de más luz que la que conferían la luna creciente y el par de estrellas visibles. La elevación del terreno nos permitía observar algo parecido a un frondoso valle y los árboles mantenían oculta la edificación. Una ligera brisa nos envolvía. Transportaba distintos olores y un ligero rastro ajado, señal inequívoca de que los infectados seguían ahí, a pesar de estar lejos. Sus cuerpos no se descomponían, pero las heridas sí desprendían hedores, igual que la sangre y suciedad que los salpicaba.

—Como siempre —respondió, y a mí me sonó a lamento.

—¿Qué pasa? —pregunté, observando su perfil con confusión.

Por única respuesta obtuve un resoplido. Me conformé, presionando no llegaría mucho más lejos, y no quería que me echase con cajas destempladas. Con permanecer allí, a su lado, y no sola, me bastaba.

Por un segundo, me planteé mencionar a su hermana. Fátima me rechazaba con más fuerza que nunca desde que, meses atrás, a alguien se le había ocurrido la brillante idea de darme a mí un arma. Otro ejemplo de que conocer la teoría o poseer algo no significa que puedas usarlo. Me arrendré, avergonzada y sintiéndome culpable, tratando de mantener los recuerdos lejos, sin éxito. Hay errores que suponen demasiado peso en la conciencia para ignorarlos, y yo lidiaba con uno.

Como casi todo el mundo antes del fin, sabía que las armas tenían un seguro. Conocía palabras como percutor o la afamada recámara. Es de dominio público lo peligroso del retroceso. Sin embargo, trata de disparar en mitad de una carrera cualquier tipo de arma. Una cabeza humana no es un blanco tan fácil, menos si el cuerpo se tambalea. Con los rápidos, mejor no intentarlo, porque antes de poder apuntar es posible que te hayan arrancado la garganta. Me dieron un arma, sí, pero solo la disparé una vez, y el resultado no fue el esperado, para nadie. A grandes rasgos, un accidente. Tampoco conservo demasiado de ese momento, supongo que para no asumir mis errores. Solo veo el lúgubre pasillo del piso con olor rancio. Era un pueblo pequeño, no parecía quedar nadie ni vivo ni muerto. Ahí está el pasillo, el clásico con forma de ele, alfombras de estampados granates, que mi mente señaló como sangre seca, aunque puede que no lo fuera. No recuerdo el color de las paredes, pero sí una horrible lámpara de tulipa amarilla. Algo dio la curva. Antes de ser consciente, yo había apretado el gatillo. Un cuerpo menudo se derrumbó contra el suelo, llevaba vaqueros. No se levantó, pero no por haberle atinado en la cabeza, punto débil de los infectados, sino porque se trataba de un hombre vivo, y yo acababa de alojar una bala en su pecho.

Tomé la decisión de no ir armada. Fátima debería sentir alivio al ver que yo no era tan inconsciente y asumía mis limitaciones. Por el contrario, no perdía oportunidad de dejarme claro cuánto me detestaba. Nada mejoraba su recelo, ni limamos asperezas cuando dimos con un campamento, una especie de hospital de campaña, en el que nos separaron. Hombres por un lado, mujeres por otro, para atender nuestras heridas. Fátima y yo perdimos de vista a Guillermo y a Arturo. Unas horas eternas. Por algún motivo, a mí me retuvieron más tiempo que a Fátima. Los sanitarios no me hicieron daño, al contrario. Me cuidaban, y lo único que me decían era que yo tenía muchísima suerte. Los recuerdos de ese momento permanecen borrosos, ocultos o enturbiados por el dolor que supuso la muerte de mis padres, el disparo accidental y verme lejos de mi hermano.

En realidad, para mí, el principio de todo aquel caos fue una época tan oscura que no podía discernir qué era real o qué lo había creado mi mente. A veces, me asaltaban retazos imposibles, momentos en los que yo aportaba algo al grupo, lo que solo podía ser parte de una fantasía. En un sueño recurrente, veía a Fátima con el rostro desencajado, apuñalando a una antigua vecina. La chica rondaba los veinte, agradable y simpática, siempre atenta a nosotros, sobre todo a Guillermo. Ella había sido real, la encontramos junto a otros supervivientes al poco de dejar la estación de autobuses en la que murió mi madre. Apenas pasamos juntos unas semanas, hasta que un nuevo grupo de infectados nos dio caza. Hasta ahí todo bien, salvo por Fátima apuñalando a la chica, cuando ni siquiera estaba infectada, ni la habían mordido. Al final dejé de verlo, pero no supuso una mejora. Mi mente estaba hecha pedazos, mis oídos enturbiados por los gritos de quienes caían a manos de los infectados cuando el hospital de campaña corrió la misma suerte que todo lo demás. La incertidumbre nos asaltaba a los cuatro, y ninguno sabía bien hacia dónde dirigirnos para escapar del horror. La voz de Arturo me había devuelto al porche de la casa, a la vista del bosque repleto de sombras.

—¿Qué demonios piensas, Clara?

Se me escapó una risa. No sentía diversión, solo me resignaba a ese modo tan arraigado de desconectarme del universo. Cuando miré a Arturo, también él sonreía, y sus ojos no brillaban con la tensión habitual. Me miraba de verdad, y su expresión era tan inusual que no supe interpretarla. Por un segundo, me pareció que su mano ascendía, lista para regalarme una caricia. No pude crérmelo, porque él siempre evitaba tocarme, y si me tenía cerca se tensaba de pies a cabeza de puro desagrado.

Una serie de detonaciones lo cambió todo. Provenían del exterior; estallidos luminosos empezaron a apoderarse del bosque, reflejándose en nuestros aterrorizados rostros. Los disparos se extendían con rapidez. Quise preguntar cómo era posible que se diera semejante tiroteo, pero Arturo ya había entrado, y corría hacia el cuarto que ocupaban nuestros hermanos.

Antes de llegar a la habitación, Arturo había vociferado mil cosas como, por ejemplo, que los del grupo acampado en el bosque se estaban matando entre ellos. No supe reaccionar, porque desconocía la existencia de ese grupo. No entendía por qué nadie me lo había dicho, ni por qué se mataban entre ellos. Nada tenía sentido, eso era para mí el mundo. Apenas fui consciente de hablar, echándole en cara a Arturo haberme ocultado que no éramos los únicos en aquel lugar. Con rabia, Fátima me había cerrado el paso en la escalera para escupir las palabras en mi rostro.

—¿En serio crees que si tú sigues viva otros no pueden?



El tirón de pelos me arrancó un grito. Mis uñas se hundieron en las manos del hombre que me retenía y gritaba junto a mi oído. Alcancé a ver la oquedad negra entre los restos de la cabaña. En otro tiempo, tal vez fuese una trampilla amplia, pero los escombros la volvían un acceso irregular y estrecho. El hombre no cabía, yo igual tampoco. La oscuridad me hizo recuperar mi lloriqueo.

—¡Qué te muevas!

—¡Ahí no hay nada! —chillé, sin idea de dónde salía el valor para hablar—. ¡Es imposible que haya nada!

—Sí lo hay —siseó el hombre, obligándome a dar un paso al frente, empujándome con su cuerpo—. Lo tenía todo bien pensado. ¡Él lo sabía! ¡Lo supo antes que nadie! ¡El fuego no ha podido estropearlo todo!

Volví a caer al suelo de rodillas. Sentí diversos mordiscos de dolor en las piernas a causa de los restos. Los cristales y el metal parecían brillar con fuerza, ávidos de hundirse en mi carne, como si fuesen los dientes de los infectados. El hombre soltó mi pelo y escuché a mi espalda un chasquido. Al segundo, me llegó el olor picante de las bengalas. Una luz verde se coló por el agujero revelándome unas escaleras medio rotas, quemadas, y más tablones, vidrio y metal, dispersos por el suelo.

—Ahí abajo no hay nadie, eso es lo único que tiene que preocuparte —gruñó el hombre a mi espalda.

Por el modo en el que sostuvo mis hombros, supe que estaba a punto de empujarme. Grité, me revolví y me rendí. Bajaría, porque si me empujaba caería de cabeza y era imposible que sobreviviera. No me quedaba otra que colaborar y, entre temblores e hipidos, me escurrí guiada por la fantasmagórica luz verde.

Lo que en otro tiempo fueron escalones no soportaron mi peso. El primero se rompió, arañando mi pierna derecha. La fuerza tuve que depositarla en mis manos, y las palmas se las vieron con aristas y astillas. Para cuando mis pies tocaron el suelo del sótano, la sangre se deslizaba por mi piel en pequeños y temblorosos hilos que empapaban mi camisa. Al moverme, humo y cenizas quisieron cegarme. El hollín me vistió y empecé a toser. Mi mirada tardó en acostumbrarse a la macabra penumbra que creaba el tono verde. El polvillo me confundía y me ardían los ojos. Quise suplicar, pero sabía que sería en vano. El único modo de salir de aquel agujero era que mi acompañante me sacara, y no lo haría hasta que encontrase algo entre las estanterías metálicas combadas, en las que aprecié numerosos tarros rotos. Lo que fuera que contuvieran se había echado a perder, igual que las latas cuya tapa abultada sugería que el interior estaba en mal estado. Al grito de «muévete», avancé a trompicones, sin atreverme a buscar apoyo en las estanterías, que se veían tan frágiles como yo.

Mientras me planteaba aovillarme en una esquina y dejar que la muerte me llevara, alcancé la pared del fondo, cubierta por alacenas que, en apariencia, habían protegido lo que contuvieran. Tiré de una puerta sintiendo el dolor en mis manos arañadas. Por lo que me costó abrir, el lugar debía haber estado sellado. Lo primero que vi fue un botiquín, después más latas, y tarros. No necesitaba a nadie gritándome que me diera prisa, ni que metiera en una bolsa todo lo

útil. La voz de mi acompañante sonaba en mi mente, mientras yo hacía lo que me pedía, y la luz verde iba perdiendo fuerza.

Sin reparar en el contenido, metí cuanto pude en dos bolsas de deporte medio chamuscadas, pero que resistirían. Desanduve mis pasos guiándome por la claridad exterior; pues la bengala se convertía en un mero recuerdo.

Justo al pie de la destrozada escalera, el hombre coló ambas manos y me instó a que le pasase las bolsas. Me planteé negarme, cargarme las bolsas y que nos subiera a los tres bultos, pero el peso sería demasiado hasta para él, y estaba demasiado cansada para negociar mi vida. Si quería dejarme allí después de darle las bolsas, que lo hiciera.

Pensé que me abandonaba. Tomó las bolsas y desapareció. Escuché el ruido sobre mi cabeza, pero no fui capaz de darle sentido. Me dolía todo el cuerpo, estaba mareada por el polvillo y las emociones. Mi frente dio contra uno de los peldaños rotos. Ahí se terminaba todo. Cerré los ojos y dediqué mis últimos pensamientos a Guillermo, Arturo y Fátima. Les deseaba toda la suerte del mundo, aunque hubiera preferido que fuesen desgraciados a mi lado. Una mano me revolvió el pelo.

—Si quieres que te suba así, de esta te dejo calva.

Levanté la cabeza de pura sorpresa. La incomprensión debió dibujarse en mi rostro porque el hombre dejó salir una risa burlona.

—No te emociones, todavía te necesito para que me cures la cara. Después, lo mismo te lanzó aquí de nuevo —comentó antes de agitar su mano ante mis narices para que la sujetara.



Las curas nos las hicimos mutuamente, al borde de un riachuelo. Sería un lugar bonito si no estuviese envuelto por la amenaza de los infectados. No los habíamos visto, pero estaban allí, en alguna parte, al acecho. Antes o después, aparecerían y vendrían a por nosotros.

La enfermería tampoco era mi fuerte, se me encogía el estómago con la sangre y con las heridas, pero el hombre no me dio opción tampoco en esto. Limpié su rostro, intranquila e incómoda. No me miraba, pero su proximidad me ponía nerviosa de todas formas. Además, sin la sangre reseca y con los cortes limpios, ya no me resultaba tan repulsivo. Cuando llegó su turno de atender mis heridas, me puse todavía más nerviosa. Firme, pero con un deje suave, como si tratase de evitarme el daño, deslizó las gasas por cada corte de mis palmas. El silencio me angustiaba, probablemente a él también. Empezó a hablar:

—Supongo que te estarás preguntando de qué conocía la cabaña.

Era una buena pregunta, una de tantas que rondaban mi mente. Me preguntaba mil cosas sobre mi acompañante, del que no conocía ni siquiera su nombre. Continuó hablando sin esperar respuesta, con toda su atención puesta en mis manos.

—Aquí vivía un tarado, de toda la vida —dijo, refiriéndose a mucho antes del caos—. Siempre estaba con el rollo este de que el mundo se iría a tomar viento. Que no era sostenible. Seguro que no contaba con esta mierda, pero sí con alguna movida, y se atrincheró con ganas. Creo que fue por el éxodo de los salvajes.

Me miró en ese momento, calibraba mi reacción o si soportaba el dolor. No querría que me

quedase inconsciente. Como me descolocó que metiera a los salvajes en la conversación, volvió a esbozar una sonrisa burlona.

—¿Nunca te preguntaste por qué vinieron? —preguntó, pero no me dio tiempo a responder—. No, claro que no, estarías en tu mundo, como todos. Los poblados no son una civilización más, tipo aldea o ciudad. De hecho, solo hay un poblado, y allí viven todos los salvajes. Este tarado decía que los echaron de sus islas para quedárselas. Son lugares alejados de todo, de difícil acceso. El lugar ideal para refugiarse si el mundo se va a la mierda. No se supo nada, porque no importaba. Los salvajes aparecieron un día, se hicieron con un territorio, y nadie movió un dedo. Lo que montasen en sus islas no está a nuestro alcance, y no solo por estar a tomar por saco. No sé si me entiendes.

Entendía lo que quería decirme, me parecía terrible. Pensar que había gente a salvo mientras el resto caíamos como fichas de dominó me resultó inconcebible. A su vez, recordé nuestra primera huida, cuando dejamos el autobús que nos llevaba a un lugar seguro. En cierta forma, nosotros habíamos hecho exactamente lo mismo, pues nos importó bien poco quién quedase atrás para sufrir a los tres infectados. Un apretón de manos me sacó de mis pensamientos.

—Oye... —dijo el hombre mirándome con extrañeza—. ¿Tienes algún problema mental?

Abrí la boca, pero de ahí no salió nada. Acababa de insultarme, o eso me pareció. De nuevo, mi cara le dio una respuesta que le hizo gracia. Su risa me resultó agradable.

—Es... no lo pareces, pero, bueno... Te quedas pillada... ¿Por qué nos abriste la puerta? ¿De verdad nos creíste?

Sentí la humillación y bajé la mirada. El hombre volvió a reír, y a darme otro apretón de manos amistoso.

—Joder, te lo creíste. Os seguíamos la pista, ¿sabes? Cuando abriste tú la puerta, vimos que iba a ser fácil, pero no las teníamos todas con nosotros.

Levanté la cabeza para mirarlo con incredulidad.

—¿Nos vigilabais? —pregunté con horror

—Pues claro —respondió, como si fuese evidente—. Vimos en el bosque a vuestros cazadores. Tu hermano y los otros dos que salieron con él. Íbamos a asaltarlos, pero, a pesar de las pintas andrajosas, caímos en que venían de un buen sitio. Ni siquiera parecían cansados... y acertamos.

Me parecía imposible que Guillermo no los hubiese engañado, que cometiera un error. De pura sorpresa, casi no escucho el resto. También quería preguntarle por qué nos asaltaron, por qué no se limitaron a pedir asilo como dijeron, sin más. Las dudas se arremolinaban en mi mente, impidiéndome soltarlas por la boca.

—Vas a tener que quitarte los pantalones —dijo para terminar de romperme los esquemas. Sonrió, elevó las cejas a modo de burla, pero sacudió la cabeza antes de explicarse—. No... bueno, es solo para curar lo de la pierna.

—Lo sé —murmuré a desgana, pues no había malinterpretado nada.

Antes no era bonita, ahora tampoco. Mis facciones son muy parecidas a las de mi hermano, por lo que resultan demasiado bruscas en un rostro femenino. Mi indumentaria no es, en absoluto, sugerente. La camisa es floja, los pantalones eran de hombre, y necesitaba una cuerda para que no escapasen de mi cintura. Hasta mis botas son grandes. En cualquier caso, ser guapa

o no ya da lo mismo y, en ocasiones, puede ser peligroso. Lo mejor es que no te vea nadie, nunca. Jamás exponerse.

El hombre me miró con las cejas todavía en alto, en señal de extrañeza, pero no dijo nada más. Sentí el rostro en llamas ante la idea de desnudarme. La intimidad se había vuelto algo escaso dado el peligro y las condiciones en las que vivíamos, pero nunca había estado al descubierto frente a un completo desconocido. Al menos, no con mi cerebro funcionando a pleno rendimiento.

—Te daría la espalda, pero así es difícil que atine a curarte algo —comentó con normalidad. Lo entendía, pero eso no me hizo deslizar las manos por la cuerda para quitarme la prenda—. Eh... vas a tener que aceptarlo o arriesgarte a que se te pudra la pierna. Tú misma.

Continué inmóvil. Que comprendiera algo no volvía las cosas más fáciles. El pudor estaba ahí, arraigado tras años conmigo. Todo era diferente, pero yo seguía siendo la misma. Con un resoplido que me recordó a Arturo, el hombre se puso en pie, me obligó a levantarme, y se me plantó delante. Sus manos no vacilaron cuando tomó la cuerda y deshizo en nudo. Los pantalones cayeron sin impedimento. Iba a burlarse de mí, pero, con otro resoplido, decidió no hacerlo. Se acuclilló y sus manos fueron de vuelta al botiquín para armarse con gasas y desinfectante. Mis ojos se mantuvieron fijos en los árboles para no verme la herida, ni mirarlo a él. Al notar el roce de sus dedos sobre mi piel di un respingo. Le hizo gracia, pero continuó en silencio. Yo me tragué un lamento, mientras notaba el calor de la vergüenza alcanzar mis orejas.



No pasaríamos allí la noche. O encontrábamos pronto una casa o dormiríamos en los árboles. Tocaba seguir avanzando, y lo hicimos en silencio, igual que hasta ese momento. Solo fue roto una vez durante horas, cuando reuní valor y pregunté si sabía qué había pasado en la cabaña, quién la había quemado. Me dijo que probablemente fue su dueño. Tal vez se infectó o se cansó de pelear. Ponía fin a su hogar y al trabajo de años porque solo él era merecedor de disfrutarlo.

Las piernas estaban a un paso de fallarme cuando el hombre se detuvo y alzó la mano. Un gesto universal, mil veces visto en las películas, y que venía a decir que me detuviera. Lo hice, muerta de miedo. Llevaba una de las bolsas de deporte, y a ella me abracé con fuerza. Por más que observé mi alrededor, no encontré más que árboles y maleza, iluminados por un cielo inusualmente despejado. No llevaba la cuenta del tiempo, pero debíamos estar en primavera, y la calidez empezaba a arrancarme un sudor incómodo. Si sobrevivía hasta ver otro verano, lejos de un refugio el calor daría tantos problemas como los infectados.

El hombre me hizo otro gesto, soltó la bolsa y se agachó. Yo también me puse en cuclillas y dejé a un lado la bolsa, sin saber de qué iba aquello. Seguía sin ver ni escuchar nada, y comprendí que ese era justo el problema. Nada. No se oía absolutamente nada. Ni un trino ni la carrera de los pequeños animales, demasiado ágiles para convertirse en presas. Hasta que lo escuchamos. Una carrera frenética, ilocalizable a causa de una especie de eco que creaba la zona boscosa que nos rodeaba.

Todo sucedió tan rápido que no fui capaz de procesarlo. Al tiempo que algo impactaba

contra mi espalda, derribándome, escuché un disparo. De bruces contra el suelo, notaba un peso inerte sobre mí, y algo denso filtrándose a través de mi pelo y mi ropa.

—¡Suelta el arma! —exigió una mujer desconocida a la que no podía ver.

Estaba demasiado aterrorizada para moverme, allí me quedé tendida, con lo que supuse sería un infectado muerto a mi espalda. La presencia de una tercera persona viva me resultaba imposible. Por los sonidos, mi acompañante se movía, y también soltaba el arma con la que acababa de salvarme de ser mordida.

—Chavala... —gruñó la mujer—. ¿Estás muerta?

No supe qué hacer. Podía fingir estar muerta, aunque no sabía muy bien qué lograría con eso. Por otra parte, moverme me haría enfrentar al cadáver que tenía encima, cosa que me creaba tanto terror como repulsa. Me debatía mientras mi acompañante perdía la paciencia.

—Espabila y levanta, Clara —gruñó, tenso y enfadado, probablemente conmigo o consigo mismo por haberme salvado.

—No puedo —lamenté. Carecía de fuerzas para sacarme el cuerpo de encima y el terror sentido, sumado a la situación en general, me dejaba indefensa.

Los pasos sonaron cada vez más cerca, y al poco desapareció el peso que me aplastaba. Me pareció escuchar una maldición, y un grito ahogado.

—Vaya... —dijo la mujer.

—Mierda —murmuró mi acompañante.

Hablaban de mí, pero no tenía ni idea de a qué se referían. Me giré muy despacio, con rigidez y asco, porque eso viscoso y denso todavía permanecía en mi espalda. Con la cabeza algo baja, reuní valor para enfrentarme a los presentes. La mujer se acuclilló ante mí con una sonrisa y una mirada cansada, quizá por su rostro repleto de arrugas. Su mano estuvo a punto de posarse en mi hombro, pero se lo pensó mejor y me señaló.

—Tienes un problema, o no —comentó, evaluándome.

Mi acompañante no estaba para misterios. Recuperó su arma y apuntó con ella a mi cabeza. Estaba más furioso que nunca, y yo no me estaba enterando de nada. Antes de poder preguntar, la mujer desvió el cañón de mí, aunque el hombre todavía no había apretado el gatillo.

—Relaja, vaquero —comentó ella antes de volver a observarme con fijeza.

El hombre le lanzó una mirada de absoluta incompreensión y también me señaló, aunque con rabia.

—Tiene cortes en la espalda y toda esa sangre no es suya.

En un alarde de lucidez, comprendí lo que intentaba decir. En efecto, mi ropa y mi piel se las habían visto con los tablones del granero, y los cortes dejaban vía libre a la sangre infectada del que se me había echado encima. El virus no se transmitía por el aire, sino por los fluidos. Una pequeña gota en tu torrente sanguíneo no significaba que fueses a contraer la infección, pero, por la sensación húmeda y viscosa que notaba en mi espalda, era demasiado. Estaba perdida. Las ganas de gritar derivaron, de nuevo, en un amargo llanto. No me habían mordido, pero, a todos los efectos, estaba contagiada.

—Un virus es un virus —resaltó la mujer, con voz dura—. Como la gripe, ¿verdad? A unos los tumba una semana en cama, a otros solo les da moquillo. No a todos nos afecta igual, capullo. Tu amiga tal vez tenga suerte, sobre todo por el modo en el que se le ha echado encima este. Habrá que limpiar toda esta mierda que tiene encima, y medicarla... pero... ¿Qué te juegas a que

sobrevive?

—¿De qué hablas, tarada? —replicó mi acompañante, con una desconfianza manifiesta—. Esto no es una puta gripe.

Estaba de acuerdo con él, no era una gripe, pero me gustaba muchísimo más lo que decía la mujer. La esperanza calentó mi interior; a pesar de lo poco que variaba poder ser inmune al virus. Infectarse o no era un problema, pero no el único. Sobrevivir implicaba muchísimo más, pero salvar este punto me llenaba de optimismo. Quizá por mi expresión, la mujer soltó una carcajada.

—No te vengas arriba, chavala, no estamos seguros, no es tan estupendo como suena, y más te vale no contarlo alegremente, o querrán bañarse en tu sangre por si así se les pega.

El pánico estuvo de vuelta al segundo. No ponía en duda a la mujer; no después de la de locos encontrados por el camino y los engaños sufridos. Bien pensado, ser inmune no suponía un gran cambio, cuando empezaba a entender que quizá fuesen más aterradores los vivos que los muertos.

—Con lo pringada que estás, de haberte infectado es cuestión de minutos que empiecen los síntomas. Te doy diez —comentó la mujer; antes de señalar una de las bolsas de deporte—. ¿Lleváis medicinas ahí?

Mi acompañante no respondió, ni la mujer esperó por él, pues ya estaba abriendo la cremallera.

—¡Wow, pedazo alijo! —nos felicitó con entusiasmo, mientras estudiaba las distintas cajas de pastillas y el botiquín—. Bingo.

Me enseñó una caja con comprimidos que ni siquiera me sonaban. Con diversión, sacó un blíster y me puso dos pastillas en la palma de la mano.

—Traga esto, es un comienzo —aseguró—. Si estás contagiada deberías palmarla en media hora, como mucho. Hasta donde sabemos, la infección te levantará como muy pronto en tres minutos. Esto es así un poco a ojo, aunque llevamos un tiempo estudiándolo, claro. En todo caso, tenemos margen para volarte la cabeza. Si no te has contagiado vas a estar hecha un trapo, pero podrás darte con un canto en los dientes. En este caso... bueno, con lo que pienso meterte se te va a ir la olla, pero supongo que en unos días estarás para otra.

El modo desenfadado en el que hablaba la mujer me confundía. Decía que podría morir y convertirme, con tanta naturalidad que la mitad de mi angustia se diluyó. La contemplé perpleja. No se me ocurría otra reacción.

—Lo mejor —añadió, alzando las cejas con complicidad—, es que si pasas esta primera exposición, para la próxima que te infectes será mucho más llevadero. Tu cuerpo habrá desarrollado sus propias defensas... o eso creo. No es habitual esto de los inmunes, pero casi estoy segura.

—¿En serio? —preguntó mi acompañante, mirándome con incredulidad—. ¿Inmunes? ¿Ella?

Bajé la mirada con vergüenza al leer entre líneas. Menudo desperdicio, ¿no? Que alguien tan inútil fuese inmune. Dolía, volvía también el aire negativo que siempre me rondaba.

—Ya veo —murmuró la mujer; antes de enfrentar al hombre—. Si en tan poca estima la tienes... ¿por qué intentaste salvarla?

Mi acompañante apretó la culata de su arma y el puño libre. También los dientes, antes de

mirar hacia los árboles.

—Fue un acto reflejo —siseó, con toda su molestia.

La risa de la mujer lo hizo soltar un bufido. Ella no se dejó amilanar.

—Aja —comentó ella, con descrédito—. Sabes tan bien como yo por qué lo has hecho.

La mujer me miró y su risa volvió a sonar en el bosque. Seguía sin entender de qué hablaba o a qué se refería. Los ojos de la mujer me estudiaban con una expresión satisfecha.

—La debilidad es un concepto abstracto, ¿sabes? —dijo, más bien para sí misma—, y tú, chavala, nos vienes de perlas.

No me gustó nada como sonó eso. A mi acompañante tampoco, pero fue prudente y no se opuso de inmediato.

—¿De qué hablas?

La mujer se enderezó y me tendió la mano con confianza, aunque sus palabras fuesen para el hombre.

—Aquí cerca hay una aldea ecológica. La quiero, así tenga que matarlos a todos para conseguirla. Yo la encontré, pero mi segundo me hizo la cama. Lo tienen bien montado, pero se les ha ido un poco la pinza. Mucho, más bien. A mí me conocen, no van a abrirme la puerta. A ti, con esa cara, te pegarán un tiro nada más verte. A ella, en cambio... la recibirán con los brazos abiertos. Tan indefensa, tan asustadiza...

Empecé a entender por dónde iba y negué con la cabeza. No servía, no solo porque no me pareciera bien hacerles a otros lo que a mí me habían hecho, sino porque jamás sería capaz de llevar a cabo un engaño. La mujer me miró con seriedad y esta vez sí me habló a mí.

—Vas a entrar, chavala, eso no es discutible. Como dije, se les ha ido la pinza. Han impuesto sus normas, las han hecho ley. ¿Sabes por qué me fui yo? Porque nosotras solo tenemos una función en todo esto, y es asegurar la continuidad de la especie. ¿Lo vas pillando? Tú vas a entrar, ellos te dejarán porque la mitad de las mujeres que éramos salimos por piernas, otras se pegaron un tiro. Si sabes lo que te conviene y no quieres convertirte en una incubadora, ya lo creo que vas a facilitarnos el acceso.

Miré al hombre. Esperaba que él interviniera y me salvase de aquella mujer que ya no me parecía tan buena. Por un segundo, pensé que intercedería a mi favor, pero terminó encogiéndose de hombros, aceptando la idea. La mujer ni siquiera había dudado de él. Supo que no sería un impedimento. ¿Y yo? Ninguno de los dos se molestó en preguntármelo de nuevo. Cedería, ya que era una cobarde.

Porque continuaba sentada en el suelo y sin intención de levantarme, mi acompañante sujetó mi brazo y me izó sin delicadeza. La mujer echó a andar, tan tranquila, con la confianza de quien sabe que sus compañías no están en posición de atacar por la espalda. Todavía sin congraciarme con mi sentido del equilibrio, el hombre tiró de mí para pegarme a él, y poder hablarme al oído.

—No tienes opción, y esta tía no está sola —gruñó con un apretón fuerte para que lo tomase muy en serio.

Yo no veía a nadie, hasta que los vi. Al menos tres personas más, dos hombres y una mujer, se mantenían a buen recaudo entre los altos matorrales, probablemente armados. El hombre volvió a hablar en mi oído.

—O ayudamos o nos pegarán un tiro, por muy inmune que seas.

Sentí el nudo en la garganta, pero no hubo lágrimas. Al parecer, las había agotado, igual que mi buena suerte. Necesitaba a Guillermo, sin él estaba perdida, pero ni siquiera me atreví a plantearme buscarlo por mi cuenta, ni pedirle al hombre que me ayudase a hacerlo. El agarre del brazo se suavizó, al tiempo que alcanzábamos a ver una especie de mansión ruínosa. La naturaleza se había adueñado de lo que, en otro tiempo, debió de ser un hermoso jardín, y las enredaderas lamían la fachada de la casa de tres plantas.

—Estamos solos en esto, Clara —dijo el hombre con un matiz preocupado, quizá porque todas las ventanas de la primera planta de la mansión estaban tapiadas con maderos. Un fortín al que sería difícil entrar, pero mucho más difícil salir—. No sé cómo te habrá ido a ti hasta la fecha, pero si algo he aprendido es que o te amoldas o acaban contigo.

Lo miré con fijeza, estudié su rostro cubierto de cortes. Sus ojos me devolvían la mirada sin el menor reparo, permitiéndome encontrar en su iris marrón pequeñas pinceladas verdes.

—Ni siquiera sé cómo te llamas, ni quién eres —dije en un susurro.

Su boca se torció en esa mueca guasona, desdibujada por las heridas. Seguía muy cerca de mí, su brazo se situó en mi espalda, obligándome a no rezagarme.

—Si salimos de esta, igual te lo cuento.

Devolví la atención a la mujer que en ese momento empujaba la puerta de la mansión. El tono de mi acompañante me había resultado íntimo, desconocido. Sentí el calor en mis mejillas ante las palabras del hombre, pero de nuevo primaba el miedo.

—No puedo —susurré, aunque esperaba que él, justo él, supiera que jamás podía hacer nada por mí misma.

—Sí que puedes —dijo a modo de sentencia, con tanta fuerza que me hizo dar un respingo. Se separó y me miró de un modo extraño, casi triste—. Sí que puedes, porque no tienes alternativa.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, dando fe de un suministro inagotable.

—Van a matarme —dije con miedo a algo que, en cierta forma y con lo que veía ante mis ojos, tal vez debería considerarse un consuelo.

Nos detuvimos un segundo antes de cruzar el umbral de la casa. La penumbra absorbió a la mujer, algo visible gracias a las velas, difuminada porque la claridad del día no se filtraba con las ventanas apuntaladas. El hombre sonrió otra vez con su aire socarrón, pero sus palabras contenían toda la seriedad que no exteriorizaba.

—En realidad, todos estamos muertos desde que dejamos nuestras casas, y tú no eres inmune en esto.

Creí que se refería a la facilidad con la que caíamos en el nuevo mundo, pero me equivocaba. Muy a mi pesar, necesitaría muchos asaltos, engaños y riesgos para darle significado a una frase que no podía ser más cierta.

Al adentrarnos en el enorme recibidor, dos detalles atraparon mi atención al momento. Uno fue el intenso olor, otra la frase de la mujer:

—¡Apaga eso! Vamos a intentarlo por las buenas.

Miré al hombre, quien volvió a abrazarme para que avanzase. Cada paso volvía más intenso el olor ácido, hasta que pudimos localizar su procedencia. En una cocina enorme, un hombre mayor de aspecto eslavo vigilaba una tartera de la que salía aquel hedor. Junto a él, atento a cada movimiento del hombre, un treintaero de melena oscura y enredada que no nos dedicó ni un

vistazo. Las encimeras estaban repletas de velas encendidas, muchas casi consumidas. Pegotes de cera se derramaban sobre el mármol. Ambos desconocidos llevaban la nariz y la boca cubiertas con una especie de mascarilla quirúrgica sucia. Sobre una larga mesa de madera sin mantel, descansaban dos docenas de flechas, cada una con un extraño saquito, en apariencia vacío. El eslavo soltó un gruñido y apagó el fuego, retirándose de la cocina. Soltó diversas palabras de las que no entendí nada. El treintañero parecía igual de enfadado. No nos miraba, pero yo sí lo miraba a él. Sus ojos negros se veían atrapados por lo que fuera que contuviera la olla. Fascinación, ansia, reconocí un millón de cosas en aquella mirada que me puso el vello de punta. Comprendí, sin ningún tipo de duda, que aquel chico estaba loco. Una revelación que me sorprendió tanto como lo que sucedió a continuación.

Sin dejar de protestar en un idioma incomprensible, el eslavo sostuvo las asas de la olla y la alzó. El treintañero se movió con la rapidez de un gamo para colocar un enorme colador en el fregadero. El eslavo vació la olla dejando que el líquido se perdiera por el desagüe, y una densa humareda agudizara el olor intenso.

La mujer regresó con nosotros justo cuando el hombre tomaba el colador y lo colocaba sobre la mesa de madera, junto a las flechas, sin importarle mojarlo todo.

—Ten más cuidado, ¿quieres? —gruñó la mujer—. Ahí comemos.

El hombre pareció entenderla, sus ojos sonrieron, pero no hizo ademán de ser más cuidadoso. Alcancé a ver el contenido del colador: Pequeños trozos de metal, madera y cristal. Nada relevante, al menos no para mí. Busqué los ojos de mi acompañante, a la espera de una explicación. Por su palidez, no iba a gustarme. La mujer nos observó con diversión.

—Veneno —atajó ella, con un regocijo que me hizo plantearme que estuviera igual de loca que el treintañero— y metralla. Creo que ya os dije que quiero esa aldea aunque tenga que cargármelos a todos, ¿verdad? Pues mira por donde, estaba a punto de llevarlo a cabo.

El eslavo, el treintañero y la mujer me miraron al mismo tiempo. Di un respingo, y el brazo de mi acompañante se cerró con fuerza sobre mi espalda. Al parecer, no era el mejor momento para salir corriendo. El dedo de la mujer me señaló con satisfacción.

—Si así te sientes mejor, tú vas a evitar bajas innecesarias. Contigo solo caerán los que no se dejen.

La mujer avanzó hacia mí, y a mí me temblaron tanto las piernas que seguí en pie por la sujeción de mi acompañante. Nos sonrió a ambos, mientras el eslavo y el otro hombre se ponían unos guantes, y se dedicaban a rellenar los saquitos que portaban las flechas. Nos los presentó, pero fui incapaz de quedarme con el nombre del eslavo, a causa de la cantidad de consonantes en su nombre. El del otro fue más fácil: el Araña. Me quedé perpleja, de nuevo. Mi acompañante, más espabilado, preguntó por lo inusual del nombre, y si se debía a que podía trepar por las paredes como Spider-Man. Nada más lejos. El Araña se llamaba así por su aprecio enfermizo hacia las arañas. Sin mucho interés, la mujer nos explicó que el chico había sido uno de los últimos reclutas del ejército. A la desesperada, las fuerzas del orden habían tenido que echar mano de delincuentes para seguir defendiéndose de la infección, y las instituciones penitenciarias resultaron toda una cantera. Tan fortificadas, la infección no llegó a entrar, pero los reclusos salieron bien armados. Hubo fugas y motines, pero no había otra opción ni personas con más experiencia en batallas. El Araña llevaba un tiempo en aislamiento, por lo que me pregunté qué demonios había hecho. Echando cálculos, durante su encierro debía de ser muy

joven, su delito debió de ser preocupante para lanzarlo de cabeza al peor agujero. La mujer no dio detalles sobre sus antecedentes, se limitó a comentar, como quien habla del tiempo, que el Araña tenía en gran estima a las de ocho patas porque fueron su única compañía durante su encierro. Al momento, volvió a centrarse en las flechas.

—Por si se huelen la trampa o por si te rajas y decides quedarte en la aldea, han decidido mantener esto. El plan b. Esa metralla adobada igual no te mata, pero te las hará pasar putas, sobre todo si intentas limpiarte las heridas con agua. Otro motivo para abrirnos desde dentro, ¿no te parece?



La mujer me separó de mi acompañante y me llevó hasta una pequeña habitación del segundo piso, que no contaba con más que una cama, un barreño a modo de bañera y un armario. Mientras yo me quitaba la ropa y me preparaba para otra ronda de limpieza y curas, ella empezó a hablar. A su vez, el tiempo empezó a correr, y yo me desorienté por completo. Entre mis párpados pasó el día, también la noche. Así sucesivamente, de manera imprecisa. La mujer hablaba. No fui capaz de escucharlo todo, porque mil pensamientos y un sopor incontrolable me lo impedían. Entre todo, la idea de ser inmune estaba ahí, de fondo, tirando de mí, haciendo que me preguntase si Guillermo también lo sería. Del mismo modo, pensé en mis padres, lo que cubrió mi rostro de lágrimas. Quizá fueron inmunes, pero las heridas graves habían terminado con ellos igualmente. Cuando al fin sintonicé con la realidad y el presente, vi que la mujer se daba cuenta de que yo lloraba, pero, como lo hacía en silencio, continuaba explicándose.

La aldea ecológica, antes de caer, cuando todavía existía la civilización, había alzado unos tabloncillos que delimitaban su extensión en lo relativo a sus viviendas. Su función era la de mantener una cierta intimidad. Muchos ciudadanos curiosos y alguna que otra pandilla de gamberros se acercaban para burlarse, para cotillear o para mirar sin más. Las aldeas resultaban accesibles, cualquiera era bien recibido, pero si su interés estaba en sumarse a una vida sana y justa. Para ser monos de feria, a los aldeanos les llegaba con sus paseos por las calles urbanizadas.

En todo ese tiempo, yo no me había preguntado cómo habrían sobrellevado los aldeanos aquel apocalipsis. Simplemente di por sentado que mejor que todos los demás, por estar apartados y ser autosuficientes. La mujer me comentó que sí, las aldeas podían resistir, pero esta en concreto había caído mucho antes del caos. Al parecer, se debió a un asunto con las vacas. Eso llamó mi atención con fuerza. Los aldeanos no utilizaban el dinero dentro de su mundo, sino el trueque. Porque el dinero nos había llevado a la ruina. Partían de una convivencia justa, en la que todos tenían lo mismo. Pero no resultó ser así. Porque una de las vacas daba más leche y mejor que la del vecino. Y el de la vaca productiva podía conseguir muchas más cosas que el vecino, y eso no era justo.

Me quedé sin saber los detalles de cómo la aldea había sido abandonada, porque mis pensamientos se fueron por otro camino. Recordaba las palabras de mi acompañante, lo relatado sobre el territorio arrebatado a los salvajes. Lugares aislados, en los que, en teoría, se habían refugiado los más afortunados de nuestro mundo. Una extraña sensación de regocijo me asaltó al asumir que ellos no estaban más a salvo que yo misma. La infección no depende de una

ubicación, ni siquiera de determinadas condiciones. La infección afectaba al hombre y lo seguiría allá donde fuera. Seguro que no huyeron lo bastante rápido, seguro que alguno de esos afortunados, alguien de su familia o el mismo personal destinado a atenderlos había sido herido. Seguro que había guardado silencio, para que no lo dejaran en tierra. Podría ser, probablemente de verme en esa situación yo también guardaría silencio.

La mujer me obligó a tragarme varias pastillas, mientras me contemplaba de un modo extraño. Yo me dejaba hacer, sumida en mis pensamientos, a ratos escuchándola. Cuando volví a sostenerme en pie, me sumergí en la bañera, sin inmutarme por el agua ligeramente fresca. Estaba agotada y medio ida. Igual sí me había infectado y lo que estaba era muriéndome. Eso me ahorraría vérmelas con la tarea de colarme en la maldita aldea. En algún momento, me asaltó un ligero mareo, una nueva mujer entró en la habitación. El tiempo seguía pasando, sin importancia para mí. Antes de ser del todo consciente, estaba tumbada boca abajo en la cama. Desnuda, cubierta hasta la cadera por una liviana sábana. Mi conocida, la líder, se marchó, pero no tardó demasiado en volver. Decía que estábamos en la recta final, la parte decisiva. A mi pesar, mantenía su empeño de usarme como caballo de Troya. Mi acompañante apareció, surgido de la nada, sentado en el borde de la cama. Lo hubiera tachado de ilusión, si no me mirase casi sin parpadear, ceñudo y con el arma en la mano, listo para pegarme un tiro. La líder, por su parte, no dejaba de hablar del plan, repitiéndose igual por sí a base de insistir se me quedaba algo. No creí que fuese a funcionarle.

La burda muralla de la aldea no estaba concebida para contener infectados, pero la habían fortificado sus últimos ocupantes. El plan era sencillo: me plantaría ante la puerta de la aldea y pediría asilo. Me acogerían, me harían un par de pruebas y un montón de preguntas, y me dejarían descansar tras el tortuoso viaje que me había llevado hasta ellos. Ahí era cuando me escabullía, y abría una puerta trasera de la que muy pocos tenían constancia.

Mis ojos se cerraron, mi voz salió, aunque yo no di orden alguna. Incitada por la medicación, el agotamiento o la infección que corría por mi torrente sanguíneo me puse a parlotear, sin la menor idea de qué decía. Una mano sostuvo la mía. Podía ser de la mujer, de mi acompañante o de una tercera persona a la que no veía.

—No lo creo —dijo la mujer, respondiendo a una pregunta desconocida para mí—. Me parece que tú fuiste la primera en ser verdaderamente consciente de la magnitud del problema. Le pasó a un hombre con el que coincidí al comienzo, solo que él no tenía quien lo protegiera ni quien tirase de él.

—No teníamos opciones —me vi diciendo, con una voz ronca y débil—. Si soldados, policías, gente preparada caía. ¿Nosotros...? Si casi nunca salíamos de nuestro barrio... —En mi mente apareció Fátima, marcando su pequeño calendario. ¿Marcaría de alguna forma especial el día que me abandonó?—. ¿Qué demonios importa cuánto tiempo pase?

Si alguien me respondió, no lo escuché. Una ronda de reproches hacia mí misma explotaba en mi cerebro. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué me había puesto a seguir a aquel desconocido, en lugar de tratar de seguir los pasos de mi gente?

La voz del hombre se metió en mi cabeza, dándome a entender que yo continuaba hablando en voz alta.

—No, Clara, no creo que vuelvas a verlos. Han podido ir hacia cualquier lugar, en cualquier dirección. Es... imposible. Lo siento.

Yo no lo sentía, y eso todavía tenía menos sentido que lo que estaba sucediendo, que lo que pretendía que hiciese. Escuché una risa quejumbrosa, la mía. Quizá no me convirtiera, pero me rendía por completo a la locura. Eso daría sentido a los diversos gritos que empezaron a sonar. Ascendían imparables, rodeándome. La mujer gritaba, aunque parecían más bien órdenes. Voces, chillidos, gruñidos, de hombres, mujeres e infectados. Mi acompañante también decía algo con tono impetuoso. Un destello de comprensión me susurró que los infectados estaban atacando la mansión. Debería levantarme. Mi cuerpo no respondía. Mi mente trató de huir, y me llevó al pasillo en el de aquel piso, dónde realicé mi primer y último disparo. Un enérgico zarandeo me permitió recuperar mi vista. Ya no estaba boca abajo, sino sentada en la cama, con el rostro cortado de mi acompañante a un palmo.

—¡Todos la hemos cagado en algún momento! ¡Asúmelo y espabila!

Ruidos de muebles y de cristales al romper se sumaron al estruendo que rodeaba el ambiente. Una urgencia, nos atacaban, eran muchos. En la habitación solo estábamos mi acompañante y yo. Alguien cerca gritó pidiendo ayuda. Reaccioné, pero para contemplar al hombre con pánico. Si él acudía en auxilio del dueño de la voz, yo volvería a quedarme sola. El hombre puso los ojos en blanco con esa mueca burlona mientras me soltaba. Me lanzó un vaquero y una sudadera. Me señaló con la pistola y luego dirigió el cañón a la ventana.

—Vístete y nos largamos cagando leches por ahí. No hay mucha altura y ese árbol está cerca.

Dejé la cama y empecé a vestirme con manos temblorosas, entorpecida por la medicación, la infección o la tragedia que se desarrollaba en el piso de abajo. El hombre se me echó encima, para ayudarme a ponerme la ropa más deprisa.

—¿Sabes? —dijo entre dientes—. No estaría mal que esto de vestirme y desvestirme fuese por otros motivos, joder.

Lo miré desconcertada unos segundos, mientras él parecía más enfadado todavía. Los sonidos de pelea continuaban bajo nuestros pies. Disparos sordos, golpes. Me eché a reír, a saber por qué, y mi acompañante rio conmigo, antes de ponerme la sudadera por la cabeza y empujarme hasta la ventana, mientras yo terminaba de colar los brazos en la prenda. Iba descalza, ahí dejó de hacerme gracia, pero no fui capaz de detener la risa gracias a los nervios. También había alivio, ya que estaba a un paso de librarme del plan. Intenté no despistarme, estar alerta. Mi acompañante me ayudaba, más de lo que había dicho, pero no aguantaría a mi lado más tiempo si continuaba siendo una carga. Él no era Guillermo; de elegir entre su vida y la mía, yo saldría perdiendo.

Por los sonidos, el grueso del enfrentamiento se daba en el primer piso, y en la parte delantera de la casa. La habitación daba justo a la trasera. Sin embargo, como para fiarse. Mientras él abría la ventana, busqué mis botas, sin éxito. Me tendió la mano y negó con la cabeza.

—Te las quitaron, descalza te costaría más escaparte. Ya lo he visto otras veces —dijo, como si fuese lo más normal del mundo, mientras yo tomaba la mano que me tendía, a pesar de no tener ni idea de cómo íbamos a escapar de la refriega—. Ya encontraremos algo. Ahora lo importante es eso.

Miré en la dirección que señalaba. Tras la mansión, entre árboles y matorrales que jamás estarían allí de haber existido un jardinero, podía verse una pequeña edificación que ejercía de

garaje. El coche que pudiera contener había sido sacado hacía bien poco, o eso señalaban las marcas de ruedas sobre la hierba y los arbustos machacados. Al parecer, no seríamos los únicos desertores. Entre las puertas abiertas distinguí la rueda de una moto.

—¿Sabes conducir eso? —pregunté, mientras mi acompañante saltaba de la ventana hacia la rama del árbol que, en efecto, estaba cerca.

Apreté los dientes, convencida de que no sería capaz de hacer lo mismo, mientras él volvía a reírse.

—Ah, ya. No te impresioné al volante, pero no me quedó otra.

Hablaba de nuestro comienzo, de ese granero que él derribó, atrapándome. Sentí como los ojos se me abrían de incredulidad.

—¿Chocaste a propósito?

Asintió casi sin inmutarse mientras me dejaba sitio para que me reuniera con él en el árbol.

—Iba a largarme, pero dispararon a las ruedas. Estamparme podía matarme, pero no llegaría muy lejos, me pillarían, y ahí sí que estaría muerto...

La puerta de la habitación se abrió con ímpetu. Primero pensé que la mujer venía a impedir que me fuese. Corría directa hacia mí. Demasiado tarde reparé en la sangre que chorreaba de su brazo izquierdo. Antes de ser abatida como un estúpido animal paralizado, un estruendo me dejó medio sorda, y un dolor agudo estalló en mi pómulo. Mi acompañante había disparado desde el árbol. Mi cuerpo no le dejaba mucho margen, pero había logrado hacer blanco en la frente de la mujer, y también en mi mejilla. El cosquilleo de la sangre se sumó al dolor de cara, pero el grito del hombre me instó a preocuparme de ello más tarde. Me giré y, antes de darme cuenta, había saltado al árbol y de ahí al suelo. El hombre llevaba mi mano firmemente sujeta, con la otra el arma, lista para disparar a todo aquello que amenazase con acercarse. Para nuestra sorpresa, en esa parte trasera no había un alma. Aprovechó la quietud para evaluar mi cara. Torció el gesto, una extraña forma de pedir disculpas por haberme dado, pero sin expresarlo en palabras. No hacía falta, me había salvado la vida, de nuevo. Tampoco expusimos esto al aire. Él desvió su atención hacia la casa, yo me pasé la mano por la mejilla con cuidado. Me ardía la cara, dolía, pero apenas estaba sangrando.

—Es como si los hubieran conducido directos hacia allí —murmuró para sí mismo, por lo que no le di demasiada importancia.

Mientras él se hacía con la moto, un modelo verde y blanco ideal para ir campo a través, yo tiritaba de frío y sentía el dolor del rostro y el de las plantas de los pies. Se escuchaban los gritos, gruñidos y señales de pelea, pero no se veía a ningún infectado por esa parte. Al final, la casa había resultado ser una trampa mortal. Vivos o muertos no saldrían por la ventana, porque estaban tapiadas. Sin embargo, era cuestión de tiempo que alguien alcanzase la segunda planta, como hizo la mujer. El rugido de la moto al arrancar me dejó sin aire. Parecía una explosión. Atraería a todos los infectados en un parpadeo, pero por allí seguía sin aparecer nadie. Entre los árboles no se veía el menor movimiento. Me resultó tan extraño que no pude evitar dar un par de pasos con cautela, para intentar ver el lateral de la casa, y entender por qué no venía nadie. Estaban allí, los oía.

—¡Sube, joder!

La moto estaba a mi lado. El susto me arrancó un grito. La mirada rabiosa de mi acompañante bastó para que alzase la pierna y me sentase en la parte libre del asiento. Tal y

como arrancó, fue un milagro que no me dejase atrás. No parecían faltarle ganas. Demasiado rápido para asegurarme, me pareció ver un brillo metálico en los laterales de la casa, entre los árboles; un par de infectados forcejeando para abrirse paso, sin éxito.

No resolví el misterio hasta un par de horas después, cuando encontramos un viejo sendero que nos llevó hasta un hórreo olvidado que resguardaba un par de telarañas y varias ramas secas. Nos servía. Apartado, con pies y base de piedra. Sin ventanas, pero con holgura entre los tablones que nos permitían ver fuera, y cerrado con un pasador de fácil manejo.

En aquel pequeño cuartucho el hombre me explicó que alguien había traicionado a la mujer y al resto. Probablemente fue quién se llevó el coche. Lo que impidió que los infectados rodeasen la vivienda fue algún tipo de malla metálica que los obligó a apostarse ante la casa, e impidió que los del interior tuviesen una salida. Más de uno habría corrido por aquel lateral, hasta verse atrapado por aquella red, sin tiempo a retroceder. No me sentí bien. Tampoco mal. No supe cómo sentirme. La trampa había sido cruel, pero la mujer y su gente no eran unos santos. Tumbada sobre el duro e irregular suelo de piedra, vi que mi acompañante cabeceaba. La oscuridad persistía, pero la holgura entre los tablones nos dejaba ver nuestras siluetas. Estaba sentado a mi lado, con la espalda pegada a la pared de madera y la pistola en la mano.

—Dudo que llegue algo hasta aquí —dije, sin atreverme a decirle a las claras que debería dormir un poco.

No necesitaba luz para reconocer en su rostro esa sonrisa burlona.

—Aquí ya hay algo, Clara. Tú —comentó.

—Ah —dije, de vuelta a mi aturdimiento.

Había olvidado que la inmunidad todavía no estaba confirmada. Quería ser inmune, claro, por lo que estuve cerca de angustiarme ante la idea de no serlo y, peor, de convertirme y atacar al hombre del que no sabía ni su nombre. Iba a preguntarle cómo se llamaba, cuando lo sentí moverse, hasta tumbarse a mi lado. No lo vi bien, pero juraría que había soltado el arma.

—Mierda. Estoy hecho polvo —gruñó—. Si te transformas y quieres comerme, adelante.

Me entró la risa floja y noté un revoloteo en el estómago que podría ser gratitud, enamoramiento o parte del proceso de conversión. Imposible saberlo. Sentía su cuerpo a mi lado, nuestros brazos casi pegados. Una parte de mí me recordó que él no era bueno, que debería señalarlo como mi enemigo, pero las últimas horas juntos trastocaban mi perspectiva. Nuestro comienzo no había sido pacífico, pero su rudeza disminuía y, en ese momento, era lo único que tenía. Fui incapaz de contenerme. Me giré y me pegué a él todo lo que pude. Pareció resistirse, pero terminó envolviéndome entre sus brazos. Guillermo apareció como un recuerdo, cada vez más lejos. Rompí a llorar de forma histérica. Lejos de apartarme, los labios del hombre depositaron un beso en mi frente.

—El trato se mantiene, ¿eh? Si te quedas atrás...

—Vale —sollocé, igual de conforme que en su momento.

Su risa agitó ambos cuerpos. Me estrechó con más fuerza y se puso cómodo, dispuesto a echarse una larga siesta.

—Vas a hacer que me maten —dijo en un lamento.

Lejos de sentirlo como una crítica, me reconfortó su queja. Podía contar con él, de momento. Necesitaba dejar de ser una carga o también lo perdería. No tenía ni idea de cómo, pero esta vez sí que pensaba hacer todo lo posible por no volver a despistarme.

TRES AÑOS DESPUÉS

El grito de júbilo resonó en la lejanía. El sonido recorrió la distancia hasta alcanzarnos, y se extendió por el cielo repleto de nubes grises. Adoro los días encapotados, lo único que nos protege del peor de los ataques, el del sol. Todo lo demás es combatible y yo he cambiado lo suficiente para enfrentar lo que haga falta.

En el paraje en el que montamos el campamento, no había más que rocas y algún que otro árbol enclenque. Las laderas de las montañas dejaban una pequeña e íntima explanada. Un par de días antes estuvo habitado por trece personas, por llamarlas de alguna forma. A ellos pertenecían los habitáculos escarbados en la tierra, como cuevas. Hicieron un gran trabajo. Seguros y discretos si se busca vivienda. Nosotros preferimos las tiendas, porque no vamos a quedarnos. Desde la carretera que corta las montañas, habíamos visto el lugar por un destello que el sol arrancó en una de sus cruces invertidas. Había seis, como si marcaran tumbas. Nos llamó la atención, nos acercamos por si había algo útil, justo lo que los anteriores habitantes pretendían. Una emboscada. Adoradores del diablo, o eso nos dijeron cuando nos rodearon, amenazándonos con rudimentarias lanzas. Dijeron un montón de cosas. Que nos sacrificarían, que solo los perversos sobreviven. El contrapunto de la ira divina. Quizá estuvieran en lo cierto. Como nosotros éramos peores, ahora ellos y sus cruces, están bajo tierra.

El muchacho que había soltado el grito corrió como pudo con su cojera, para acercarse al resto de nosotros. Ahora éramos siete, pero el número variaba constantemente.

—Y, al fin, el alumno supera al maestro —dijo alguien a mi espalda.

Mi sonrisa no despuntó, pero por dentro estaba dando saltos de alegría. Tiempo atrás me había llevado una sorpresa al descubrir que era buena tiradora. Ser mejor que Agustín era como la medalla de oro en unas olimpiadas. Él nunca fallaba. Ahora, yo tampoco. Quién iba a decirlo. Quién iba a decir que podría ser buena en muchas cosas. El nuevo mundo ofrecía muerte y dolor, pero también nuevas oportunidades.

Una mano enorme, callosa y arrugada, se posó en mi hombro.

—Que no se te suba a la cabeza, ¿eh? Aún te queda mucho, polluelo —gruñó Agustín con su nota grave, y sus labios apenas se movieron bajo su espesa barba blanca.

Era lo más cerca que podía haber de una felicitación por su parte. Asentí y él retiró la mano dispuesto a irse con la cabeza alta, a pesar de ser el perdedor del día.

El chico que corría apenas rondaba los ocho años. Se detuvo ante mí con las mejillas enrojecidas. Perlas de sudor brillaban en su frente y mantenía el cuerpo encorvado por culpa de la pierna, que casi pierde cuando se desató el apocalipsis. Según nos contó, su padre estuvo cerca de arrancársela de un mordisco. Fue en la primera etapa, cuando todavía no se sabía que las dentelladas suponían contagio. Lo trataron, en lugar de pegarle un tiro preventivo en la cabeza, que era lo que se estilaba últimamente. Sobrevivió, pero el horror inundó su pequeña mente, moldeándolo y arrebatándole la infancia. Ahora, jadeaba, no le salían las palabras, por lo que se limitó a tenderme el trozo de madera en la que solo quedaba una flecha. La otra, la primera flecha, la de Agustín, no era más que astillas dispersas por el suelo.

—Menudo repaso que le has dado al viejo —felicitó alguien.

Ni me molesté en volverme ni en darle las gracias. No sabía quién era, ni me importaba. Los dos últimos hombres en sumarse a nuestra congregación no durarían demasiado. Mejor no conocerlos ni fiarse de ellos. Agustín se había encargado de acogerlos, porque podrían ser útiles. Para mí, la única utilidad fue la información que compartieron. Venían de recorrer la costa y confirmaban un rumor que llevábamos escuchando un tiempo de otros supervivientes: el mar, las playas y los puertos eran un peligro. Durante meses, muchas personas buscaron refugio en el agua por lo que había en tierra. Ahora regresaban o bien arrastrados por las mareas o todavía sobre los barcos que deberían haberlos salvado. En ambos casos, estaban muertos.

Berta, siempre tan conciliadora, se disculpó en mi nombre.

—No te mates, los del dúo fantástico no son muy habladores —le dijo al hombre, guiñándole uno de sus bonitos ojos verdes.

No dejaba de preguntarme cómo era que Berta llevaba con nosotros año y medio y todavía seguía viva, y siendo amable. No sería por lo bien que la tratábamos. Si bien es cierto que ella y yo habíamos tenido alguna charla extensa, no la dejé acercarse a mí demasiado. Suponía que su actitud era una defensa como otra cualquiera. Tampoco me preocupaba demasiado.

El sonido de un motor acercándose cambió por completo las cosas. Los coches eléctricos se habían hecho con el mercado, pero la falta de electricidad los volvía un objeto inservible. Los coches de gasolina eran escasos, igual que el combustible, pero mejor opción para los desplazamientos, ya que aún había bastantes gasolineras. Todavía quedaba gente viva, porque nadie se mantenía quieto en ningún sitio. Fin del ambiente festivo, hora de hacer nuestro trabajo. La ladera de la montaña y sus pequeñas elevaciones nos ocultarían. La carretera transcurría al pie y el asfalto era un mero recuerdo, porque el aire lo había cubierto de tierra. Agilidad para ocupar cada puesto, rapidez, pero cautela, para no levantar demasiado polvo ni desprender piedras que señalasen nuestras posiciones.

Esta vez, el cebo era Berta, por lo que ella ni se molestó en andar con cuidado. Quería que la vieran. Lucía un aspecto débil, como el chico, como yo, y por eso éramos los tres que más nos exponíamos. Busqué a mi compañero de dúo, y localicé su rostro repleto de cicatrices más lejos de lo que me gustaría. Próximo, a quien tenía era al nuevo al que no le había dado las gracias por el cumplido. Hubiera preferido que fuese otro, pero así salían las cosas.

El coche estaba cada vez más cerca, se intuía a lo lejos, envuelto por una terrible humareda que forman la tierra y arena. Parecía un híbrido entre todoterreno y furgón militar. Lunas tintadas, aunque con la de polvo que cubría los cristales podrían haberse ahorrado la molestia. Imposible ver dentro. Buen vehículo, con un guardabarros ideal para evitar que el motor sufra de vérselas con algún infectado al que atropellar. No me gustó un pelo.

Berta tenía un cuerpo bonito. Rondaría los cuarenta, pero tanto su físico como su actitud la hacían parecer mucho más joven. Al poco de conocerla, me dijo que había sido actriz, pero probablemente no fuese cierto. En el mundo en el que vivimos, cada uno adapta su pasado a lo que más le apetece, porque quedan pocos para rebatir la realidad. Llevaba unos pantalones cortos ceñidos, unas botas militares que resaltaban sus largas piernas, y un top de tirantes. El coche, obviamente, se detuvo. Ni todo el enredo que lucía su melena rubia la afeaba. Hombres o mujeres siempre paraban si la figura del arcén era alguien indefenso. No siempre con las mismas intenciones o por los mismos motivos, pero no fallaba.

Del coche bajó un hombre, el piloto. Sus ojos recorrieron a Berta, pero trató de contenerlos.

No era de los peores, pero no estaban las cosas como para fiarse. Me mantuve quieta, con su frente en la mira de mi arma. No supe qué le dijo el piloto a Berta, pero no debió de ser malo porque ella le regaló una sonrisa. Sin embargo, nuestra compañera echó las manos hacia atrás, y nos hizo uno de los gestos que habíamos ensayado. Por el modo en el que se movían sus dedos, el piloto no era una amenaza, pero había algún peligro. Ver al piloto dar un paso atrás me hizo contener el aire. El hombre alzó las manos y susurró un discreto «corre».

Del coche bajaron dos hombres más que ni se molestan en ocultar sus armas. Uno apuntaba a Berta, el otro a la ladera de la montaña. Bien, sabían que era una trampa. Desconocían cuántos seríamos, nosotros tampoco sabíamos cuántos eran ellos. En ese coche, podía haber mucha más gente, por muy vacía que pareciera la zona de carga. Podía acabar con los dos hombres armados, y hasta con el piloto, pero no iba a ser tan sencillo. Nunca lo era. Estos sabían lo que hacían. El piloto no, pero sí los recién aparecidos. Las cosas iban a ponerse feas. Lo confirmé cuando escuché amartillar el arma al nuevo que tenía tan cerca. Apuntaba a mi cabeza.

—Seguro que aciertas —dijo el hombre con cautela—, pero será tu último disparo.



No era la primera vez, no sería la última. La traición estaba a la orden del día, aunque, a decir verdad, no hay traición entre traidores. Ellos querían lo que nosotros teníamos. Justo lo que nosotros queríamos de ellos.

Una suerte ser débil, de lo contrario estaría como Agustín. O sea, con una bala en la frente. Lo llamaban viejo, pero no lo era tanto y ejercía de líder. Siempre hay que anular al líder. Por suerte, a mí solo me habían quitado las armas, como a Berta. Al crío ni le ataron las manos, porque les juró lealtad con tal de que no lo matasen. Sus lágrimas parecían tan reales que normal que se lo creyeran. El chico era un artista. Uno que, si se iba con ellos, los matará mientras duermen.

Nuestros captores eran seis. Al piloto no lo conté porque era tan rehén como nosotros. No iba atado, acataba órdenes, pero no con gusto. Tenían algo que él quería, protegía a alguien o buscaba a alguien. Sentí cómo se me revolvió el estómago. Yo debería estar buscando a alguien. Aparté este pensamiento con fuerza, para que mi mente no evocase el rostro de Guillermo. Necesitaba concentrarme. Ellos llevaban las de ganar, habían matado al líder. A los demás nos desarmaron y ataron, pero les faltaba uno. Y en cualquier momento vendrían a preguntarme a mí por él. Lo malo de ser parte de un dúo, era tener que dar la cara por el que siempre se ausenta. No en sentido figurado. Iba a dolerme, a menos que apareciese rápido.

—¿Y el de las cicatrices? —preguntó el que, hasta instantes antes, era uno de los nuestros.

—Ni zorra —respondió el otro que también fue bien recibido.

Ambos me miraron al mismo tiempo. Uno de ellos se acercó a mí con el brazo en alto, listo para sacudirme.

—¿Dónde está tu novio?

Eso era nuevo. Lo miré un poco confundida, porque lo estaba.

—No estoy segura de que pueda considerarse mi novio.

El brazo bajó imparable, la mano impactó justo en mi mejilla, el mundo dio una sacudida.

No, no era esa la respuesta que querían.

—¡Habla, puta!

Eso era más común. Sacudí la cabeza, fingí sentirme más aturdida de lo que en realidad estaba. Balbuceé un poco y, al fin, empecé la ronda de respuestas vagas.

—No... él se oculta... No lo sé...

Un segundo bofetón me giró el rostro en dirección contraria, e instaló un sabor férreo en mi boca. Como mi presunto novio no apareciera pronto, iba a ser yo quien lo matara.



Su verdadero nombre era Lucas, pero nadie lo sabía. Se referían a él como el de las cicatrices o Scarface. Muy poco originales, pero a él y a mí nos daba lo mismo. Cómo nos llamasen dejó de importar el día que nos conocimos. Él estampó su camioneta contra el granero, yo lo había seguido, y desde entonces estábamos juntos. El resto iba y venía. En ocasiones, era adecuado ser solo dos, pero los grupos reducían las posibilidades de morir, por el simple hecho de haber más blancos. Cuestión de probabilidades.

Antes de la infección, Lucas trabajaba. No había mejor modo de definirlo. Trabajaba doce horas como camarero de lunes a viernes, los fines de semana era barrendero. Todo por su hijo, producto de una noche de fiesta que cambió su vida. En cuanto supo que iba a ser padre, quiso dar lo mejor de sí mismo, aceptó responsabilidades y se dejó la piel para que al niño no le faltase de nada, ni al nacer ni en el futuro. Sin embargo, lo que falló fue, justo, el futuro.

En su caso, no hubo autobús de evacuación, sino un coche de la Guardia Civil con potentes altavoces que insistía en que se encerrasen en sus casas y mantuvieran la calma. Obviamente, en la localidad costera de Cangas, pocos hicieron caso al aviso, porque no había noticias de nada tan grave como para acatar la grabación en bucle. Aun así, cuando su jefe decidió cerrar por orden de las patrullas a pie, Lucas se dio prisa en alcanzar el piso en el que él y la madre de su hijo vivían. Ellos, como el resto de vecinos, tampoco hicieron caso a la grabación. Al contrario, se mantenían todos juntos en la plaza que formaban varios edificios protestando por el revuelo, esperando enterarse de algo. Lucas logró verlos entre la marea de cuerpos familiares, en el mismo instante en el que el primero de los infectados la emprendía a dentelladas. Lucas no se había detenido a racionalizar el violento ataque, ni se sumó al caos de correr en círculos, obra de desconocer el motivo que causa el pánico. Toda su atención fue para su familia. Y los alcanzó justo a tiempo. A tiempo de ver cómo moría la mujer a la que nunca quiso, y el niño al que quiso más que a su vida. Ahí entraban en escena los hombres con los que, años después, invadiría la casa rural. En el pasado, eran más de cinco, en su mayoría marineros, cuyo punto de unión no era vivir en el mismo sitio, sino haber sobrevivido a la infección, para convertirse en otra cosa.

Tan sigiloso como práctico, Lucas apareció antes del cuarto golpe, cuando ya no tenía necesidad de fingir que estaba a un paso de quedarme inconsciente. Alcancé a escuchar los disparos antes del inevitable fundido en negro.

Cuando volví a abrir los ojos me encontré refugiada en el interior de una tienda de campaña. El silencio indicó que volvíamos a ser pocos. Probablemente solo quedásemos él, el crío y yo. Los demás, muertos. Al llevarme las manos al lugar dónde más me dolía, justo en la

ceja derecha, encontré el tacto de las vendas. Lucas se había retrasado, pero había cumplido con su labor de salvador, y también de enfermero. Lo sentí cerca, tendido a mi lado. Me moví lo justo para cobijarme contra su cuerpo, y percibir que ambos estábamos desnudos.

—Podrías haberte dado un poco más de prisa —protesté contra su pecho mientras mis manos se perdían por su cuerpo.

Bajo mi oído escuché el ritmo de su corazón, cada vez más presuroso. Su respiración revolvió mi pelo, sus labios rozaron mi frente, y sus dedos acariciaron mi piel.

—Estaban prevenidos, sabían cómo funcionamos —susurró antes de encajarse entre mis piernas.

Tomé su rostro dónde seguían los cortes de la luna delantera y uní sus labios con los míos. Solté un quejido por mi herida y por la invasión repentina. No era del todo doloroso, pero sí algo brusco. El deseo poco tardó en aplacar las molestias, y me dejé arrastrar como llevaba haciendo desde la primera vez. Me gustaba, no era espectacular ni lo que me había imaginado, pero cada roce de su cuerpo me hacía olvidar dónde estábamos, o cuánto habíamos perdido por el camino. Él era lo único que tenía, y me aferré a su espalda sin importarme los golpes recibidos, ni las vidas sesgadas ese día, conformándome con que no eran las nuestras.



Tras una breve siesta, me desperté sola. Lucas se levantaba antes que nadie por pura desconfianza. No siempre fue así, pero llevaba un año haciéndolo, y su obsesión ya nos había salvado la vida un par de veces. El resto del tiempo, solo resultaba un poco molesto.

Me vestí entre el entumecimiento provocado por los sucesos del día anterior. Mi ropa continuaba siendo floja, no solo para dar un aspecto adecuado, sino porque es realmente difícil dar con tu talla entre los restos que otros dejan. Sujeté con un trozo de cuerda la maraña de pelo negro que tenía por melena, y cuyos nudos era imposible deshacer. En breve, tendría que cortármelo de nuevo. Ajusté la pistolera a mi cintura, donde mi arma, una Glock 17, no casaba bien en la funda, pero se mantenía. Muy a mi pesar, apenas me quedaban balas. Evitaba usarla, no por miedo a disparos accidentales, sino por no hacer ruido, y porque la mejor solución hasta la fecha había sido siempre un cuchillo. Yo llevaba dos, uno sujeto a una de las trabillas del vaquero, otro oculto en las botas militares. Ninguno podría considerarse gran cosa. El de la bota era como cualquiera de los que hubiéramos puesto a la mesa en el pasado, solo que mucho más afilado. El de la cintura sí contaba con un filo más largo, y una cara dentada. Con todo en su sitio solté un suspiro. En ese momento, casi cada mañana, me preguntaba por qué no me pegaba un tiro y terminaba con todo de una vez. Por inercia, espanté la duda y salí de la tienda. El sol despuntaba, no había rastro de las nubes ni de los cadáveres. Lucas los habría enterrado junto con los anteriores habitantes. Localicé al crío revisando unas mochilas que no eran nuestras. También vi un bulto en el suelo. Me acerqué para confirmar que era el piloto.

—¿Por qué no te ha matado? —pregunté con extrañeza.

Los sollozos se interrumpieron. El bulto tembló y se movió hasta que un rostro maduro bañado por las lágrimas, y ennegrecido por la tierra, me miró con todo su dolor.

—Porque le pedí que lo hiciera.

Decidí terminar ahí la charla. El piloto estaba equivocado, pero no pensaba ponerme a filosofar tan temprano. Lucas lo dejaba con vida por el mismo motivo que me había dejado a mí. Aquel hombre no suponía una amenaza, y todavía tenía un objetivo, una meta, por lo que no deseaba la muerte tanto como parecía. Antes de poder evitarlo, cuando ya pasaba de largo y el piloto volvía a encogerse en el suelo, las palabras treparon por mi garganta y se escaparon de mis labios.

—¿A quién buscas?

Hubo un silencio casi sepulcral antes de que el hombre respondiera.

—A mi mujer.

Estuve cerca de silbar impresionada, y de comentar que más le valía no encontrarla. Dependía de cuanto llevasen separados, por supuesto, pero lo más probable era que la mujer con la que se había casado estuviera muerta. Quizá fuese una infectada, quizá se llevó una bala, o sufrió un accidente, quizá cambió tanto que de ella no quedaba nada. De un modo u otro, la había perdido.

—Espero que la encuentres —dije, con mi mejor imitación de Berta.

—Ellos la habían visto —sollozó el hombre, con algo de rabia—. Los hombres con los que vine me dijeron que, si los ayudaba, me dirían dónde.

Chasqué la lengua con fastidio por lo rastros que somos a veces.

—Te mintieron. Lo sabes, ¿verdad?

El hombre sacudió la cabeza porque no quería creerme, o porque necesitaba no creerme. Señaló hacia el oeste, dónde no vi nada más que cielo, rocas, colinas y árboles secos.

—Existe un refugio seguro, está allí, lo sé. Los escuché hablar de él. Es una fortaleza.

Lucas rondaba por allí, y tanto él como el crío cruzaron una mirada conmigo. También nosotros habíamos oído algo de una fortaleza, un lugar seguro contra infectados. Me vi en la obligación de ser franca.

—Si ese lugar existe, a estas alturas estará muy lejos de ser seguro. Mira quienes iban hacia él. No, algo así no se sostiene. Lo siento.

La rabia ganó protagonismo. El hombre se puso en pie, tambaleante, pero dispuesto a pelear por una mujer que a saber dónde y cómo estaba.

—¡Mientes! Ese lugar existe, ¡ese lugar es seguro! Llegaré y me reuniré con ella. ¡No dejaré que nada lo impida!

Por tal exaltación, Lucas y yo ya habíamos desenfundado el arma y ninguno dudaría en disparar. Miré al piloto con toda mi molestia.

—No la tomes conmigo, yo no te he hecho nada, sino que por tu culpa me ha caído una paliza. Si no te gusta lo que te dicen, no hables con los demás.

Pareció funcionar. La rabia se fue, y la pena regresó para derribarlo de nuevo. Volvía el bulto que sollozaba. Lucas se adelantó a mis palabras con esa nota de hastío y su voz rasgada.

—Ahí tirado no vas a encontrar una mierda.

El piloto parecía opinar igual, porque se levantó y oteó su alrededor a la caza de la mejor vía. Esta vez el que habló fue el crío.

—El coche es nuestro, pero puedes llevarte agua y algo de comida.

Me parecía bien, por lo que me acerqué a Lucas movida por la intriga. Me planté ante él, me hubiera gustado que me acariciase o que me tocase al menos, pero no era de demostraciones

de afecto en público, ni siquiera cuando lo que nos rodeaba no era más que nada. Eso también era distinto, no había sido así al principio, pero si nos veían demasiado juntos, sabían cuánto nos importaba el otro. También por ser prácticos, manteníamos una relación difusa.

—¿Tú qué dices? —le pregunté.

Lucas me estudió con cautela. A veces, parecía buscar algo en mí que ni siquiera yo sabía que estaba.

—Demasiada gente habla de la fortaleza, ya no me parecen solo rumores. Podría ser cierto, aunque no seguro. Algún listo lo habrá invadido, si no se han matado entre los refugiados.

Compartía su razonamiento porque era el básico. Si todo el mundo había acudido allí, no habría sitio, y sí varios que quisieran sacar un buen pedazo. Sentí su mano en mi rostro y lo miré sorprendida. Él sonrió, las cicatrices pasadas y mal curadas se retorcieron sin que a mí me afectase de manera negativa.

—¿No quieres saberlo? —preguntó con suavidad—. ¿No quieres buscarlo?

Me separé de él como si me hubiera abofeteado. Logré contenerlo todo antes de darle la espalda, lista para ir a encargarme de cualquier cosa que me impidiera pensar en Guillermo.

—Ya hemos hablado de eso.

No me retuvo, pero tampoco le gustó mi respuesta. Sí hablamos, más bien poco, porque yo senté las bases. No quería buscar a mi hermano porque no quería encontrarlo. Clara había muerto hacía demasiado tiempo, poco después de que el granero cayese sobre ella y empezase sus andanzas junto a Lucas. Ella ya no existía, yo no era la hermana de nadie. Sobrevivía por obstinación, no por esperanza. Guillermo tampoco sería el hermano mayor que tanto me protegía; y había sido demasiado bueno para que cualquier cambio supusiera una mejora. Si seguía vivo, se habría convertido en algo violento y sin escrúpulos. De lo contrario, estaría muerto.

UN NUEVO COMIENZO

Es curioso que nada nos inmunice frente a la separación. Hoy en día lo fácil es morir, no mantenerse con vida. Quizá cuesta menos que años antes, pero se mantiene esa sensación de pena cada vez que despidas a alguien con quien has compartido itinerario. Agustín y Berta se habían ganado un lugar en mi memoria, algo inusual, porque procuraba no encariñarme con nadie. Sin embargo, él me había enseñado muchas cosas, y nos salvó a Lucas y a mí de una muerte segura al cruzarse en nuestro camino, cuando avanzábamos dispuestos a alcanzar Ávila. De allí venía Agustín, y confirmaba lo que nosotros escuchamos en una transmisión captada en una vieja radio: la ciudad amurallada permanecía habitable. Lo malo, que esa transmisión no era un llamamiento para supervivientes, por mucho que sonara como garantía de asilo. Era, en realidad, otra de tantas llamadas de socorro. Una más ingeniosa, o la más rastrera. Las murallas, y las barricadas que se alzaron en su momento, no habían sucumbido al paso del tiempo; el personal atrincherado defendía la zona sin esfuerzo, porque los altos muros carecían de fisuras. No fueron muchos los que lograron alcanzar la ciudad antes de cerrarse definitivamente las puertas, y contaban con un buen suministro de raciones bien envasadas. Dentro se sobrevivía, la infección no había causado estragos, pero, así como no se podía entrar, tampoco se podía salir. Una interminable horda de infectados rodeaba el lugar, y allí permanecerían mientras detrás de las murallas siguieran respirando.

Berta no resultó tan útil, pero sí había sido lo más similar a una amiga que he tenido nunca. Agustín estaba muerto, ella no. La mujer había sobrevivido, pero salió huyendo. Aprovechó el revuelo que creó la aparición de Lucas. No se lo tendría en cuenta, porque el instinto de supervivencia tira. Lo más probable era que a Berta le fuese peor sin nosotros, pero cuando llueven las balas cuesta pensar con calma. Correr, huir, es prácticamente inevitable.

A media mañana, tras un desayuno precario y pocas palabras, el chico se puso al volante del todoterreno, a pesar de apenas llegar a los pedales. Él tenía sus dudas sobre que la fortaleza fuese un lugar seguro, pero había decidido probar suerte allí. Según su razonamiento, el lugar no estaría masificado. Aunque mucha gente hubiese escuchado hablar del refugio, alcanzarlo no era tan fácil. En eso tenía que darle la razón, a lo largo de los años habíamos comprobado que fijar un destino concreto era inútil, pues los incidentes te obligaban a desviarte. Tal vez, muchos decidieran ir a la fortaleza, pero probablemente muy pocos habrían logrado llegar a ella. El piloto ocupó el asiento del conductor un poco más entero, ahora preocupado por un accidente de coche más que por su mujer. Nosotros subimos a la moto que habíamos robado meses antes. Dos ruedas siempre, por lo práctico que resulta para huidas presurosas, y en las carreteras con coches atravesados.

Nuestro destino variaría sobre la marcha, pero la idea era alcanzar las Rías Baixas para pasar allí el verano. Si nos manteníamos lejos de la costa y de Vigo, una ciudad demasiado grande para arriesgarse a pisar siquiera su extrarradio, quizá pudiéramos tomarnos un respiro en alguna aldea remota. Sin embargo, atravesar Orense no sería un paseo, y no solo por el calor. Las zonas de bosque eran peligrosas, algunas impracticables o bien por frondosidad, o por la aridez de los incendios descontrolados; las montañas y colinas solían ser el nido de pequeños grupos

supervivientes, en su mayoría violentos. Como la otra opción era las llanuras amarillas, más nos valía buscar la sombra, ahora que el invierno parecía retirarse al fin.

Lamenté despedirme del crío más de lo que dejé ver. Me caía bien, aunque no fuera a decírselo. Quizá volviera a verlo. En cualquier caso, deseaba que tuviese suerte y encontrase lo que necesitaba en ese refugio. Nosotros iríamos delante de ellos hasta dejar las montañas, a velocidad más bien lenta para ahorrar gasolina, cuidar el motor y no armar demasiado escándalo. A mi espalda, cargaba una enorme mochila de excursionista; otra idéntica iba atada a la parte trasera de la moto. Cuando nuestro vehículo nos dejase tirados, cosa que pasaría antes o después, tendríamos que librarnos de la mitad de la carga. Ahí volveríamos a caminar hasta encontrar otra moto, algo cada vez más complicado. Decidí disfrutar el viaje y reunir fuerzas para la futura caminata. Abracé la cintura de Lucas con rigidez, por culpa de la cazadora con protecciones. Él solo llevaba puesto un jersey; es lo malo de no poder elegir vestuario. Habíamos dado con mi prenda reforzada de pura casualidad, estaba tirada en mitad de un descampado. Su anterior dueño debió de ser un adolescente enclenque, porque hasta a mí me costaba abrochar la cremallera. Al menos sí teníamos dos cascos. El mío integral, negro, el de Lucas uno de ciclismo de un horroroso azul turquesa. Nos los íbamos cambiando en cada viaje, aunque Lucas prefería que el integral lo llevase yo. Decía que le molestaba, que limitaba su campo de visión. Podía ser, o también podía ser que quisiera que la más protegida fuese yo.

En nuestro avance, la naturaleza iba invadiendo los lados de la vía, empezaba a asomar por las grietas del asfalto, hasta que un mar de árboles nos rodeó. Volvía a Galicia, de nuevo. Tras tanto tiempo entre laderas yermas, la frondosidad impresionaba. Era tan bonito como peligroso. En las zonas abiertas y secas, estás expuesto, pero ves venir antes el peligro. Al llegar a un cruce, Lucas redujo velocidad y yo contuve el aire sin darme cuenta.

La carretera que se abrió ante nosotros atravesaba el extenso bosque. Antaño debió de ser una autovía. Estaba salpicada de coches atravesados en un carril y en otro. Un pequeño árbol de tronco débil asomaba entre el asfalto agrietado. Hasta donde alcanzaba la vista, había obstáculos, pero la distancia entre ellos era amplia, por lo que no suponía un problema ni para la moto ni para el todoterreno. Allí se separaban nuestros caminos. Nosotros a la derecha, ellos a la izquierda. Lo único que contó como despedida fue un sonido de claxon.

Me acomodé mejor contra la espalda de Lucas. Mantuvo el manillar con una mano, con la otra buscó las mías, para regalarme una caricia y entrelazar nuestros dedos. Con aquellos pequeños detalles, aplacaba mi angustia, la incertidumbre, el miedo. Volvíamos a vérnoslas solos, daríamos con más de un problema, pero juntos sobreviviríamos. En la primera parada que hiciésemos lo cubriría de besos, a modo de disculpa por haber sido tan brusca cuando sacó el tema de Guillermo.

No habíamos recorrido ni dos metros cuando algo nos embistió. Todo sucedió muy rápido, pero percibí cada instante. El impacto, el ruido de fricción de la moto contra el suelo, el gruñido animal del infectado que se había lanzado a por nosotros, el chirrido del todoterreno al clavar el freno. Los dientes del corredor no alcanzaron mi brazo gracias a las protecciones de la cazadora. Me salvaba de esa herida, pero el golpe contra el suelo nos salió caro. Ya llevábamos un poco de velocidad, el vehículo nos arrastró, el agarre del infectado nos impidió soltarnos. Me revolví lo justo para encajar mi cuchillo en su cabeza. Antes de que la moto se detuviera por completo, supe que era demasiado tarde.

Todavía pegada a su espalda, sentí como Lucas se retorció con los primeros estertores. Escuché un grito y ni siquiera fui consciente de que era yo quien lo emitía. El infectado le había mordido, el golpe lo había matado, y muerto era uno de ellos. Antes de que se convirtiera del todo, colé el filo por la parte trasera del casco y le di descanso. Fue lo único que pude hacer, y lo último que haría. Sin él, todo había terminado.

Alguien corría hacia mí, otro infectado, un corredor, que me destrozaría. A punto de apuñalarme a mí misma en el cuello, una mano pequeña rodeó mi muñeca y me obligó a soltar el arma. A través del visor partido alcancé a ver el rostro del chico. Sus ojos reflejaban pena, miedo, incredulidad. Tras él apareció un rostro desfigurado con la boca abierta. Hundió los dientes ennegrecidos en el cuello del chico. La sangre surgió imparable, los gritos de dolor se mezclaron con los míos.

Dos disparos. Silencio. Pasos. Unas manos tomaron mis brazos, soltaron la mochila que llevaba a la espalda, y tiraron de mi cuerpo. El dolor a punto estuvo de dejarme inconsciente. Mi pierna izquierda no me respondía. De ese lado había caído, y los vaqueros no son resistentes al roce contra el asfalto. Intuí los cuerpos a mi lado más que verlos. El del corredor, el del lento, el del crío, el de Lucas. En un segundo, me las vi con varias fases, empezando por la incredulidad. No habíamos sufrido un accidente mortal, no estaba pasando. En un parpadeo, fui más consciente que nunca de la situación. Lucas estaba muerto, él ya no formaba parte de mi vida. No sentí pena, sino una mezcla de culpa por haber tomado aquel desvío en lugar de seguir al coche; también despecho hacia Lucas por haberme abandonado. Grité de nuevo y al fin conseguí expresarme.

—¡Déjame! —grité a quien fuera que me estuviera arrastrando.

Sabía que no era uno de los infectados, solo podía ser el piloto. Carecía de sentido, yo ni siquiera había sido amable con él. Debería haber cogido el coche y alejarse. Podría haber más infectados. No entendí lo que me dijo, ni podía ver bien por culpa de la sangre del chico que emborronaba lo que quedaba del visor del casco. Traté de revolverme, pero había perdido por completo el control de mí misma. Sin poder evitarlo, el casco desapareció y me vi cargada sobre el hombro del piloto. El hombre me lanzó contra el asiento del coche. Corrió para atrapar una de las mochilas, antes de sentarse al volante. El dolor me impidió revolverme, saltar del coche, o protestar siquiera.

—Lo siento, lo siento muchísimo —dijo el hombre, al tiempo que pisaba el acelerador para poner distancia con lo poco que yo había tenido.

Le hubiera dicho que yo también lo sentía; la pérdida y el daño físico, pero, una vez más, la oscuridad se lo llevó todo.

LA FORTALEZA

El mundo no se ha detenido, solo gira de forma distinta. Una vez te amoldas al ritmo, es fácil sobrevivir y disfrutar de lo poco bueno que queda. Aprendes con el tiempo y con los maestros adecuados. He tenido suerte, mucha suerte, porque mi mayor fortaleza es ser débil. Las reglas son sencillas, el objetivo ver un nuevo día. La norma sagrada suele ser la que más se incumple, porque cuesta horrores mantener la cabeza fría y no dejarse llevar por las emociones. Hasta la fecha, lo había logrado. No dejaba que la rabia, el dolor, la ira o el miedo me guiasen. Pero tarde o temprano uno cede, por mucho que sepamos que la impulsividad te acerca peligrosamente a la muerte.

Cuando recuperé la consciencia, el hombre conducía con el ceño fruncido. Seguíamos atravesando el bosque por una carretera agrietada, nada verde se colaba por el asfalto, lo que indicaba que alguien la mantenía más o menos practicable. Para confundirnos más, diversos paneles se alzaban sin aparente orden. Como tabiques que convertían el recorrido en una yincana. Algunos entorpecían el paso entre los troncos, otros un carril, después el contrario. Vimos también lo que parecían zanjas. Trampas, un camino repleto de trampas, quizá para atrapar muertos, o igual vivos.

—Es por aquí —murmuró el piloto con voz temblorosa. Una mano sostenía el volante, con la otra revolvía su pelo castaño para quitarse mechones de la frente—. Si ataca un número grande de infectados, los obstáculos los retrasarán y es más fácil cargárselos.

Ni le di la razón ni se la quité. El dolor era el único protagonista para mí. El físico, el emocional, el del presente y el del pasado. Los párpados me pesaban, quería morirme. Me sentía tan vacía y absurda, como la disposición de aquellas paredes alzadas cada pocos metros. Las había metálicas, de madera, algunas rudimentarias y otras de aspecto inamovible. No permitían ver nada más allá de unos metros, hasta que lo vi. El piloto lanzó un grito de júbilo. Yo sentí cómo el aire abandonaba mis pulmones al fijarme en un punto concreto. Se fue todo el aturdimiento haciéndome sentir más viva que nunca, y también más furiosa. En la distancia, tras el último tabique de aquella carretera que nos conducía a una verde explanada, acababa de reconocer un rostro familiar que encendió la mecha que me convertía en una bomba.

Me dio lo mismo comprobar que, en efecto, la fortaleza era algo real. No me impresionaron los altos muros oscurecidos por el musgo, ni la inmensa puerta de dos hojas por la que estaban obligadas a pasar las visitas. Me dio igual que dentro hubiera un palacio, extensiones de terreno, mercado o gente sana. Tampoco supusieron nada para mí los ocho hombres jóvenes que se interponían entre nosotros y esa tierra prometida. En la explanada, los ocho estaban colocados en el centro y en abanico. La distancia desde la puerta hasta la carretera por la que circulábamos, o el bosque que nos envolvía, era grande, pero se apreciaba cada detalle. A medida que nos acercamos, se volvían más nítidos. Salvajes, por primera vez los veía, y me vino a la cabeza la palabra guerrero. Supuse lo que eran por sus pieles oscuras y sus facciones marcadas. Nada de taparrabos, sino pantalones y camisetas negras, sobre las que destacaban unas protecciones opacas, ligeras, para reforzar las partes débiles del cuerpo. Chaleco antibalas, pero sin armas de fuego, por lo que aprecié usaban machetes y dagas. Ellos eran la primera barrera, sin duda

realizaban una buena criba y mataban a todo aquel que se exaltase. Lo mejor era bajar del coche muy despacio y con las manos en alto, pero...

Un rostro puede aniquilar cualquier atisbo de cordura. Muy delgado, nariz afilada, ojos verdes y rasgados. Arturo. El mejor amigo de mi hermano cruzaba el enorme acceso justo cuando nuestro coche divisaba las puertas y a los amenazantes guerreros. No iba solo, pero no reconocí a Guillermo entre los cuatro que seguían a mi vecino. Quizá no estuviera con él, quizá hubiese entrado antes.

No pensaba quedarme con la duda. Salté del coche sin importarme lo que dijese el piloto, algo sobre los salvajes que nos esperaban en actitud poco amistosa. La adrenalina bombeaba mi torrente sanguíneo dándome fuerzas para soportar las heridas. Por suerte, la cabeza me dio para recordar otra norma básica. Frente a un grupo, lo primero es reconocer al líder.

Uno de los guerreros, alto y corpulento, como casi todos ellos, me habló en mi idioma con un extraño acento. Me pedía que me detuviera, obvio. También era obvio que él no era más que un intérprete. De un rápido vistazo a esos hombres, que parecían salidos de una película de dragones y mazmorras, localicé al que llevaba la voz cantante. Se posicionaba a la derecha del mediador, ellos eran los dos que más se nos acercaron, también los mayores del grupo. El líder rondaría los treinta. Alto y corpulento, quizá el que más. Su pelo negro caía por su espalda y en su mirada oscura se leía repulsa. Yo no le gustaba ni un poco. Como miró con el mismo aire despectivo al angustiado piloto, supuse que no le gustaban los que no fuesen como ellos. Volví a centrarme en el que me hablaba, quien me explicaba que no cruzaría esa puerta hasta comprobar por qué tenía la pierna cubierta de sangre. Estaba demasiado rabiosa para articular palabra. Arturo estaba tras esa puerta, solo pensaba en alcanzarlo.

El piloto se colocó a mi lado con las manos en alto. Más sensato que yo, explicó los incidentes de las últimas horas. Perdí la paciencia en cuanto la pesada hoja de madera amenazó con cerrarse. Di un paso al frente y llamé al amigo de mi hermano con todas mis fuerzas. El líder también se movió, apenas un paso que cortaría mi avance. Su puñal, algo que parecía elaborado de forma artesanal y bien afilado, se detuvo a escasos centímetros de mi cuello. El sonido de la hoja de madera al cerrarse sonó en mi cabeza como un cañonazo, y el mundo entero se tiñó de un insoportable color rojo.

El líder no estaba prevenido, no me consideraba una amenaza. Me sacaba más de una cabeza, el triple de ancho y el doble de armado si se tenía en cuenta el hacha que se balanceaba en su cintura. La confianza se paga. Mi mano apartó la suya, retorciendo su muñeca hasta que soltó el puñal y fue mío. Casi al mismo tiempo, mi pierna sana barrió las del hombre. Cayó de espaldas, tardó un segundo en tenerme encima y darse cuenta de que su cuello peligraba bajo un filo corto cuya empuñadura sostenía yo con fuerza. Ni siquiera me molesté en mirarlo.

—¡¡Arturo!! —grité de nuevo.

El hombre sobre el que me sentaba a horcajadas no hizo además de moverse. Del todo extraño, como la expresión de estupor que mostraron sus compañeros. Ahora sí parecían más salvajes que guerreros, inútiles al ver a su líder inmovilizado. La voz del piloto quiso entrar en escena, decía algo sobre que no era buena idea entrar matando. Seguro que no, pero lo último que a mí me importaba en ese momento eran los guerreros, la fortaleza o la infección. Solo un rostro bailaba en mi mente entre las llamas del odio. Guillermo, al que no quería encontrar, pero por quien no podía dejar de preguntar ante la oportunidad brindada. No tenía la menor

intención de matar al guerrero, por mucho que pudiera parecerlo. A quien sí mataría era a Arturo, como me dijese que mi hermano estaba muerto.

La puerta apenas se abrió un poco. Mi grito había sido escuchado. Arturo asomó con expresión desconcertada. Nuestras miradas se encontraron y pensé que huiría cuando vi que me había reconocido. Por el contrario, salió del todo y se acercó con paso vacilante.

—¿Clara?

No, no exactamente, no la Clara que él conocía, aunque esto empezaba a descubrirlo sin necesidad de que yo lo dijese en voz alta.

—¿Dónde está Guillermo? —pregunté con rabia.

Pareció perder fuerza y ganar diez años. Sus piernas cedieron y cayó de rodillas a unos pasos. Se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar de culpa y miedo.

—No es posible, no es posible...

—Sí lo es —gruñí, y sentí como el cuerpo sobre el que estaba sentada a horcajadas doblaba la tensión.

Bajé la vista un segundo para encontrarme con un rostro fiero de ojos negros que me fulminaban con todo su odio. Allí dónde se apoyaba la punta de la daga había un hilo de sangre. Pagaba con el salvaje la rabia que me generaba Arturo. El hombre escupió una palabra. Empecé a ser consciente de verdad de mi entorno.

Porque era obvio que yo no lo entendía, el guerrero que había llevado la voz cantante tradujo.

—Mátalo.

Me pareció que el piloto soltaba una exclamación. Yo di un respingo. Arturo continuó sollozando y farfullando, ajeno a cualquier otra cosa. Parecía haber perdido la cabeza. Volví a encontrarme con la mirada desafiante del guerrero que había abatido. No leí en su rostro otra cosa que desprecio, quizá por verse vencido por tan poca cosa. No me reconocía el mérito, solo destilaba ira. Lo que vi en sus ojos negros corroboraba la traducción. Quería que lo matase, lo mismo para no vivir con semejante deshonra.

Salvajes. Estúpidos. Orgullosos. Yo no estaba allí para seguir códigos ni preocuparme por dignidades. Me inquietaba que liberarlo supusiera mi muerte, pero no pensaba acabar con una vida de la que no sabía nada, ni me importaba lo más mínimo.

—¿Va a atacarme?

La respuesta del traductor me dejó descolocada.

—Ahora ya no puede.

Arturo acaparó toda mi atención. Dejaba de lamentarse para decir lo que a mí me interesaba.

—Los perdí, a él y a Fátima, nos separamos. Esperaba reunirme aquí con ellos.

Mis ojos volvieron a la fortaleza, al tiempo que apartaba la daga y me sacaba de encima del guerrero. Avancé lista para colarme por la puerta. El traductor me sujetó del brazo con suavidad. Sus ojos no me miraban a mí, sino a su líder.

—Tienes que esperar, por el médico.

Por encima del hombro vi al líder levantarse, asentir con los dientes y los puños apretados. Dijo algo y el traductor me soltó al instante. El líder se me acercó y, por prudencia, me moví para tenerlo de frente, al tiempo que alzaba de nuevo la daga interponiéndola entre nosotros. Si me

atacaba no habría factor sorpresa y me mataría en un instante. Lejos de dar señas de pelea, el hombre hincó la rodilla en el suelo y agachó la cabeza como si me prestara juramento, sus respetos o se declarase a lo Romeo.

El movimiento en la puerta volvió a atrapar mi atención, e ignoré al guerrero para acercarme al hombre que corría hacia nosotros. No necesité que el traductor me dijese nada. Aquel tipo era un médico, algo obvio al llevar en la mano una caja rectangular mediana, blanca con una cruz roja. Solté la daga y alcé las manos para dar fe de buenas intenciones, ahora que podía pensar con calma.

—Solo quiero entrar un momento y me largaré sin dar problemas. No estoy infectada.



No me creyeron, ni yo añadí que era inmune a la infección, hasta que me hicieron perder por completo la paciencia. El hombre que nos revisaría las heridas en plena explanada, un cuarentón que abrió los ojos como platos al ver mis vaqueros flojos medio aniquilados y mi piel en carne viva, me dijo que no sabía ni por dónde empezar conmigo. Las heridas sí correspondían con un accidente de moto, pero no podían correr riesgos. Como también tenía la cara marcada, y acababa de atacar al líder salvaje, no les parecí fiable. Con mucho tacto, el hombre del botiquín me dijo que igual era mejor tenerme un par de días en cuarentena. Sobre mi cadáver. Nadie iba a encerrarme. Lo sujeté del brazo y nos alejamos un par de pasos del preocupado piloto, de los cabreados salvajes y del deshecho Arturo.

—No hace falta, soy inmune —susurré atrapando la mirada del hombre.

Solo al decirlo comprendí que no tenía por qué creerme tampoco en esto.

—¿Cómo dice? —susurró el médico con voz ahogada, a un paso de salir corriendo. No me creía y temía que estuviera loca o inventándome mentiras.

Busqué un modo de demostrar mi inmunidad, pero no la había. Alcé las manos con impotencia.

—Mira, no me creas si no quieres, pero lo soy.

Los ojos del médico se abrieron un poco más. Su atención fue para los salvajes por algún tipo de asociación de ideas, o porque no quería que ellos nos escuchasen. Volvió a mirarme y vi que me creía. Más bien, quería creerme, como si fuese la clave para todos los problemas. Percibí alivio y esperanza. Supuse que sería relajante estar junto a alguien que, aunque muriera, no supondría una amenaza. Los que no lo son, tal vez, nos envidian, harían cualquier cosa por tener la inmunidad. No saben de lo que hablan. Lo único para lo que sirve la inmunidad es para ver cómo todos los demás desaparecen.

—Eso es... —murmuró el médico, casi de forma reverencial.

Miré en todas direcciones, muy incómoda. El piloto estaba demasiado preocupado por cómo irían las cosas tras la desastrosa toma de contacto para haber escuchado algo. Los salvajes también se mantenían a distancia y probablemente solo el intérprete pudiera entendernos. Arturo, en fin, seguía arrodillado en el suelo, con la mirada desenfocada, a ratos cubriéndose el rostro con las manos mientras lloraba.

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor —dije, a modo de advertencia.

No sé qué imaginó el médico, pero su seriedad regresó, y asintió como si estuviera dispuesto a guardar los secretos del universo.

—Por descontado —aseguró, antes de esbozar una sonrisa y señalar la enorme puerta de dos hojas—. Por aquí, por favor, entremos.



Se llamaba fortaleza, pero estaba lejos de serlo. Lo que protegían las murallas era un castillo. Una muy mala imitación, más bien hortera, de algo que podría haber sido erigido en el siglo XVI. Una edificación enorme capaz de alojar a millones de personas. A pesar del movimiento que se veía, no se notaba la sensación de que el lugar estuviera masificado. Sin embargo, la angustia se me echó encima, igual que al piloto, quien se mantenía cerca, por si necesitaba usarlo de muleta, al ver que yo cada vez cojeaba más. Mis heridas habían perdido toda relevancia para mí, eclipsadas por algo mucho más impactante. Llevaba años moviéndome en grupos pequeños, había olvidado lo apabullante que eran las multitudes. Sobre todo, se masticaba la tensión, por nuestra parte, por si cualquiera de ellos estuviese infectado. Seguro que el piloto, hasta Arturo, esperaban que en cualquier momento empezasen los gritos y las carreras. Nada de eso. Ante el castillo, la extensa explanada de tierra rebosaba vida y calma. Curiosidad hacia los recién llegados, sobre todo vistazos inquietos a mi pierna, recordándonos que nosotros éramos la amenaza y ellos el lugar seguro.

Porque no había tenido una buena presentación, fui la primera a la que desarmaron, sacándome hasta el pequeño cuchillo de mi bota, y el líder de los salvajes me acompañó en todo momento. No fue igual con los hombres y mujeres que formaban el cuerpo de seguridad de la fortaleza; soldados reconocibles por un brazalete azul sobre el antebrazo derecho. Ellos solo nos miraban pasar, sin custodiarnos, dejando que el guía fuese el médico. Tuve la sensación de que pasaba algo raro, de entrada porque también le quitaron el hacha al salvaje. La daga con la que me amenazó, la que fue mía durante la pelea, había vuelto a su funda y ahí seguía. Los de ese lado de la muralla, para nada guerreros, pocos salvajes, parecían mirar al salvaje como si no debiera estar allí. Comprensible. Yo no presento amenaza alguna como para que me siga un gorila malhumorado. Una molestia soportable, cuando mi cabeza estaba ocupada en dar con mi hermano... Cosa que no iba a ser fácil, dada la extensión que guardaba la muralla. Un lugar enorme, repleto de gente bastante bien vestida dado el caso, parcelas de terrenos para cultivos, invernaderos y lo que parecía un mercado. Todo eso alcanzaba mi vista, pero había mucho más. Esperaba que llevasen algún tipo de registro. Por lo pronto, el que tampoco iba a apartarse de mi lado era Arturo. Ni siquiera hizo falta decírselo, me acompañaba, pero me miraba de un modo tan extraño que empezaba a ponerme nerviosa.

Agradecí verme en el interior del castillo. Allí se estaba fresco, y necesitaba un lugar menos abierto para no perderme en la angustia. Nos condujeron a todos hasta una enorme sala de aire medieval. La decoración me pareció recargada, tapices y lámparas de araña; había lamparillas sobre las mesas de café, cuyas bombillas habían sido sustituidas por velas. Todo reluciente. Nuestras ropas polvorientas no casaban en aquel entorno, pero nadie propuso que nos aseáramos un poco, ni ninguno hizo mención. El salvaje porque parecía mudo, Arturo porque estaba

sobrepasado, el piloto por nervios, yo porque no veía la hora de exigir explicaciones.

—Aunque te cueste creerlo, me alegra verte bien —dijo Arturo.

Tardé un parpadeo en lanzarme a por él. El piloto intervino para separarnos, el salvaje para asegurarse de que ni el piloto ni Arturo me pusieran una mano encima. De pronto, lo tenía delante, toda una muralla de carne cubierta de negro contra los dos hombres. El detalle nos dejó a los tres perplejos, pero la puerta se abrió a tiempo de poder ordenar pensamientos.

—Sed bienvenidos a mi casa —dijo un hombre, vestido con un ridículo traje verde botella—. Mi nombre es Eladio.

Los cuatro lo miramos a la vez, seguro que ninguno con buena cara. El hombre de mediana edad y aire elegante sonrió y alzó las manos con lentitud.

—Calmaos, por favor; aquí estáis a salvo.

Sacudí la cabeza y me coloqué junto al salvaje para poder ver a la única persona que me interesaba entre aquellas paredes.

—¿Qué pasó? —pregunté a Arturo.

Arturo pareció dividido. No quería hacerle ningún desplante al del traje, pero comprendía mi urgencia.

—Estábamos buscando provisiones en un pueblo, salieron de todas partes. Casi diez corredores. O nos separábamos o nos matarían juntos. Cada uno tomó una dirección. No he vuelto a saber de ellos.

Eladio no intervino, tomó asiento en uno de los sofás orejeros y se dedicó a contemplarnos. Sus ojos color miel absorbían cada gesto, cada sílaba. Nos evaluaba, o más bien juzgaba.

—¿Cuánto hace de eso? —quise saber.

—Dos meses.

Apreté los párpados con fuerza y les di la espalda a todos. Dos meses, dos días, podría ser demasiado tiempo. La voz de Arturo sonó con una clara esperanza.

—Ya sabíamos de este lugar; habíamos quedado en que, si pasaba algo así, nos reuniríamos aquí —explicó, antes de suavizar el tono para hablarle al hombre—. Muchísimas gracias por dejarnos pasar. ¿Habría algún modo de saber si están aquí mis amigos?

Continué sin volverme, convencida de que la respuesta sería negativa. A través de la ventana apenas veía cielo a causa de unas altísimas montañas.

—Trabajamos en ello —dijo Eladio, con una voz serena y amable—, pero aquí hay demasiado que hacer como para perder tiempo en burocracia. Por otra parte, ambos tienen aspecto de saber moverse por el mundo. Busco recolectores. De la alimentación, se encarga la tierra dentro de la muralla, pero el mantenimiento es otra cosa. Todavía hay un par de pueblos próximos cuyas casas están en pie. Buscamos, sobre todo, materiales eléctricos, cañerías o lo que surja. Si cumplen partidas para mí, podrán quedarse el tiempo que deseen y buscar dónde quieran.

El silencio se extendió entre nosotros. Aquel hombre nos daba cobijo, a cambio de trabajo. Sacudí la cabeza y me volví para enfrentarlo. El piloto me miró con una súplica.

—Por favor...

Parecía pedirme calma o cautela. No venía a cuento, apenas llevábamos juntos dos días. Ni siquiera debería importarle lo que me pasara.

—Yo no pienso quedarme —dije, sin perder el aire amenazante—. ¿Cuánto tiempo tengo

para buscar?

El hombre del traje sonrió, observó al salvaje y volvió a centrarse en mí. Su mano de manicura perfecta señaló mi pierna.

—¿Se encuentra usted bien? Deberían verle esas heridas.

Negué con toda mi impaciencia. El golpe había sido aparatoso, pero el daño leve. Apenas notaba un desagradable hormigueo, cortesía de la adrenalina. Lo que predominaba era la ira. No había querido buscar a Guillermo. No quería encontrarlo. No podía evitar hacerlo.

—Son superficiales, ¿puede responderme?

El hombre asintió con una media sonrisa que empezaba a cabrearme. Arturo pareció verlo, también el piloto. El único que no parecía tenso o preocupado era el salvaje. Quizá deseaba que me lanzase contra su jefe, para matarme.

—Por supuesto. Usted puede quedarse el tiempo que quiera.

Sin pedir nada a cambio. No me gustó en absoluto. Tampoco el modo en el que el hombre rio. Cuando se puso en pie la tensión había vuelto a agarrotarme. Con ese aire amable que me confundía, Eladio señaló la terraza.

—Me gustaría cruzar con usted unas palabras, a solas.

Comprendí que de lo que quería hablar era de mi inmunidad. Me daba lo mismo que el piloto o Arturo supieran que era inmune, pero por si la proposición encerraba algo más jugoso que una charla sobre lo estupendo que era eso de no infectarme, accedí. Seguí al hombre hasta la terraza, el salvaje no se quedó atrás. Como él no entendería palabra, me dio lo mismo dónde estuviera.

Eladio apoyó las manos en la barandilla de piedra y me invitó a contemplar el paisaje. Las vistas me traían sin cuidado, pero me fijé en la panorámica en un intento de calmarme y no ser mezquina. Debía llevarme bien con aquel líder si quería sacar provecho. Desde esa terraza, se veía la parte delantera de la fortaleza. El bosque se abría interminable, roto por una pequeña localidad que no se apreciaba bien estando tan lejos. La muralla abarcaba una extensión increíble, tanto, que parecía interminable.

—Mi mayor preocupación es la infección —empezó a decir Eladio—. Usted queda al margen de eso. Inmune, válida. Pienso hacer lo que esté en mi mano para convencerla de que se una a este lugar. Cuanto más tiempo tenga, mayor serán mis posibilidades.

La sinceridad era algo tan inusual como una fortaleza segura en pleno apocalipsis. Me reí, porque no sabía qué otra cosa hacer. Qué poco me gustaba aquel tipo.

—No dejaré que sus médicos me pongan las manos encima —atajé.

Eladio arrugó la nariz con fastidio.

—Solo hay dos médicos, y carecemos de equipo para convertirla en una rata de laboratorio. Sabemos que hay personas inmunes, pero hasta ahí. Quién sabe, no pierdo la esperanza de que cualquier día un genetista cruce la muralla. ¿Se imagina que encontrase en usted una cura? —planteó, antes de reírse de sí mismo—. Poco probable, me consta. Por esa parte, puede estar tranquila.

—No estoy tranquila —aseguré, sin poder morderme la lengua.

—Se nota, se nota —dijo el hombre, con tono bromista.

Volví a reírme de pura incredulidad. Al segundo sentí un dolor enorme en el pecho, cuando mi mente recordó a Lucas.

—¿Todo esto es suyo? —pregunté, para poder hablar de cualquier cosa que me alejase de mi pérdida.

—Nunca fue mío —respondió el hombre, sin intención de lucirse—. Digamos que estuve en el momento indicado en el lugar oportuno.

Lo escuché, mientras mis ojos se perdían en el mar de cuerpos vivos que parecían llevar una vida, cuando al otro lado de la muralla todo se había ido al infierno. Me sentí casi como al inicio, perdida, envuelta en algo imposible, solo que a la inversa. La historia del hombre solo añadió pinceladas a lo insólito.

Eladio había sido un cobrador de morosos. Cuando se torcieron las cosas él estaba trabajando. Su marido lo llamó para decirle que la policía había aparecido en su casa para llevárselo a él y a sus dos hijos a un lugar seguro. Eladio le pidió que no fueran, que subieran al coche familiar y se reuniera con él en el último sitio al que había ido a reclamar facturas: la fortaleza. Aquel terreno había pertenecido a una actriz que amasó una buena fortuna, pero cuyo estrellato terminó en caída libre. Toda la zona era un paraje remoto, gracias a las altas montañas que podían verse desde la parte trasera y a una buena parte de bosque declarado zona natural. Cerca no había mucho, salvo la pequeña localidad y una urbanización que la actriz mandó construir para cuando vinieran sus amigos. La mujer rebosaba buenas intenciones, apoyaba un montón de asociaciones benéficas, pero no gestionaba bien sus ingresos, y los coqueteos con las drogas la llevaron a la ruina. Debía vender aquel castillo para pagar sus deudas, pero nadie quiso comprar semejante monstruosidad alzada en ninguna parte. Mucho menos cuando descubrieron que como vecinos tendrían a los salvajes.

Cuando Eladio dio media vuelta y regresó a la fortaleza, esta apenas estaba ocupada por una veintena de personas. Eran los únicos empleados que seguían al lado de la actriz, la mayoría con la esperanza de que algún día pudiera pagarles lo que les debía, unos pocos porque la apreciaban de corazón. Con el tiempo, fue llegando más gente y los primeros muertos. La fortaleza aprendió a sobrevivir a base de ensayo y error. De milagro, no terminaron todos aniquilados, quizá porque el propio Eladio estableció un pacto con los salvajes. Ahora, a pesar de las diferencias, trabajaban juntos, cada uno respetando las rarezas del otro. No todos estaban de acuerdo con el pacto, pero era evidente que funcionaba, o no llevarían tanto tiempo respirando. Unos dentro de la muralla, otros fuera.

Hubo quien intentó derrocar a Eladio, pero en desenmascarar traidores y mentirosos el hombre del traje estaba de vuelta. Ahora, supuse que lo que mantenía en pie al hombre era la expectativa de que, cualquier día, su marido y sus hijos atravesasen la puerta. No mencionó nada al respecto, pero la esperanza es lo último que se pierde. No creí necesario decirle que no lo harían, que estaban muertos. Probablemente lo sabía, y yo no era quien para meter las narices en las penas de otros. Debería de estar recuperándome de las mías, pero otro objetivo me permitía posponerlo.

—Estupendo —me limité a decir, antes de regresar a la sala para centrarme en Arturo—. ¿Cómo está?

Preguntaba por Guillermo. Quería saber cuánto había cambiado. Arturo esquivó mis ojos y se frotó el rostro con cansancio. Me fijé en que su cuerpo mantenía la delgadez y también la fuerza. Había crecido, o tal vez el tiempo separados me permitía ver que ya era un hombre. Lo cubría unos pantalones de tela color crema, flojos y gastados, y una camisa azul descolorida,

cuyas mangas le llegaban al codo. Una barba de varios días ensombrecía la zona alrededor de su boca, y pequeñas arrugas rodeaban sus ojos, obra de verse tan expuesto al clima. Parecía cansado, pero más bien a causa de la impresión por el reencuentro que de un largo y tortuoso viaje. Algo no encajaba, pero me centré en sus palabras.

—Él... cambió —dijo a media voz—. Perderte fue demasiado, se sentía responsable, se le fue la olla... No está bien, pero sigue siendo el de siempre... a veces.

Una duda planeaba sobre nosotros. No era buena idea resolverla, pero necesité exponerla.

—¿Sabías dónde estaba?

Me pareció que Arturo se encogía. Sacudió la cabeza y las lágrimas volvieron.

—¿Crees que no me dolió? ¿Qué me dio lo mismo? Llevábamos toda la vida juntos...

Di un paso hacia él y lo señalé con el dedo. Dolía, mucho, porque para mí él también fue un hermano.

—Ahórrate el drama y responde.

Me lanzó una mirada de reproche, pero fue incapaz de sostener mis ojos. Negó con la cabeza, sus dedos se perdieron entre los mechones de su pelo, como si quisiera arrancárselo.

—Fátima me lo contó después. Antes de que Guille despertara volví a por ti, pero ya no estabas.

Mi risa dejó claro que no me creía ni media palabra. Había estado horas bajo las tablas. Cuando Lucas y yo salimos allí no había un alma, ni señales de que volvieran sobre sus pasos. Además, recordaba con nitidez su desprecio, sus disparos de advertencia, su empeño y el de Fátima por resaltar la nulidad que era.

—¿Pretendes que me crea eso?

Mi tono había subido, el piloto hizo ademán de dar un paso hacia mí, el salvaje se preparó para volver a interponerse. De nuevo, lo tenía delante como mi mejor defensa. Eladio se enderezó, pero no perdió la sonrisa.

—Por favor, escúchenme. Les indicaré cuáles son sus habitaciones, ¿sí? Tras un buen baño y algo de comida, seguro que verán las cosas de otra forma.

Las ganas de llorar me aconsejaron que aceptase la oferta. Les di la espalda y casi al momento se abrió la puerta otra vez. Una mujer con rasgos marcados, quizá de la misma etnia que los guerreros, bajó la mirada en la caracterización de la buena sierva. Resoplé, él salvaje también. Al parecer, teníamos en común lo poco que nos gustaba el rumbo que tomaba todo eso. O mucho me equivocaba o acababa de retroceder en el tiempo para aterrizar, de pleno, en el esclavismo.



Nuestras habitaciones estaban pegadas, en un largo pasillo con una vistosa alfombra y cuadros en las paredes. Primero el piloto, luego yo, luego Arturo, después la gente con la que él había llegado. Nada más entrar en la mía me di de bruces con lo que bien podría haber sido el dormitorio de María Antonieta. Muebles y estanterías de madera oscura y trabajada, una inmensa cama en el centro y con dosel. Cerré con intención de dar un portazo, pero el salvaje detuvo la puerta. La cerró con suavidad, en cuanto estuvo dentro.

—¿Qué demonios haces? —pregunté del todo perpleja.

Llevaban la vigilancia a un extremo exagerado. En el caso de que estuviera infectada, tenían margen para rematarme. Igual esa era la tarea del salvaje. O eran muy precavidos, o no tenían ni idea de cómo funcionaba el contagio. Por lo pronto, ni siquiera había dado señal de dolencia ni tenía fiebre. Al comienzo, nos había parecido que la infección tardaba poco en levantar a los muertos porque estábamos asustados y porque nos movíamos entre multitudes. Si el grupo es grande, sí se corre el riesgo de no actuar a tiempo. Pero yo era una sola persona, sería muy fácil contener el problema antes de que me volviera una amenaza. El salvaje me contempló con semblante serio y los brazos cruzados sobre el pecho. Me odiaba, pero no parecía ir a hacerme daño, solo a ocupar la puerta.

—Lárgate —ordené con un siseo.

No lo había impresionado, porque parecía que él quería irse, pero algo se lo impedía. La llamada a la puerta fue bien recibida. El salvaje abrió y el hombre del traje nos regaló una de sus sonrisas.

—Lo lamento, suponía que no estaba al tanto de la situación, y se la escucha en el pasillo.

No entendía de qué me hablaba. Mis ojos iban del salvaje a Eladio. Este último se internó en la habitación como si revisase que todo estaba en su sitio y, al fin, me miró. Señaló al salvaje.

—Los indígenas locales nos ayudan, pero no son de los nuestros. Sus guerreros son la primera barrera y están ahí por acuerdo de ambas partes. No les gustamos y no nos gustan.

Seguía sin entender lo que me estaba diciendo, pero, antes de poder despegar los labios, Eladio siguió hablando.

—Los guerreros tienen sus costumbres, sus normas. Una de ellas es jurarle lealtad a quienes los vencen. Este hombre es ahora su siervo.

Ahora, sencillamente, no quería entenderlo.

—¿Perdón?

El hombre dejó escapar una risa divertida.

—La protegerá, la ayudará en cuanto necesite. Está a sus órdenes, es su sombra, y no puede alejarse de usted. Podrían atacarla o podría pasarle cualquier contratiempo... y él fallaría en su labor.

—Se está quedando conmigo —dije, categórica, antes de observar al salvaje en cuestión. Tal y como contraía los músculos de la barbilla, no solo apretaba los puños—. Este tío, de entrada, me odia.

Lejos de negarlo, Eladio asintió.

—Nos odian a todos, pero él, justo él, jamás le hará daño. Son un pueblo orgulloso y de palabra. Perdió su dignidad al verse derrotado. Ahora le debe la vida, porque no lo mató. Es suyo.

—Pues no lo quiero —zanjé, con un notable aspaviento.

El salvaje al fin tomó partido. Desenfundó su daga y me la tendió. No dijo palabra, el hombre se encargó de explicar su gesto.

—Entonces, mátelo.

Miré la daga, al salvaje, al hombre. Alcé las manos y comprendí que solo me quedaba una salida.

—Me largo.

Cuando estaba a un paso de la puerta, Eladio habló con regocijo.

—¿Cree que podrá darle esquinazo? Yo lo dudo.

Me volví ya en el pasillo.

—¿Qué? ¿También va a seguirme fuera?

Como el salvaje también salía de la habitación, la respuesta era evidente.

—Hasta la muerte —apuntilló Eladio.

Mis ojos se encontraron con los del salvaje. En ese instante, con esa estúpida lealtad, me parecía de todo menos inteligente, pero su mirada oscura estaba repleta de audacia. Y dolor. Fui más consciente de lo distintos que éramos y de que yo no era la única a la que la idea de tener una sombra la envenenaba.

—No quiero esto —dije, a la espera de que me respondiera, como mínimo, yo tampoco.

Su silencio fue pronunciado. Tal vez no me entendía, era imposible saberlo. Él y su enorme cuerpo esperaban a que me decidiera. Sus ojos negros fulminaban los míos. Me odiaba y parecía creerse mejor que yo. Estreché la mirada y lo señalé con el dedo.

—Mira, campeón, entiendo que provienes de una estirpe de misóginos de mierda, pero precisamente tú deberías...

—Esto... —intervino Eladio, con ese aire apacible que me destrozaba los nervios—. Señorita, se equivoca...

A él también le lancé una mirada venenosa por ponerse a favor del salvaje. Arturo dejó su cuarto en ese momento. Se me acercaba cabizbajo, hasta que se percató de que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Arturo, enderezándose.

No podía irme, con o sin sombra. No quería encontrar a mi hermano si estaba diferente, pero tampoco podía evitar buscarlo ahora que tenía a su mejor amigo delante. Me sentí acorralada por mí y por las circunstancias. Antes de darme cuenta, estaba apoyada en una pared, mi mano dejó un rastro sanguinolento a medida que resbalaba. Quizá las heridas del accidente no eran tan leves.

Mi respiración fue en aumento, mi mente me traicionó. La voz de mi hermano gritaba en mi cabeza, él no iba a abandonarme. El cuerpo de Lucas temblaba contra el mío con los espasmos que preceden a la conversión. El rostro del crío se desfiguraba por el dolor a causa del mordisco. La sangre. El miedo. La impotencia.

—Clara...

El pasillo desaparecía. Cerca estaba el salvaje, Arturo dio un paso para alcanzarme. Adelanté una mano ensangrentada, sin saber de dónde venía aquel rojo intenso que teñía mis dedos.

—¡No me toques!

Arturo se quedó clavado en el suelo de pura sorpresa. Otra puerta se abrió, y el piloto se sumó a la escena. La voz del hombre dio las explicaciones.

—Está siendo demasiado para ella.

Demasiado era un eufemismo. Sobrepasada, aturdida, confundida como jamás lo había estado. El pasillo se movía. El piloto carraspeó para llamar la atención.

—Tus heridas... debería verte un médico.

Lo sabía, tenía sentido, pero no quería ver a nadie. Quería volver a mi casa, a mi vida, a lo que tenía antes de que el mundo se fuera al traste.

—Clara —sollozó Arturo.

De verdad parecía afectado, como si yo le hubiera importado en algún momento.

—¿Por qué? —pregunté, casi sin fuerzas—. ¿A qué viene esto?

Notaba el aire enrarecido, viciado. El pasillo dio un peligroso giro y los contornos empezaron a emborronarse. Percibí la presencia del salvaje por lo cerca que estaba.

—Tú ni te acerques —siseé entre dientes.

Me dijo algo en un idioma extraño, incomprensible. Me pareció que se cruzaba de brazos. Eladio trató de hacerme entrar en razón. A él no lo veía, porque todos se habían vuelto borrones indefinidos.

—Señorita, por favor, va a quedarse inconsciente.

Menudo lince, yo también sabía eso. La pierna herida dejó de sostenerme. Escoré, pero la pared me proporcionó el apoyo necesario para seguir en pie.

—No os quiero cerca, a ninguno.

—No queremos hacerte daño —medió el piloto, de lo más preocupado.

Me salió una risa desganada. Apoyé la nuca contra la pared y busqué un techo que no parecía estar en ninguna parte.

—Deja de hacer el imbécil y busca a tu mujer —dije como si fuese obvio.

Por algún tipo de asociación de ideas, el piloto cargó su voz de compasión.

—Él no querría verte así, ni que te desangraras en un pasillo, ¿no crees?

Mi risa sonó ahora con una nota histérica.

—Eso le dijiste —dije, pero no hablaba con el piloto, sino con Arturo—. Ella no querría verte así. ¡No te rindas!

Arturo lo entendió perfectamente.

—Clara, por favor, créí...

—¡Basta! —exigí, con las pocas fuerzas que me quedaban.

Necesitaba alejarme de ellos, de todo, di un primer paso vacilante, al segundo el suelo desapareció bajo mis pies, pero no hubo impacto. Tardé un poco en situarme. Alguien me llevaba en brazos. El salvaje.

—Deja que muera, así serás libre —conseguí susurrar.

Su respuesta fue un conjunto de sílabas de las que no entendí palabra. Impregnadas de rabia y desprecio. Hacia mí o hacia sí mismo. Me llegó un olor agradable, se mezclaba con el cuero. Antes de darme cuenta me había quedado inconsciente, de nuevo.

TARIK

Ellos han estado ahí siempre. Antes de que el mundo empezase a morir, intentamos guardar toda distancia. Mi pueblo jamás los comprenderá. Ahora, menos. Pero la necesidad obliga, y lo más sensato era pactar la convivencia. Nosotros defendíamos su puerta, ellos nos dejaban tranquilos y comerciaban con los nuestros. No nos gustaba, pero era un sacrificio tolerable. En esos años, hubo problemas, pero se manejó en beneficio de ambas comunidades.

Yo había llegado siendo un crío, porque fuimos sobre todo los más jóvenes y los ancianos los que dejamos nuestra tierra. Soy uno de los afortunados, mis padres viajaron conmigo, conservo también a mis hermanos menores. Mis dos hermanos mayores, no. Pocos de mediana edad pueden verse en el poblado, porque ellos fueron los que se quedaron para pelear. Si lograron enfrentar a los ejércitos y conservar nuestro hogar no tenemos noticias, por lo que suponemos que cayeron y nuestras islas pertenecen a otros.

Mal que nos pese, este es nuestro lugar, pero nos mantenemos fieles a nuestras creencias. Quizá por la proximidad, sus costumbres contaminaron a algunos de los míos. Antes de la infección, la mujer que vivía en el castillo y sus amigos vinieron a husmear un par de veces. No lo hicieron con violencia, algo que nos habría servido para ver el peligro. Según decían, traían buenas intenciones. Ellos creen que su forma de vida es la mejor, son incapaces de entender que se equivocan. Nosotros demostramos no ser tan listos al haberlos dejado acercarse, porque consiguieron deslumbrar a más de uno con su aspecto, sus ideas o sus adornos. Tras la infección, cuando aparecieron los primeros caídos, intervino el pánico. Madres que vendían a sus hijos, hombres y mujeres capaces de hacer cualquier cosa por obtener refugio entre los altos muros en lugar de fuera. Nuestro poblado es mucho más seguro, aquí dentro no hay nada tan maravilloso como para ansiarlo a cualquier precio. No es seguro, no está limpio. La avaricia y todo tipo de intereses sepultan a sus gentes. A nosotros no nos afecta, por eso la mayoría de nosotros somos inmunes a la infección, pero hay quien no lo quiere ver.

En el poco tiempo que llevaba dentro de la fortaleza, me había cruzado con un par de rostros conocidos. Algunos habían decidido su estancia, otros se habían visto obligados, todos se quedaban perplejos al verme. Asustados, por si acudía para erradicarlos por el mal rumbo tomado. No me faltaban ganas, pero las decisiones de cada individuo eran suyas. Yo había tomado las mías y un error acababa de condenarme a lo que más detestaba.

Contemplé a la mujer tendida sobre la enorme cama. No parecía ir a despertar nunca; a saber cuándo se había bañado por última vez. Evitaba mirarla, pero costaba. No era, en absoluto, bonita, sí muy, muy extraña. Casi tanto como el modo en el que le habían dejado pasar y el interés que manifestaba Eladio con ella. Nosotros hacíamos la primera criba, pero los de la fortaleza jamás se confiaban tan alegremente con los extraños. ¿Qué tenía ella para que le diesen carta blanca?

Me fijé en su cara con rechazo ante los golpes que amorataban su piel, y también reparé mejor en la marca de la mejilla. Esa no parecía reciente, una línea oscurecida, mezcla de corte y quemadura. A saber cómo demonios se la había hecho, y cómo seguía viva después de la paliza que parecía haber sufrido. Era como si la hubieran golpeado con saña, para después arrastrarla

por el suelo. El médico realizó un gran trabajo con la pierna, pero mi gente podría mejorarlo. Su química no supera nuestros conocimientos. Nos llaman salvajes, nos menosprecian, cuando les damos mil vueltas en todos los aspectos.

Sentado junto a la mujer estaba el hombre delgado. Cuando él y su grupo apareció ante la muralla, nos costó decidirnos si dejarlos pasar o no. Había algo en ellos que no me gustaba lo más mínimo, pero como no nos agrada ninguno, podían ser meros prejuicios.

Yo seguía evaluándolo con intriga, él se había olvidado de todo lo que no fuese la mujer. Murmuraba, daba unas explicaciones que ella no quería, y por eso aprovechaba ahora que estaba inconsciente. Desconozco ese idioma suyo, me parece burdo y cortante, poco armonioso, nada grato, pero era obvio que se disculpaba. Una y otra vez. También que la quería. No podía precisar qué tipo de relación pudo haberlos unido, los vínculos entre ellos no son tan fuertes ni específicos como los nuestros, pero para el hombre ella había sido importante. Sin embargo, de lo que deducía, la había abandonado. Jamás comprenderé en qué piensan, el hombre parecía destrozado, pero la había dejado atrás. La lealtad es algo que jamás practicarían.

A mi mente, acudió el encuentro con la mujer. Había visto en sus ojos marrones una agudeza inquietante, no era una estúpida, pero tan pequeña y herida fue inevitable que me confiase. Además, parecía del todo ida. La adrenalina jugó de su parte y en mi contra. Me había elegido por algo, ni siquiera sospeché que pudiese tenerla encima en un parpadeo. La odiaba, pero no podía evitar guardarle respeto. Me rechazaba, como yo la rechazaba a ella. Me era imposible prever sus movimientos, porque nada de lo que hacía tenía sentido para mí.

Apostado junto a la puerta me revolví inquieto. A saber qué se esperaba de mí a partir de ahora. Había escuchado todo tipo de historias. Los guardianes y guardianas terminaban siendo meros esclavos, no lo quería, pero tampoco tenía más alternativas que cumplir con mi deber. Lo que ella decidiera hacer conmigo no estaba en mi mano, yo solo podía ejercer mi papel para mantener mi conciencia limpia.

El hombre que había llegado con ella entró en la habitación. Por la humedad de su pelo, le había faltado tiempo para disfrutar de una ducha. Yo también me moría por una pero, aunque la habitación contaba con un baño anexo, y sabía que en la fortaleza había agua caliente, mi situación me impedía asearme de momento. El hombre me lanzó una mirada cargada de inquietud, pero poco tardó en ignorarme. Para ellos, yo no era nada, igual que a la inversa. Se quedó a unos pasos de la cama, no iba a acercarse a la mujer como el otro. Sus palabras empezaron a mezclarse. Aunque me importaba poco lo que dijeran, traté de agudizar el oído para comprender su habla. Si iba a vivir entre ellos más me valía entenderlos.

—¿Qué le pasó? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó Arturo.

El piloto negó con la cabeza y observó a la chica con pesar.

—Un par de días. La conocí... es igual.

El que respondía al nombre de Arturo cambió por completo su actitud. Lejos de mostrarse débil enderezó los hombros y sus ojos fulminaron al recién llegado.

—¿Cuál es tu nombre?

El piloto, un cobarde a mi parecer, balbuceó. Menuda rata. El arranque de Arturo lo había intimidado por completo. A mí también me afectó, y me erguí con cautela. Empezaba a entender qué era lo que no me gustaba de aquel tipo. Era un chacal, alguien a quien uno no considera una amenaza, hasta que deja ver su verdadera cara.

—Enrique.

—No es igual, Enrique —dijo Arturo, con seriedad—. Quiero saberlo todo.

No comprendí gran cosa, pero el tono y la actitud me facilitaron sacar algo en claro por contexto. La chica era importante para Arturo, por mucho que para ella no pareciera ser más que un enemigo, pero Enrique no parecía afin a ella. Habían llegado juntos, pero no se conocían mucho.

—Ella estaba con un grupo de asaltantes de caminos. Yo con otro. Ahora todos están muertos. Su novio se encargó de eso. Quedamos cuatro, ellos dos y un crío. El crío y yo queríamos venir aquí. Ellos se irían a saber adónde.

La voz del hombre comenzó a debilitarse, mientras los rasgos de Arturo se crispaban de rechazo por algo de lo que había dicho. Yo no había captado ni la mitad de las palabras.

—¿Y?

—Al separarnos, ellos... —balbuceó Enrique, hundiendo las manos en su pelo con nerviosismo—. Iban en moto, un corredor se les echó encima y cayeron. A su novio lo mató el golpe, lo remató ella. El crío conducía, clavó el freno y saltó antes de que yo pudiera evitarlo. Le grité, pero no me escuchó. Uno de los lentos lo atacó por la espalda. Ella... La saqué de debajo de la moto y la metí en el coche, pero no dijo una sola palabra en el trayecto... hasta que te vio. Ahí volvió a ser ella.

Arturo se tomó unos segundos para contemplar el rostro de la chica. Veía algo o buscaba algo. Yo también la contemplé, fijándome en que sus rasgos eran demasiado bruscos para un rostro femenino, afilados por la mala alimentación que siempre traían los que llegaban a la fortaleza.

—No es ella. Ella no es así —murmuró Arturo mientras sus dedos acariciaban la pequeña mano inerte que descansaba sobre las sábanas.

Hora de intervenir. Ella no quería que la tocasen, por lo que di un paso en dirección a Arturo con intención de apartar su mano de la de la chica. Mi movilidad alertó a los dos hombres. Arturo se giró hacia mí en su asiento, pero no rompió el contacto.

—¿Crees que puedes meterte en esto? ¿Por qué no te largas con los tuyos y nos dejas tranquilos?

Comprendí el tono de reproche, pero no lo que me decía. Tampoco me importaba. Alcancé a Arturo y mi mano se cerró sobre su muñeca. Traté de revolverse, y mi daga se pegó a su cuello. Se quedó muy quieto. No era tan estúpido. Lo solté a sabiendas de que no iba a volver a tocarla y volví a mi sitio, seguido por la mirada dolida de Arturo. Solo por eso, me sentí satisfecho. Yo no estaba a gusto allí, no esperaba que los demás lo estuvieran.



Eladio, el hombre que dirigía la fortaleza, se había acercado hasta la habitación para hablar conmigo. Aunque se expresó en mi lengua, no me arrancó ni una sola sílaba. Era importante para mí que le quedase bien claro que estar de ese lado de la muralla no me convertía en uno más de su gente. Lo escuché, coincidía con él en que la mujer no tenía ni idea de lo que nos unía, que

no le gustaba, que no iba a ser fácil para ella. Me molestó que la tuviera tan en cuenta, cuando el que salía perdiendo era yo. Mi rostro debió expresar mis pensamientos.

Eladio llevaba tiempo tratando con nosotros, más bien con el consejo de mi pueblo. Como parecía capaz de ver más allá de sus narices, se hacía cargo de mi situación. Yo no le importaba, pero imaginaba que sería duro para mí, o eso dijo. Dudé mucho que pudiera comprenderme. Acababa de perderlo todo. A mi mente, acudió una de tantas frases manidas: los errores de los padres serán repetidos por los hijos. En efecto, mi padre había defraudado al suyo cuando se alejó con su familia de las islas. Fue necesario, sus conocimientos nos mantendrían con vida en el nuevo mundo, y el consejo lo eligió, pero mi abuelo sintió nuestra marcha como una traición. Para él, yo debería quedarme a luchar, aunque fuese un niño por aquel entonces. Mi padre se negó, impuso sus ideas sobre las de mi abuelo y se arrepintió al poco de verse aquí, entre ellos.

Más o menos eso me sucedía a mí. Mi padre, mi madre y mis dos hermanos pequeños se negaron a que fuese uno de los guerreros ante la muralla. Nuestro territorio comprendía una extensión inmensa, solo las altas montañas le ponían límites. Esa barrera natural favorecía que no nos invadiera nadie ni nada, pero no estaba exenta de huecos. Yo debía permanecer en el poblado, entrenando a los futuros guerreros como hacía mi hermana, vigilando las zonas más susceptibles de ser atacadas, no montando guardia para ellos. Nunca entendieron que si yo o los demás no nos hubiésemos apostado allí, ahora todo sería distinto. Comprendo que mi familia no quería que terminase convertido en esclavo, porque al inicio de los problemas los hombres que llegaban traían consigo fuerza y armas, y muy poca intención de contentarse con un techo bajo el que dormir. Ahí cayeron muchos de mis compañeros, pero precisamente por eso debíamos seguir ahí para detenerlos. Si la fortaleza caía, nosotros seríamos los siguientes. Eladio no me gustaba, pero otros me gustaron mucho menos. El mal menor. Nosotros somos imprescindibles, porque ellos no nos engañan. Su ansia de dominio no se extinguirá nunca, pero cada vez llega menos gente. También es cierto que ahora los que aparecen son chacales, coyotes, serpientes. Tan traicioneros que hay que andarse con mil ojos. Como con Arturo, como con la mujer que me había vencido. Como mi padre en su momento, yo me arrepentía de haber tomado la decisión de ser uno de los guerreros. También como le sucedió a él, ahora era demasiado tarde.

En cuanto despertó, la mujer echó de la habitación a Arturo y a Enrique. Lo intentó conmigo, pero tardó poco en asumir que no me iría. Tenía algo más de color en la cara, pero las ojeras y la expresión sugerían mucho cansancio acumulado. Quizá no durmiera bien, el mal del insomnio estaba a la orden del día en el nuevo mundo. Quedarse inconsciente no parecía contar como descanso.

Le habían suministrado sedantes, quería incorporarse, pero sus movimientos eran torpes e imprecisos. Afronté mis nuevas tareas, que empezaban por adecentar a aquel deshecho. Di un paso y la mujer me lanzó una de sus miradas envenenadas. Volví a cruzarme de brazos junto a la puerta. Debería ayudarla, pero ella no tenía la menor intención de dejar que yo la tocara. Eso también se lo agradecía.

Tras un par de intentos, consiguió sentarse en la cama. No parecía cómoda por llevar solo la ropa interior. Gustoso le habría comentado que ella no iba a ser la primera mujer que viera desnuda, pero ni iba a entenderme ni iba a importarle. Los remilgos de su cultura eran otro detalle que jamás alcanzaría a comprender. Parecían avergonzarse por todo, menos por lo que debían. Precisamente por eso, no dejé de mirarla, lo que la incomodó todavía más. Soy su

guardián, cumpliré con mi deber y con toda orden que ella me dé, pero ni lo haré de buen grado ni pienso ponérselo fácil. A orgullosa y a altiva no va a ganarme.

Un gesto de disgusto se dibujó en su rostro al dar con las prendas que debía ponerse. Camiseta blanca y pantalón de tela color crema. Ni en un millón de años se vestiría sola. Como por invocación, una niña entró con una tinaja de agua que apenas podía sostener. Eladio se hacía cargo de la situación y enviaba a alguien a realizar mis tareas. No me sentí mejor. Rondaría los diez años, menuda, de rasgos afines a los míos. Idéntico pelo negro, ojos oscuros y piel morena. Llevaba un vestido camisero anodino y gris, similar al de las otras empleadas, pero en miniatura. Se me revolvió el estómago. Esa niña no debería estar ahí, sino en el poblado. No la conocía. O su madre la vendió al inicio del desastre o su familia fue una de las que se dejaron deslumbrar por la dueña de la fortaleza antes del fin del mundo.

La mujer dejó salir un profundo suspiro, casi un lamento. Rio con desgana cuando la niña apoyó la tinaja sobre la mesilla y hundió las manos en el agua para empapar la esponja.

—¿En serio? —preguntó a regañadientes.

La niña la miró confundida, pero se apuró en esquivar su mirada y atender a su tarea.

—Vengo a lavarla y ayudarla a vestirse, señorita.

No quedaba nada de nuestro acento. Esa niña debía de llevar desde siempre en la fortaleza. Vi que mi protegida se preparaba para ser desagradable, pero algo la frenó. Su ceño se pobló de arrugas y sus ojos evaluaron el menudo rostro.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

La niña se llevó una de las manos mojadas a la mejilla, sacudió la cabeza.

—Nada.

Mentía, la respuesta era una mentira y lamenté no haber comprendido la pregunta. A su vez, percibí el leve morado en el rostro de la niña. La habían golpeado recientemente. Me sorprendió que la mujer se hubiese fijado en el detalle y también el profundo rechazo que expresó. Sacudió una de sus manos antes de señalarme.

—No vas a hacer eso conmigo, lárgate... y llévatelo contigo.

La niña parpadeó con incompreensión, me miró apenas un segundo antes de volver a hundir la vista y las manos en el agua.

—Debo asearla, señorita.

—Y yo debería estar en mi casa, no aquí —replicó la mujer, antes de arrebatarle la esponja de las manos.

La niña dio un respingo y se encogió preparada para ser golpeada. Compartí con mi protegida la incomodidad. Con una delicadeza que no había mostrado hasta ese momento, la mujer dejó la esponja en el agua y le habló a la niña.

—¿Cómo te llamas?

La voz de la niña surgió en apenas un murmullo.

—Nekhbet.

—Vale, Niki —dijo, con una pronunciación pésima de tan bonito nombre—. ¿Sabes hablar su idioma?

Me señalaba a mí, por lo que la niña se puso todavía más nerviosa. Yo también, porque no tenía ni idea de qué pretendía la mujer. El asentimiento de Nekhbet consiguió duplicar mi desconfianza.

—Dile que se vaya, dile que no quiero que me siga, que no está en deuda conmigo o lo que sea que le pase. ¿Puedes hacerlo?

La niña pareció muy confundida. Lamenté más que nunca no entender sus palabras. Le pedía algo sobre mí, pero no sabía qué era. Nekhbet me habló, pero no se atrevió a mirarme.

—Quiere que te vayas, dice que no hay deuda... que no te quiere con ella.

Me contuve, repitiéndome que aquella mujer desconocía nuestra cultura, pero la humillación no es algo grato. Claro que podía irme, leía su rechazo expreso, pero no tenía la menor intención de ser un paria por el resto de mis días. Por un segundo, me planteé explicárselo, rechacé la idea al momento. A ella le traía sin cuidado, su forma de vida hacía imposible entender mi entrega y eso no era obra del idioma.

—El único modo de que me vaya —dije entre dientes—, es que me mate o que yo la mate a ella.

La niña volvió a sobresaltarse. Estaba muerta de miedo. Intervine antes de que tradujese mi mensaje.

—¿Sabes lo que soy?

La niña pareció dudar. Se veía empujada por la edad y por nuestra actitud tensa.

—Un guardián... No conozco todos los detalles, pero sí las condiciones.

—Bien —dije, a modo de felicitación para aplacar un poco su inquietud—. Ahora a ver si consigues que ella lo entienda.

En el pequeño rostro, se dibujó una sonrisa leve. Antes de darme cuenta yo también sonreía. Aquella niña no era culpable de nada, demasiado pequeña e indefensa. Sentí los ojos de la mujer, iban de uno a otro con desconfianza.

—¿Qué? ¿Vais a aliaros en mi contra?

La niña mantuvo su sonrisa, yo no. Ahora quien sonreía era la mujer y no parecía consciente. Sin esa máscara desdeñosa, me pareció bonita. Si no la conociera, la habría considerado indefensa.

—Él es un guardián, señorita —dijo la niña, con un tono un poco más fuerte—. No puede dejaros a menos que lo matéis. Otra opción es que lo retéis a un combate. Entonces, si os mata él, se acabará su tarea.

La mujer abrió mucho los ojos. La niña dejó salir una risita y volvió a la tinaja. Nekhbet era pequeña, pero lista, aprovechó el estupor de la chica para empezar a deslizar la esponja por el brazo que tenía más cerca.

—Tenéis suerte. Nada os pasará con él a vuestro lado —comentó mientras la esponja recorría el fino brazo hasta alcanzar el cuello.

La chica sostuvo las muñecas de la niña con suavidad. No había bajado la guardia del todo. Su expresión se volvió serena, no perdió la amabilidad ni la determinación.

—No quiero que me aseen. No es... nada personal, pero no me siento cómoda ni por ti ni por él. Si hace falta lo haré yo misma, pero en estos momentos lo último que me apetece es un baño. ¿Puedes entenderlo?

La niña asintió con timidez. En un movimiento del todo inesperado, la chica acarició su mejilla. Ambas se contemplaron sorprendidas y la mujer retiró la mano al ver que a la niña se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Perdona —dijo a media voz.

La niña se tragó las lágrimas y a mí me dieron ganas de llamar imbécil a la mujer. Cariño era justo lo que la pequeña menos necesitaba, porque no lo obtendría de nadie.

—Ayúdala a vestirse —ordené con tono frío, lo que rompió el momento entre ellas.

La niña accedió a la orden y tomó las prendas. Porque era evidente que no podría sola y que su otra ayuda iba a ser yo, la mujer no se negó. Cuando la sábana se retiró del todo, la niña contempló el cuerpo de la mujer con asombro. No por la pierna vendada, ni por la mugre que salpicaba la piel, sino por los distintos golpes, cicatrices y heridas que recorrían el menudo cuerpo.

—Ha sido un viaje largo —suspiró la mujer, casi con diversión.

La niña la miró como si se hubiera vuelto loca. Yo empecé a plantearme que lo estuviera por el tono desenfadado.

—Es... tiene que dolerle muchísimo.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que me han drogado lo suficiente. Apenas noto las piernas... No sé si seré capaz de sostenerme en pie.

No comprendí lo que dijo, pero parecía preocupada por algo. La niña compartió más palabras incomprensibles. Antes de que yo pudiera evitarlo, la mujer dejó la cama, apoyó los pies sobre la alfombra y las manos en los hombros de Nekhbet, como si la niña fuera a poder con su peso. Terminaron las dos en el suelo, también la tinaja, inmersas en el estruendo de la mesa volcada.

La niña pareció encogerse junto a la mujer mientras yo dejaba mi posición. Sujeté el brazo de la mujer para ayudarla a levantarse, con cuidado de no resbalar. El suelo estaba empapado, también ellas.

—Lo... lo siento muchísimo —balbuceó la niña, sentada sobre el enorme charco de agua perfumada.

La chica se revolvió al sentir mis manos, pero mi agarre era firme y tampoco quería volver al suelo. Dejé que se sostuviera contra la cama, me lanzó una nueva mirada fulminante que me obligó a volver a mi esquina, pero cuando se giró hacia la niña retomó la sonrisa.

—Bueno, esto cuenta como baño, ¿no?

La niña la miró desconcertada antes de dejar salir una risa suave. Su buen humor se esfumó cuando sus ojos dieron con la ropa que la mujer debía ponerse. Las prendas descansaban en el suelo, oscurecidas por el agua.

—Oh, no...

La niña, de pronto, parecía aterrorizada. La mujer también se dio cuenta e intentó alcanzar a la pequeña para tranquilizarla. Porque no se acercaría a ella andando, terminó de rodillas sobre el charco de agua y se aproximó con dificultad.

—Eh, Niki, tranquila, no ha sido culpa tuya.

La niña rompió a llorar en cuanto la mujer puso una mano en su hombro. Mi protegida me miró casi tan aterrada como la niña, pero dejó salir un lamento al ver que yo no sería de ayuda. Tampoco comprendía el apuro de la pequeña, no me parecía nada tan terrible y, además, la situación era de lo más divertida. Ella, apenas vestida, sin la menor idea de cómo consolar a una niña que se deshacía en lágrimas.

Me fijé en las vendas de la pierna. No solo estaban mojadas, también enrojecidas. La caída

o su empeño por arrastrarse por el suelo y consolar a la niña acababan de hacerle daño. Un fallo por mi parte. Como la mujer no parecía sensata ni capaz de velar por sí misma no me quedó otra que sumarme a ellas.

De entrada, levanté a la mujer con intención de devolverla a la cama. Mis manos resbalaban por su cuerpo mojado, y que se revoliera casi la devuelve al suelo. Abrazarla para que se estuviera quieta y no se me escurriera pareció devolverle las fuerzas. Trató de golpearme, pero estaba prevenido. Sin embargo, era demasiado obstinada y yo no podría reducirla sin hacerle daño.

—¡Dile que se esté quieta! —le grité a la niña—. Solo quiero devolverla a la cama.

La niña, entre sollozos, tradujo. Mientras, las vendas ya estaban de nuevo ensangrentadas. Cargué a la mujer en peso, guardándome de sus piernas y la dejé sobre la cama. Casi me gano un gancho de derecha, pero atrapé sus muñecas. Con la parte superior de mi cuerpo inmovilicé el de la chica. Bajo mi pecho sentí el bombeo de su corazón. Su respiración agitada entró por mi oído. Olía a sangre, a agua perfumada y a restos de sudor. Suyo y mío. La chica intentó revolverse, angustiada. Yo me angustié con ella cuando el deseo me recorrió con fuerza. Las ganas de convertir aquel forcejeo en algo más resultaron insoportables. No daba crédito. No con ella. No era de piedra, y no ayudaba que siguiese retorciéndose, rozándose contra mi cuerpo.

—Para —dije en un siseo.

No hablé en su idioma, pero la orden era obvia, quizá porque experimentaba lo mismo que yo. Dejó de moverse. Lo que no se detuvo fue su corazón agitado ni su respiración trabajosa que competía con la mía.

La puerta se abrió con ímpetu y alguien ahogó un grito. A saber qué se pensaban que había sucedido. Me separé de la mujer muy despacio, sin soltar todavía sus muñecas y me obligué a no mirarla al rostro. Por el contrario, al girar la cabeza, reconocí a la recién llegada. Era la servicial mujer joven que nos guio hasta las habitaciones. Sus ojos recorrían la habitación con impresión, se detuvieron en la niña. De pronto, dejó de parecer dulce y delicada.

Fue hacia la niña con el rostro desencajado y la obligó a levantarse de un brusco tirón de pelos. Solté a la mujer para encararme con ella.

—Deja a la niña, ahora —exigí con rabia.

La mujer me dedicó una expresión de regocijo. No soltó el pelo de la niña ni parecía importarle cuanto sollozaba bajo su agarre.

—Tú no das órdenes, esclavo.

La verdad me sentó como una puñalada. Allí no era nadie, tampoco podía encargarme de la sirvienta como deseaba, porque no estaba en mi casa ni bajo mis normas. Mi labor era solo con la mujer. En todo lo demás, no podía intervenir a menos que ella me lo ordenase.

Inmerso en la rabia y la impotencia, vi como la doncella se llevaba a la niña entre tirones de pelo. Me volví hacia mi protegida, ella sí podría haber hecho algo, pero era como el resto. La encontré inconsciente sobre la cama, tal y como yo la había dejado.

Una parte de mí quiso compadecerse. Estaba del todo indefensa, inconsciente. Las rojeces de sus muñecas me indicaron que había ejercido demasiada fuerza en ellas. Me llevé las manos a la cabeza. No servía para protegerla, porque no quería hacerlo. La expresión aterrorizada de la niña me perseguiría para siempre. En un segundo de duda, me pregunté si no éramos tan estúpidos como nos consideraban ellos.

CLARA

En dos días, apenas sentí mi cuerpo. Me habían doblado los sedantes, quizá para que no volviera a hacerme daño. Me postraron las heridas, el cansancio y un dolor más interno, quizá el que afectaba a mi alma. No había estado sola en mi inactividad, Lucas me había acompañado, haciéndome revivir todo el camino que recorrimos juntos. La despedida más cruda, en ocasiones asfixiante. Necesaria y a la vez insoportable. Solo él logró que me olvidase de Guillermo, de Arturo, del salvaje, de la fortaleza. Del mundo. Reviví, también, los primeros momentos. Una y otra vez mi vida parecía exponerse ante mis ojos para mortificarme. Cuando pasó mi duelo, o lo que fuese aquello, no estaba mejor, pero pude concentrarme en el presente y en lo que estaba en mi mano.

El médico que me atendía no era el mismo que nos recibió. Parecía de lo más amable, pero también un tirano. Yo era su paciente y no tenía la menor intención de remendarme una y otra vez. La niña no se había vuelto a acercarme a mí. Me atendía la amable sierva, porque así se comportaba, que nos condujo a las habitaciones. No me gustaban sus atenciones, a mi sombra todavía le gustaba menos, pero a él no le gustaba nadie.

Por lo demás, no había avanzado nada. Arturo buscaba a Guillermo, sin éxito. Ni mi hermano ni Fátima estaban allí. La mujer del piloto, al parecer, tampoco. Los ánimos no estaban para fiestas. Arturo se prestó para hacer incursiones, también el piloto, yo no tenía la menor intención de trabajar para nadie, porque la siguiente vez que cruzase las puertas de la muralla sería para largarme.

Al rey de aquel palacio no parecía importarle. Eladio solo deseaba que me recuperase; de vez en cuando se acercaba a mi habitación a saludar y a convencerme de que me quedara. Ahí hasta agradecía estar drogada. No quería ni sus palabras de alabanza ni la pena del piloto ni la preocupación de Arturo ni el rechazo del salvaje.

Mi guardián ahora formaba parte del decorado. O estaba de pie junto a la ventana o sentado en una de las elaboradas sillas. Distante y frío. En qué se entretenía, era un misterio, pero debía estar muerto de aburrimiento. No había dicho palabra, ni siquiera en su idioma. Evitaba mirarme y cuando lo hacía era palpable el rechazo.

El nuevo médico, un treintañero alto, de pelo corto rubio y expresión dulce, acudió puntual a verme. Me hizo las curas, insistió en que no forzase la pierna ni me excediera.

—Como si pudiera excederme con lo que me has metido en el cuerpo —cuchicheé mientras él toqueteaba mi pierna.

Las heridas cicatrizaban bien. Ya no sangraban, gracias a mi poca movilidad. El hombre de ojos marrones siempre divertidos me lanzó una mirada cargada de picardía.

—Se acabaron los sedantes, guapa, ahora va a dolerte —aseguró el médico—. Si te duele, no fuerces o te dolerá más, tendré que darte más sedantes, y acabarás yonqui perdida.

Le enseñé los dientes en respuesta a su tono burlón y él se rio en mi cara.

—Estoy con Eladio, quédate con nosotros.

Resoplé a desgana. Miré un momento al salvaje, pero este observaba lo que sucedía por la ventana, ajeno a nuestra charla. Devolví la atención al médico.

—No voy a quedarme. No me gusta este sitio.

El hombre me miró con el ceño fruncido en señal de incompreensión.

—¿Por qué? Es seguro.

Negué con la cabeza y esquivé sus ojos.

—¿Hasta cuándo?

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y fuera? Allí no es seguro nunca.

—Eso es más fácil, así no bajas la guardia.

Los ojos del médico se abrieron con falsa impresión.

—Si lo dices en serio, sí que me he pasado con los sedantes.

No pude evitar reírme, lo que pareció cabrear al salvaje. O eran imaginaciones mías o me odiaba más si cabe. El médico bajó la voz como si con eso nuestro amigo no fuera a escucharlo. Él no entendía palabra, no venía a cuento tanta molestia y resultaba más delator que haber hablado en tono normal.

—Lleva días encerrado aquí, no están acostumbrados a espacios reducidos. Deberías sacarlo a pasear.

Pensé que compararlo con un perro era algún tipo de broma, pero leí en el bonito rostro del médico que nada más lejos. Lo consideraba una mascota o algo peor. Sonreí como pude. No sabía qué otra cosa hacer.

—Si puedo levantarme, le pondré la correa.

El médico aceptó mi gracia con una carcajada.

—Y el bozal, no lo olvides —añadió de lo más divertido, antes de señalar el suelo—. Si no haces esfuerzos, puedo ayudar a que te levantes.

Lo último que quería era la ayuda de aquel imbécil, pero dada mi otra opción, debía ser práctica. Acepté la mano que me tendía y me preparé para dejar la posición horizontal tras tanto tiempo.

Alcanzado el suelo, mis piernas temblaron. El médico aprovechó para sostenerme por la cintura en un agarre nada inocente. Me dieron ganas de apartarlo de un empujón, pero el salvaje también se había vuelto hacia nosotros, y tenía toda la pinta de no necesitar mucho para arrancarle la cabeza.

—Creo que puedo sola, gracias —mentí con una enorme sonrisa, para que dejase de tocarme.

El médico retiró las manos con una sugerente caricia. Me guiñó un ojo al ver que, en efecto, me sostenía sola.

—Si quieres que te devuelva a la cama, solo tienes que pedirlo.

Me quedé mirándolo con cara de estúpida. Aquel coqueteo estaba tan fuera de lugar que me costó encajarlo. El hombre volvió a reírse y sacudió la cabeza como si también estuviese algo abochornado.

—Perdona, yo tampoco debería excederme. Si notas cualquier molestia, o para lo que sea, estoy por aquí.

—Gracias —murmuré notando un inquietante calor en mis mejillas.

—A ti por no darme más trabajo, ¿vale?

Con eso sí sabía lidiar. Las regañinas amables me resultaban más fáciles. Asentí, a pesar de

no estar muy segura de poder complacerlo. Él tampoco parecía seguro, pero me dio un voto de confianza y se marchó del cuarto. Me armé de valor para enfrentarme al salvaje.

—¿Qué? ¿Vamos a dar un paseo?

Me miró con tanto odio que tuve claro que había escuchado y entendido el comentario del perro. Ni me molesté en explicarme. Lo dejé ir delante abriéndome las puertas, para colocarse detrás de mí una vez en el pasillo. Iba a ser un paseo muy largo.



Había olvidado lo que era usar ropa de mi talla. Acostumbrada a las prendas flojas, el roce de las telas me molestaba, aunque eso tal vez fuera a causa de las heridas y contusiones. En cualquier caso, me sentía extraña e incómoda. Exactamente igual que con mi entorno, no digamos ya con mi sombra, quien caminaba a mi espalda con un espeluznante sigilo.

En una excursión con el colegio, había visitado un castillo. No se parecía en nada a este, porque aquí cada pasillo y estancia eran un derroche de mal gusto, donde podías encontrar una imitación de Monet y al lado el cartel de alguna película, buena o mala, sin criterio u orden aparente. La actriz estaba encantada consigo misma, de eso no había duda. Mil fotos suyas invadían cada superficie. Me sonaba, aunque los evidentes retoques de las imágenes impedían imaginar cómo había sido realmente. Una de tantas rubias deslumbrantes. Recordé a Berta, no se parecía demasiado a la mujer, pero ella también era rubia y, presuntamente, actriz. Me asaltó la nostalgia. Quizá, de no haberse dado el fin, habría tenido infinidad de amigas, pero mi experiencia se limitaba a las compañeras de clase. Jamás me abrí con Berta, nuestras conversaciones fueron más bien fugaces, se centraban sobre todo en compartir experiencias sobre la supervivencia, pero algo sí llegó a acercárseme. La sepulté junto al resto para no dejarme arrastrar por el pesimismo y la soledad.

Me perdí entre pasillos y salones. Me sentí como en una ratonera y cada persona con la que me cruzaba me ponía de los nervios. Todos parecían conocerme. Me miraban a mí, al segundo al salvaje, se les ponía una sonrisa misteriosa en los labios, saludaban, y seguían su camino. En busca de aire, terminé en una enorme terraza, tan grande como cualquiera de las habitaciones. Me envolvió un olor del todo inusual, el del ganado. La nota ajada de los infectados apenas era perceptible allí. Lo que sí escuché fueron un par de mugidos. ¿Vacas? Apenas pude fijarme en el paisaje verde, interrumpido por algún que otro campo de cultivo, cuando vi que el lugar estaba bastante repleto.

Antes de poder retroceder, casi una treintena de personas clavaron sus ojos en nosotros. No los había visto antes porque ocupaban el lateral de la terraza, sentados en elaborados sillones de mimbre, alrededor de unas mesas circulares. Me dieron tanto miedo como una horda de infectados, pero aguanté el tipo y devolví el saludo general con la cabeza. Los detalles se fijaron en mi retina, aturdiéndome. O estaba viendo mal o los hombres y mujeres allí reunidos iban de punta en blanco. Vestidos, trajes de chaqueta, tacones y zapatos de charol.

El sonido de la risa cosquilleó en mi cerebro. El salvaje se colocó a mi lado, en tensión. El día estaba gris, pero la poca claridad arrancaba destellos en las joyas que adornaban cada cuerpo. Ambos estuvimos a punto de huir cuando una de las mujeres se levantó de su silla con una

enorme sonrisa. Empezó a acercarse, como quien se aproxima a un animal acorralado.

—Tranquila, lo que sientes es habitual —me dijo la mujer, con una voz suave. Sus ojos apenas se detuvieron en el salvaje, ignorándolo de forma premeditada.

Habría salido espantada si mi mente no luchase por confirmar lo que mis ojos veían. La mujer llevaba un vestido largo, granate, con pedrería, ideal para una boda de noche. No estaba lo bastante desorientada como para no saber que debían de ser las doce de la mañana. Le quedaba algo largo, por lo que su mano de uñas cortas alzaban la tela, permitiéndome ver unos zapatos de tacón que hasta en la distancia se notaba que le iban grandes. Una risa nasal me envolvió justo cuando la mujer se me plantó delante y me tendió una copa.

—Ya, te parece raro —dijo, señalándose a sí misma con la mano libre—. Es... cuesta explicarlo. Nos pasamos horas entre terneras y trigo. Estamos en el descanso y siempre hacemos esto de arreglarnos para no olvidar quienes fuimos, nuestra vida normal. Estaremos encantados de que te unas cuando te sientas más cómoda.

Lo único que pude hacer fue mirarla con la boca abierta. Un pensamiento saltó en mi cabeza: yo jamás había ido así vestida. La mujer volvió a reírse y a mí no me quedó otra que aceptar la copa cuando me la acercó un poco más. El olor del vino blanco me revolvió el estómago.

—Los primeros días son duros. Volver a sentirse a salvo cuesta, lo sabemos. Tranquila, en serio, muchos hemos pasado por ello. Cuando llegué, estuve cuatro días encerrada en mi habitación.

Asentí por no seguir estática. Lo que no hice fue probar el vino. Despegué los labios para hablar, pero la mujer no me dio tiempo a expresarme. Con un giro de muñeca señaló nuestro alrededor.

—Nos han contado tu historia —dijo antes de mirar al salvaje—. Increíble. Los hemos visto pelear. Es... vaya.

Las risas se sucedieron. Al salvaje no le hicieron la menor gracia. Lo vi apretar los puños y esforzarse por no sacar a pasear su daga, para rebanarles la garganta a los treinta. Al final, íbamos a tener cosas en común y todo. Con lo que estaba viendo, me sentía mucho más afín a mi sombra que a aquella panda de imbéciles. Sin embargo, tocaba ser conciliadora.

—Veo que sabes de ellos. ¿Me cuentas de qué van? Estoy un poco perdida.

Encantada con el protagonismo, a la mujer le brillaron los ojos. Asintió con vehemencia y se puso a parlotear. Cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro. Andar con zapatos grandes era incomodísimo, eso sí lo sabía de sobra.

—No soy una erudita —dijo, con tanta fanfarronería que me sentí tan asqueada como con el vino. Reparé en sus manos, porque no dejaba de moverlas. Las uñas estaban cortas, sí, pero no muy limpias. Se habían puesto guapos, pero olvidaron darse una ducha—. Creemos que proceden de Egipto, igual alguna tribu que se desligó de todo, porque no usan jeroglíficos ni cosas de esas. Ni construyen pirámides.

La mujer soltó una carcajada como si hubiera hecho el mejor chiste del mundo. Un par de hombres y mujeres próximos que seguían la conversación también rieron. A mí solo me salió una sonrisa falsa. Aquello era el colmo de lo absurdo, parecía una broma, una cámara oculta. Peor me sentó asumir que, de no ser por lo vivido, podría haber terminado sentada en una de las mesas.

—Los salvajes que se refugian aquí se avergüenzan tanto que poco cuentan, los que están

ahí fuera... en fin, son todo lo herméticos que se espera dada su ignorancia. Tardarás poco en entender que desprecian toda ayuda, es el miedo a lo desconocido. Son muy de usar nombres de animales...

Desconecté. Todavía conservaba mi capacidad de abstraerme y la necesitaba. Me dediqué a convertir la voz de la mujer en un ruido de fondo. Mi mirada escudriñó el cielo, cada vez más encapotado. Era cuestión de tiempo que lloviera. Me vi en mitad de un chaparrón, durante nuestra estancia en la casa rural. Alguien se había burlado de mí, no recordaba quién. Guillermo había salido a buscarme. El calor de su abrazo había mitigado toda la humedad y el frío de mi cuerpo. Sentí que los ojos empezaban a picarme.

Le di la espalda a la mujer. Dejé la copa sobre el mueble que había junto a la puerta de la terraza y caminé por el pasillo como si supiese adónde iba. Supongo que a nadie le gustó mi desplante, pero no me preocupó. Visto lo visto, ni de broma me quedaba en aquel manicomio. Noté un movimiento a mi espalda y recordé al salvaje. Qué ganas de tomarme unos minutos para mí sola, cosa que solo conseguía si me encerraba en el baño. No había ninguno cerca, que yo supiera. Tomé una curva y me las vi con un nuevo pasillo repleto de puertas de aspecto contundente. Igual de largo, de sobrecargado, de inquietante. El cansancio ascendía desde mi pierna. Debía recuperarme bien para poder irme lo antes posible. Una vez cicatrizasen un mínimo los cortes esperaba a Guillermo, pero en el bosque.



Cuando conseguí llegar al pasillo de mi habitación, reconocible por el cartel de la película *Pulp fiction* y a pocos metros un Rembrandt, solté un resoplido de impaciencia. Ahí estaba el salvaje, adelantándose a mí, para entrar primero, como si temiera que una banda de asesinos fuese a atacarme. Entré tras él con un gruñido. Enfilé hacia el baño, mientras él cerraba la puerta. El sonido de la cerradura me clavó en el suelo. Pasaba la llave. Me volví más desconcertada que asustada.

—¿Qué haces? Nadie va a...

Una sola mirada me hizo cerrar la boca. Los ojos negros brillaban con determinación. Alzó la llave de la puerta para que yo la viera bien y se la metió en el bolsillo. Acto seguido, el salvaje avanzó, pasando a mi lado para meterse en el baño.

—¿Y esto...?

Comprendí la situación cuando abrió el grifo de la ducha y empezó a desnudarse. Había dejado la puerta totalmente abierta y a mí plantada en mitad de la habitación con cara de idiota. Un solo vistazo a su pecho consiguió derretirme el cerebro. No estaba tan ciega ni cabreada como para no aceptar que el hombre era lo más impresionante que había visto en mi vida. Toda su musculatura estaba bien marcada, como un perfecto dibujo para aprender anatomía. En su piel oscura podían intuirse trazos blanquecinos y el relieve de algunas cicatrices. Recordé lo que había sentido cuando me inmovilizó contra la cama: un calor intenso, la ineludible sacudida que provoca el deseo. Me sentí del todo noqueada ante mis propios pensamientos, peor cuando el calor alcanzó mi rostro. Le di la espalda y me fui hacia la ventana, con su silueta en mente.

Que era atractivo lo sabía desde el primer momento. Grande y fuerte. Hábil, o no sería un

líder. Sus facciones eran parte de su encanto, exóticas y en armonía con el conjunto. Su piel era oscura, con un brillo cálido. Dejé salir un gruñido por tanto pensamiento estúpido.

Ojeé las vistas del exterior: Las montañas parecían tan lejanas como infranqueables. Seguro que por ahí no accedían los infectados. Tal vez por eso no se apilaban junto a la muralla. La zona era boscosa, pero también estaba salpicada por elevaciones. Muchas colinas. La parte más accesible era la principal, donde habíamos visto los tabiques. La naturaleza devoraba todo el exterior de la muralla. Apenas dejaba espacio para apreciar qué contenía. Por el contrario, dentro de los altos muros, estaba despejado por los campos y los pastos. Como pequeñas hormigas reconocí las reses. Vacas. Probablemente también cerdos y pollos, y de ahí el menú que llevaban sirviéndome durante esos días.

Unos nudillos sonaron contra la puerta. A ella me acerqué, esforzándome por mantener mis ojos lejos del baño, para darle intimidad al salvaje o para no confirmar cómo de impresionante era su cuerpo. De brazos cruzados, apoyé la espalda contra la pared, como había estado él las primeras horas.

—Lo siento, mi sombra ha cerrado con llave para poder darse un baño de espuma.

Reconocí la risa al otro lado de la puerta. Eladio.

—Es cauto, no va a fiarse de usted.

Tal vez por lo afable que resultaba Eladio, la situación me hizo un poco de gracia.

—Es un pelín exagerado, ¿no cree? Llevo años sobreviviendo solita.

Justo al decirlo, me corregí a mí misma. No había estado sola. Primero habían sido mis padres, Guillermo o los mellizos, después Lucas. El nudo en la garganta no contendría demasiado tiempo las ganas de gritar, ni podía detener eternamente las lágrimas.

—Pues más le vale acostumbrarse —comentó Eladio—. Tengo entendido que se bañan dos veces al día. En fin, dese usted también uno. Me gustaría invitarla a comer con nosotros.

Aguanté de puro milagro. Nada se transmitió en mi voz. Sin embargo, las lágrimas ya corrían con libertad mis mejillas. Al final iba a tener que darle las gracias al salvaje por cerrar la puerta.

—Mejor otro día, todavía no estoy... cómoda con tanta gente.

No era una mentira. No estaba cómoda con aquella gente. Tan encantador, Eladio me concedió tiempo. El grifo se cerró en ese instante.

—Parece que ya ha acabado —dije, sin que me temblase la voz, mientras me secaba el rostro sin mucho éxito—. Creo que voy a tomar ejemplo.

—Cuidado con sus heridas —comentó Eladio.

Lo despaché sin más. Seguro que no era buena idea mojar los vendajes, pero no había de qué preocuparse. No iba a tomar un baño, lo único que quería era encerrarme y llorar a gusto a los míos.

El salvaje salió a medio vestir con la llave en la mano. No lo miré, para que él tampoco viera mi pena. Esquivé su enorme cuerpo, entré en el baño y cerré de un portazo. Ahí, sí, a cubierto, terminé derrumbándome y sintiéndome más sola de lo que me había sentido en toda mi vida.

TARIK

La ducha se había llevado algo del malestar, pero ahora uno nuevo se le sumaba. La mujer era vulnerable. No había pasado a mi lado tan rápido como para no apreciar sus lágrimas, ni percibir su dolor. Me senté en la silla sin dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿De dónde venía? ¿Por qué habría pasado? Hasta ese momento la había tachado de chacal, como a Arturo, pero ella ocultaba algo más profundo. No era buena, pero tampoco tan mala. Su actitud decía muchas cosas.

Entender lo que ella necesitaba me arrancó un gruñido. Si me dejase guiarla, la llevaría hasta la muralla en la zona en la que solían congregarse los infectados. Verlos serviría para ella de calmante, porque seguro que se sentía tan envuelta en la irrealidad como yo. La amenaza no se había ido, fingir que no estaba, no poder señalarla, era peor que tenerla encima. No entendía cómo la gente de allí podía vivir con esa calma. Pero ella no iba a dejarse guiar, por lo que ambos seguiríamos atrapados en aquel imposible.

Mis ojos dieron con el cielo gris. No tardaría en llover. No quería pensar en la mujer, pero ahí seguía. Me pregunté cuanto tardaría en preguntar por Arturo y Enrique. Ya deberían haber vuelto de la incursión. Algo no iba bien. Lo que les pasara a esos dos me traía sin cuidado, pero si había problemas fuera... yo debería estar allí, no a cubierto.

Iba a volverme loco tan ocioso. Sin saber, sin moverme. No lo soportaría. Al menos tenía la certeza de que ella no se refugiaría en aquella habitación. Moviéndome iba a estar un buen rato. Como tampoco parecía saber tratar con su gente, seguro que le costaba poco ganarse enemigos. Era mi único consuelo.

La puerta del baño se abrió con el mismo ímpetu con el que se había cerrado. Su frialdad me puso en guardia. Yo era el único enemigo del que no tenía que preocuparse, pero parecía a un paso de usarme para canalizar su frustración. Igual porque mi mirada también era dura, se contuvo de emprender una guerra. Sin palabras, fue directa a la puerta que daba al pasillo. No, ella no soportaría ningún tipo de encierro.

CLARA

Había perdido la noción del tiempo. A saber cuánto estuve sentada en el frío suelo, envuelta por el vaho que dejó el agua caliente. Seguro que me venía bien un baño, pero hasta que no mejorase mi pierna debía conformarme con un aseo por partes. De todas formas, el dolor no se limpia. Está ahí, va y viene. Hay que aprender a compartir espacio con él, porque nunca se aleja demasiado.

Al salir, me alegró que mi sombra no supiera palabra de nuestro idioma. Ni por compromiso se interesaría o trataría de consolarme. Si fue consciente de lo que me pasó, no cambió su actitud. Algo que agradecerle.

Como sabía que encerrada le daría vueltas a la cabeza, y volvería a tener que encerrarme en el baño, decidí continuar el paseo. Sobrecargaba la pierna, y mi moral. Iba a tener que escuchar al médico como se abrieran de nuevo las heridas, pero salí igualmente. Ni siquiera hubo tiempo a dejar el pasillo antes de que me metiera en problemas.

La causante, la niña. Salía de una habitación justo cuando nosotros pasábamos por la puerta. Un vistazo bastó para que las recomendaciones del médico se fueran al traste. Su rostro estaba salpicado de marcas amarillas. Moratones leves, pasados, pero que no deberían haberse dado.

Al verme, hizo ademán de alejarse. Ni en un millón de años pensaba consentirlo.

—¡Niki, espera! —exclamé antes de correr, cojeando, tras ella.

Mi persecución terminó en una enorme sala que debía ser la lavandería. Diversos barreños estaban puestos en hilera y la espuma ocultaba el contenido. En otra zona un enorme tendal rebosante de ropa, sábanas y toallas. Localicé un par de lavadoras y varias secadoras pero, o no funcionaban o preferían ahorrar energía lavando a mano. Dos mujeres, vestidas con el vestido camisero grisáceo que señalaba al servicio, me miraron como si yo fuese una aparición, y ahogaron sendos gritos al localizar al salvaje que me seguía. Ante el revuelo, pude ver dos hombres y una mujer más, que habían estado ocultos a la vista por la ropa colgada. La niña se había quedado paralizada junto a uno de los pilones para escurrir las prendas.

—Por favor, vete...

Di un paso atrás a causa de su súplica. Mi cuerpo dio con el del salvaje, quien se apuró en guardar las distancias de nuevo.

—¿Pero qué te ha pasado? —pregunté en un murmullo.

No iba a responderme, pero tuve la absoluta certeza de que yo era la responsable. La amable muchacha que me atendía entró en escena, y sus ojos fueron de unos a otros con una tensión palpable. Era la única de rasgos marcados, y quizá por eso fue la única que se acercó a la niña en lo que supuse sería un gesto de apoyo.

—¿Qué le ha pasado a la niña? —pregunté—. ¿Quién le ha pegado?

La niña se encogió, la doncella pareció paralizada y sus ojos fueron al salvaje. Con rapidez, volvió a mirarme.

—Es... No lo sé.

Los allí presentes, todos, se revolvieron inquietos. Aquello apestaba a mentira. El salvaje

dijo algo a mi espalda. No lo entendí, la doncella sí. La mirada que le lanzó la mujer no tenía nada de amable, ni buena. Me volví para escudriñar al salvaje.

—¿Sabes quién fue? —pregunté, pero él ni siquiera se molestó en mirarme.

Volví a buscar a la niña, la doncella estaba acucillada a su lado y acariciaba con suavidad su pelo. Sin embargo, la niña lloraba de miedo.

—Niki, ¿qué pasa?

La niña no me miró, sus palabras fueron para el suelo.

—Fue él. Yo... te hice daño, él debe protegerte...

Asimilé, como pude, lo que me decía. Me giré muy despacio para mirar al hombre que me seguía. Sí, tenía todo el aspecto de culpable y de desear emprenderla a golpes con alguien, pero no me creí la acusación. Estaba, del todo, desconcertada.

—¿Por qué me mientes?

El silencio pareció extenderse como una bruma, la tensión ascendió imparable. Yo me acerqué a la niña y a la doncella, mientras mi cabeza empezaba a atar cabos demasiado desagradables. Señalé a la doncella sin alzar la voz ni ceder a la rabia.

—Quiero hablar contigo.

La mujer se me acercó temerosa, y la alejé de todas las presentes, salvo del salvaje. Nuestros ojos se encontraron y ambas tuvimos claro cuánto sabíamos.

—Como vuelva a verle una sola marca, me dará igual quién se la haya hecho.

Los ojos de la doncella brillaron con rabia, pero agachó la cabeza.

—De acuerdo, señorita.

Dejé la lavandería y me esforcé por desterrar a la niña de mi cabeza. Juntarse conmigo le había salido caro, y a mí también me dolía. Cuando aprecias a alguien, los demás lo tienen muy fácil para hacerte daño. Sin embargo, debía agradecer el incidente. Aquel falso oasis no iba a hacerme olvidar que los vivos son mucho peores que los muertos.



Decidí probar suerte con la presunta guardia del castillo, o sea, los hombres y mujeres del brazalete azul. Para eso había que salir a la explanada entre el castillo y la muralla. Respiré un poco mejor cuando la gran puerta que daba acceso a la edificación quedó a mi espalda, y una ligera llovizna acarició mi piel. No llovería a mares, probablemente quedase en esa nota húmeda, pero al menos no haría calor.

Estudí la zona principal, con sus campos y su improvisado mercado. Dudaba que les diera por comerciar. No había dinero, el trueque no serviría tampoco. Entendí que actuaban como sabían y buscaban entretener manos y mentes. Más de uno se habría convertido en orfebre con el nuevo mundo. La ropa estaba demasiado bien confeccionada para que fuese cosa de modistas improvisadas. Debían de haberla sacado de los armarios de la actriz, y también de esas incursiones que hacían. Como vi más de un remiendo, ahí sí entraban los nuevos costureros. Por lo demás, probablemente las cocinas del castillo daban de comer a todos sin diferencia, pero ellos ejercían su papel de tenderos y clientes como antes del fin. Chocaba tanto como lo de vestirse de gala, pero tenía más sentido.

Un hombre de barba marrón salpicada de canas estaba apostado junto a uno de los puestos, que al parecer se dedicaba al calzado. Bajo la lona ennegrecida por la humedad podían verse un montón de pares de zapatos. Lástima que la mitad fuese de vestir, algo inútil en esos días, salvo si vivías allí dentro, claro. No había rastro del zapatero, quizá de ahí la presencia del falso soldado. ¿Qué temían? ¿Qué les robasen un par de tacones? No sería una gran pérdida, pero igual era otro modo de mantener nuestra habitual forma de vida.

Fui directa hacia el hombre, quien me miró con el ceño fruncido. Yo no le incomodaba, el salvaje que me seguía era otra historia.

—Hola —saludé, sin la menor idea de qué preguntarle o cómo iniciar una charla.

Sabía lo que quería, respuestas, comprender cómo habían sobrevivido sin altercados, y sin la infección, pero no alcanzaba a ordenar las preguntas para sacar algo en claro. Resoplé con fastidio.

—Qué hay —saludó el soldado, con una voz ronca, sin mirarme.

Sus ojos parecían haberse quedado atrapados en el salvaje. El rechazo era evidente, y seguro que idéntica expresión luciría mi sombra. No iba a sacar lo más mínimo de aquel tipo si estaba a la defensiva. No quería al salvaje cerca, por lo que a mí tampoco.

Retomé el paso tras una fugaz despedida. Caminé entre los puestos con la cabeza muy lejos, porque hacía tiempo que no sabía del piloto, ni de Arturo. ¿No deberían haber vuelto de la incursión? Casi me había olvidado del salvaje cuando un adolescente con una camiseta de la guerra de las galaxias se me acercó a la carrera. Mi sombra dejó de estar tras de mí, para ponerse delante. Me dieron ganas de abofetearlo. Aquel chico no era una amenaza.

—Se... señorita —murmuró el adolescente de pelo revuelto, castaño, con un hilo de voz—
... Me manda a buscarla el jefe.

Arqué las cejas en señal de lo mucho que me importaba. El chico sacudió la cabeza y trató de no reparar en el amenazador salvaje.

—Sus amigos tardan demasiado. Ya deberían haber vuelto.

TARIK

No eran sus amigos, pero tampoco iba a mantenerse al margen. Eso fue lo único que entendí. Todavía trataba de procesar qué demonios había pasado en la lavandería. Me pareció que ella dudaba de mí, que me acusaban a mí de algo. Mi manejo del idioma era un desastre, pero eso me quedó claro. También, que ella no creyó ninguna acusación y no tuvo problemas en señalar quién pegaba a la niña. Ni idea de qué había pasado ahí tampoco. A saber qué le dijo, pero, por la pinta, a la niña no volverían a tocarla, y yo iba a tener bastante trabajo. La adorable doncella no iba a dejar estar las cosas.

En el mercado, no me sentí mejor, hasta que el adolescente había interrumpido. Salíamos. Ella iría a buscar a su gente en persona. Mi corazón empezó a agitarse al entender que volvería a verme las caras con los que fueron los míos. No sabía qué encontraría. Quizá desprecio por verme encadenado a un medio metro, quizá admiración por cumplir con una tarea tan ingrata. No podía pensar en ellos. Ya no eran los míos. El dolor quiso aparecer, pero lo dejé a un lado gracias a la mujer. En el galpón, donde guardaban los vehículos, ella evaluaba una de las motos. Odiaba esos trastos, exponían a algo peor que los infectados. A mi pesar, ella dio un golpe con su pequeña mano en una reluciente moto blanca.

—Me la llevo.

—¿En moto? —preguntó el adolescente con toda su sorpresa.

Resoplé. Sí, era estúpido, pero a ver quién la convencía de usar un coche. Solo por demostrar lo terca que era se empeñaría en las dos ruedas.

—Sí, en moto, ¿algún problema? —preguntó entre dientes.

El muchacho alzó las manos como desentendiéndose.

—Para mí no... pero no es muy seguro.

Ella pareció ofendida, miró al adolescente con aire chulesco.

—¿Cuánto tiempo has pasado ahí fuera?

No comprendí la pregunta, solo que el chico vaciló, esquivó la mirada de la mujer y sacudió la cabeza.

—Un... unos meses.

Ella sonrió con toda su confianza.

—Pues entonces cierra la boca y consígueme un casco.

Tampoco entendí qué le pedía, pero el chico la miró con extrañeza, y después a mí. Ella pareció recordar que yo estaba. La vi soltar el aire y alzar las manos con disgusto.

—Ya, claro, que sean dos cascos.

Hablé en mi lengua, a la espera de que mi rechazo sirviera de traducción. Señalé la moto.

—No pienso ir en eso.

Me miró sorprendida, quizá por lo inusual de que le hablara. Extendió los brazos para abarcar todo el galpón.

—¡Oh, vaya! ¡Cuánto lo siento! No les quedan caballos.

Se estaba burlando, estreché mi mirada pero no la intimidé ni un poco. Vi que sí estaba preocupada por esas personas, por mucho que tratase de negarlo. Por otra parte, ¿había

mencionado caballos? Ni por contexto comprendería la frase.

—No.

Asintió conforme y me dio la espalda.

—Pues no vengas. Gracias.

Gracias. ¿Por qué me estaba dando las gracias? El chico volvió con dos cascos. A ella se lo tendió, a mí me lo lanzó. Lo atrapé al vuelo, y casi lo dejo caer al instante.

—No —repetí con rabia.

Ella volvió a asentir, y me miró por encima del hombro mientras se subía con soltura a la moto. Demasiado grande, estaba ridícula. No sabría manejarla.

—Perfecto, a la vuelta te cuento.

No entenderla me estaba cabreando. Encajé el casco en mi brazo, y me planté ante ella con las manos en el manillar. Con el casco puesto, solo veía sus ojos marrones, y estos brillaban a modo de reto.

—Como acelere te llevo por delante, colega. Apártate.

Solté una mano, pero para deshacerme del casco.

—No —gruñí antes de lanzarle el casco de nuevo al chico, quien observaba la pelea.

Apenas le llegaba al suelo, me dio la impresión de que yo sostenía el vehículo, no ella.

—Abajo —ordené, consciente de que no iba a lograr nada por las buenas, pero intentándolo igualmente.

El chico intervino como si hiciese falta.

—Creo que no quiere ir en moto.

Ella le respondió, pero me miraba a mí con toda su obstinación.

—Me da lo mismo lo que quiera.

Dio un acelerón que sacudió todo mi cuerpo. Había sido un aviso. O me apartaba o me llevaba por delante. Con la potencia del motor igual lo conseguía, y tenía toda la pinta de que la mujer sí sabía manejar el vehículo perfectamente. Muerto por atropello, no se me ocurría nada más estúpido, pero debía hacer mi trabajo.

—Es ruidosa, no protege, sino que nos expone —dije en mi lengua dándome igual que no me entendiera.

—Eso mismo creo yo —aseguró el chico atrayendo la atención de ambos—, debe estar loca.

La chica le lanzó una mirada envenenada antes de volver a centrarse en mí. Algo había entendido o también traducía por contexto.

—Es rápida, no corremos el riesgo de vernos atrapados en una carretera y se maneja mejor que un coche.

No la entendí ni quería hacerlo. No estaba razonando. Sacudí la moto con intención de hacerla ver que yo también podía lanzarla al suelo. Caí entonces en que el adolescente me había entendido y hablaba mi idioma.

—Dile que iremos en un todoterreno.

—No creo que te haga caso —dijo el chico en mi idioma antes de pasar al de la chica—.

Dice que iréis en un todoterreno.

Ella se rio de puro descredito.

—Él que vaya en lo que le dé la gana. Yo voy a ir en moto.

No necesité traducción, veía en su expresión el desafío. No entraría en razón. Sí que estaba

loca.

—No vas a convencerla —comentó el chico.

No, no iba a convencerla, y emplear la fuerza supondría hacerle daño, de nuevo, porque iba a revolverse. Solté la moto y vi en sus ojos una sonrisa satisfecha. Que ganas de borrarle la suficiencia. Extendí el brazo y el chico me pasó el casco.

Me lo puse con un gesto brusco y me sentí atrapado. Ocupar el asiento a su espalda me dejó todavía más inquieto. Lo único a lo que podía agarrarme era a ella. Como si pudiera sostenerme, como si fuera a evitar que me cayera. No había montado nunca, pero sí las había visto en movimiento. Odiaba esos trastos casi tanto como la odiaba a ella. Me humillaba, y a saber si se daba cuenta.



No fuimos muy lejos, pero no por ello me alegré. Nada más salir a la explanada que había ante el castillo, ella condujo directa hasta los guerreros que fueron mis hermanos, y que ahora la miraban con seriedad y sin saber cómo reaccionar. Me enderecé cuando paró, dispuesto a asumir mis malas cartas con orgullo. Ninguno de los siete me dedicó un solo vistazo. Gyasi, el único que hablaba su idioma, compartió palabras con ella. Su desprecio me sentó peor que el del resto, porque había sido mi mejor amigo desde mucho antes de convertirnos en guerreros. Mi hermano aunque no compartiésemos la misma sangre. Intenté concentrarme en lo que decían, en vez de los recuerdos que me traía su voz.

—Los mantienen con vida para que vayamos a por ellos. Pretenden emboscarnos —aseguró Gyasi—. Al menos son quince. De aquí salieron siete. Es probable que alguno se haya unido a los atacantes.

La chica asintió, no ponía en duda las palabras de Gyasi.

—Del piloto no lo dudo, seguro que se unió a ellos. Así nos conocimos. ¿Qué vais a hacer?

—Matarlos a todos en cuanto podamos —dijo Gyasi.

Sentí la tensión del pequeño cuerpo. Algo la había alterado, y yo había captado la palabra muerte. Intervine.

—¿Qué le has dicho?

Gyasi al fin me miró, con rabia.

—Que los mataremos en cuanto podamos.

Lo entendía, era lo que debían hacer y lo más sensato. Solo había un problema.

—Si atacas a su gente, intentará matarte.

—Y yo intentaré matarla a ella —siseó Gyasi—, y tú me matarás a mí, ¿no es cierto?

Tomé aire y contuve las ganas de insultarlo. Lo decía como si me agradase, como si no me doliera horrores la sola idea de ponerle una mano encima.

—Es lo que debo hacer.

Gyasi asintió de forma seca.

—Esto es lo que debemos hacer nosotros. Están demasiado cerca de la zona por la que rondan los infectados, es cuestión de tiempo que se les echen encima. No nos arriesgaremos a

que nos cojan en medio o a que se conviertan en un número grande.

La chica se revolvió inquieta. No nos comprendía, pero de nuevo el tono facilitaba las cosas.

—Si vais a pegaros, desmonta. No quiero que me pille en medio.

Gyasi la miró con el mismo asco que me prodigaba.

—Si vas os matarán a los dos.

—Dile que baje —gruñó ella y Gyasi tradujo. No me moví. Ella resopló antes de hablar—.

Si voy sola no me matarán.

Los ojos negros y rasgados de Gyasi parpadearon con confusión.

—No puedes ir sola.

Ahora el resoplido fue el de la chica.

—No puedo ir en moto, no puedo ir sola. ¿Sabes adónde podéis iros tú y tus recomendaciones?

Gyasi cuadró los hombros y la mandíbula. A mí me dieron ganas de reír. Si algo tenía la mujer era los cortes bruscos, y mi hermano acababa de vérselas con uno.

—Él no te dejará ir sola.

La mujer soltó un juramento y volvió a agitar una de sus pequeñas manos.

—¿Puedes librarme de él? Eso sí sería de lo más útil, ¿sabes? Porque aquí parados estamos perdiendo tiempo.

Gyasi apretó los puños y dejó salir un siseo. De ser otra persona quien le hablase así ya habría hecho algo más que envenenarse en silencio, pero era mi protegida, y ambos sabíamos que no tenía posibilidades en un enfrentamiento contra mí. Porque ella se movió, di por sentado que era hora de dejar la moto. No me confié, mi hermano tampoco porque se mantuvo delante de ella. Debería advertirle que de un acelerón lo sacaría de en medio, pero ella desmontó sin protestas.

—¿Puedo ver dónde están o tampoco? —preguntó mientras se quitaba el casco.

Gyasi la condujo hasta la primera línea de árboles, en la zona donde una pequeña elevación del terreno permitía mejor vista. Le tendió unos prismáticos con desdén y señaló un punto.

Alguien se acercaba, dejaba la seguridad de los árboles, y sentí como fallaban mis fuerzas al reconocerla. Tiye sostenía un par de jarras que casi cayeron al verme. Su melena negra estaba recogida en la larga trenza que tan bien recordaba. Su piel era más oscura que la mía y mucho más brillante y suave. Esbelta, preciosa, envuelta en un vestido sencillo que dejaba al descubierto uno de sus hombros. Vi en sus ojos que deseaba acercarse a mí. Yo también deseaba acercarme a ella, pero no podía alejarme de la chica, y era mi obligación dejar claro que ya no había nada entre nosotros. Al girar el rostro, me encontré con la mirada curiosa de mi protegida. Vi admiración al localizar a Tiye, era la mujer más hermosa del mundo entero, y también vi comprensión al volver a mirarme. Sin embargo, pronto apareció ese ceño fruncido que sugería desconcierto.

—Seguro que no quiero saberlo... —murmuró la chica—. ¿Quién es?

Gyasi habló, y provocó en la chica una expresión horrorizada.

—Era su prometida.

Me pareció que la mujer no sabía qué hacer. Esperaba algo, volvió a mirar a Tiye, quien no pudo contener las lágrimas mientras les entregaba el agua a mis hermanos de lucha. La chica iba a decir algo, pero me miró con todo su desprecio y me dio la espalda. Esta vez entendí con

nitidez lo que decía.

—Menudo gilipollas.

Vi que Gyasi dejaba su aire tenso para mostrarse orgulloso.

—Deberías sentirte afortunada, no puedes tener mejor guardián.

La risa de la mujer podría haber alertado a los que se apostaban en la distancia.

—Tú también me pareces un gilipollas.

Gyasi hizo ademán de amedrentarla, yo me coloqué entre ellos. Ella puso los ojos en blanco y bajó los prismáticos.

—Dejad que baje sola, así si me matan terminamos con esta estupidez.

Más ofendido si cabe, Gyasi dio un paso adelante pegándose a mí. De un empujón lo obligué a retroceder. Señaló a mi protegida con furia mientras le hablaba.

—Si te matan habrá fracasado. No permitiré que lo humilles más.

Le daba la espalda, pero supe que la chica no iba a dejarse silenciar. Lo que fuera que le hubiera dicho Gyasi la hizo adoptar un tono suficiente. Mi hermano quería matarla. Lo entendía, porque a mí también me daban ganas de borrar ese aire soberbio.

—¿Humillarlo? No sé si de verdad hablamos el mismo idioma, colega. Tener una sombra que no me deja tomar mis decisiones por si son peligrosas sí es humillante. Este tío no se despegaba de mí, y es evidente lo mucho que le entusiasma la idea.

Gyasi parecía frustrado, dolido. Evitaba mirarme, quizá para que no apreciase sus emociones.

—No lo entiendes.

Por encima del hombro vi a la mujer alzar los brazos al cielo.

—Ni en un millón de años.

Giró el rostro y sus ojos volvieron a localizar a Tiye, a la que no puso mejor gesto, aunque Tiye no se atrevía a mirarla. La mujer sacudió la cabeza, y volvió a centrarse en los prismáticos, pero no miraba al poblado, sino un punto un poco más distante. Gyasi relajó un poco el tono para seguir con la puesta al tanto.

—Se mantienen juntos, saben que tenemos buenos tiradores.

—Ellos también tienen uno —murmuró para sí misma.

Gyasi me miró con extrañeza. Era obvio que ella estaba tramando un plan, y que no pensaba compartirlo. Porque no quería darle crédito, Gyasi no hizo preguntas. A mi pesar, yo necesitaba traductor.

—Que te explique qué va a hacer.

Gyasi me miró con todo su resentimiento.

—No vamos a dejarla hacer nada.

Asentí conforme. Me sorprendía, pero supe que lo tenía de mi parte y no la dejarían correr riesgos. Una suerte, cuando ella ni siquiera iba armada. Que yo supiera, no había tomado del arsenal más que un revolver. Igual que los suyos, parecían sentirse confiada y segura con algo limitado, y que fácilmente se volvía contra uno mismo. Las armas de fuego tenían sus ventajas, pero eran tan ruidosas y peligrosas como una moto. Gyasi les hizo un gesto a los demás y Tiye levantó la cabeza para mirarnos. Mi hermano le pidió que se acercase, y a mí empezaron a sudarme las manos. No quería hablar con ella, no había nada que decir, solo una despedida que podíamos ahorrarnos por evidente.

Acobardada, apenada, mi prometida avanzó con lentitud. La chica también lo vio, pero no dijo nada, sino que continuó atenta al horizonte. Tiye se detuvo a un paso de mí, su rostro brillaba por las lágrimas. Ahora me arrepentía de haber tardado tanto en decidirme. Jamás sabría lo que significaba formar una familia.

—Lo siento —murmuré sincero antes de darle un suave abrazo.

Apenas sentí sus manos rodeándome. Siempre tan delicada. Continuaba oliendo mejor que nada de lo que percibiera antes. Había tenido suerte con ella, demasiada. Miré a Gyasi y él entendió el mensaje. Él sería el mejor prometido para ella. Tiye aceptaría, porque lo comprendía perfectamente, a pesar de haber preferido emparejarse conmigo. Mi hermano se había alejado unos pasos, y nos daba la espalda para concedernos intimidad. Yo solo podía desearle felicidad y suerte.

El disparo nos hizo dar un respingo a todos. La chica había desaparecido. Me aparté de Tiye con un gruñido. Gyasi me miró con absoluto asombro, igual que el resto. Nadie se había percatado de su ausencia.

CLARA

La aguadora sería toda una diosa, pero se me antojó tan gilipollas como el resto. Menudo grupo de idiotas. Menudo drama, pero todos apartaban la vista de la pareja que debía separarse. De lo más respetuosos, y de lo más conveniente. Mi sombra estaba ocupado con la belleza de bronce, sus colegas lamentaban la suerte de su buen amigo. ¿Así que no podía ir sola? Me faltó tiempo.

El plan era de primera. Como supuse, quince personas a la fuerza hacían ruido. Y con ruido se atraía a los infectados. Aunque no los hubiera visto desde la fortaleza, seguían ahí, y por la distribución del terreno me fue fácil imaginar dónde. Con los prismáticos localicé a cinco. Se acercaban despacio, pero los de la emboscada estaban próximos a tenerlos encima, con mi ayuda. Por suerte ninguno corría. Los que corren detestan a los inmunes, a todo el mundo, pero nosotros los ponemos como motos. Y sus mordiscos no nos matan, pero duelen.

Los hombres que retenían a Arturo y a los demás se habían colocado casi en círculo en pleno claro, y habían atado a los rehenes contra los árboles. Ver al piloto libre confirmó mis sospechas sobre la traición. Me molestó, pero debía centrarme. Antes de que se dieran cuenta de que había visita, usé el único arma que me había llevado de la fortaleza, un revolver ligero, y disparé a Arturo. Al margen de lo mucho que se lo debía, disparar a cualquier otro habría supuesto un baño de sangre. Pero darle a uno de los rehenes despista. Apenas le hice un rasguño en el brazo derecho, él es zurdo, pero por el modo en el que gritó parecía herido de muerte. El sonido hizo el resto del trabajo. Los infectados lentos a veces reaccionan, se reactivan, con ruidos fuertes. No eran tan rápidos como los corredores, pero sí peligrosos y capaces de distraer a un grupo numeroso.

Empezaba la pelea. Ahora sí se establecía el peligro. Podrían venir más infectados, podrían matar a los rehenes, podrían convertirse en corredores. Podrían localizarme. Lo hicieron.

—¡Cogedla!

Eso era justo lo que quería. Me puse a llorar como si estuviese muerta de miedo, solté el revólver, mientras dos tipos corpulentos me arrastraban hacia el centro del claro. La situación allí estaba más o menos controlada. Los infectados muertos, los heridos rematados. Pero el ruido llamaría a otros y, esperaba, a los guerreros. Sin los salvajes iba a tener un montón de problemas en breve.

De entrada, me cayó la inevitable bofetada. Alguien señaló a Arturo, quien se mantenía recostado contra el árbol al que lo habían atado, con una flor roja en el brazo. Parecía aturdido, pero a tenor del movimiento de sus hombros, se las estaba arreglando para desatarse.

—¡No quería darle a él! —expliqué entre amargos sollozos para acaparar su atención.

Se rieron de mí, yo también lo hubiera hecho. El que parecía el líder se me plantó delante y me sostuvo la barbilla para que lo mirase.

—¿De dónde cojones sales tú?

No hizo falta responderle. Un puñal se clavó en su sien, y el hombre se derrumbó al instante. Sí, los guerreros habían escuchado los ruidos. Me moví con rapidez para librarme de los dos que me flanqueaban, mientras ellos se entretenían desenfundando sus armas recién guardadas.

Mis manos se movieron con soltura y me hice con una de las Glocks, además de con el cuchillo que uno llevaba en la funda de la pierna. Un disparo para el de la izquierda, una puñalada para el de la derecha. Este último me arrastró con él al suelo y me vi en un aprieto. Dos corredores iban a saltarme encima, también ellos nos habían escuchado. Uno atacaba de frente, el otro por la espalda. Ambos eran una amenaza. Mi salvaje me lo puso fácil al caer sobre el que me atacaría por detrás. Yo me levanté y me preparé para el enviste del otro. Volví a verme arrastrada, pero la inercia me permitió hundir la daga en el cráneo casi sin tener que esforzarme.

Saqué el cadáver que yacía sobre mí, rodé por el suelo, localicé al resto de los salvajes atareados, y sonreí al ver que Arturo disparaba con acierto. Buscaba al piloto cuando vi al adolescente. No era el mismo que me acompañó hasta el garaje, pero me pareció igual de crío. También lo habían atado, y uno lento estaba a punto de alcanzarlo. Corrí hacia él y aparté el cuerpo a medio descomponer de un empujón. Un corredor cargó contra mí, derribándome. Sentí sus dientes hundirse en mi hombro.

Me pareció que Arturo gritaba. Encontré los ojos de Gyasi y reconocí lástima. No pensaba morir en ese momento, no tan cerca de dar con Guillermo. Extendí el brazo, busqué algo que sirviera de arma por el suelo, me revolví a pesar del dolor de la pierna, y ahora también del hombro. Atravesé el ojo de mi atacante con una rama y me lo saqué de encima. Al levantarme, todo quiso dar un violento giro, pero mi obstinación se impuso. Por suerte, la pelea, la masacre había terminado. Los guerreros eran buenos y rápidos. Punto para ellos. El adolescente estaba bien. Arturo permaneció sentado en el suelo con el rostro enterrado entre sus manos.

Me acerqué a él temerosa de que las noticias sobre Guillermo fuesen tan malas como parecían. Arturo levantó la cabeza y antepuso los brazos.

—¡No! ¡No voy a ser yo quien te mate! ¿Me oyes?

Lo escuchaba, pero no lo entendía.

—¿De qué me hablas?

Alguien me saltó encima, pero para darme un abrazo.

—¡Estás bien!

Miré con incredulidad al piloto. Volvía a ser de los nuestros, o simplemente era de los míos. Su traición no sería tomada a la ligera, pero de eso nos encargaríamos más tarde.

—Bien, lo que se dice bien, pues no.

El hombre soltó una risotada y no pude evitar acompañarlo, hasta que mis ojos dieron con un cuerpo en el suelo. El salvaje estaba tendido boca arriba, respiraba con dificultad. Sus ojos estaban cerrados, y una profunda herida ensangrentaba su brazo. Le habían mordido. Antes de darme cuenta me acercaba. Gyasi también. Al alcanzar el cuerpo, el traductor hincó la rodilla en el suelo ante mí como había hecho su colega.

—Espero que no vayas a sustituirlo —protesté sin querer caer en el dolor de la pérdida. Carecía de sentido, pero una parte de mí lamentaba el daño. Pensé que todos los que me rodeaban terminaban muertos. No pensaba dejarme arrastrar ni por la pena, ni por la culpa—. Lleva deseando que lo maten desde que hizo eso mismo.

Gyasi alzó la cabeza con un gesto de paciencia infinita y se levantó.

—Solo te ofrezco mis respetos. Respecto a él, no va a morir. Al menos hasta que lo hagas tú. Entonces, sí, será mejor que vivir con la vergüenza de no haberte protegido.

Entendí a qué se refería por el modo en el que miraba mi herida del hombro.

—Yo no voy a morirme, no de esto, si me ve un médico rápido, claro. Soy inmune, ¿él también?

Por cómo me miraba Gyasi, no estaba entendiéndome. Señalé el mordisco.

—No voy a ser uno de ellos.

Pareció seguir sin comprenderme, hasta que sus ojos se abrieron de pura sorpresa. Dio un paso atrás y se esforzó por tranquilizarse.

—Pensé que vosotros... todos...

Veía por dónde iba. Negué con la cabeza.

—No todos.

Me sonrió de un modo extraño, como si hubiese dicho algo de lo más relevante. Un asentimiento respetuoso y titubeó. Al fin me miró con fijeza.

—Vuestros médicos no hacen mal trabajo, pero los nuestros son mejores, sobre todo con él.

Leí entre líneas, y también recordé al médico y su comparación con los perros. No, él no se molestaría demasiado con el salvaje. Alcé las manos como si me desentendiera. Empezaba a sentirme exhausta, no quería desmayarme en pleno bosque. Se suponía que la infección no me afectaría tanto como la primera vez, pero era mera teoría.

—Todo vuestro, yo volveré con ellos.

Gyasi negó con la cabeza, sin perder la expresión paciente. Daba la impresión de estar hablando con una niña de tres años.

—Tú tienes que venir, o él no lo hará.

Miré al salvaje, seguía sin abrir los ojos.

—No creo que esté en condiciones de seguirme, ¿no te parece?

—No puedo hacerle eso —descartó Gyasi con horror.

Ahí estaba esa dedicación y estoicismo inútiles.

—Creo que ya te he llamado gilipollas, ¿verdad?

Las facciones de Gyasi se endurecieron, y supe que hacía un esfuerzo por controlarse.

—Creo que sobra decir que no me gusta, ¿verdad?

Sonreí con todo mi regocijo.

—¿Te parece que me importe? En serio, él está inconsciente o en trance, y tiene pinta de seguir así un buen rato. Seguro que ni se entera, y desde luego no está como para defenderme. Me voy a la fortaleza, ni va a enterarse.

—En la fortaleza no estarás segura —dijo Gyasi—. En el poblado, sí. Nosotros mantenemos la palabra.

—Seguro que sí, pero no tengo ganas de que su prometida me despelleje.

Pareció costarle entender hasta que, al fin, soltó una carcajada.

—Ella no haría daño ni a una mosca, que idea más absurda. Me temo que el mayor peligro en este caso eres tú.

Arturo nos dio alcance, con la mano en el brazo herido.

—¿Eres inmune?

Lo miré con todo mi desagrado.

—Sí. ¿Sabes algo de Guillermo?

Negó con la cabeza y me observó con algo de temor.

—Supongo que me merezco el disparo, me alegra que fallases.

Mi sonrisa se tornó de lo más mezquina.

—No fallé. Cuando quieras repetimos.

Gyasi le hizo un gesto a los suyos.

—Vayamos antes de que vuelvan más.

La mano de Arturo rodeó mi muñeca. No pude evitar resentirme. Gyasi desenfundó su arma y la acercó al cuello de mi conocido. Arturo ignoró el filo, y al salvaje. Sus ojos verdes estaban fijos en los míos.

—No vas a irte con ellos.

Me solté con un tirón brusco que no fue muy sensato, pero reafirmó mi autonomía.

—Sí voy a hacerlo —sentencié con rabia—. Tú sigue buscando.



El escenario me hacía retroceder de nuevo en el tiempo, para adentrarme en un poblado de cabañas construidas con madera. Casas prefabricadas. Todas idénticas, un pueblo bien organizado, ninguna más grande que otra, ni nada que señalase cuál era la más importante o qué familia importaba más. Algo había escuchado de un consejo. A saber dónde se reunía. Además de las cabañas, lo único que había allí, resguardado por el bosque, era lo que parecía un mercado y una colina que debía señalar el centro, por la plaza de arena a su alrededor; a distancia con las casas más próximas.

Plantarme allí no había sido buena idea. Quizá no fuesen a hacerme daño, pero, como el salvaje, o Gyasi hasta ver cómo me las gastaba, las miradas recibidas fueron de puro rechazo. Hombres, mujeres y niños ensombrecían sus expresiones a mi paso. Tampoco ellos entraban dentro de lo que yo había considerado un salvaje. Sin taparrabos, tampoco con ese uniforme negro, pantalones y camisas en colores sobrios, o vestidos tipo toga. Todos parecían conocerme, y no les gustaba lo más mínimo. Supongo que es el precio a pagar por quedarme con su mejor guerrero. Por suerte, la diosa no andaba por allí. Seguro que otros tantos la consolaban de la terrible bruja que le había arrebatado a su gran hombre. ¿Por qué demonios no me había vuelto a la fortaleza?

El salvaje iba en una camilla improvisada. Un lado lo llevaba Gyasi, otro un sigiloso guerrero, el más débil de todos, que no por ello inofensivo. Rondaba el metro ochenta y su complexión era atlética. Lo había visto revolverse entre los infectados y los que mantenían la vida. Ágil y resuelto. Como para fiarse.

Los seguí hasta una cabaña y reconocí algo parecido a un quirófano en una de las particiones. Toda una sorpresa. No parecía demasiado moderno, pero se ajustaba bien a las necesidades. Volví a abrir los ojos con incredulidad cuando, tras una puerta, lo que se podía ver era un baño corriente. Inodoro, ducha. ¿También allí habría agua caliente? Mi concepto de salvaje se disipaba con cada detalle, pero no me daba la gana de dejarlo ver. Un hombre y una mujer de mediana edad acudieron a recibirnos y a mí me dio igual el decorado rústico, más bien artesanal. El hombre les indicó dónde colocar al salvaje, la mujer se quedó mirándome con desconfianza. Los rasgos marcados me confundían, me parecían todos más o menos iguales, como parte de la misma familia. Se mantenía esa constitución robusta, eran altos y fuertes, sin

importar género.

Gyasi se mantuvo a mi lado de lo más tenso. Soltó una parrafada que la mujer ni siquiera pareció escuchar. Ella no me quitaba los ojos de encima. Vestía una túnica similar a la de la diosa de bronce, solo que menos femenina, práctica, por llamarla de algún modo. Al fin hizo un gesto y me dio la espalda para que la siguiera hasta la sala contigua a la ocupada por el salvaje. Me las vi con un nuevo quirófano, por lo que igual me encontraba en el hospital del poblado. Gyasi se quedaba para ejercer de intérprete.

—Quiere que te quites toda la ropa.

—Preferiría que solo me mirase el hombro, gracias.

Gyasi pareció todavía más incómodo.

—Lo sé, lo sabe, pero no se cree que seas inmune y le preocupa que... bueno, puedas traer otras enfermedades.

Lo miré con el rostro rojo de furia y vergüenza. Me enderecé orgullosa e hice ademán de largarme.

—Me vuelvo a la fortaleza.

La mujer no iba a retenerme. Gyasi, en cambio, se plantó en la puerta y alzó las manos.

—Por favor, será rápida y no está de más. Hay sangre en tu pierna.

Sí, lo suponía. Mi médico, el médico de verdad, iba a darme un buen tirón de orejas por deshacer su trabajo. Sacudí la cabeza. No quería seguir allí, ni la mujer quería que yo siguiera con ellos. Empezaba a notar el cansancio. Sentirme débil me llevó a suplicar:

—Esto ha sido una mala idea. Por favor, deja que me vaya.

Gyasi negó con la cabeza.

—Lo siento, no saldrás de aquí a menos que Tarik te acompañe.

Tarik, así que ese era su nombre. No me gustó más que el de salvaje. Ni la encerrona. La mujer fingía no escuchar, pero seguro que no perdía detalle. A ella no parecía importarle la honra del guerrero. Supe que me equivocaba cuando sentí la aguja en la base del cuello. Antes de que pudiera revolverme, Gyasi me sostuvo por los brazos.

—Lo siento —dijo antes de que una sensación de ingravidez me arrastrase por completo.

TARIK

Hubiera preferido que me dejaran morir o haberme convertido. Cualquier cosa antes que enfrentar mi fracaso. A esas alturas la chica ya estaría muerta, le habrían dado muerte. Fue por su culpa, no por la mía, por moverse sola, por salvar al chico, pero pesaba en mi conciencia de igual forma. Al margen de cuánto la odiase, no podía evitar respetarla. Su plan fue un acierto. Arriesgado, pero efectivo. Su rostro, su sonrisa, apareció en mi cabeza. El gesto de cariño hacia Nekhbet, su ceño fruncido, la sensación de su cuerpo contra el mío. Mi imaginación intervino y fue un poco más lejos; logró que las manos de Clara se enredasen en mi pelo y su boca buscara la mía. Mis brazos la estrecharon pegándola a mí, listo para rendirme al deseo que me generaba. Tarde, ya era tarde para eso.

Reconocer la casa de curas del poblado confirmó mis temores. No abrí los ojos. No necesitaba ver la habitación estrecha en la que no había más que una camilla. El olor de los desinfectantes y ungüentos se mezclaba como siempre. Un olor que se había fijado tanto en la piel de mi padre, que más de una vez me había preguntado si él olía así por las curas, o las curas eran las que se impregnaban con el olor de mi padre.

—Tienes una suerte que no te mereces, hermano.

La voz de Gyasi me sacó de mi ensoñación y mis lamentos. Parpadeé aturdido, los efectos de la infección me impedían entender de qué me hablaba. Enfoqué la vista, y me las di con una sonrisa inmensa que tampoco venía a cuento.

—Retiro mis palabras —aseguró Gyasi.

—¿Qué...? —traté de decir pero mi garganta estaba demasiado seca.

Gyasi me acercó un vaso de agua, su buen humor me desconcertaba. Supuse que mi padre lo había dejado ahí antes de marcharse para no verme despierto. Me dolía, pero no esperaba otra cosa que desprecio.

—Esa mujer... nos ha utilizado a todos. No puedo evitar reconocerle el mérito.

—Está muerta.

La sonrisa de Gyasi fue todavía más ancha.

—No se convierte, como nosotros.

Tenía que ser una broma. Ellos sí se convertían, ella no era tan diferente. No podía ser cierto. Gyasi asintió como si comprendiese mi razonamiento.

—Tu madre tampoco quería creerme. Tu padre no se lo cree, y tu hermana está deseando destrozarse su cabeza. Pero... todavía respira.

Me incorporé demasiado rápido y el dolor me recorrió todo el cuerpo. Logré sentarme con ayuda de Gyasi.

—¿Dónde está?

—Con tu madre, la ha reducido... a su manera.

Drogada, comprensible. Esperaba que mi madre no la matase, aunque no sería por falta de ganas.

—¿Ella tampoco me habla?

—Están todos enfadados, Tarik, no deberías ser guardián de ninguno de ellos —respondió

Gyasi con pesar—. Eres demasiado valioso para eso... y no quieren perderte.

Sacudí la cabeza y mi pelo cayó a ambos lados de mi rostro como una cortina.

—No es como si pudiera elegir.

Gyasi me dio una palmada en la espalda y se sentó a mi lado.

—Lo saben, pero eso no quita que les cabree. Si la conocieran no pensarían igual, pero no tienen la menor intención de conocerla.

Sentí la tirantez de mi boca al esbozar una amarga sonrisa.

—Si la conocieran querrían matarla con más motivo.

Gyasi rio divertido, antes de soltar un suspiro de resignación.

—Es probable, pero, si tuviera que guardar a alguien sería a ella.

Lo miré con descrédito, pero no encontré exageración en su voz. Los ojos de Gyasi brillaban de admiración. Su tono bajó para pasar a ser cómplice.

—La he visto despierta y dormida. Es... diferente.

Me molestó que la hubiera visto, o lo que hubiera visto de ella. No debería, solo la protegía en un aspecto, pero entendí perfectamente el tono de mi hermano, y por dónde iba. Era atractiva, no poseía una belleza desmedida ni era tan especial como Tiye, pero poseía fuerza y algo más. Me revolví inquieto. Gyasi no lo pasó por alto.

—¿Vosotros habéis...?

La sola idea me arrancó una risa floja.

—¿Crees que dejaría que yo le pusiera las manos encima? —zanjé con un gruñido, porque no quería verla de esa forma si iba a tener que seguir a su lado.

Ninguna mujer me había rechazado, quizá ella no lo hiciera si me lo proponía, pero no caería tan bajo de ser el esclavo por el que me tenían. Eso era lo que la mayoría hacía con sus guardianes, menospreciarlos y utilizarlos, no pensaba dejar que me llevase a eso.

—Le preocupas más de lo que deja ver —comentó Gyasi—. Tampoco sabía que tú no te contagias, y vi pena.

Observé a mi amigo con pesar. Tampoco quería establecer más relación con ella que la de sombra.

—Finge que no le preocupa nadie. No es cierto. Nada en ella es cierto.

El silencio nos acompañó durante unos segundos. Aproveché para apartarme el pelo del rostro. Necesitaba un baño y descanso. Rememoré la pelea del claro. Se me había encogido el estómago cuando la vi en el suelo, envuelta en lágrimas. Sin embargo, cuando lancé el puñal y cayó el hombre, también lo hizo su máscara. Se había movido con una rapidez felina. Ahora comprendía por qué solo llevó un arma a la salida. Sabía que se la quitarían, y no necesitaba más que lo que le proporcionase el medio. La voz de Gyasi me devolvió a la habitación.

—No se quedará aquí, ¿verdad?

Negué con preocupación, porque tendría que ir tras ella. La perspectiva de alejarme de mi pueblo me inquietaba. Tal vez como guardián en la fortaleza estuviese igual de lejos, pero no en un plano tan físico. Perdido por el mundo no sabía qué era de mi gente, y no hay peor condena.

—No —susurré—. De entrada, cuando despierte, volverá a la fortaleza.

Gyasi chasqueó la lengua con fastidio; estaba de acuerdo.

—Despertará en plena noche.

—No creo que eso le importe... —dije antes de fijarme en mi entorno, a modo de

despedida—. Tengo que estar con ella. Si mi familia quiere escucharte, diles que lo siento.

Gyasi cabeceó de manera afirmativa.

—Saben que lo sientes, tanto como lo sienten ellos.

CLARA

Me desperté limpia, curada y vestida. Conservaba la camisa y el pantalón, recién lavados. Me sentía bastante despejada, y los vendajes de mi pierna, y el del hombro, parecían mucho mejores que los que tenía antes. Estaba tendida sobre algo mullido y confortable. No me habían tirado en un rincón, pero tampoco estaba en una cama. Parecía más bien una bolsa de paja. El entumecimiento me impidió incorporarme. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi que había un segundo catre, ocupado por el salvaje. O seguía inconsciente o también lo habían drogado o simplemente dormía.

Me costó, pero pude levantarme. La infección, sus efectos, estaban ahí, y mi cuerpo peleando contra ellos. No era tan terrible como esa primera vez, pero tampoco un paseo por las nubes. Mis botas descansaban a los pies de la cama y me las puse. En silencio, dejé la pequeña habitación para dar con un salón amplio en el que todavía resplandecían las ascuas en la chimenea. Frente a ella, una pequeña mesa y otra bolsa de paja de apariencia más firme, a modo de sofá. Aquello era un hogar. Me invadió una sensación muy extraña y unas ganas de llorar inmensas. Un olor increíblemente delicioso me atrapó. Comida. El sonido de alguien moviéndose cerca me puso alerta. Lo seguí hasta otra habitación, en el que dos mujeres me miraron con frialdad. La médica y una impresionante morena que sin duda era una guerrera. Vestía como ellos, con ese uniforme negro, pero sin chaleco anti balas. Me pregunté de dónde habían sacado el modelito, seguro que no se los confeccionaban ellos mismos.

La estancia parecía una cocina. Había una mesa contra la pared, en ella se sentaban las salvajes. Los fogones funcionaban con leña, de ahí el calor que se apreciaba. Había toques modernos en cada superficie, pero también ese aire rústico apropiado para las cabañas. La mujer joven, un poco más que yo, se puso en pie. Sería tan alta como el salvaje e igual de amenazadora. Dijo algo, seguro que nada bueno por el modo en el que escupió las palabras. La mayor, quizá su madre, también dejó su sitio para acercarse a la cocina. Colocó un plato de comida en la mesa y me señaló con la cabeza. Mi estómago rugió por lo bien que olía el guiso de aspecto delicioso. Qué lástima tener que rechazarlo. Si esperaban que me sentase y les diese las gracias iban de lado. Dejé el umbral y puse rumbo a lo que parecía la puerta de salida. Ahora que no había rastro de Gyasi, pensaba largarme por mis propios medios. Por lo que pudiera encontrarme, antes de salir me llevé una extraña vara de metal que había apoyada junto al acceso. Ligera y manejable. Me servía.

La calle de tierra que formaban las cabañas estaba desierta. O todos en el poblado dormían o se refugiaban de la fría noche. A mí no me vendría mal un abrigo, pero sabía que entraría en calor con el paseo. Sin viento, el bajón de temperaturas era más llevadero. La calma volvió a traerme la sensación de angustia y vertí un par de lágrimas, tal vez por Guillermo, por Lucas o por mí misma.

En cualquier caso, nadie me impidió irme. Pasadas las cabañas, encontré el bosque. Ahora venía la parte difícil, sobre todo porque me extrañaba que el lugar no estuviera repleto de infectados. Si bien el silencio era palpable, allí había gente, vida. O el perímetro estaba plagado de trampas o habían dado con un modo de repeler amenazas. Por si se trataba de una

combinación de ambas variables, presté atención a cada paso. Me envolvía el rocío, la brisa fresca con esa nota ajada, mezclándose con la intensidad de la naturaleza. Escuché algún que otro correteo de los animales, pero en general reinaba la calma.

Tras un par de metros caminando entre los árboles y matorrales, localicé un cordel de nailon apenas perceptible. Invisible si no se iba atento. Trampas. A ver cuán creativos eran los salvajes. El cansancio aumentaba no por el trayecto, sino por la cautela. La fortaleza no debía de estar muy lejos, pero dudé de ser capaz de alcanzarla si iba tan despacio y tan tensa. Varios pinchazos en el hombro mordido reflejaron que se me pasaban los efectos de lo que fuera que me habían inyectado. Era bastante probable que terminase matándome yo sola, pero no pensaba dar la vuelta, sino continuar hacia adelante.

Un crujido a mi espalda me dijo que no estaba tan sola como creía. Ya me parecía raro, debía ser algún tipo de prueba. Detuve mis pasos y miré a mi alrededor. Esperé cualquier ataque, otro sonido delator, pero este no se produjo. Ahora sí estaba del todo inquieta y un poco asustada. Un nuevo crujido, después otro. Algo se acercaba despacio, renqueando. Un infectado seguro. Lejos de temor, sentí algo de alivio, era raro no ver ninguno. Eso sí sabía manejarlo. Como también sentía curiosidad por conocer las trampas, no fui a por él, sino que dejé que me encontrase. Un par de ruidos en el suelo y lo conduje hasta mí, con cautela de que fuera el único. El silencio de la noche me facilitaba las cosas, todo estaba muy claro en mi cabeza, mientras la oscuridad engullía el bosque.

El infectado era un chico joven que debía llevar mucho muerto por el aspecto acartonado y putrefacto de su ropa. Como siempre, su visión me afectaba. Las heridas de su rostro estaban en mal estado, pero el resto de su piel se mantenía con un aspecto terso. Al inicio, todos habíamos dado por sentado que, antes o después, los infectados morirían gracias al declive del cuerpo humano. No era el caso, no existía el declive, por lo que la única esperanza residía en escapar de ellos, en la inmunidad o, siendo más optimistas, en que su bagaje los llevase a trampas mortales que inutilizaran sus cuerpos. Años antes, Lucas y yo nos habíamos sumado a un grupo bastante numeroso que se dedicaba a cazar infectados. Esa era su misión en la vida, y animaban a todo aquel que se cruzase en su camino a hacer lo mismo. Sin cura, sin alternativa, no había otra que buscar el exterminio. Era una buena idea, quizá la única salida. Factible, mientras los infectados se movieran en grupos reducidos. Sin embargo, en cada enfrentamiento se corría el riesgo de que un cazador terminase convertido en presa, y el arsenal necesario para enfrentar hordas no estaba a nuestro alcance. Comprobamos en persona, una vez más, que las buenas intenciones no obtienen recompensa. El grupo entero había caído inmerso en su tarea de salvadores. Nosotros nos retiramos cuando vimos que los infectados nos superarían, ellos se negaron a variar su misión. Murieron luchando por algo que creían, pero, en definitiva, habían muerto.

El infectado estaba ante mí; dejó salir un siseo. Sus ojos brillaban, su iris no había perdido color y en el blanco no se intuía una sola vena. Gruñó al localizarme, avanzó un poco más aprisa, y su pie tensó el nailon del suelo. Una flecha salió disparada de a saber dónde para atravesar su cráneo. Me sorprendí bastante. Buena trampa, porque resultaba imposible localizar el origen del disparo, ni tampoco podía evitarse. Igual los salvajes sí sabían lo que hacían. Observé las copas de los árboles con toda la discreción que pude. No los veía, pero me jugaba el cuello a que había vigilantes en las ramas.

Al fin, apareció alguien ante mí, cortándome el paso. Me sorprendió que fuese el salvaje,

porque no lo había escuchado seguirme, ni comprendía que ahora lo tuviese delante. Contuve el aliento. Su mirada se mantenía fija, no parecía ir a hacer nada. Yo también me quedé quieta, observándolo. Ocupaba mi vista con su envergadura, y ni toda la penumbra le restaba fuerza. Su melena negra apenas se agitaba con la brisa, enmarcando un rostro bello e inexpresivo. Llevaba el uniforme negro, sin el chaleco. Como única arma su daga. Quizá quisiera reprocharme haber actuado por mi cuenta, pero creía no estar en su derecho. A pesar de su máscara inexpresiva, era evidente que no quería estar conmigo, ni en el bosque. Eso se mantenía, pero algo había cambiado en su actitud. No quise adivinar qué era, aunque supuse que guardaría relación con el hecho de vernos las caras en la lucha. De un modo poco ortodoxo, habíamos ganado trabajando juntos. Entre nosotros, había tanto rechazo como respeto. Por no seguir perdiendo el tiempo, continué mi camino, preocupada por si me lo impedía cuando pasé a su lado. No lo hizo, me dejó pasar y se dispuso a seguirme.



Aunque llegué en plena noche, cuando todos deberían de estar durmiendo, me recibieron como si fuese alguna clase de heroína. Rescaté a los míos, abatí a los atacantes. No lo había hecho sola, pero nadie mencionó a los guerreros que pelearon a mi lado, ni al salvaje que casi muere por mi culpa. Esa parte de la historia no interesaba. Como premio, me entregaron el revolver con el que le había disparado a Arturo. Todo un símbolo, y con permiso de llevarlo encima siempre. De lo más ceremonial. Reconocí en el recibidor a la mujer que me había hablado en la terraza y un par de rostros más. Dada mi llegada de improvisto, no les había dado tiempo a arreglarse para mi visita. Eso me dijeron, como si me importase lo que llevasen puesto. Ahí estaba, de nuevo, el colmo de lo absurdo.

Solo faltaba una persona. El piloto. Como supuse, unirse a los atacantes le pasaba factura. Ahora lo tenían atado en uno de los cobertizos. Lo juzgarían al día siguiente. Culpable, por lo que lo soltarían y que se buscara la vida. No era una buena idea. Cuando Eladio al fin me dejó libre, traté de deshacerme de Arturo. No tuve suerte ni con él ni con el salvaje. Ambos me siguieron hasta los cobertizos, situados en un lateral del castillo, casi pegados al galpón en el que se guardaban de noche las reses.

El cobertizo tenía toda la pinta de ser un antiguo granero. Estaba despejado, pero anegado por el olor de los animales vecinos. Escuché algún mugido y cacareos. En un extremo, esposado a una argolla medio oxidada, se encontraba el acusado. El piloto me miró con tristeza, quizá porque sabía a qué se debía mi visita. Lo estudié con una compasión engañosa, dado lo que estaba a punto de hacer. Al fin, comprendía por qué puso tanto empeño en rescatarme durante el accidente, en lugar de seguir su camino. Fue por lo mismo que me hizo a mí seguir a Lucas, porque es peor estar solo, y aliarse con los fuertes era más sensato. Aquel hombre era un mentiroso, un traidor; pero no sentí rechazo, porque lo entendía.

—No habían visto a tu mujer —comenté, sin intención de echárselo en cara. Eso nos había dicho cuando lo conocimos para justificar su alianza con los otros asaltantes.

—No —reconoció con pesar—. Me dijeron que irían al refugio, lo de mi mujer fue lo que quise creer.

Lo comprendía, como también entendí que su mujer estaba muerta y él lo sabía. Quizá ni siquiera hubo jamás una mujer. No podía culparlo cuando yo habría hecho lo mismo.

—¿Pudiste sacarles algo a los que os capturaron?

El piloto asintió a desgana. En sus ojos, vi que quería que lo matase, que creía merecerlo por haber antepuesto su vida a la de otros y porque estaba harto de aquella pesadilla.

—No eran solo esos, ellos venían de avanzadilla. Hay muchos más.

Arturo pareció angustiarse, el salvaje quizá no lo comprendió, o no le dio importancia. Desenfundé el revolver sin aspavientos ni ceremonias. Arturo se colocó a mi lado con desconcierto.

—¿Qué vas a hacer?

Mis ojos y los del piloto parecían haberse soldado.

—Ganar tiempo —dije apuntando a su cabeza.

El piloto me sonrió con aprecio y en sus ojos brilló el alivio.

—Espero que tengas suerte, la mereces. Debes irte de aquí.

Yo también sonreí, agradecida. Me daba la razón en lo primero que le dije. Ese lugar no sería seguro eternamente.

—Por ahora, me quedo.

El disparo retumbó en mi cabeza. Volví a guardar mi arma, y encontré la mirada de incompreensión de Arturo.

—¿Por qué?

Lo miré con insolencia, sin la menor intención de sentirme culpable.

—Porque lo primero que haría al irse iba a ser contarles a esa gente que los esperamos. Hasta se prestaría a abrirles la puerta. ¿Qué hay de los otros que iban contigo?

Arturo dio un paso atrás a causa del rechazo.

—Ellos jamás nos traicionarían.

Me reí en su cara, sacudí la cabeza y le di la espalda. Como cambiaban las cosas, ahora él era el ingenuo.



De vuelta a la habitación, me tendí en la cama, pero no fui capaz de cerrar los ojos. Matar no es tan sencillo, siempre deja un regusto amargo y culpa. No lamentaba la caída de los que atraparon a los nuestros, pero sí la del piloto. No era una mala persona, solo estaba perdido, como cualquiera con dos dedos de frente. Las normas han cambiado, y hacer trampas es, a menudo, el único medio de supervivencia.

No era la única en vela. La respiración del salvaje era pesada, pero no profunda. Él dormía todavía peor que yo, porque no estaba cómodo en su silla, y también por eso de mantenerse en guardia. Ni yo le cedería la cama, ni él la pediría. Preferiría dormir en el suelo a disfrutar de algo más elaborado que un montón de paja. Dejé salir una risa puñetera. Menospreciarlo me entretenía bastante y evitaba que le buscara virtudes. No lo quería a mi lado ni como sombra ni como conocido ni como nada. Pero no iba a irse, hasta que lo mataran, y eso me provocó un escalofrío de rechazo.

La inquietud por él empezó a molestarme. Una llamada de nudillos consiguió que el salvaje se enderezase en su silla y que yo me incorporase sobre los codos. La voz de Arturo se filtró a través de la puerta.

—Clara... ¿Estás dormida?

Me planteé ignorarlo, pero no iba a dormir; y el rumbo que adquirirían mis pensamientos no me estaba gustando un pelo, al concentrarse en el hombre que ocupaba la silla.

—Pasa —concedí, mientras me sentaba en el borde de la cama, frotándome el rostro.

A saber qué traía a Arturo a mi habitación. Igual habría sido mejor fingir estar inconsciente. Abrió con lentitud. Asomó apenas, reparó primero en el salvaje, porque era lo bastante grande como para atraer la vista. Lo ignoró con todo su desagrado para mirarme. Entró con un suspiro y cerró tras él. El salvaje seguía en tensión, sin quitarle los ojos de encima. A Arturo no le hizo gracia, me pareció que iba a espolearlo, por lo que me levanté. El salvaje también se puso en pie, plantándose ante Arturo. El tamaño de mi conocido se me antojó ridículo frente al de mi sombra. Podría partirlo en dos con una mano. Tampoco quería eso.

—Caballeros —dije en tono burlón—, pueden guardar sus egos.

El salvaje no apartó la vista de Arturo; este me lanzó una mirada envenenada.

—Sé que esto a ti tampoco te gusta —dijo Arturo entre dientes—. He escuchado los rumores sobre vosotros... Sé que no son ciertos.

Parecía sacar el tema para desmentir habladurías. Imaginaba que los ociosos habitantes del castillo se entretenían pensando en qué podíamos hacer nosotros solos toda la noche. Debería haberme hecho la dormida. No, claro que no me gustaba tener una sombra o esclavo, pero no me dio la gana que Arturo viniera a darme lecciones.

—¿Bromeas? —pregunté, con falsa sorpresa—. ¿Tú lo has visto bien? Cualquier mujer mataría por tener uno de estos atado a su cama.

La mirada de Arturo reflejó rechazo. Dio un paso al frente para acercarse a mí, el salvaje le cortó el paso. Mi conocido malamente le llegaba al hombro, pero tan insensato, no retrocedió. Se movió con intención de sortear el enorme cuerpo. La daga se pegó a su cuello en un parpadeo. No estaba bien, pero no podía negar que me sentía de lo más satisfecha.

—Clara —gruñó Arturo—. ¿Vas a dejar que me mate?

Me crucé de brazos como si la cosa no fuera conmigo. En cierta forma, así era. Nadie le había mandado a Arturo ponerse tonto.

—Supongo que si quiere hacerlo... lo hará. Yo de ti retrocedería.

Arturo esbozó una mueca de inquietud. Sus ojos iban de mí al salvaje. Parecía descolocado.

—Ni siquiera lo controlas —dijo con dificultad, porque al hablar el filo acariciaba su piel—. Si necesitas que te libren de él, solo tienes que decirlo.

Creía lo que decía, también se prestaba voluntario para matarlo. La broma estaba yendo demasiado lejos. Me acerqué a ellos y extendí la mano hacia el salvaje. Con una capacidad de comprensión mucho mayor que la de Arturo, mi sombra me tendió su daga, pero se mantuvo inamovible frente a la amenaza.

—Si quisiera matarlo, lo haría yo misma. Hasta me lo ha pedido él —expresé, dando por finalizado el careo—. ¿A qué has venido, Arturo?

Ninguno de los dos parecía escucharme. Seguían mirándose con rechazo.

—¡Eh! —intervine, colocando una mano en cada pecho, la armada en la del salvaje. Los

dos dieron un paso atrás.

Arturo resopló. El salvaje unió su mano a la mía para recuperar su arma con una suavidad intencionada. La distancia que separaba nuestros cuerpos se redujo hasta casi extinguirse. Sus dedos me acariciaron hasta hacerse con la empuñadura. Arturo miró hacia otra parte, yo entrecerré los ojos sin apartarlos de mi sombra. No sonrió, pero la malicia brilló en su expresión. Desvió su atención hacia mi boca, como si se plantease besarme. Me enderecé, mantuve mi cabeza en alto, pero los nervios y la tensión se enroscaron en mi estómago, y él lo supo por el modo en el que se ladeó su sonrisa. Estaba provocando a Arturo y también a mí. No hizo falta que dijese nada. Con regocijo, el salvaje se separó muy despacio y volvió a su silla, como el ganador del enfrentamiento. A mí no me hizo ninguna gracia, pero todavía tenía que vérmelas con mi conocido. Arturo no me dejó ni despegar los labios. Atacaba, con la misma saña que años antes.

—Entiendo que estés confundida por haber perdido a tu novio —dijo con desprecio—. Enrique, el hombre al que has matado, me habló de él. Lamento no haberlo conocido, seguro que me habría encantado para ti.

Dolía, igual que años antes. Sin embargo, confirmaba lo que ya sabía. Yo ya no era esa Clara. Si esperaba ponerme en mi sitio, apelar a mis sentimientos o que me sintiese culpable, iba a llevarse un buen chasco. Sonreí con indolencia, como si sus palabras no me afectasen.

—Oh, lo conocías —aseguré cargándome su estampa altiva—. Y teniendo en cuenta que intentó matarte... No, no te habría encantado.

Volví a llevar las riendas. Arturo parecía del todo perdido. Rememoraría todas las personas que encontramos en nuestro camino juntos, y seguro que no acertaba a ponerle rostro porque creería que los cinco asaltantes de la casa rural habían caído. Sacudió la cabeza.

—Fátima solo me dijo que echaste a correr... ¿Adónde fuiste?

El tono me formó un nudo en la garganta. Había dejado de mostrarse mezquino. Volví ese aire atormentado y culpable. Me senté en la cama y él hizo lo mismo. Ambos nos habíamos olvidado de mi sombra, quien nos estudiaba en silencio.

—Eché a correr —reconocí sin vergüenza, pues no venía al caso—. Me escondí en el granero.

Arturo se llevó las manos a la cabeza. Miró al frente, para esquivar mi persona.

—El granero se derrumbó. No sé qué pasó, pero sí recuerdo que se vino abajo.

Asentí y también perdí la mirada, concentrándome en la elaborada puerta del armario.

—Uno de los cinco estampó el coche contra él. Me atrapó, nos atrapó a ambos, mejor dicho. Cuando todos os fuisteis, salimos.

En el silencio que siguió a mis palabras, me dediqué a mirar a mi alrededor hasta dar con el hombre sentado en la silla. El salvaje nos miraba. Nuestros ojos se encontraron. No estaba con ánimo para hacerle frente, ni quería que viese lo vulnerable que me sentía, por lo que volví a contemplar el armario.

—Estuve con él todo este tiempo —reconocí, sin arrepentirme lo más mínimo de esa decisión—. Lo seguí, no me quería con él, pero yo lo seguí. Entonces no quería estar sola, después no quería estar sin él.

Y él ya no estaba. El dolor apareció sin aviso previo. Sentí las lágrimas recorrer mis mejillas. No me molesté en limpiarlas. Había llorado mucho, por distintos motivos, en su mayoría

estúpidos. Llorar por Lucas estaba lejos de serlo. Noté el titubeo de Arturo. Su brazo empezó a acercarse como si quisiera envolverme en un reconfortante abrazo. Me levanté de la cama dejándolo allí, suspirando. Apoyé las manos en el borde de la ventana, sin poder ver demasiado por culpa de la noche.

—No quiero que me consueles. Nunca lo has hecho, ahora ya no viene a cuento. ¿A qué has venido?

Arturo decidió ser franco. Su voz apenas fue audible.

—Me preocupa mucho lo que puedas hacerle a mi hermana cuando vuelvas a verla.

Sabía cuál era la respuesta que quería oír. Deseaba que le dijese que no le guardaba rencor a Fátima, que la perdonaba por los desplantes, por haberme abandonado, por mentirles a todos y dejarme atrás. Negué con la cabeza para mí misma. ¿En serio Arturo era tan imbécil de creer que sería tan fácil? Clara no había sido una persona rencorosa o jamás habría sentido cariño hacia los mellizos. ¿Yo? Lo era, muchísimo, y de ahí que no tuviera intención de dejar que Arturo se acercase. Si lo rechazaba a él, cuanto más a su hermana.

—No la justifico, pero... —empezó a decir Arturo, justificándola—. Siempre nos ha protegido, Clara. Ella... tú tienes que recordar cómo eras. ¿Quién iba a pensar que la infección no te afecta? Ese siempre fue mi miedo. Siempre tuve la absoluta certeza de que antes o después te perderíamos de una forma horrible.

Estaba siendo sincero, desnudaba su alma. Me giré y apoyé la espalda contra la pared, observándolo. Le guardaba un poco de cariño, no todo había sido malo entre nosotros, pero la balanza escoraba de forma dolorosa hacia lo dañino.

—Me partes el corazón —dije, dando por zanjado el momento emotivo—. Entiendo a Fátima mejor de lo que crees. ¿Recuerdas a nuestra vecina? Esa chica tan simpática que revoloteaba alrededor de Guillermo. ¿Sabías que ella la mató?

Por el modo en el que los ojos de Arturo se volvieron esquivos, lo sabía. Aquella chica no estaba infectada, sino loca por mi hermano. De forma inevitable, a modo de defensa y rechazo, me crucé de brazos.

—Supongo que proteger incluye librarse de la competencia, ¿no? —Arturo iba a hablar, pero no le di tiempo—. Ahórratelo, tu hermana está como una cabra, es inevitable con lo que hay ahí fuera. Esa chica hacía peligrar nuestro cuarteto. Me da lo mismo, la verdad. Lo que interesa, y lo que creo que no sabes, es que tu hermana sí sabía que yo soy inmune.

Los ojos de Arturo se estrecharon. No quería creerse, claro. Sin embargo, yo estaba segura. Habíamos estado juntas en el hospital de campaña, separadas de nuestros hermanos. Yo en estado de letargo, pero ella muy lúcida. Había tenido que haber escuchado algo o preguntado al menos por qué a mí me trataban de forma diferente. No era estúpida. Como frente a esto no había justificación posible, Arturo también saltó a la defensiva.

—Está claro que te ha ido mejor desde que te la jugó.

Mi carcajada fue inevitable. Me lo soltaba a modo de reproche, como si ellos no fuesen los culpables de mi forma de ser años atrás. Tanto la sobreprotección de Guillermo, como la saña con la que me atacaban Arturo y Fátima habían moldeado a la Clara de su recuerdo. No tenía recursos porque no los necesitaba cuando Guille me impedía exponerme; Arturo y Fátima me repetían tanto lo inútil que era, que yo no podía verme de otra forma. Perdonaba a mi hermano, pero a los mellizos, no.

—¿Esperas que le dé las gracias?

Arturo parecía a un paso de saltarme encima, por lo que el salvaje volvió a dejar su silla. Mi conocido nos miró a uno y a otro. Al fin se centró en mí, mientras sacudía la cabeza.

—De eso te hablo, Clara, eso es lo que me da miedo. Mírate, tú también estás como una cabra. ¡Acabas de asesinar a uno de los tuyos! ¿Qué demonios vas a intentar hacerle a ella cuando la veas?

Dudé. ¿Qué sentía? Necesitaba ser honesta conmigo misma. Comprendía a Fátima, eso era cierto. Imaginé que entraba por la puerta, me puse en situación y torcí el gesto.

—Es probable que la mate —concluí—. La entiendo, pero se la debo.

Mis palabras golpearon a Arturo. Mi sombra no tuvo que moverse para que él retrocediera. Me lanzó una última mirada dolida y se marchó dando un portazo. Es lo que tiene ser sincera. Resoplé, me limpié las lágrimas del rostro y enfrenté la habitación. El salvaje no se había molestado en sentarse, quizá porque empezaba a conocerme. A mí me faltó tiempo para salir por la puerta. Moverme no me libraría del malestar ni de la pena, no es algo a lo que se le pueda dar esquinazo, pero un paseo sería mejor que tumbarme con mis pensamientos.



Terminé en la terraza del primer día. Las mesas circulares y las sillas de mimbre seguían allí, bajo el manto de estrellas, por suerte vacías. Ocupé la que tenía más a mano, mi guardián también tomó asiento. Ambos perdimos la mirada. La noche no dejaba ver nada y la calma lo envolvía todo. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el alto respaldo. Hacía fresco, sentía un liviano rocío. Estaba a gusto.

Cuando abrí los ojos de nuevo, seguía siendo de noche. El salvaje no se había movido de la silla contigua, pero esquivó mi mirada cuando busqué la suya. Su atención fue hacia el acceso a la terraza. Tuve la impresión de que se había pasado un buen rato estudiándome. A saber qué pensaba de mí. Mejor no descubrirlo. Lo que me había sacado de mi microsiesta habían sido unos pasos acercándose. Dos personas. Me armé de valor y giré el rostro para ver con quién tendría otro asalto.

El adolescente que me fue a llamar para informarme del retraso y al que salvé en el claro se acercaban. El primero con la misma inquietud inicial que mostró en el mercado y que estaba localizada en mi sombra. El segundo parecía abochornado. Contemplaba el suelo como si fuese algo fascinante. Caminaba con la espalda encorvada y las manos hundidas en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—Esto... ¿podemos? —preguntó el primer adolescente, todavía con su camiseta de la guerra de las galaxias.

Su mano señalaba las sillas libres, mientras el otro se mantenía un paso por detrás y en silencio. Me hizo gracia su cautela, la de ambos. Uno trataba de hacerse el valiente, el otro de fundirse con las paredes. Asentí con una sonrisa amistosa.

—Claro —respondí.

Los chicos tomaron asiento. El primer adolescente con alivio, el otro parecía todavía más tenso. Giré el rostro para ver si así podía mirarle la cara. Cosa difícil, si seguía cabizbajo.

—¿Tu amigo se encuentra bien? —pregunté con malicia.

Hasta en la penumbra advertí el rojo bochorno del adolescente al que había salvado. El otro dejó salir una risita.

—Quiere darte las gracias, pero es tímido. Lo mismo en dos meses canta.

Me hizo gracia. Caí en que ninguno de los chicos me generaba rechazo, a pesar de ser unos desconocidos. Mi sombra también parecía relajado.

—Yo soy Luis —se presentó el primer adolescente, antes de darle un codazo al otro—. Este es Martín.

—Encantada —dije, sin muchas esperanzas. El chico desaparecería como siguiera encogiéndose. Apoyé la nuca en el respaldo y contemplé el cielo. Se me ocurrió un modo de romper el silencio—. Mataría por un bocata de Nocilla.

Mi sombra ni pestañeó, aunque con él no contaba. Cuando observé que los adolescentes se miraban con extrañeza, intenté echar cuentas, pero me fue imposible concretar los años que me alejaban de nuestro piso. Me fui con dieciséis... ahora creía estar en los veintisiete... Igual no era tan ilógico lo del calendario de Fátima. En cualquier caso... ¿Tanto llevaba por ahí vagando? La nostalgia quiso abrirse camino, porque cualquier tipo de merienda llevaba, vía directa, a mis padres. Menudo desastre. Necesitaba desviarme.

—¿Llegasteis a probarla alguna vez? ¿Os suena por lo menos?

Luis negó, pero Martín murmuró un sí, y yo dejé de sentirme vieja. El chico al que había salvado pareció acumular valor. Habló, miraba la superficie de la mesa, pero se dirigía a mí.

—Mi padre siempre decía que echaba de menos las pipas.

Yo también, ahora que lo comentaba, pero mejor no seguir con ese tema porque era evidente que el padre de Martín estaba muerto. Había sido una estúpida, yo misma me ponía en una situación delicada, porque hablar del pasado, por mucho que se tratase de algo tan simple como la Nocilla o las pipas llevaba consigo una enorme carga explosiva de nostalgia.

Martín al fin levantó la cabeza, como si le supusiera un esfuerzo desmesurado. No mantuvo mi mirada ni un segundo. Como al apartar la vista encontró al salvaje, se puso blanco.

—Es... gracias.

Pobre chico. Sonreí y esta vez me lo pensé bien antes de romper el silencio.

—Seguro que tú habrías hecho lo mismo —dije tan convencida.

Los dos chicos me miraron como si estuviera loca. A mí me dio la risa. Qué adorables.

—¿Vosotros tampoco podéis dormir? —pregunté para darles la oportunidad de sacar un tema adecuado o de estropearlo tanto como yo.

Luis sacudió la cabeza a modo de negativa. Su expresión pareció apenada y me señaló con lástima.

—Acabamos de enterarnos. Nadie duerme.

—¿Perdón? —pregunté, porque no comprendía a qué se refería.

Los chicos se miraron con nerviosismo. Mi sombra empezó a inquietarse igual que yo. Había pasado algo. No fue Luis quien nos dio la respuesta, sino Martín, en voz baja.

—Yo lo entiendo —dijo como si quisiera que eso quedase claro—. Vi cómo nos vendía, ni dudó...

—Mierda —murmuré para mí misma.

Hablaban de la muerte del piloto. Había sido cosa mía y del hombre, pero estando en la

fortaleza me pedirían explicaciones. Eladio el primero. Acababa de matar a una persona, tenía mis motivos, pero ni lo había consultado ni creía que pudieran entenderlo.

Los adolescentes asintieron a coro. Luis volvió a adquirir protagonismo.

—Están cotilleando como porteras y no sales muy bien parada. No les gustas, lo siento. Es... dicen que no estás integrada ni vas a estarlo. No eres la primera persona a la que echan justo por eso. Tiene que costar un montón adaptarse, Martín y los que salen dicen que no es para tanto, que tú estás bien. Los que viven aquí... la mitad apenas pasaron... cosas.

Martín sacudió la cabeza como si no estuviera de acuerdo.

—Les molesta que Eladio te haga tanto caso. Tienes un guerrero, eres inmune como ellos, no les ríes las gracias... Se están aprovechando de esto.

Los del colmo del absurdo estaban celosos, eso me venía a decir el chico. El salvaje se revolvió a mi lado, igual había captado algo. No me preocupaba esa gente ni sus confabulaciones estúpidas. Que me echasen, gustosa me iba. Sin embargo, pensaba aprovecharme de mi compañía.

—Tú hablas su idioma, ¿verdad?

Los chicos se miraron, nos miraron, confusos ante el cambio de tema. Luis asintió, mirando al salvaje con cautela. Mi sombra no debía tener buena cara al ser consciente de que estaba siendo el tema de conversación. Tenía un montón de preguntas, pero en ese momento no sabía a cuál darle prioridad, ni cómo iniciar una charla. Tarik estaba tenso y a la defensiva. Tocaba relajar el ambiente y empezar por lo básico.

—Quiero saber qué sabe de la infección —expuse mordiéndome la lengua para no apuntillar si la creía un castigo divino.

No parecía un creyente, porque no lo había visto rezar en ningún momento, aunque podía hacerlo internamente o mientras yo dormía. Tampoco llevaba adornos que hicieran referencia a algo. De mi paseo por el poblado, no recordaba haber visto nada en ese aspecto. Si acaso un par de símbolos adornando las paredes, pero no parecían una manifestación de ninguna fe.

El chico tradujo, y mi sombra fue tan tajante que nos sobresaltamos los tres. Apenas cuatro palabras, contundentes. El chico abrió los ojos y habló:

—Dice que es culpa nuestra.

Puse los ojos en blanco. Como no. Racismo en estado puro.

—Nosotros, ajá. Nosotros los hombres y mujeres del mundo... ¿Por qué ellos qué son? ¿Dromedarios?

Luis me contempló con pánico.

—¿Tengo que traducir eso?

Asentí con una enorme sonrisa y dejé que el chico pasase el mal trago, esperando una respuesta que sería todavía más brusca. Era curioso, mi sombra tenía una voz grave, bonita y ese idioma suyo era dulce y agradable. Sin embargo, con su tono, dejaba claro que lo que salía de su boca no tanto. Luis ahogó un lamento. Sacudió la cabeza y me miró a modo de disculpa.

—Dice que no, ellos no son dromedarios, pero a ti te ha llamado coyote.

Me salió una risa que debió retumbar en todo el castillo. Miré a mi sombra con aire divertido, él se mantenía ceñudo, para resaltar que no era un calificativo bueno. Sin embargo, advertí un brillo divertido en sus ojos. No estaba tan molesto como parecía.

—Bueno, me han llamado cosas peores. No sé mucho de coyotes, ¿vosotros?

Los chicos negaron a dúo. Se sentían fuera de lugar entre el cruce de insultos extraños. Me compadecí de ellos.

—Lo que sé de ellos es que los echaron de sus tierras para quedárselas. No sé quién, pero supongo que para refugiarse en casos como este.

Los dos chicos me miraron con asombro.

—¿De verdad? —preguntó Martín, irguiéndose por primera vez—. Yo pensé que estaban ahí... bueno, porque estaban ahí.

Comprendía su razonamiento. Había sido el mío antes del fin.

Luis había traducido al momento. Mi sombra tuvo una reacción similar a la de los chicos. Sorpresa, pero con la traducción de Luis entendí el motivo.

—Pregunta cómo puedes saber eso.

—¿Es un secreto? —comenté para no responder y ganar tiempo.

El salvaje me estudió con una cautela que me puso el vello de punta. Parecía querer ver dentro de mi cerebro. Alcé las manos y apuré a Luis para que interviniera y descubriera qué lo ponía tan nervioso.

—Dice que es algo suyo, que a nosotros no nos importa —tradujo, antes de añadir una apreciación suya—. De eso dudo que suelte prenda. Ninguno lo hace. Ellos... no hablan de su pasado ni sus costumbres. Son muy suyos.

De eso me estaba dando cuenta, pero algo no me cuadraba.

—¿Y cómo es que sabes hablar su idioma?

Sin intención de fanfarronear, Luis se encogió de hombros y gesticuló como restándole importancia.

—Es bonito y hay bastantes de los suyos. Como no quieren perderlo o porque les gusta, todavía lo siguen hablando. A ellos les cuesta más aprender el nuestro que al revés. Que nosotros sepamos hace más fácil comunicarnos con los de aquí.

La mano del salvaje se cerró sobre mi brazo para que lo atendiera a él. Me sobresalté, leí en su rostro odio, pero también miedo. Soltó una retahíla de palabras y Luis se apuró en traducir.

—Quiere saber qué sabes del sitio donde vivían, de la gente que... ¿se quedó?

—Dile que me está haciendo daño —avisé, porque el apretón era cada vez más intenso. Remitió la presión, pero no pensaba soltarme hasta que respondiera—. No sé nada, lo único que sé es que otros querían el sitio en el que vivían, y los echaron. —Traté de recuperar mi brazo de un tirón, pero no lo conseguí—. Dile que me suelte.

El salvaje me soltó, mientras Luis repetía mis palabras. No le gustó la respuesta. Dejó su sitio y se alejó un paso de nosotros, dándonos la espalda. El modo en el que se tensaba su ropa reflejaba toda la frustración que sentía. Iba a pedirle a Luis que indagara, pero el chico negó con la cabeza.

—En serio, son muy suyos... Déjalo.

Iba a dejarlo, pero porque el adolescente me hablaba con cierta censura, a favor de mi sombra. El chico al menos no era racista, me pedía a su manera que respetase algo en lo que no tenía derecho a meter las narices. Asentí, y los chicos también se levantaron. A mí no me daba la gana de moverme. Allí estaba cómoda.

—Intentaremos hablar bien de ti, para compensar —dijo Martín.

Casi me había olvidado de los chismes a mi espalda. Hice un gesto despreocupado.

—Descuida, que hablen. No importa.

Los chicos me miraron confundidos, pero no insistieron. El salvaje había vuelto a encarnarnos, por lo que se dieron prisa en despedirse y abandonar la terraza. A solas, miré al taciturno salvaje. Seguía cabreado y dolido. No iba a empatizar con él. Mejor contemplar las estrellas.

—Así no va a funcionar lo nuestro —dije al aire, sin atreverme a mirarlo—. No puedes espantar al intérprete.

Refunfuñó algo y se dejó caer en la silla, a mi lado. Sin mirarlo, volví a hablarle.

—Estoy totalmente de acuerdo. Esto es un asco. ¿Alguna solución que no implique que uno de los dos termine muerto?

Su silencio fue más palpable que nunca. Notaba sus ojos fijos en mí, parecían quemarme. Dejé salir un lamento.

—No sé por qué, lo sospechaba.

Más silencio. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, obligándome a levantarme. Ya no estaba a gusto ahí fuera. A desgana, dejé la terraza para regresar a la habitación. Lástima que el principal motivo de mi malestar me siguiera.

TARIK

Lo último que habría esperado era que ella conociese nuestra historia. Los suyos no alcanzaban a imaginarla, porque nunca les había interesado. Para la mayoría, aparecimos allí, sin más. Pero ella sabía qué había pasado. En consecuencia, yo volvía a perder los nervios y a hacerle daño. Fue inevitable. Durante un segundo pensé que me revelaría qué había sido de mis abuelos, de mis hermanos mayores, del resto de mi gente. Lo único que conseguí fue angustiarme.

De vuelta a la habitación, ella se encerró en el baño y, al poco, se coló entre las sábanas. Había dejado de mirarme hacía tiempo. Mis ojos ya observaban por ambos, empeñados en fijarse en ella, escudriñándola. Resaltaban cada imperfección, quizá para contrarrestar las cosas buenas que tenía. No quería verlas, pero ahí estaban. De ahí que la denominase coyote. Y ella no tenía ni idea de a qué se debía.

Mi abuelo regresó a mi mente mientras yo ocupaba mi silla. La espalda me estaba matando, permanecían las dolencias que suponían la infección, pero aguantaba. Ni mi protegida me dejaría su cama, ni yo dormiría en ella. Ahí estaba mi abuelo, no con la expresión de rechazo de cuando nos fuimos, sino con la mirada afectuosa de cuando nos narraba sus cuentos. Sus fábulas eran las mejores, las más imposibles, las más entretenidas. Mucho de lo que ahora sabemos se lo debemos a él; a saber cómo se encuentra, si es que sigue vivo.

Me centré en el cuento para huir de la pena. Este era mi favorito, porque fui yo el primero en escucharlo. Estábamos los dos a solas en el acantilado más pronunciado de la isla, viendo como el sol caía del cielo. Entonces, había empezado a hablar como si algo tirase de él, como si una fuerza lo invadiera, para regalarnos historias que después usaríamos como mejor nos conviniese.

La mujer dio una vuelta en la cama, todavía despierta. Cerré los ojos para dejar de mirarla, mientras la voz de mi abuelo se hacía un sitio en mi cabeza.

Al inicio de los tiempos, una pareja de lobos había tenido una gran camada, pero, en ella, tres cachorros eran diferentes. En un primer momento, los lobos no le dieron importancia a las peculiaridades de esos tres hijos. A medida que fueron creciendo, estas se revelaron por sí mismas. Los tres guardaban similitud con sus padres y hermanos, pero no coincidían ni su tamaño, ni su pelaje, ni su carácter.

El que había nacido primero, a quien llamaron perro, era el más complaciente y cariñoso, fiel y protector. Sin embargo, al contrario que sus padres y hermanos, sentía una inquietante afinidad con los humanos. Le dieron a elegir y, precisamente por haberle obligado a posicionarse, decidió desvincularse de su familia y de cualquier rasgo salvaje.

El último en nacer, el chacal, quiso aprovechar la marcha del perro para acaparar toda la atención. Podía ser fiel y valeroso, pero predominaba la soberbia. Tendía a mediar con agresividad y, de no haber sido tan pequeño, habría derrocado a sus propios padres. Eclipsaba con su actitud a sus hermanos, sobre todo al otro diferente: el coyote, a quien solía culpar de todas sus fechorías. Pero cuanto más crecía, más harto estaba el coyote y cada vez le costaba más no revolverse.

Temerosos de lo que supusieran los constantes enfrentamientos entre los dos hijos inusuales, los lobos decidieron mandar al coyote a una punta del mundo y al chacal a la otra. Ambos aceptaron, porque eran diferentes y

entre ellos no había el mismo vínculo que mostraba el resto.

El chacal no tuvo problemas en hacerse con un territorio. Tuvo sus propios hijos, pero para defenderse de depredadores más grandes y consolidar su dominio. Muy a su pesar, sus hijos heredaron el mismo carácter agresivo y la convivencia entre todos distaba de ser buena, a menos que les conviniera.

Para el coyote, desde que trató de instalarse en su nuevo territorio, todo fueron problemas. Él no era tan sociable como el perro, ni tan agresivo como el chacal. Precisamente por eso, no le quedó otra que adaptarse. Dependiendo de dónde, cuándo o con quién estuviera actuaba de un modo u otro. Entonces, llegó un día en el que se dio cuenta de que, a su modo, podía hacer lo que quisiera.

Pensó en su hermano el perro, con su vida de mascota. Pensó en sus padres y hermanos lobos, siempre en familia. Pensó en el chacal y en sus aires de grandeza. Pensó mucho, preguntándose qué era eso que él quería. Como no encontraba una respuesta, dejó que la vida le fuese guiando y consiguió lo mismo que todos a los que conocía: amigos, familia y dominios. Cometió errores y aciertos. Antes de exhalar su último aliento, el camino que había recorrido desveló el misterio: lo único que el coyote quiere de la vida, es poder vivirla.

La mujer estaba completamente dormida. Tumbada de lado sobre la cama, su pelo enredado acariciaba la mejilla marcada. Recordé su risa cuando el chico había traducido mi catalogación. Coyote le sonaba extraño. Dudaba que ella hubiese visto alguno en su vida. Claro que la historia de mi abuelo era una fábula, pero casi podía jurar que existía similitud. Probablemente ni ella misma supiera que lo único que necesitaba era seguir viviendo. No era la mejor vida, pero era la que había, y hasta en los momentos más duros se encuentran detalles perfectos. Por eso, se exponía, usaba trucos y jugaba las cartas que el destino le brindaba. Estaba viviendo.

Mis reflexiones me dejaron un regusto amargo. Ya sabía qué quería ella, pero ¿y yo? Seguía sin querer ser un esclavo. Ella no me trataba como tal, o eso creía porque no entender su idioma suponía una inmensa traba. En la terraza, me había dicho algo con tono bromista, o eso aprecié. Como para fiarse. El coyote quiere vivir la vida, pero también puede hacerlo pasando por encima de la de otros. Ahí la semejanza era evidente: yo tenía una vida, hasta que llegó ella. Ahora no tenía otra cosa que una tarea ingrata.

CLARA

A primera hora, una nueva llamada a la puerta me puso en pie. Por descontado, me había ganado una visita al gran líder, rey, dirigente o como quisiesen llamarlo. Eladio me encerró en su despacho, resignándose ante la presencia de mi sombra. Parecía nervioso y confundido, él tampoco había pegado ojo. Ese día su traje era gris marengo, elegante, pero las ojeras y la expresión de su rostro deslucían el conjunto.

—Tiene que comprender que su actuación me resulte algo... desconcertante —comentó al fin, pasándose un pañuelo blanco por la frente, que devolvió al bolsillo de inmediato—. Ese hombre vino con usted. Pensé que eran amigos.

Me pareció de lo más entrañable su punto de vista. Cierto que no conocía los pormenores de mis andanzas con el piloto, ni yo pensaba deshacerme en detalles. Poco podía decir que justificase mi actuación a sus ojos. No me entendería, por lo que mantuve mi silencio.

—La gente se ha inquietado un poco, la verdad.

Estaba sobre aviso gracias a los adolescentes. Me daba lo mismo, pero le di una explicación aceptable porque de veras el hombre parecía necesitarla. Repetí lo que le dije a Arturo sobre el piloto, y añadí una pregunta nueva:

—¿No me quiere aquí?

El hombre chasqueó la lengua con fastidio. Sacó el pañuelo, se lo pasó por la nuca y agitó la cabeza a modo de rendición.

—No solo la quiero aquí, me temo que ahora la necesito. Jamás habría sido capaz de hacer lo que usted hizo, por muy lógico que sea. De la parte más cruda, se encargan, justo, los salvajes. Nosotros no podemos matar a sangre fría, tiene que haber una línea y no cruzarla nunca o se perderá la poca humanidad que nos queda.

Abrí la boca, alucinada. Ante mi expresión, Eladio guardó de nuevo el pañuelo y se enderezó un poco, recuperándose ahora que más o menos tenía una justificación. Lo señalé con suficiencia.

—No es cuestión de sangre fría, sino de costumbre —apostillé—. Y lo que acaba de decir es de lo más hipócrita. Que otros hagan el trabajo sucio no limpia sus manos, amigo.

—Sí, en apariencia —rebatí el hombre, hablando a las claras, con el ceño fruncido—. Sabe de lo que le hablo, así es el mundo.

—Así era —dije, rotunda—. Lo que aquí se representa es una falsificación tan mala como este castillo.

El hombre sacudió la cabeza por primera vez impaciente.

—Es usted complicada, sobre todo porque sabe qué quiero decirle. No está de acuerdo, conforme. Respételo.

—Me cuesta horrores —dije, sin poder evitarlo.

Eladio ya había recuperado el aplomo. Unió las manos y me lanzó una mirada rebotante de confianza.

—Lo que usted tiene se llama estrés postraumático.

—¿Perdón? —cuestioné, sin idea de a qué venía aquello.

Satisfecho, Eladio sonrió con amabilidad. Lo entendí en ese momento. El hombre necesitaba una justificación que darle a las masas sobre mi comportamiento, e iba a irse por esas vías. Yo no tenía estrés postraumático. En absoluto.

—Es comprensible —añadió, adelantándose a mis protestas por su paternalismo—. Solo necesita relajarse. Ya no está al descubierto, ningún infectado va a asaltarla en plena noche. Aquí está a salvo.

Eso era justo lo que me faltaba por oír. Ignoré su apreciación para centrarme en el tema que debía preocuparnos.

—Eran quince —señalé con inquietud—. Solo un avance, por lo que podríamos estar hablando de un grupo muy numeroso de atacantes...

El suspiro de Eladio me sentó como un tiro. Apreté los labios para contenerme. El hombre abrió los brazos con aire teatral.

—¿Lo ve? ¿Qué parte de relajarse no comprende?

—Pero...

Eladio me silenció al levantar una mano. Acababa de recordarme a un profesor que tuve en el colegio. Quise volver a la carga, pero se me adelantó una vez más.

—No quisiera ofenderla —dijo, haciendo que me pusiera en guardia—, pero llevamos años aquí. Antes de que usted llegase nos valíamos por nosotros mismos. Agradezco su dedicación, su preocupación, pero para poder dar consejos o ser de utilidad debe estar en plena forma. No es el caso. Las heridas físicas son una parte, las psíquicas otra. Se lo digo en serio, tómese unas vacaciones. Disfrute de la protección, la calma y las comodidades.

No daba crédito. Unas vacaciones. Como si yo tuviera un trabajo estresante y los problemas fuesen a solucionarse tumbándome unos días en alguna hamaca. Eladio me vio venir.

—Ya. El concepto es complejo, pero el resultado evidente. Necesita recuperarse. ¿Lo pone en duda? ¿Cuándo fue la última vez que durmió una noche del tirón?

—Ehhh... —dije, negándome a responder. A saber cuándo había sido la última vez que dormí del tirón y no por agotamiento o por quedarme inconsciente.

—Ni siquiera aquí —resaltó Eladio—. Usted sabe que nada puede pasarle, hasta tiene un guardaespaldas y, aun así, no concilia el sueño.

—Bueno —intervine, porque ahí tenía algo que decir—. Le aseguro que dormir con un desconocido sentado en una silla es un poco raro. No sé si me entiende usted a mí.

Eladio no quería reírse, pero lo hizo. Por encima del hombro miré al salvaje. Sabía que hablábamos de él y me lanzó una mirada cauta. Devolví la atención a Eladio con una sonrisa.

—Estoy bien, de verdad.

—No lo está —insistió Eladio, con actitud afable—. Hagamos una cosa. Deme veinticuatro horas, ¿sí? El mundo ya se ha acabado, es poco probable que se avecine un nuevo apocalipsis. Durante un día, olvídense de lo que sucede fuera de las murallas. Saboree la seguridad. Apréciela, para poder hacerla suya.

Si no supiera que había sido cobrador de morosos, lo habría tachado de guía espiritual, como poco. Su mirada estaba repleta de súplica. Realmente creía que su castillo mejoraría mi situación, y la suya.

—Está bien —dije, a pesar de no tener intención de hacerle caso.

—No me vale —comentó a modo de regañina.

Me reí de mí misma. Alcé las manos dándome por vencida. Parte de lo dicho tenía sentido. Llevaban años sobreviviendo. Mi presencia no tenía por qué marcar la diferencia en su éxito.

—Vale. Un día. No le prometo más.

—Si consigues pasar un día sin hacer nada, ni meterse en problemas, ya me doy por satisfecho —aseguró con un mohín.

Yo también, la verdad. Iban a ser las veinticuatro horas más largas de mi vida, cuando ni siquiera era capaz de estar quieta en un mismo espacio más de tres minutos. Sin embargo, iba a hacerlo. No porque necesitase empaparme de esa seguridad que me vendía Eladio de un modo terapéutico, sino para reunir fuerzas. Los pinchazos en la pierna y los calambres en el hombro no se habían ido. Me pesaban las extremidades, porque mi cuerpo seguía luchando contra la infección. Una sensación muy afín, claro, similar al agotamiento tras una larga caminata o una carrera frenética; dos cosas habituales en mi ritmo de vida antes de llegar allí. Y pronto retomaría esas costumbres. Si un grupo grande pensaba asaltar el castillo, necesitaba mi mejor forma física para poder alejarme antes de que me pillase en medio. Eladio parecía creer que mi empeño por resaltar el peligro era porque pelearía con ellos de darse problemas. Me levanté entre risas ante la sola idea. Reparé en el salvaje. Si a alguien le iba a sentar mal eso de tumbarse sin hacer nada era a mi sombra.



Mis vacaciones corrían a cuenta del castillo. Eladio se encargaría de explicar por qué la recién llegada no solo podía asesinar a quien le pareciera apropiado, sino que además tenía manutención por la cara y se pasaba horas de relax. Me pregunté cuánto tardarían en montar en cólera los del insólito descanso de gala. Solo por cabrearlos, me planteé ir al mercado, agenciarme un vestido largo de lentejuelas y pasearme con él ante sus narices, mientras ellos recogían las cosechas.

Al mercado fui, porque ropa necesitaba. Como había más prendas de lúrex que de seda, opté por unos vaqueros sencillos, una cazadora ligera y una camiseta de media manga. Aprendí ahí cómo funcionaban. El encargado del puesto improvisado no me pidió dinero, solo el nombre y anotó lo que me llevaba. Cuando vio que no era mucho, ni prendas valiosas —ropa de gala—, por fin me sonrió con amabilidad. Después, señaló con la cabeza al salvaje y con la mano un puesto próximo con ropa de hombre.

Miré a mi sombra con una enorme sonrisa, la cual tendía a hacer que él estrechase la mirada. Pura desconfianza. Seguro que él sí tenía estrés postraumático y necesitaba relajarse. Mi pulgar señaló el puesto de ropa masculina que quedaba a mi espalda.

—¿Qué? ¿Te animas a cambiar de *look*? —dije, con la satisfacción de que no entendería ni la mitad—. Si bien ese rollito guardia de la noche versión SEAL te va al pelo, el verano es *comming* y vas a cocerte.

Aprecié su gruñido y me mordí la lengua para no reírme. Quizá no comprendiera el mensaje, pero que le estaba vacilando le quedaba claro. Alcé las manos con falsa inocencia.

—Vale, tú mismo. ¿Sabes? —dije, mientras echaba a andar hacia el puesto, por si, a pesar de su gesto ceñudo, quería cambiar de indumentaria—. Más de un compañero de instituto se habría

interesado por vosotros de haber sabido que erais tan... no sé... ¿*World of Warcraft*? ¿Siempre has vestido así o es cosa del apocalipsis?

Hice un mohín ante mi monologo. Mi sombra caminaba un paso por detrás, sin intención de darme charla. Probablemente, le traería sin cuidado lo que le decía y me sentí reconfortada. Él no esperaba nada de mí, estaba claro que no nos gustábamos, que no éramos felices, que no podíamos ser más diferentes y, sin embargo, sentía una confianza hacia él, como para que no me pusiera los pelos de punta vacilarlo y darle la espalda, sabiendo lo fácil que le sería matarme. Miré sobre mi hombro, quizá esperando encontrarlo con el puñal en alto, a un paso de hundirlo en mi cabeza. En absoluto, avanzaba con la vista al frente, pero sin perder ni un detalle de su alrededor. Nuestros ojos se encontraron, vi un destello molesto, antes de que su atención volviera a ser para el entorno.

—La aguadora también te va al pelo —refunfuñé deteniéndome ante el puesto con ropa de hombre, en el que una adolescente no muy agraciada casi se desmaya de puro terror al vernos—. Si no hubiera conocido a la guerrera y a la de las agujas, os tacharía de machistas de manual.

La chica me lanzó una mirada suplicante. Quería que pasase de largo, no quería atender al salvaje. Porque estaba de vacaciones y relajarme empezaba por crispas al resto, una de mis manos señaló a mi sombra, la otra la mercancía expuesta.

—¿Qué te parece? —pregunté a ambos. A la chica para que nos aconsejara, a mi sombra por si quería ponerse algo menos funerario.

Los pantalones doblados o colgados en perchas, junto a camisas, jerséis y polos de marcas que hasta yo reconocía, no pegaban con el salvaje. Eso lo veía cualquiera, y seguro que la chica lo habría comentado si la impresión no la hubiera dejado muda. Le sonreí de forma tan falsa que me sentí un poquito culpable.

—¿Alguna recomendación? —inquirí, como si no fuese consciente de que el rostro de la muchacha pasaba de ser blanco a escarlata.

Supuse que mi sombra la estaría mirando y la chica acusaba la intensidad de sus ojos negros. Como no podía cabrearse conmigo, él también pagaría con los demás sus frustraciones.

—Yo...

La chica no dijo nada más, porque estaba cerca de hacer un agujero en el suelo en el que esconderse. Me sentí bien, pero no lo bastante satisfecha. Tensé un poco más las cosas. Me giré para mirar a mi sombra.

—Supongo que el polo de Ralph Lauren o los pantalones Versace no te han impresionado. —Hice memoria de la ropa vista en el poblado. Los hombres llevaban prendas sencillas, pero algunos también lucían esas extrañas túnicas—. ¿Qué llevas en tu tiempo libre? ¿Buscamos una sábana para envolvete?

La chica del puesto ahogó un grito ante mis palabras. La miré muy confundida y la encontré con ambas manos tapando su boca, como si yo hubiese dicho algo terrible. Ante mi gesto de desconcierto, la adolescente dejó caer las manos y recuperó algo de autocontrol. Ahora me miraba con una ligera nota de molestia.

—Eso es ofensivo —dijo, con un hilo de voz—. No tienes derecho a hablarle así. Son personas, como nosotros, pero menos evolucionados —explicó, interrumpiéndose para buscar las palabras adecuadas—, como nosotros hace mil años.

Me salió una risa floja. Aquella chica tenía que estar de broma. Miré al salvaje, quien tenía

toda la pinta de seguir sin entender hasta por qué estábamos allí plantados. En cierta forma, me alegré de que no conociera nuestro lenguaje. Abrí los brazos para señalar el mercado.

—Guapita... esto es ese «nosotros hace mil años». —No me entendió, ni me entendería. Con un resoplido, volví a atender al salvaje y gesticulé por si así captaba el mensaje—. ¿Quieres algo de aquí o seguimos?

Me miró con esa inexpresividad absoluta. Negó una sola vez con tanta repulsa que no necesité más para seguir con el paseo. No insistí, lo comprendía y sabía que podía tirar con lo puesto bastante tiempo, del mismo modo que yo habría podido prescindir de los vaqueros y el resto de prendas. Seguro que prefería ropa limpia, pero no esa. Casi podía jurar que en breve empezaría a hacerse la colada, con tal de conservar su uniforme. A fin de cuentas, era lo único que le quedaba de su antigua vida. Me rebullí intranquila por la punzada de pena que me asaltó de pronto. Solté una maldición y apreté el paso, a pesar de no tener prisa. La empatía es uno de los peores sentimientos que uno puede manifestar y la más complicada de dar esquinazo, porque tiene la mala costumbre de derivar en culpa.

TARIK

Perdíamos el tiempo. Eso era lo único que hacíamos. Desde que Eladio la convocó en el despacho, las horas se sucedían entre paseos, paradas en alguna terraza solitaria, desde la que contemplar los terrenos de la fortaleza, y la más absoluta nada. Ella hablaba conmigo, pero no para mí. Sabía de sobra que no entendía su lengua, pero de vez en cuando comentaba cosas. Qué decía era un misterio, y agriaba un poco más mi carácter. No entendía su idioma ni a ella. ¿Se estaría acomodando? No, para nada, en cada paso transpiraba tensión. ¿Le habría impuesto Eladio la tarea de recorrer el lugar? Podía ser. El por qué era un misterio. Solo hacíamos metros y perder el tiempo.

Regresamos a la habitación para la hora de comer. Como cada día, nos entregaron una bandeja con suficiente para los dos. Se trataba de un extraño guiso que preferí no reconocer. Por el olor, el gusto insípido sería también el de siempre. Tenía hambre, pero de comida de verdad, la que me preparaba yo o la que preparaba mi familia. No ellos. Enfadado y molesto con ella por todo en general, me fui a dar una ducha. Por supuesto, cerré con llave, lo que consiguió que mi protegida pusiera los ojos en blanco mientras se sentaba en el borde de la cama con un plato de aquel preparado.

A solas, dejé caer la ropa y toda máscara. Estaba agotado de no hacer nada. Sin pensármelo bien, quizá movido por nuestra visita al mercado, decidí lavar también mis prendas. No me pondría nada de ellos, no solo por lo ridícula y poco práctica que me parecía su indumentaria. Había llegado con lo puesto y lo conservaría el mayor tiempo posible.

Con la ropa limpia en mis manos, salí del baño. Extendería las prendas cerca de la ventana o no se secarían jamás. La silla en la que normalmente me sentaba tendría que ser mi tendedero, por lo que asumí que la comida iba a disfrutarla de pie o sentado en el suelo. Tras abrir el cerrojo de la puerta, me puse a la tarea sumido en mis pensamientos.

Con la colada lista, me volví para dirigirme al tocador en el que descansaba la bandeja. Noté algo extraño en mi protegida y la miré al fin. Ella apartó la vista al segundo, acalorada, a tenor del rojo de sus mejillas. Continuaba sentada en el borde de la cama, de nuevo en tensión. Sonreí satisfecho y agradecí ese pudor estúpido suyo.

No habría comentarios que yo no comprendería ni tendría que lidiar con su mirada burlona. Me hice con un plato, me serví y la miré de soslayo. Sus ojos me esquivaban con maestría, y parecía cada vez más incómoda. Recordé los comentarios de Gyasi sobre lo que podía haber entre nosotros. La inquietud quiso aparecer, también el deseo, pero espanté ambos. Ni yo me estaba ofreciendo por mostrarme desnudo ni ella se lo tomaría como una invitación. Me dieron ganas de sentarme justo a su lado. No sería tan insólito, cuando mi silla estaba ocupada por mi ropa. Sabía lo que pasaría, se tensaría todavía más. Quería ponerla nerviosa, quizá para sentir que conservaba algo de control, aunque, a decir verdad, ella no actuaba como si me hubiera despojado de él. Me giré hacia ella, dispuesto a que me viera bien. Yo no tenía nada de qué avergonzarme, por lo que me quedé en pie con mi plato, prácticamente ante ella.

Sentí el cambio. Mi gesto la molestaba, lo entendía como una provocación, tal y como era. Sus ojos fueron directos a los míos y sonrió de medio lado.

—Me pregunto si sabes que voy a darte esquinazo antes de que te vistas —dijo con una ceja levantada a modo de reto.

No capté el mensaje, solo su provocación. Iba a replicar en mi idioma, por primera vez, cuando la chica dejó su plato, salvó la cama y puso rumbo a la puerta. Ahí lo capté. Pensaba aprovechar mi desnudez para largarse. Lo último que quería era recorrer el castillo sin ropa, sería extraño hasta para mí, pero no iba a ganarme con esas.

La chica abrió la puerta, salió al pasillo y sus ojos se abrieron de puro desconcierto al verme ir tras ella como si nada. Atravesé el umbral y me coloqué a un paso, dispuesto a seguirla.

—¡Venga ya! —exclamó, más nerviosa que nunca, mientras se peleaba con sus ojos para que no me recorrieran con avidez.

Quería irse, no dar el brazo a torcer. Igual que yo. Me daba lo mismo que me mirasen, pero sabía lo que sacarían en claro y que sería tomado como una humillación más. Estaba dispuesto a aceptarlo, ella no. En cuanto se escuchó el primer sonido que indicaba que pronto dejaríamos de estar solos en el pasillo, las pequeñas manos impactaron contra mi pecho. Dudé si darle la satisfacción de meterme a empujones, pero al fin retrocedí al amparo del cuarto. Cerró de un portazo, algo típico en ella; me señaló con el dedo y con el rostro enfebrecido por el bochorno.

—¡Ya es malo tener a un tío siguiéndome! ¿Un tío desnudo? ¡Oh, señor! ¡Serás cabrón!

Me dio la espalda y se encerró en el baño con su correspondiente portazo. No pude evitar sonreír, convencido de que no sería necesario volver a echar la llave cada vez que me diera una ducha.

CLARA

Debería haberlo obligado a recorrer el puñetero castillo en pelotas, seguro que así se le bajaban los humos, o igual no. Lo mismo terminaba de ensalzar su ego. Qué seguridad en sí mismo, como si fuera perfecto. En el baño, dejé salir un lamento. Sí que era perfecto, y yo no me quitaba de la cabeza toda su perfección. ¿En qué demonios pensaba ese tío? ¿Le daba todo igual? La respuesta era obvia. No, no le daba todo igual, pero en lo referente a mí, y a las demás personas de la fortaleza, le traía sin cuidado nuestra opinión. Me enfadé un poco más porque me incluyera en el saco de los deshechos. Yo no tenía culpa de que fuese mi guardián, ni siquiera sabía bien qué era un guardián. También estaba sufriendolo como él, porque su imposición me complicaba las cosas a mí. Algo tan fácil de solucionar se convertía en una pesadilla. En otras circunstancias, solo habría que hablarlo y seguro que se llegaría a un entendimiento. Con mi sombra, imposible, mucho menos si tenía que razonar con él completamente desnudo.

Dejé escapar una maldición y me eché agua en el rostro, sintiéndolo en llamas. Había cambiado lo bastante como para prescindir de nimiedades, pero me podían los remilgos frente a algo tan natural como un hombre sin ropa. No era el primero al que veía desnudo, pero sí el primero que me superaba y me dejaba temblando como una estúpida quinceañera. No me dio la gana de sentirme así.

Abrí la puerta del baño con el mismo ímpetu con el que la había cerrado. Nada más ver cómo salía, mi sombra dejó su plato sobre la mesa y se enderezó a la defensiva. Mala idea, cuando eso todavía marcaba más su musculatura. Empecé a notar la garganta seca, pero podía más el cabreo.

—No puedes pasearte desnudo por ahí —dije, con un tono de censura que me hizo sentir retrograda, pero lo asumí—, y no puedes tampoco en la habitación.

Me miraba con insolencia. Casi pude jurar que me entendía, o al menos suponía por dónde iban los tiros. Para ser del todo clara, regresé al baño, cogí una de las toallas, y se la tiré. Por las formas, o porque era terco sin más, mi sombra sujetó la toalla al vuelo, pero la lanzó sobre la cama en una seña universal de que no le daba la gana de cubrirse con ella. Dejé escapar un gruñido exasperado.

—¡Maldita sea! —protesté, señalándolo como si fuese obvio el problema—. ¿Esto es por joder? ¡Yo no tengo la culpa de tus estúpidas costumbres! —repliqué, acompañando mis palabras de aspavientos que esperaba mejorasen la comprensión—. ¡Porque son tuyas, no mías! ¡Si no te gusta, lárgate! Así no haces bien tu trabajo, así no guardas una mierda, ¡porque así me pones de los nervios!

Reconocí la histeria con el último reproche. Él permanecía impasible, mirándome, desnudo, de brazos cruzados. Dejé caer la cabeza y sentí un nudo en la garganta. No sabía si tenía estrés postraumático o no, pero sí tenía claro que terminaría loca de remate como continuase más tiempo ociosa. Me llevé las manos a la cabeza y volví a mirarlo al rostro. No podía leer absolutamente nada. Dejé caer los brazos y cerré los ojos de nuevo, porque empezaban a picarme. Me sentía estúpida, inútil, fuera de lugar. Yo no debería estar allí, sino en otra parte, con otra persona. No sabría decir si pensaba en Guillermo o en Lucas. Tal vez con Arturo, el único

familiar, y con quien no me hablaba tras la desastrosa conversación. Por un segundo, no quería irme, sino morirme. Recordé la expresión de Enrique antes de dispararle. Serenidad.

Noté el movimiento y me esforcé por recuperar el mal genio para escapar del dolor. El salvaje había cogido la toalla y se la colocaba alrededor de la cadera. Su mirada esquiva me incomodó, había bajado la cabeza para no verme vulnerable, y su concesión me molestó mucho más que su desnudez. Precisamente por los pensamientos que se arremolinaban en mi mente no iba a darle las gracias. Aquel hombre tenía una prometida, unos amigos, seguro que unos padres, tal vez hermanos... y había decidido alejarse de ellos. La rabia lo ocupó todo.

—Tu vida es una mierda —siseé, y al instante levantó la cabeza alertado por mi tono. Su mirada negra e intensa me provocó un escalofrío, pero no detuvo mis palabras—, y lo peor es que lo es porque tú la quieres así.



Para cuando se me pasó el cabreo hacia mi sombra, quien podía tenerlo todo pero escogía su estúpido juramento, dejé la habitación. Ya había bajado al mercado, ahora tocaba subir a las almenas. No sabía qué esperar de la parte más alta del castillo, y quizá por eso volvieron a sorprenderme. La enorme terraza se abrió ante mí plagada de sombrillas de un extraño color grisáceo, ajadas por la exposición al clima. Bajo su amparo, tumbonas y sillas reclinables, donde se acomodaban los enfermos. Lo más alto del palacio era la zona de recuperación, y ambos médicos, que ya conocía, se paseaban por allí con sus batas y sus estetoscopios al cuello.

El más joven me hizo un guiño en la distancia, mientras conversaba con una mujer que rondaría los noventa. Supuse que su diagnóstico sería reuma o demencia, porque no parecía para nada enferma. Al fijarme mejor, capté que la media de edad era más bien elevada. Justo lo contrario a lo que sucedía en la zona de abajo.

El médico mayor, quien nos había atendido en el descampado a nuestra llegada, me miró con aire inquieto. Dudó, pero pronto decidió poner rumbo hacia mí. Le había crecido la barba, y estaba salpicada de canas. Su aspecto era afable, pero su mirada y expresión culpable me hizo revolverme inquieta.

—Vaya, se te ve bien —dijo al plantarse delante de mí. Me tendió la mano—. Me alegra.

Le estreché la mano por eso de no dejarlo colgado, aunque me parecían unas formalidades de lo más extrañas.

—Sí... eh...

El hombre rio con nerviosismo. Tras un apretón flojo, agitó los brazos como si no supiera bien qué hacer con ellos. El silencio se me antojó incomodísimo. Debería darme media vuelta, pero tampoco quería quedar como una imbécil.

—Esto está... muy bien —dije, logrando sentirme todavía más idiota. Señalé nuestro alrededor—. ¿Mucha gente nueva?

Volví a fijarme en los presentes. Si los que iban llegando eran abuelitos, sí que iban a dejarme a cuadros. El hombre soltó una risotada que me sonó forzada. ¿Qué demonios le pasaba y por qué me estaba contagiando? Tenía la sensación de estar haciendo algo incorrecto.

—¿Gente nueva? Ellos pocas veces dejan pasar a la gente nueva —aseguró señalando a mi

sombra.

Miré por encima de mi hombro. Allí estaba el salvaje, mirando a su alrededor como si esperase que los de las tumbonas desenfundaran unas recortadas para cosernos a balazos. Recordé lo que me había dicho Eladio en nuestra última conversación, acerca de la primera defensa de la fortaleza y sobre quienes hacían el trabajo sucio. Los salvajes cribaban. Me pregunté si, en otras circunstancias, me habrían dejado paso. Seguro que sí.

—No son tan buenos —dije, más bien para mí misma.

El médico me miró extrañado antes de sacudir la cabeza y sonreír. Algo rondaba su mente, pero intentaba no decirlo. Parecía librar una batalla interior. Resopló, en señal de derrota.

—Eladio me ha pedido que no te agobie —comentó un poco más bajo, a lo que ahí tenía la explicación de por qué no había vuelto a verle el pelo. No estaba ocupado comprobando la salud de los recién llegados, sino evitándome—, pero necesito saber cómo te sientes.

No creía que me estuviera preguntado a nivel anímico, ni que intentase que le abriera mi corazón. El hombre agitó las manos y soltó una risita nerviosa. Sus ojos fueron de mi sombra a mí.

—Los dos... bueno, nunca he tenido oportunidad de ver a un contagiado de cerca... —dijo antes de hacer una mueca de rechazo—. Me refiero a un inmune infectado, no sé si me entiendes. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué notas?

Sonreí como pude. Aquel hombre sí me habría convertido en una rata de laboratorio de haber tenido el material o los conocimientos necesarios. Me las arreglé para encogerme de hombros como si no estuviese deseando que cerrase la boca.

—Normal, no se nota nada raro.

Su risotada llamó la atención de más de uno. Me llegó el resoplido del salvaje. Seguro que no entendía palabra, pero sí captaba que yo me las estaba arreglando para meterme en una situación incómoda.

—¡Por favor! —exclamó, perdiendo todo rastro cohibido. Sus ojos reflejaron suspicacia—. Tienes que sentirlo. Es... el mal está en tu interior, corre por tus venas, ¿y no notas nada? Mataste a un amigo sin vacilar, ¿crees que lo harías en otras circunstancias? Es eso, ese virus. Mírate, míralo a él —añadió, señalando a mi sombra con descaro—. Ambos estáis perfectamente, os habéis recuperado así, sin más. Seguro que sabes cuál es el origen de la infección, o al menos lo sospechas. Tu cuerpo ha cambiado, igual que tú. Más resistente, más violenta.

Alcé la vista para armarme de paciencia. El día soleado no me ayudó en absoluto. Las nubes se iban, igual que mi sonrisa. Casi prefería lo del estrés postraumático. Podía explicarle al hombre que los cambios, mi conducta, venían de la vida que había llevado en los últimos años, y que el hombro y la pierna me seguían doliendo, pero había aprendido a no quejarme.

—Ya —mascullé.

En esto no me creería, porque tampoco quería hacerlo. Era uno de esos que consideraban a los inmunes un arma de doble filo, buenos porque traían esperanza, malos porque no sucumbir al virus nos convertía en bichos raros. Estaba, como no, lo de «el mal». Hasta la forma de pronunciarlo era sospechosa. Igual no era un religioso habitual, pero se dejaba arrastrar por la creencia de alguna entidad superior y perversa, como la inmensa mayoría.

—Está muy bien esto que hacen aquí —solté, para cambiar de tema.

El hombre se enderezó casi con ofensa, captando el poco crédito que le daba. Me miró con insolencia y ahora sí parecía uno de esos médicos cretinos que se creen superiores a los demás.

—Lo que queda ahí fuera —dijo, señalando hacia el exterior—, es lo peor del ser humano. No finjas. Si fueses buena, ya estarías muerta.

Me dio la espalda antes de poder pronunciarme. Si él y su indignación no se estuvieran alejando a grandes pasos, le daría la razón. Habría que aclarar, si acaso, que el virus solo era un virus. Lo del mal ya estaba antes. Me giré hacia mi sombra y le señalé la puerta por la que habíamos entrado.

—Suficiente —asegué.



Lucas me besaba al amparo de la tienda de campaña. La tibieza de su cuerpo aplacaba el temor y las dudas. En un parpadeo, dejé la tienda para encontrarme tendida sobre mi cama en la fortaleza. Las sensaciones se volvieron mucho más intensas. Las manos de Tarik se deslizaban por mi cuerpo, hasta abarcar mis pechos. Sentí su lengua deslizarse por mi cuello y su cadera encajada entre mis piernas, inmovilizándome con su delicioso peso.

Me desperté tan agitada que no encontraba aire por ninguna parte. Me incorporé hasta sentarme. El sudor cubría mi piel, mis ojos buscaron al salvaje aunque no quisiera verlo. Todavía seguía algo confundida. Él estaba despierto, mirándome con el ceño fruncido desde su silla. Sentí una amarga vergüenza ante el motivo de mi respiración a trompicones. Esperaba que no hubiera descifrado el porqué de mis jadeos.

—Joder —murmuré, incrédula ante la intensidad del sueño.

Por el modo en el que hormigueaba mi piel, bien podría jurar que había sucedido. Si mi sombra no fuese la definición de honorable, lo habría acusado de toquetearme aprovechando que estaba dormida. Se me escapó una carcajada ante la insólita idea. La expresión del salvaje se volvió un poquito más hosca, y ahí sí tuve la absoluta certeza de que él no sabía por dónde iban mis pensamientos.

Esquivé al hombre para escudriñar las vistas que me regalaba la ventana. La noche seguía presente, pero parecía menos oscura. Pronto amanecería. Mi corazón permaneció un buen rato acelerado. De igual forma, persistía la agradable sensación dejada por la fantasía. El sexo podía ser un modo estupendo de liberar tensiones o de olvidar los problemas. Por un segundo, me planteé convertir el sueño en realidad, sorprendiéndome a mí misma. Me pregunté si él llegaría tan lejos en su papel de esclavo. El rechazo fue inmediato. No hacia la idea de acostarme con él, sino a que fuese una tarea impuesta, lo que no me dejaba más tranquila. Lo deseaba, era ineludible y, además, si profundizaba en él como persona, también podía apreciar su carácter. Me insulté con ganas, dejé salir un par de incoherencias, importándome bien poco si el hombre sentado en la silla me consideraba una loca. No podía sentir nada por Tarik. ¿En qué demonios estaba pensando?

Esquivé cualquier emoción centrándome en la amenaza exterior y en las palabras cruzadas con el médico horas antes. La agitación se fue aplacando y mi mente se enfrió por completo ante el riesgo. Estrés postraumático, un cuerno. Yo tenía razón, y pensaba dejárselo claro a Eladio y a

cualquiera que me llevase la contraria. El salvaje refunfuñó algo en su idioma. Por la pinta, no lo dejaba dormir. Hasta sus gruñidos estaban impregnados con esa pronunciación que me resultaba sensual. Yo también gruñí en mi idioma, un sonido ni un poquito armónico.

—Si te molesto, ya sabes dónde está la puerta —dije, sin esperar contestación. Si me entendía, no se tomaría la molestia de responderme. Sonreí a modo de felicitación. Era fácil salvar cualquier aprecio hacia él. Cuando se mostraba impaciente, soberbio y desagradable, el único deseo que tenía cabida era el de estrangularlo—. Capullo.

Mi sombra rezongó algo, cambió de postura en la silla. Mi sonrisa se hizo más amplia mientras me acomodaba sobre la cama y contemplaba el techo.

—¿Qué estás incómodo? ¿Te duele la espalda? No sabes cuánto lo siento.

El gruñido fue inmediato. Me entendiera o no, el tono puñetero era esclarecedor. Dejé salir una risa satisfecha, mientras los párpados empezaban a pesarme. El sueño volvía y a él pensaba aferrarme. Crucé los dedos porque mi mente no volviera a jugármela metiendo al salvaje en mi cabeza.

—Hasta mañana —murmuré, de forma involuntaria, por costumbre.

Su voz se filtró en mi cerebro, pero no pude definir su tono. Me envolvía la ingravidez, por lo que no podía ser precisa. Quizá me deseaba buenas noches, o igual estaba mandándome a la mierda. Apostaba por lo segundo, pero, literalmente, no iba a quitarme el sueño.



Por pura terquedad, y porque cuanto más estaba de paseo más mosqueaba a mi sombra, aguanté las veinticuatro horas recomendadas. Pasado ese tiempo, regresé al despacho de Eladio. El hombre no me impidió pasar, pero en su gesto podía leerse que hubiera preferido que le concediera un par de horas más. No pude. Necesitaba el descanso y aunar fuerzas, pero algo de lo que había dicho el médico se había grabado a fuego en mi mente: solo lo peor sobrevivía. Con esto, lo que podía acechar la fortaleza no sería un mero grupo de asaltantes como podían llevar viendo esos años. Tenía el presentimiento, o la paranoia, que también podía ser, de que la futura amenaza no sería tan fácil de derrotar.

—Una avanzadilla de quince —señalé para ponerlo en situación.

—No hemos visto... —intentó razonar Eladio.

—Exacto —dije con énfasis—. No han visto nada; ni la menor sospecha; ni de esa avanzadilla ni de los que vendrán.

El resoplido de Eladio logró arrancarme a mí un bufido. O no quería creerme o no le venía nada bien hacerlo. Eladio había construido su mundo alrededor de la sensación de seguridad. Señalar que podrían estar en peligro equivaldría a cargarse los cimientos de la fortaleza. No veía a los campesinos que se vestían de gala en su descanso preparados para enfrentar a nadie. La mayoría habría pasado un infierno para llegar hasta allí y lo último que querían era pelea. Habían dado lo mejor de sí mismos para alcanzar su meta, aquel refugio. Ahora que lo tenían, creían que nada podía arrebatárselo.

—¿Y qué hacemos? ¿Sacamos las bombas? —replicó Eladio, con sarcasmo—. En serio, no ha estado relajándose, sino alimentando su miedo. Como aquí no puede alcanzarla una horda de

infectados, se inventa un ejército atacante —alegó, antes de controlarse para no sonar tan impaciente—. Piénselo, ¿quiere? Tenemos estupendos terapeutas...

Mi grito exasperado puso en guardia a mi sombra, quien no sabía muy bien de qué protegerme. Seguro que, si pudiera entenderlo igual que yo, él también querría estrangular a Eladio.

—¿Cuántas fortalezas como esta puede haber en el mundo? —pregunté a las claras. Podría ser que un montón de ricos se dedicasen a levantarlas antes del apocalipsis, pero yo solo había oído hablar de aquella, prácticamente desde el inicio—. Seré clara: si usted ha logrado esto, reunir a tanta gente y sobrevivir, otros también lo habrán hecho. Ahora, si yo tuviera un grupo de personas numerosas, le aseguro que vendría con todos a por este castillo.

Eladio me miró con aire paternalista.

—No, Clara, usted no es tan...

—¡Oh, por favor! —exclamé, pasándome las manos por el rostro. Era como discutir contra una pared. Solo me quedaba una carta—. Va a tener que hablar con los guerreros.

El hombre me miró con confusión. No por el cambio de tema, sino por lo que le decía de los salvajes. A mí me parecía obvio el motivo, pero expuse mi razonamiento.

—¿Y si son demasiados hasta para la fortaleza? Podrían tener a alguien dentro. Necesitan todas las manos posibles.

Al parecer le hizo gracia mi pensamiento. Miró al salvaje con un gesto burlón y luego a mí de nuevo.

—Usted debería saber mejor que nadie que ni ellos colaborarán ni nosotros podemos dejarlos entrar aquí alegremente.

—Me consta —dije sin inmutarme—. No le digo que los meta aquí, pero ellos son su primera defensa. Usted mismo ha reconocido que se encargan de librarse de los peligros. Si caen, ese peligro tendrá vía libre. Solo digo alertarlos.

Eladio iba a negarse, pero se lo pensó mejor. Unió las manos ante la boca con una expresión pensativa. Al fin, me miró con fijeza.

—Bien, adelante, hágalo usted misma. Me parece correcto.

No era lo que esperaba, ni lo que me convenía. Yo no quería hablar con los guerreros. Tener a uno pegado ya era más que suficiente, y después del berenjenal en el que los había metido seguro que no se alegraban de verme, por mucho que el traductor me hubiera presentado sus respetos.

Miré por encima de mi hombro al salvaje. Me devolvió la mirada con aire inexpresivo, o sea, como siempre.

—¿Te has enterado de algo? —pregunté por no seguir en silencio.

Me miró un poquito molesto. Probablemente sí se había enterado. Eladio rio tras su mesa.

—Veo que continúan llevándose de maravilla.

Me tragué un lamento.

—Sí, no descarto que me mate mientras duermo.

Eladio rio con ganas y nos despidió con un giro de muñeca.

—Yo tampoco, la verdad.



Nada más dejar el despacho, el salvaje me soltó una parrafada en su idioma. Su voz grave formaba sílabas que a veces sonaban como un ronroneo. Agradecí tenerlo a mi espalda para que no viera mi cara de idiota.

—Espero que no sea nada sobre mi madre —protesté, sin tener muy claro a qué venía el calor repentino. No comprendía su idioma, pero sonaba de maravilla.

Nekhbet salió a nuestro encuentro con una radiante sonrisa. El pasillo por el que avanzábamos nos llevaría a la salida. No quería seguir perdiendo el tiempo, pero tampoco me entusiasmaba vérmelas de nuevo con los guerreros. La niña empezó a parlotear mientras trotaba a nuestro lado, y me distrajo lo bastante como para que el trayecto hasta la muralla se me pasase en un suspiro. Vi su curiosidad al fijarse en la enorme puerta de dos hojas y la miré intrigada.

—¿Has salido alguna vez?

Me observó con sus enormes ojos cargados de sorpresa. Negó con nerviosismo.

—Supongo que de pequeña, pero no lo recuerdo.

Por el modo en el que se estrujaba las manos sentía una mezcla de miedo y emoción ante la perspectiva de verse al otro lado de la muralla. Ella no era como los demás habitantes del castillo, no se conformaba con protegerse tras una barrera. Sentía curiosidad, no la aterrorizaba exponerse, igual porque no se las había visto nunca al descubierto. Dudé, miré a mi sombra, pero él no parecía estar pasando mejor momento. Supuse que también estaría nervioso por el reencuentro con los suyos; su protegida los había metido de cabeza en un peligro. No pude reprimir la sonrisa, consolándome con no ser la única intimidada por cómo fueran a recibirnos. Volví a centrarme en Nekhbet, preguntándome si sería mejor mantenerla en la seguridad e ignorancia o dejarla asomar la cabeza al mundo real. La decisión iba a ser solo mía. Me pareció necesario que la niña ampliase horizontes. Estaríamos seguros cerca de la muralla, para ella solo sería una toma de contacto, pero debería comprender el riesgo, porque antes o después caería sobre ella. Cada vez tenía más claro que la fortaleza no sería eterna, sobre todo si Eladio y los suyos seguían empeñados en no tomar precauciones, dejándolo todo en manos de los guerreros.

—¿Estás muy... ocupada?

No tenía claro qué era lo que hacía la niña, pero era obvio que tendría unas tareas. Su sonrisa despuntó todavía más.

—Ya no.

Supe que eso tenía mucho que ver con mi pequeña amenaza a la doncella. También que la niña se aprovechaba. Quizá por eso no había vuelto a ver a la mujer joven. No me querría delante.

—Pues vente.

TARIK

Para la salida, prescindimos de vehículo, ya que no iríamos muy lejos. Reunirme con los guerreros volvió a inquietarme. No tenía ni idea de cómo habían tomado los míos la marcha de la chica. Abandonó el poblado en plena noche, sin despedirse, tras despreciar comida, asilo y sin molestarse en dar las gracias. Me costaba creer que todos fuesen a opinar como Gyasi. No podían admirarla siendo lo que era, con lo que a mí me suponía. No tenía ni idea de qué íbamos a encontrarnos, y no me parecía buena idea llevarnos a la niña. Podría ser peligroso, pretendían atacar la fortaleza. Eso era una constante y por eso el líder no le había dado importancia. Desde el inicio de la alianza, los ataques se sucedieron. Grupos grandes y pequeños llegaban con intención de hacerse con lo que había dentro de la muralla. Durante los primeros meses, guerreros y soldados de la fortaleza peleábamos juntos. Los vigías en las almenas siempre tenían puesto un ojo en nosotros, y los soldados salían a la explanada si quienes se presentaban eran demasiados o iban armados hasta los dientes. Con el tiempo, dejaron de salir y nos protegían, si acaso, desde la muralla. Ahora continuaban atentos, pero ya no hacían falta. Cada vez nos las veíamos con menos, aunque quienes ahora aparecían eran mucho más peligrosos, obra de vivir de forma salvaje y violenta. Como ella. Y ella le daba importancia a la nueva amenaza. A esas alturas, no pensaba dudar de su instinto de supervivencia.

Mis hermanos estaban dónde siempre, al amparo de los árboles, para dejarse ver solo si aparecían visitantes. Nada más atravesar la puerta exterior, avanzaron hacia nosotros. La sonrisa de Gyasi fue toda una revelación. A su vez, la niña se aferró a la mano de la chica, intimidada, cuando los míos repararon en nosotros. Sentían lo mismo que yo sentí en su momento: la pequeña no debería haber puesto jamás un pie en la fortaleza. Tomé aire y me preparé para enfrentarme a sus reacciones hacia nosotros. Me cogió de sorpresa, como a ella, las inclinaciones de cabeza a modo de saludo. Ella hizo lo mismo, por imitación, sin saber que les presentaba idéntico respeto. Aquello no tenía sentido. Agradecí la escasa comprensión de la chica, porque lo último que necesitaba era que alimentasen su ego, felicitándola por haber corrido tamaño riesgo. Con el beneplácito, sería incontrolable. Más incontrolable de lo que ya era.

—Veo que os va mejor, parecéis una familia —comentó Gyasi en nuestra lengua, ganándose un par de risas de los otros.

Le gruñí en respuesta, antes de caer en un pequeño y desagradable detalle. A la niña le faltó tiempo para hacer de intérprete. La chica entornó los ojos y Gyasi la miró avergonzado.

—La niña va a quitarte el puesto, a ver qué dices —comenté satisfecho, ante el apuro de mi hermano.

—Lo siento —dijo, con otra inclinación de cabeza hacia la chica. Ella no pareció ir a darle mayor importancia—. ¿Vas a meternos en otro lío?

Ahora la avergonzada pareció ser ella, se revolvió con una risa nerviosa. A veces, sí parecía una persona.

—Sí, esto... Sobre eso... Lo siento.

Gyasi alzó las cejas, divertido. Mi hermano no iba a dejar así las cosas y, como le estaba bien empleado, yo no abrí la boca.

—¿Qué? —preguntó Gyasi—. ¿Hacer que casi nos maten? ¿Utilizarnos?

Ella no iba a deshacerse en disculpas. Su pequeña mano fue de Gyasi al resto.

—Eh, ¿no sois guerreros? Seguro que os lo pasasteis en grande.

Gyasi le reconoció el ingenio con una risa franca. Mi hermano estaba embobado con ella, era obvio.

—Tú ganas —dijo, con un guiño cómplice que a mí me hizo poner los ojos en blanco—. ¿Qué podemos hacer por vosotros?

Mi protegida seguía sosteniendo la mano de la niña, y pareció darle un apretón para infundirse fuerzas. No había captado todo de la charla con Eladio, pero sí lo importante. La expectación hizo que yo también me revoliera, temeroso de que Gyasi o los demás malinterpretasen las cosas.

—Solo hemos, bueno, he venido a avisarte —dijo al fin—. No tengo ni idea de lo que piensa este —añadió, antes de señalar a su espalda con el pulgar.

Le sonreí a Gyasi con toda mi satisfacción. Él se esforzó por mantenerse serio, como si no nos estuviéramos riendo de ella.

—Uno de los que volvió nos contó que los quince solo eran un avance —explicó, con el ceño fruncido, perdida en más pensamientos de los que revelaba—. Hay más, quieren esto. No deben estar muy lejos.

El rostro de Gyasi perdió todo humor. Sus facciones se marcaron por la seriedad y su mirada se convirtió en una pura advertencia.

—No haremos el trabajo sucio.

La chica no se intimidó, o no pareció intimidada. Asintió mientras yo me cargaba de tensión.

—No os pido eso, insisto en lo de avisarte, para que lo sepáis, sin más.

La desconfianza brilló en los ojos de Gyasi. A mí me pudo la impaciencia. A ella me costaba entenderla más que a otros, hablaba con una pronunciación diferente a la mayoría. Le hablé a mi hermano.

—No la entiendo, ¿qué dice?

Gyasi me respondió sin apartar los ojos de la chica. Compartió lo que ya sabía, había un grupo numeroso ahí fuera que iba a atacarnos, o eso pensaba ella.

—Que solo pretende avisarnos, no quiere nuestra ayuda —añadió Gyasi con des crédito.

Medité un momento y traduje por mí mismo.

—Sí que la quiere, los de ahí dentro la necesitan, pero sabe que no vais a dársela. Sí, solo pretende avisaros. Si vosotros caéis, la fortaleza será la siguiente.

—Nosotros, todavía eres de los nuestros —apuntilló Gyasi, mirándome al fin.

Aguanté sus ojos, del todo desconcertado. La señalé con la cabeza.

—Estaré con ella, ella estará dentro. No voy a salir.

Supe lo que Gyasi iba a decirme antes que pronunciase la primera palabra.

—Ella no va a estar dentro, no aguantará dentro. O se larga antes o, llegado el momento, saldrá a plantar cara. Quizá desde ahí arriba —comentó mientras señalaba lo alto de la muralla—, todavía no tengo claro como de loca está, por lo que tú pelearás con nosotros.

En efecto, ella no iba a estarse quieta. Me pregunté si lo sabría. Tal y como era la chica, lo mismo creía que su interés y empeño por señalar la amenaza era por su propia protección, para

escapar antes de que se diera el ataque. Clara no iba a dejar la fortaleza hasta encontrar lo que estaba buscando: Guillermo. No quería pensar en esa persona, desconocía lo que significaba para ella, pero su importancia era innegable. La recordé de charla con los adolescentes, el modo en el que se lanzó a salvar al chico en la refriega pasada. No, no huiría, sino que se expondría sin importarle morir por ello.

—La encerraré si hace falta —siseé molesto porque no quería que le pasase nada, y empezaba a pensar que no era solo por mi juramento.

Gyasi suspiró con lástima.

—Va a hacerte falta, hermano.

Como la niña traducía de forma simultánea, Clara me señaló con el dedo de forma acusadora.

—Como me encierres, más te vale matarme.

Intuía sus palabras, pero no todas. No tenía muy claro si amenazaba con matarme o con que yo la matase a ella.

—No te entiendo —dije encorvándome frente a ella para gruñirle a la cara—. Tú no hablas, siseas como una serpiente.

Las risotadas de los míos bastó para que ella enrojeciera de furia, la traducción de la niña confirmó su cabreo. Sus ojos se estrecharon mientras me fulminaba, su boca se convirtió en una línea y estaba a un paso de enseñarme los dientes. Se estiró como si pudiera imponerse con lo poca cosa que era. Estuve a punto de sonreír, pero mantuve mi máscara sin perder detalle para poder rebatir su ataque.

Lo que fuera a decirme se perdió en el olvido cuando una flecha se clavó en el suelo. Mi gente se preparó para el ataque, un círculo perfecto, yo con ellos, la chica y la niña en el medio. Nada se veía en la distancia, ni rastro del arquero. El grito de Clara, y que se revolviera, nos hizo mirar hacia el centro.

—¡Al suelo!

La vi darle un empujón a la niña hasta tirarla sobre la tierra. Desclavó la flecha y la lanzó lejos. Gyasi gritó la traducción con un segundo de retraso.

—¡Al suelo!

Ella se tumbó sobre la niña, yo me tumbé sobre ambas, amparando mi peso en mis brazos para no aplastarlas. Me movía por instinto, con un millón de ideas planeando sobre mí, como, por ejemplo, por qué ella ordenaba aquel cuerpo a tierra, y yo acataba sin ponerlo en duda. Jamás había confiado tanto en otra persona. Al momento, se escuchó un estallido y diversos silbidos. Sentí un centenar de agujas clavarse en mi piel, casi perdí las fuerzas, pero me mantuve inmóvil con los brazos temblando. La chica se revolvió bajo mi cuerpo y me aparté. Ella sujetaba a la niña del brazo para moverla. Nuestros ojos se encontraron y vi tanta sorpresa como miedo.

—¡Corred! —ordenó sin perder un solo segundo.

Gyasi gritó de nuevo, aunque la orden fuese evidente. Crucé una última mirada con mi amigo antes de dirigirme a la fortaleza, tras la chica y la niña. Clara ganaba puntos, las cosas se ponían cada vez más feas. Vi a varios de los míos con pequeñas laceraciones en sus cuerpos. No sabía qué proyectiles había soltado la flecha, pero sí que, de habernos mantenido en el círculo, tan cerca y erguidos, probablemente todos estuviéramos gravemente heridos, incapacitados para enfrentar cualquier otro ataque.



Las puertas se cerraron tras nosotros y varios guardias acudieron a prestarnos ayuda. Me sorprendieron, no esperaba atenciones, pero las hubo. Por sus gestos, mi espalda no había salido bien parada. La expresión de horror de la chica lo confirmaba. La niña se abrazaba a ella entre sollozos; seguro que no le quedaban ganas de volver a salir. Ella no la soltó, pero sí la manipuló para ponerse detrás de mí mientras atravesábamos la zona del mercado.

—Tiene que verte un médico, a saber qué clase de metralla es.

No la entendía en condiciones normales, menos si hablaba de forma atropellada. Supuse que remarcaba lo evidente, necesitaba un médico. No pensaba ponerme en manos del que estaba allí. A mi pesar, seguí avanzando hacia la enorme puerta de entrada al castillo, notando mis piernas cada vez más endebles y un desagradable picor general. Al sentir sus manos acercarse me revolví para que no me tocara. Ella no acogió bien mi desplante, pero no dijo nada. Con la niña pegada, pasamos al interior del palacio, directos a la habitación que ocupábamos.

Para cuando llegamos y ella cerró la puerta, yo sentía como si un centenar de hormigas corrieran por mi cuerpo. Se me revolvió el estómago y un sudor frío empezó a empapar mi piel. Traté por todos los medios de que no se me notara, pero no llegué a alcanzar mi silla. Sentarme en la cama fue lo menos delator. Concentrarme en un punto fijo debería relajarme; observé la puerta del baño. Su siseo se metió en mi cabeza, cabreándome.

—Debería verte un médico.

Tal vez por mi comentario anterior, pronunció cada sílaba con precisión. La miré con todo mi odio. Sí, la había entendido.

—No.

El no en mi idioma lo tenía muy claro. Me miró con los ojos entrecerrados y continuó en pie, a un paso, abrazando a la niña. Nekhbet rodeaba su cintura con los brazos y mantenía el rostro hundido en su vientre. Al hablarle a la pequeña, su voz se volvió suave, dulce, grata. Su tono me recorrió de pies a cabeza.

—Tranquila, Niki, está bien, todo está bien. Aquí estás segura.

No sabía qué le estaba diciendo a Nekhbet, pero seguro que surtía efecto calmándola. De entrada, logró que la niña la soltase para echarse en la cama. Parecía agotada, sobrepasada. Yo necesité alejarme, pero al levantarme vino el primer mareo y solo conseguí dar un par de pasos. Me apoyé en la puerta del armario. Al poco, supe que la tenía a mi espalda. Estaba herido, no quería que me tocara. La noté levantarme la camiseta. Mi primer impulso fue volverme y apartarla, pero estaba demasiado débil. No iba a aguantar en pie mucho más tiempo. Ella murmuró algo con preocupación. Mi espalda no tenía buen aspecto. El cuerpo empezó a temblarme, mi rechazo se dobló cuando se abrió la puerta y entró el médico.

—No —dijo ella, adelantándose—. Nada de agua, podría tener veneno.

El médico la miró con sorpresa, como si lo que hubiera dicho fuese toda una revelación. La palabra veneno la conocía. Yo diría que sí, jugaba en mi contra, pero dudaba que ellos supieran cómo tratar mis heridas si venían con agua. Ver que el médico dejaba la tina a un lado me hizo entender qué lo había sorprendido. La chica sabía muchas cosas, cosas de lo más grotescas.

Deberíamos hacerle más caso. Pero no pensaba dejar que aquel hombre me pusiera una mano encima.

—No —gruñí y me sentí débil.

Si me quedaba inconsciente harían conmigo lo que les diera la gana. La chica resopló, su tono se me antojó forzado. No habló lo bastante rápido como para no entenderla, aunque fuese justo lo que quería.

—Me temo que quiere un veterinario, ya sabes.

El médico le rio la gracia, y pareció agradarle todavía más que dejase de intentar subir mi ropa y se alejase de mí.

—¿Hay algún modo de comunicarse con ellos para que manden a alguien? Y que sea más rápido que señales de humo. Va a caerse redondo.

—Veré que puedo hacer, a mí tampoco me apetece nada tocarlo —aseguró el médico, con toda su repulsa.

En cuanto el hombre joven cerró la puerta, la chica fue hacia la tinaja que había dejado para coger unas pinzas secas y una toalla. Al volverse se encontró con mi gesto rabioso.

—Con esa cara sí pareces un perro, que lo sepas —siseó, pero volví a entenderla.

Sus intenciones me hicieron ponerme a la defensiva. Con una mano seguí sosteniéndome al armario, pero giré el cuerpo para tenerla de frente. Sacudió la cabeza y me miró con seriedad.

—No van a salir solas, no sabemos a qué te expones con ellas dentro. Él seguro que no se da prisa en llamar a los tuyos. Deja que te ayude.

Le di la espalda no porque quisiera su ayuda, sino por el modo en el que me estaba mirando. Gyasi estaba en lo cierto, ella se preocupaba por mí. No quería que lo hiciera. Apoyé ambas manos en el mueble y apreté los dientes. Noté moverse la tela de mi camiseta, pero ella dejó caer las manos con un suspiro.

—Será mejor que te la quites. ¿Puedes?

No estaba seguro de poder, los brazos empezaban a pesarme. Odiaba sentirme inútil delante de ella. La vista se me emborronaba. No tenía ni idea de en qué estaba pensando. Noté sus manos en mis brazos. Su tacto no era suave por sus palmas curtidas, y su decisión; ella quería que me moviera, que volviese a sentarme en la cama. Tenía sentido, no iba a alcanzar demasiado si yo seguía en pie. Obedecí, humillado, más tenso que nunca a pesar del cansancio. No la quería de frente, ella parecía saberlo. Cuando al fin me senté en el borde de la cama, ella se colocó sobre el colchón a mi espalda. Tomó los bajos de mi camiseta y yo solo tuve que levantar los brazos para que me la quitara. Sus dedos rozaron mi piel provocándome un escalofrío. Una caricia suave, muy delicada. Cerré los ojos y traté de no pensar en sus manos recorriendo mi piel.

Los segundos pasaron, ella seguía de rodillas detrás de mí, parecía moverse, pero yo no notaba nada. Tal vez el veneno empezaba a insensibilizarme porque no apreciaba cómo retiraba la metralla.

—¿Qué haces?

Lamenté hablar, hasta mi voz reflejaba lo débil que estaba. Ella se revolvió a mi espalda.

—Intento que no te duela, no soy cirujana.

No la entendí, dudé que hubiese dicho algo importante. Iba a caerme redondo. Apoyé los codos en las rodillas. Sí sentí sus manos, parecía que me acariciaba. Quería que parase y me moví con intención de levantarme. No pude.

—Túmbate.

De soslayo vi su mano señalar la almohada. Sus dedos estaban manchados de sangre. No me estaba acariciando. Apenas comprendí qué quería.

—Vas a caerte, túmbate —insistió con voz firme.

Asumí que quería que me tumbase. Debería, estaba a punto de caerme, pero mi cuerpo parecía ir despacio y muy mal sincronizado. Las manos se colocaron en mis hombros. Todos sus dedos estaban manchados de sangre. Mi sangre. No sabía qué estaba haciendo, no me dolía, pero la sangre sugería mucho daño. Antes de poder evitarlo mi mejilla descansó sobre la almohada. ¿Estaba tumbado sobre la cama? El rostro de la niña, cerca, me dijo que sí. No sabía por qué, no sabía qué pasaba.

—Ya estoy terminando, tranquilo, ¿vale?

Tranquilo, no estaba tranquilo.

—No me toques —gruñí, odiándola por haberme inmovilizado.

Quizá me hubiese drogado. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué hacía allí la niña? De soslayo pude ver las manos de Clara, hacía algo en mi espalda. Sus dedos estaban manchados de sangre. Quise revolverme, pero lo único que logré fue agotar todas mis fuerzas.



Me desperté desorientado, boca abajo sobre algo mullido, y con un dolor insoportable en la espalda. Por un momento pensé que había recibido un centenar de latigazos, hasta que los recuerdos desfilaron uno a uno por mi cabeza.

En la cama, no había nadie. La niña se había ido, ella a saber dónde estaba. Moví la cabeza y la encontré sentada en la silla que yo ocupaba cada noche. Me pareció irónico y estúpido. Iba a despertarse con un dolor de cuerpo terrible con lo encogida que estaba. Había subido las piernas hasta casi pegarlas al pecho, la mejilla contra el respaldo. Era imposible que estuviese cómoda, pero parecía dormir de forma profunda.

Moví cada extremidad para comprobar cómo iba. Perfectamente. No quedaba nada del aturdimiento, ni del veneno. Me senté en la cama con cautela, pero estaba bien, salvo por el dolor de espalda. Un vistazo a la cómoda y encontré la respuesta. Esos botes pequeños de cristal, y el mantel gris sobre el que descansaba, solo podía ser cosa de mi padre. El médico lo había llamado. Él volvía a salvarme. Había superado algún tipo de récord. Reclamar sus servicios dos veces en tan poco tiempo. No quería ni pensar qué pensaba de mí, me sorprendía que hubiera accedido a tratarme.

Alcancé el baño con una sensación rara. Hipersensible, repleto de energía. Salvo por el dolor. Me vendría bien una ducha, pero mejor esperar al día siguiente. Lo único que llevaba puesto era el pantalón, algo polvoriento, pero dadas las circunstancias podía soportarlo. Lancé una mirada hacia la habitación para comprobar que ella siguiera durmiendo. Mi padre había hecho un trabajo fantástico con sus ungüentos, la chica con su cirugía seguro que no. Me armé de valor y vi cómo había quedado mi espalda. Me sorprendió. Apenas se percibían incisiones. Solo puntitos rojos rodeados por yodo. Muchos. Sí, había hecho bien su trabajo. Apoyé las

manos en el borde del lavabo y dejé caer la cabeza. Los sucesos del claro pasaron como a cámara lenta y se me fue el tiempo en revisar cada detalle, con ella siempre en primer plano.

La chica no dormía bien, llevaba noches sin hacerlo, en una silla no tendría mejor suerte. Por eso no me extrañó localizarla apoyada en el umbral. Evitaba mirar mi cara, estudiaba mi espalda. Tenía algo en la mano.

—Para ti —dijo teniéndome un sobre blanco.

Lo cogí sin mediar palabra y ella se retiró de nuevo. Debería haberle dado las gracias, o algo, pero no tenía ni idea de qué decirle. El sobre me preocupó más porque también llevaba la firma de mi padre. Leer un mensaje en el baño me pareció de lo más augurador. Me tembló un poco el pulso al sacar la nota, escueta y escrita con letra firme y clara. No quería leerlo, pero me moría de ganas por saber qué quería decirme. Muy poca cosa, pero seguro que sería contundente.

Protégela. Sabe más de lo que aparenta, es más peligrosa de lo que pensaba. No la pierdas de vista. Sigue habiendo un sitio para ti en la casa. Tu madre enciende una vela cada noche con tu nombre. Tus hermanos siguen teniéndote por ejemplo.

La emoción reptó por mi columna y alcanzó mis ojos. No había caído en lo mucho que me importaban, en cuánto necesitaba su aprobación y apoyo. Las cosas no habían sido fáciles desde que decidí sumarme a la custodia de la puerta. Todo eso parecía tan lejano.

No salí del baño hasta que no estuve seguro de tener el rostro seco y los sentimientos sepultados. Merecedora de respeto o no, ella era una extraña. Una que volvía a ocupar la silla.

—Vete a la cama —gruñí, señalando el lugar que yo había dejado.

Me miró con dureza. Esperaba gratitud, no un ladrido. Ni se molestó en replicar. Se acurrucó y cerró los ojos. Me cedía la cama por ser el convaleciente. Como si ella estuviera ilesa. Sin embargo, no pensaba razonar ni tratar de que nos entendiéramos. Volví a la cama, consciente de que no me dormiría tan rápido como ella. Eso sí se lo envidiaba, parecía caer antes de apoyar la cabeza. Luego se despertaba varias veces, pero volvía a dormirse con la misma facilidad. Yo, por el contrario, debía dar un par de vueltas y, si me despertaba, volver a dormir me costaba el doble. El reposo era vital, y no estaba descansando mucho. Ambos deberíamos tenerlo en cuenta si a partir de ahora íbamos a vérnosla con explosivos y veneno. Caí entonces en otro detalle. No solo me había salvado a mí, sino al resto de los guerreros. La chica estaba a un paso de convertirse en una heroína. En el próximo encuentro, Gyasi le declararía amor eterno. Se me escapó una risa solo de pensarlo. Ella pareció decir algo, pero dormida sí que no le entendía palabra.

Quise tumbarme boca arriba y el roce de las sábanas me hizo terminar sentado en el borde de la cama. La chica murmuró de nuevo. Giré el rostro para mirarla. Mi gente siempre decía que las personas que hablan en sueños son unos visionarios o unos locos. Ella tenía parte de ambos, aunque costaba señalar cual tenía más peso.

Tardé dos minutos en dejar la cama y acercarme a la silla. Vacilé, pero al fin deslicé los brazos por su cuerpo para cogerla en peso. Sabía que no iba a despertarse, de momento. Su cabeza descansó sobre mi hombro y su cuerpo me transmitió un calor agradable, que nada tenía que ver con la manta ligera que empleaba para taparse.

—Tarik —susurró, clavándome en el suelo y haciendo que mi corazón diera un vuelco.

Sabía mi nombre, supuse que cosa de Gyasi. Yo también conocía el suyo, pero tampoco lo empleaba nunca. Recuperé la movilidad y la dejé con suavidad sobre la cama. Sin pensarlo

demasiado, me tendí boca abajo junto a ella. Probablemente cuando ella volviera a despertarse regresaría a la silla. Solo esperaba que no me molestase en el proceso.



Nos despertamos a la vez, iluminados por la claridad de la mañana, con la llamada a la puerta. Ella no dijo nada por ocupar la cama los dos, yo no le di la mayor importancia, pero la tenía, porque ninguno se había quedado quieto. Yo estaba de lado, con la espalda de mi protegida pegada a mi pecho, una de sus piernas entrelazada con las mías, mientras mi brazo rodeaba su cintura. El sueño nos hizo buscarnos, igual solo seguimos el agradable calor que genera otro cuerpo. Quizá la respiración agitada de mi protegida, y la mía, no se debía a lo bien que encajábamos, sino al motivo que llevaba a nuestra visita a levantarnos. Tuve que contenerme para no acariciar la piel de su cuello con los labios. Estaba ahí, a un milímetro, y olía mejor de lo que hubiera imaginado. Lo que no podía eludir era que, por primera vez en mucho tiempo, había dormido de un tirón. Mejor achacarlo al remedio de mi padre y no a su compañía. Imaginé que ella tampoco se había despertado o habría vuelto a la silla. Seguro que su buen dormir lo achacaba al cansancio.

Nekhbet entró con energía. En sus manos llevaba mi camiseta, por la pinta, limpia y cosida. Mi protegida se comportaba con normalidad, salvo por el ligero rubor que teñía sus mejillas y la forma obvia de esquivarme. Lejos del aspecto asustado del día anterior, la niña parecía repleta de vida y entusiasmo.

—¡Lo han cogido! Tienen al hombre que disparó.

Tradujo casi al mismo tiempo para hacerme partícipe de la buena noticia. También que el jefe quería hablar con nosotros. Ella asintió y se fue directa a la ducha. Yo contemplé a la pequeña con curiosidad mientras me ponía en pie.

—Veo que se te ha pasado el susto. Seguro que ahora ya no te parece tan mal vivir aquí.

La niña dudó mientras se me acercaba para darme mi ropa.

—Saldría otra vez, no sola, con vosotros. Antes de... bueno, me gustó. Quiero visitar tu hogar. ¿Podría?

La contemplé y oculté mi perplejidad. Me llegó el sonido de la ducha y me preparé para ser el siguiente. Clara se bañaba deprisa.

—No creo que sea seguro, Nekhbet. El que disparó no estaba solo.

La niña asintió, no parecía demasiado preocupada. U odiaba aquella fortaleza o estaba loca. Me pregunté si por eso se entendía tan bien con mi protegida.

—Pero si voy con vosotros estaré bien. Sé que viví allí... ¿No?

—Supongo. ¿Están aquí tus padres?

Remoloneó un poco, se entretuvo toqueteándolo todo. No había mucho, solo los adornos que ya estaban allí a nuestra llegada, y en los que apenas me molesté en reparar. Me interesaba mucho más la procedencia de Nekhbet.

—No sé. Creo que no. Está mi hermana.

Descubrir que su hermana era justo la mujer que le pegaba me desconcertó. Dado que ella

tampoco me sonaba y no podían encajar menos con nuestros ideales, no terminaba de entender de dónde salían ellas. Por las edades, cuando se dio la huida de nuestro hogar Nekhbet no había nacido, pero su hermana sí. Una niña muy pequeña, quizá sus padres fueron de los primeros en dejar el poblado por culpa de la mujer que vivía en la fortaleza antes de todo.

La chica dejó el baño con el pelo humedecido y una sonrisa para la niña. A su vez, la expresión de Nekhbet se dulcificó. El vínculo entre ellas estaba ahí. No compartían sangre, apenas habían estado juntas, pero ambas se sentían afines. Descarté cualquier detalle emotivo para centrarme en lo que había sucedido horas antes. Quería entender por qué Clara sabía tanto, cómo pudo prevenir la explosión de la flecha, pero su respuesta quizá no fuese apta para una traductora tan pequeña. Necesitaba a Gyasi.

—¿Vienes con nosotros, Niki?

Me mordí la lengua para no reírme de lo mal que pronunciaba su nombre, hasta se lo había cambiado. La niña negó antes de señalar la habitación.

—Yo arreglaré vuestro cuarto, me manda el jefe.

Vi que no le gustaba la tarea para ella, pero no dijo nada. Antes de meterme en el baño crucé unas palabras con la pequeña.

—Deberías repetirle tu nombre.

La niña rio divertida.

—Nah, me gusta cómo lo dice.

Estaba seguro de que lo que a la niña le gustaba era el tono con el que la llamaba. Cariño y aprecio. Nekhbet sería más feliz en aquel cuarto que en cualquier otra parte. Quizá por eso la chica no había protestado porque fuese la nueva doncella.



De un solo vistazo, supe que el hombre capturado no era el artífice del ataque. Lo retenían en el granero, esposado a una argolla oxidada. Parecía nervioso, preocupado, pero ni siquiera sudaba. Estaba fingiendo. Su mirada oscura sí brillaba de temor cuando sus ojos caían en mí. Me resultaba tan obvio el engaño, o más bien la trampa, que no supe cómo tomármelo ni por qué nadie decía nada. Mi protegida le había hecho un par de preguntas, y después se había sumido en un extraño mutismo; dudaba que siguiera con nosotros. Su cabeza estaba tan lejos que la mala sensación ascendió imparable. El jefe, en cambio, se mostraba tan entusiasta con la captura que hasta había organizado una fiesta. La tensión me estaba matando. En comparación, la espalda ni me dolía.

Cuando mi protegida volvió a sintonizar con el mundo, señalé las puertas exteriores. Necesitaba salir a hablar con Gyasi. Clara asintió y no puso la menor pega. Mi amigo estaba en lo cierto; ella se exponía, nadie en su sano juicio saldría fuera de la muralla tras lo sucedido.

Como si nos esperasen, los guerreros nos guiaron desde la explanada a un sitio más recogido. Gyasi y Clara se pusieron a hablar al momento. Al amparo de los árboles, nos sentamos formando un círculo, sin dejar de otear los alrededores. Volví a percibir el aprecio hacia la chica y que faltaba uno de ellos.

—Está bien, herido pero bien —aseguró Gyasi cuando pregunté—. No se agachó a tiempo. Tranquilo, saldrá de esta.

Uno menos no me dejaba más tranquilo. Iban a ser necesarios más guerreros.

—El hombre que han atrapado dudo que sea el que atacó.

Gyasi asintió y señaló a Clara.

—Ya, fue lo primero que me dijo.

Miré a la chica con sorpresa. Ella parecía incomoda por los cambios de lengua. Yo no sabía ni cómo sentirme. Clara no había levantado la menor sospecha durante la charla con el hombre ni con el jefe, parecía convencida y también ida. Sin embargo, algo en la expresión de Gyasi me distrajo. Mi amigo estudiaba a la chica y al fin se expuso.

—¿Cómo asaltarías la fortaleza? —le preguntó de forma directa—. Tú la conoces desde dentro... ¿Cuál sería el primer movimiento si liderases un grupo grande?

La estudié con atención. Una parte de ella no estaba con nosotros, algo la inquietaba, pero a ver cómo lograba sacárselo. Su mirada no se desvió de la de Gyasi al responder, pero casi podía jurar que era consciente de mi espionaje.

—No asaltaría de frente, eso seguro. También me libraría primero de vosotros.

La tensión de mi hermano alertó al resto. La había entendido y no pude evitar que el corazón me diera un vuelco.

—¿Asaltarías el poblado? —exigió saber Gyasi, con rabia.

Qué bien entendía su reacción. Las ganas de echar a correr y armarme para proteger a mi gente resultaron insoportables.

—No —respondió con seguridad—. Atacaría sabiendo lo que hay, por lo que no iría a molestaros a vosotros. Solo a los que me separen de la puerta. La flecha era una advertencia.

Gyasi negó con la cabeza.

—A mí me pareció todo un tratado de guerra.

Clara resopló y se pasó las manos por el rostro. Había un brillo extraño en sus ojos. La tristeza estaba muy acusada, por lo que supuse que lo que fuera que la mantenía con la cabeza lejos provenía del pasado. Quería preguntar, me interesaba, y no solo por lo que a mi gente pudiera suponerle. Algo le estaba haciendo daño. Apreté los párpados, molesto por mi implicación con ella. Igual de frustrada, Clara alzó las manos con impotencia al hablar.

—Le he dado mil vueltas y no lo entiendo. Ni el ataque ni que los soldados dieran tan rápido con el arquero. Podría ser un golpe directo hacia vosotros, podrían medir vuestras fuerzas o ser algo simbólico. Esto... es un recurso en el que lo decisivo es el factor sorpresa. Las próximas flechas que lancen... sabemos a lo que atenernos. ¿Solo una? ¿Justo aquí? ¿Justo a vosotros? No lo entiendo.

Tuve que intervenir. Clara hablaba tan rápido que no entendía ni la mitad de sus palabras. Necesitaba descartar opciones e hipótesis. A mí me parecía un ataque directo hacia nosotros, pero ella parecía opinar otra cosa, porque seguro que contaba con más información o no habría prevenido la explosión.

—¿Quién es el hombre que han encerrado?

Gyasi me tradujo. Me molestó que lo necesitase. Yo hacía un esfuerzo por entender su lengua, podría hacer lo mismo. Caí entonces en que poco podría esforzarse si yo no le hablaba. Resoplé a modo de reprimenda hacia mí mismo. Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —aseguró, y leí también que no le importaba demasiado. Lo que fuera que sabía no estaba relacionado con el hombre en concreto. Continuó hablando—. Eladio está intentando que no cunda el pánico. Lo que pasó lo saben todos, se habrá corrido la voz, la gente está asustada. Necesita relajar los ánimos o se las verá con problemas dentro. Que lo encontrasen los soldados en lugar de vosotros ya es extraño. Ahí dentro creen que es lógico porque vosotros estabais heridos, pero no sois los únicos que rondáis por aquí, ¿verdad?

Gyasi asintió en tensión. Nuestros vigías eran la mejor carta porque nadie contaba con ellos. Mi hermano pareció reacio a expresarse, pero al fin se explicó.

—Nosotros nos replegamos hacia el poblado. Si tenemos que defender algo no va a ser la fortaleza. Los soldados lo saben. Hasta donde alcanzamos a ver, el arquero se lo puso muy fácil. Creo que intentó escapar, pero si fuese tan bueno como para...

—Quizá eso quieran —dijo Clara, interrumpiendo a Gyasi con la mirada fija en un punto, pero sin ver nada—. Si hay un grupo grande, si pretenden hacerse con la fortaleza, no lanzarían ataques a ciegas. Primero se estudia el terreno y, como te dije, yo no iría a por vosotros. Esto podría ser una forma de manteneros lejos. Eladio me contó que sois vosotros los que decidís quién entra y quién no.

—Lo somos —aceptó Gyasi a la defensiva. Eso era justo lo que nos echaban en cara los que, como mi padre, rechazaban a los guerreros. No éramos quienes para decidir sobre personas que no nos afectaban—. Podría ser, pero, si conocen cómo operamos, sabrán lo que va a pasarle a ese hombre.

Toda la atención de Clara regresó a mi hermano. Por su ceño fruncido no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Gyasi también lo vio y fue más claro.

—Ellos no ejecutan. Ese hombre estará un par de días retenido, y luego será puesto en libertad. Saldrá por esa puerta y nosotros estaremos aquí esperándolo. Lo sabe.

—No lo sabe —aseguró Clara—. Si lo supiera no estaría tan tranquilo.

—Ella tiene razón —dije muy a mi pesar. El presunto arquero fingía estar nervioso, y yo cada vez tenía más claro que se trataba de un señuelo. Quizá estuviese loco y abrazase la muerte segura. Me daba lo mismo. Señalé a mi protegida, pero mis palabras fueron para mi hermano—. ¿Pregúntale de dónde viene?

Ella me miró como si fuera idiota y señaló nuestro alrededor.

—Del mundo. Donde hay un refugio pasan estas cosas. ¿En dónde vivís vosotros? ¿Todas las personas que aparecen os piden amablemente que les dejéis paso? ¿Nunca han intentado asaltar esto?

—Claro, pero nunca lo han conseguido —apuntilló Gyasi, con todo su orgullo.

La chica sonrió con aire paciente. Mi hermano le caía bien, estaba claro. Lo miraba con aprecio, posiblemente porque era el único que la entendía. Cómo la miraba él resultaba obvio.

—Sin ánimo de ofender, ¿vosotros solos...?

Gyasi la sonrió como si esa fuese la pregunta que estaba esperando.

—Solo nos ves a nosotros, pero no estamos solos.

Para nuestra sorpresa, la chica alzó la vista a las copas de los árboles. Ladeó el rostro y sonrió al dar con algún vigía.

—Lo suponía.

—¿De tu paseo por el bosque? —pregunté intrigado.

Gyasi tradujo con la misma curiosidad. Ella decidió ser franca.

—Sí. Todo estaba demasiado tranquilo, y no solo por las trampas. No vi a nadie, ni siquiera a él, pero supuse algún tipo de vigilancia. Sois buenos.

—Gracias —aceptó Gyasi.

Me mantuve en silencio, estudiándola, su comportamiento era de lo más curioso. Parecía más cómoda allí que en la fortaleza. Supuse que porque llevaba más tiempo fuera, controlaba el exterior mejor que un sitio recogido y cerrado.

—¿Cuánto lleva moviéndose por ahí? —indagué, sin quitarle los ojos de encima.

La pregunta pareció incomodarla. Apartó la vista y se centró en los árboles.

—Desde el inicio. Me fui de casa con mi familia. El tiempo... es complicado. Con compañías menos recomendables como los tipos que pretenden asaltar esto, sobre tres años.

Tuve que confirmar lo que había creído entender. Por cómo me miró Gyasi, él también encontraba de lo más interesante lo de las compañías no recomendables. Cualquiera de ellos nos lo parecía, pero entendíamos que de ahí sus conocimientos inusuales.

—¿Crees que quien va a atacarnos es alguno de tus conocidos?

La pregunta de Gyasi la hizo reír y sacudir la cabeza.

—Lo dudo, están todos muertos.

Mi hermano alzó las cejas con toda su impresión.

—¿Los mataste tú?

La chica volvió a mostrarse esquiva.

—No, yo no suelo matar a gente viva.

—Creo que tu amigo traidor no opina lo mismo —dije, y mi apunte derivó en la inevitable mirada furibunda.

—He dicho que no suelo hacerlo, no que no lo haga.

Peleé con mi boca para no reírme de ella. Empezaba a entender mucho más de lo que decía, también Gyasi. Nuestras miradas volvieron a encontrarse y confirmé que opinábamos igual. La chica dura, de apariencia débil, era más débil y, a su vez, más fuerte de lo que pretendía dejar ver. De lo más contradictorio y útil.

—¿Qué pasa con Arturo? —pregunté.

—Lo conozco de antes —respondió, sin intención de dar un solo dato más.

Asentí consciente de que si quería información iba a tener que pedírsela al propio Arturo.

—Deberíamos volver —dije—. ¿Alguna buena noticia más?

Me ignoró para hablar con Gyasi directamente.

—Si vuelve a llover una flecha desconfiad aunque no explote. Si trae una nota, no la toquéis sin alguna protección. Al papel, también se fijan los venenos.

Me molestó que se mostrara tan hermética conmigo. No pude evitar espolearla.

—¿Hiciste eso alguna vez? Seguro que eres buena arquera —dije con mi tono más mordaz.

Gyasi no tuvo más alternativas que traducir tal cual. Clara me miró con suficiencia mientras se levantaba del suelo. Me puse en pie a la espera de alguna impertinencia.

—No, eso simplemente lo vi en una película —dijo, y con su tono era evidente su intención—. ¿Sabes lo que es una tele?

Ahí pretendía ofendernos a todos, pero el comentario pasó por alto y no hubiera servido de mucho. Sabíamos lo que era una tele y, salvo excepciones, no nos parecía gran cosa, o al menos

los programas que emitían en ella.

Me despedí de Gyasi con un abrazo y mi hermano me regaló un último consejo.

—¿A qué estás esperando? Empiezo a pensar que sí eres un gilipollas.

Las risitas de los demás me dieron a entender que opinaban igual. Seguí a la chica, quien había ignorado un comentario que seguro no le hacía la menor gracia. Estudie su espalda con cautela. Empezaba a entendernos, y yo empezaba a verla de un modo que hubiera preferido ahorrarme.

CLARA

Un molesto pinchazo se había instalado en mi sien tras la visita al falso arquero, y me acompañó durante la reunión con los guerreros. Mi cabeza se llenaba de vivencias pasadas, devolviéndome a una mansión que supuso un punto de no retorno. Ese lugar en el que empezó mi viaje con Lucas, marcado en mi mejilla por la cicatriz de un disparo, y en el que también descubrí mi inmunidad. Veía con nitidez la cocina, la olla al fuego, las flechas expuestas sobre la mesa y a los dos hombres afanados en la tarea de adobar metralla. Tal vez uno fue quien traicionó a la mujer que pretendía usarme contra la aldea, pero me parecía imposible. ¿Qué posibilidades había de encontrarme con cualquiera de ellos? ¿El eslavo? ¿El Araña? Ninguno de ellos se habría conformado con lanzar solo una flecha ni urdirían un plan elaborado. Sobre todo el Araña. Ya estaba loco entonces, ahora le estaría aullando a la luna. No, él no había sido.

Al hombre atrapado le había preguntado justo por ellos, y sí, fue sincero al decirme que no tenía ni idea de quién le hablaba. Podría ser otro miembro del grupo, en la mansión había bastante gente. Esa persona los había visto montando las flechas explosivas, pero tenía la sensación de que se trataba de otra cosa. Una que yo estaba pasando por alto.

Avancé por el interior del castillo en silencio, con mi sombra igual de muda. Supuse que estaría dándole tantas vueltas como yo, sobre todo después de lo que había dicho ahí fuera. Había sido sincera con Gyasi. Si quisiera hacerme con la fortaleza, no me bastaría que se retirasen los guerreros. Los querría muertos, porque no viviría tranquila teniendo al lado un pueblo peligroso. Sin embargo, por muy grande que fuese el grupo que pretendía atacar, dudaba que alcanzase un número suficiente para ir contra todos. O acababan con los guerreros o se apoderaban de la fortaleza. Probablemente, cuando se hicieran con el palacio sí dedicasen esfuerzos en librarse de los guerreros.

Cada vez tenía más claro que la amenaza conocía bien el terreno que pisaba. Por la pinta, era muy consciente de que el ataque no sería olvidado, los guerreros querrían venganza y quizá de ahí el falso arquero. Si Eladio iba a liberarlo, entregándoselo así a los primeros atacados, podría considerarse como saldado el agravio. Y ellos serían tan estúpidos de darse por satisfechos. Como lo que unía la fortaleza y el poblado era una convivencia independiente, que ninguno metiera las narices demasiado en las cosas del otro, mientras el grupo que iba a atacar no diera muestras de ir contra los salvajes, estos lo recibirían sin problema. Primaba proteger a los suyos, eso lo entendía, y como a los salvajes no les gustaban los habitantes del fortín, tampoco iban a desvivirse por que estuvieran a salvo. Sin embargo, los guerreros no eran tan estúpidos como para no ver venir el peligro. Antes o después se daría un enfrentamiento. O igual yo era una paranoica, tenía estrés postraumático, estaba como una cabra y sacaba las cosas de contexto. En cualquier caso, por más vueltas que le daba, no me encajaban las piezas.

Me habría encantado eludir la fiesta que Eladio había organizado, pero el hombre había sido muy claro. Debía acudir, ya fuera a rastras. A su actitud tampoco le encontraba sentido. En ese momento, nada parecía tenerlo. Quería echarme un rato, pero tampoco eso iba a ser posible.

En la habitación, había dos trajes sobre la cama. Uno de caballero, un vestido para mí. La niña nos miraba con el rostro arrebolado y las manos unidas con entusiasmo. El salvaje gruñó

algo, Nekhbet me miró con preocupación.

—Dice que no piensa ponerse eso.

Lo suponía, yo tampoco quería ponerme de gala, pero carecía de opciones.

—Ya —dije sin más, antes de estudiar el vestido.

Era una prenda sencilla. Largo, con manga corta y amplia que ocultaría la mayoría de mis marcas, y un suave escote en pico. Quien lo hubiera escogido tenía buen gusto y cabeza. Los zapatos me arrancaron una sonrisa. Los tacones no habían formado parte de mi indumentaria antes del apocalipsis, sobraba decir que después quedaron del todo descartados.

—Dudo poder mantenerme sobre eso —dije para mí misma.

—Tú vas a ponértelo... ¿verdad?

Me hizo gracia la intriga de la niña, parecía estar deseosa de verme vestida de gala. Asentí y se estrujó las manos.

—Yo te ayudaré.

—Gracias —dije con una cómica reverencia, que la hizo ponerse todavía más roja.

El salvaje se había apostado en la ventana. Quería conocer su opinión, pero cualquier acercamiento iba a ser complicado. Llevaba sintiendo sus ojos todo el día, lo que me provocaba una incomodidad peor que el maldito dolor de cabeza. A saber en qué pensaba. Supe, desde el primer momento, que no se creyó la farsa, y que su mayor preocupación en ese momento era su pueblo. No había renegado tanto, y yo sería la última persona ante quien lo reconocería. Me picaba la curiosidad, por lo que le hablé a la niña para aprovechar su presencia.

—Pregúntale si está viendo algo en concreto o solo el transcurrir del tiempo.

Al parecer ya no siseaba porque la niña ni siquiera tuvo que abrir la boca. Tarik me miró por encima de su hombro con una expresión a medio camino entre ofensa y molestia. Alce las cejas sin amedrentarme, animándolo a ser tan desagradable como parecía a punto de serlo. Por algún motivo que se me escapó, devolvió la vista al exterior y habló con voz tensa. Tuve que esperar a que la niña tradujera, yo sí que no lo entendía con siseos o sin ellos.

—Desde aquí se ve parte del poblado, y también un poco de la entrada de la muralla.

Me acerqué movida por la intriga. Recordaba haberme asomado a esa ventana mil veces y no había visto más que bosque. Sí, un poco de la puerta de dos hojas, pero no lo suficiente como para tener una perspectiva útil o fiable.

Él se movió apenas para dejarme sitio. A su lado, yoforcé mi vista.

—No veo el poblado —reconocí.

Uno de sus dedos señaló un punto a mi izquierda, pero allí, para mí, no había más que árboles.

—Si tú dices que está ahí, estará —dije, dándome por vencida.

Resopló, tomó mi barbilla y me mantuvo la cabeza pegada al cristal. No me hizo gracia su agarre, pero tampoco pude separarme. En cierta forma, era la primera vez que me tocaba. Mi mente aprovechó ese momento para filtrar algo que llevaba esquivando desde el amanecer. No, no era la primera vez que me tocaba, tal y como habíamos despertado. No sabía cómo sentirme al respecto, pero sí recordaba lo que sentí cuando aprecié todo su cuerpo envolviendo el mío. El calor de su piel, lo bien que encajábamos, el deseo de sentirlo mucho más cerca casi me había hecho dejar la cama de un salto. Aparté el suceso de mi mente, pero me costó horrores. Su sujeción firme me resultó tan agradable como incómoda, por lo que me centré en el exterior. Mis

ojos volvieron a recorrer cada copa, cada detalle, y al fin vi algo que bien podría ser un tejado de cabaña.

—Oh... pues sí.

Me soltó, satisfecho, con una caricia. Me estremecí, pero él no pareció darse cuenta. Se alejó para sentarse en su silla de siempre. Yo seguí allí, porque ahora que había reconocido un techo, podía ver dos más. Comprendí a su vez qué podría estar pasándole por la cabeza. No necesitaba a la niña para saber que el salvaje extrañaba su hogar. Su obligación conmigo lo mantenía lejos de su familia, y de su prometida. La hermosísima mujer me provocó una punzada de celos. Preferí no desvelar si era por lo impresionante que resultaba o por la relación que la unía a él.

Me aparté de la ventana y la habitación me pareció demasiado pequeña para los tres. Pensar en familias era lo que menos me apetecía, pero lo único que tenía. Con lo que había pasado salir de incursión era una mala idea. Cualquiera que intentase alcanzar la fortaleza podría vérselas con los que pretendían asaltarla. La preocupación por Guille me generó ansiedad y unas inmensas ganas de llorar. Necesitaba estar sola, pero el salvaje no iba a permitírmelo. Como muestra, dejó su silla al verme inquieta. Que me conociera tan bien, que anticipase mis reacciones, tampoco fue agradable.

Lo miré con todo mi disgusto, pero sin sonar mezquina.

—¿No hay ninguna posibilidad de que me dejes sola?

La niña tradujo, aunque el modo de negar con la cabeza me confirmaba lo que temía. Tarik apartó la vista, pero siguió en pie listo para seguirme.

—No, dice que aquí, no.

No entendí a qué se refería con aquí, parecía implicar algo, pero no estaba para acertijos. Levanté las manos con impotencia y salí al pasillo, con él detrás.



Las horas pasaron entre la emoción que derrochaban los demás habitantes de la fortaleza. Mi paseo, nuestro paseo más bien, constató que la gente necesitaba una buena fiesta. Regresamos al cuarto para arreglarnos, al menos yo. Por el modo en el que se cruzó de brazos y se apostó en la ventana, mi sombra mantenía su negativa de ponerse un traje. Suerte para él. Yo haría lo mismo, si no quisiera evitar llamar la atención.

No necesité demasiado tiempo, tampoco a la niña, pero, como parecía entusiasmada con lo de ayudarme, fingí no ser capaz de abrocharme del todo la cremallera que había a mi espalda para que lo hiciera ella. A continuación, me encerré en el cuarto de baño para hacer algo con mi pelo, y darle uso al estuche de maquillaje que ya estaba allí a mi llegada.

No tardé demasiado. Las sombras de ojos tampoco entraban en mi registro antes del apocalipsis, por lo que me decanté por las más sutiles. Una vez acabé de arreglarme, miré mi reflejo y me permití echar mano a la vanidad. Estaba guapa, no deslumbrante ni hermosa, pero sí mejor que en cualquier momento pasado. Quizá con un poco de brillo en los labios o algo de colorete, mejoraría, pero decidí dejarlo ahí. No sabía nada de maquillaje. Pasaba por disfrazarme de dama, mejor no estropearlo pintándome como una puerta.

Al verme salir del cuarto de baño, los ojos de Nekhbet se abrieron como platos. Parecía haberse quedado sin habla. El vestido le gustaba, como poco me quedaba bien. Sentí los ojos del salvaje, pero no quise dar con su rostro por lo que pudiera parecerle a él.

—Pareces una princesa —murmuró la niña.

—Esa es la idea —aseguré—. Si tú fueses así vestida, también lo parecerías.

La niña rio con las mejillas coloreadas ante la idea. Me pareció más adorable que nunca. Le guiñé un ojo con complicidad.

—Cuando quieras te lo pruebas.

—¿De verdad? —preguntó, perpleja.

—Pues claro —respondí divertida—. Mi madre tenía un montón de vestidos, cuando no había mucho que hacer me los ponía...

Recuerdos. Dolorosos. Mi madre había muerto, como mi padre. Quizá como Guillermo. Apreté los párpados para contener las lágrimas que me asaltaron a traición. La niña no tardó ni tres segundos en abrazarme. Me agaché y le devolví el abrazo. Su pequeño cuerpo pareció aplacar un poco la sensación de soledad y nostalgia.

—Lo siento —murmuró Nekhbet, con su cabeza en la curva de mi cuello.

Me esforcé por detener el drama y la sensiblería.

—No ha sido culpa tuya, Niki, es... no es nada. Venga, ayúdame con el vestido. ¿Está todo bien?

Me mantuve acuclillada en el suelo para que le fuese más fácil comprobar que la cremallera estaba cerrada. Al levantarme, el espejo de cuerpo entero me regaló la visión del salvaje apoyado en la pared. Me miraba inexpresivo. Porque me sentía débil, rehuí sus ojos y regresé al baño para arreglar el poco maquillaje que me había puesto. Nekhbet se mantuvo en el umbral, quizá para ver cómo me pintaba, o por si debía consolarme de nuevo.

—Espero que dure poco —dije sin pensar.

—Las fiestas tienen que durar un montón —comentó la niña, confundida.

Me mordí la lengua a tiempo de apuntillar que sí, las fiestas reales, las que eran bien recibidas no debían tener fin. Las que no servían para otra cosa que crear una distracción, no. No quería distraerme, no podía cometer semejante error. La sensación de seguridad era tan peligrosa como dejarse llevar por el dolor.

TARIK

Estaba más incómodo que nunca, y nada tenía que ver con las marcadas diferencias que me suponía no haberme disfrazado igual que todos los demás. Era por ella. La chica seguía sin alcanzar la belleza de Tiye, pero envuelta en aquel vestido, con el pelo recogido y el rostro maquillado, estaba preciosa.

Nada más salir del cuarto, llegaron las miradas de deseo. No necesitaba un espejo para asumir que yo también la tenía. La imagen de Clara abrazando a la niña mientras ambas lloraban me había superado. Ahora iba un paso tras ella y batallaba con mis ojos para que se mantuvieran al frente, y no descendieran por aquel cuerpo acariciado por sedosas telas.

Cuando alcanzamos el enorme y abarrotado comedor me facilitó las cosas centrarme en las murmuraciones. También me dijeron que el empeño de la chica de tratar con los guerreros le traía problemas. Los habitantes del castillo, todos arreglados con esmero, se reunían en corrillos entre las mesas redondas ya servidas con los entrantes. Sin embargo, casi nadie tomaba asiento porque era el momento de las charlas. Arturo nos hizo un gesto y nosotros avanzamos entre los grupos hasta una mesa redonda, a la derecha de la que ocuparía Eladio.

O mucho me fallaba el oído o se comentaba que, desde la llegada de mi protegida, las cosas habían empezado a ir mal. Otros llegaron con ella, pero la culpaban a ella. Un solo vistazo a la sala y localicé a la hermana de Nekhbet, encargada de servir las bebidas. Por su desagrado al mirarnos, no descartaba que ella fuese responsable de lo mal que caía Clara. Su venganza estaba servida. Seguro que no terminaba ahí. Su papel de adorable sierva le permitía colarse en cada habitación y susurrar en cada oído.

Arturo nos saludó en tensión, quizá por los rumores que se escuchaban o por la última charla que mantuvo con Clara. No había comprendido qué se decían, los nombres y parentescos se habían mezclado con el contenido, pero mi protegida no había sido agradable. Sin embargo, Arturo estaba lejos de parecerme una amenaza con respecto a ella, y no solo por lo mucho que pudiera gustarle. La tensión entre ellos no duró demasiado. Empezaron a hablar como si no llevaran tiempo sin hacerlo, aunque Clara mantenía su trato frío.

La mesa estaba puesta para doce comensales, pero vi que iban a quedar muchos sitios libres. Salvo Arturo, y tres de los hombres que llegaron con él, nadie más parecía animarse a compartir espacio con nosotros. Tomamos asiento, ella quedó entre Arturo y yo. La relación entre ellos me confundía. Él no la miraba como a una hermana. Lo había percibido desde el primer día. La quería, en más de un sentido. Pero ella parecía del todo reacia a él. O era muy rencorosa o le había hecho mucho daño. Costaba saberlo. Parecía que la habían abandonado, pero no lograba entender por qué. Valía demasiado para dejarla atrás. Resoplé ante este pensamiento. Para mí empezaba a valer demasiado, eso seguro.

Mejor centrarme en el entorno. El bullicio alertaría a todos los muertos de la tierra. Suerte la muralla, las trampas y la vigilancia conjunta. Seguro que al alba íbamos a tener un montón de trabajo librándonos de los infectados. Me centré en mi plato con fastidio al caer en que yo no formaría parte de ninguna partida de limpieza. A menos que Clara se enterase de que estas existían. Tuve que sonreír, al ser plenamente consciente de que mi protegida estaba lo bastante

loca como para unirse a la primera. La observé de soslayo, sin dejar de controlar nuestro alrededor.

Clara se había dado cuenta de su poca popularidad, Arturo se lo había comentado y vi que no la cogía de sorpresa. Tampoco parecía importarle. Recibía saludos y miradas con indiferencia, correcta, por necesidad. No quería estar allí más que yo.

El jefe se acercó con su sonrisa engañosa. Probablemente, sabía que la chica estaba al tanto de su pequeña estrategia, y le agradecía que no lo descubriera. Por el ruido general, Eladio le dijo algo que a mí se me escapó. Me inquieté cuando, una vez él se alejó, ella se volvió hacia a mí para hablar. No quería hablar con ella, no teníamos traductor y no pensaba pronunciar una sola palabra en su lengua.

—Niki quiere conocer tu poblado. ¿Es seguro? —preguntó muy despacio para que la entendiera.

Oculté mi desconcierto. Eso era lo último que esperaba. Dudaba que el jefe le hubiera dicho algo relacionado con la niña, pero ella esperaba una respuesta. Esquivaba mis ojos, quizá por el modo en el que la miraba o por lo que fuera que me estuviera ocultando. Por otra parte, yo sí quería volver al poblado, obvio. De entrada, allí no tendría que estar tan pegado a ella, y me preocupaba lo mismo que a Gyasi. Si yo liderase un grupo grande, atacaría primero al poblado. Necesitaba saber si mi gente estaba prevenida.

Por toda respuesta, asentí. Nekhbet estaría más segura en el poblado que en la fortaleza, porque era uno de los nuestros. La acogerían, tal vez alguna familia la quisiese con ellos. Ella volvió a centrarse en Arturo con un murmullo que no entendí. La notaba incómoda, quizá por las atenciones que estaba generando. La fiesta sería breve para nosotros, ella hacía acto de presencia, nada más. Tras la cena, se habría acabado.

Los dos adolescentes que ya conocíamos se sentaron con una sonrisa tímida. Ambos llevaban traje, pero les iba grande y estaba claro que hubieran preferido una indumentaria menos seria. Clara los recibió con una sonrisa sincera que la volvió todavía más bonita. Como giró el rostro para mirarme, me obligue a componer una expresión indiferente.

—Espero que esta vez no los espantes —cuchicheó sin perder la sonrisa, sonando más puñetera de lo que ya pretendía.

Entendí lo que decía por contexto. Quería mirarla mal, pero me vi sonriendo con la misma insolencia.

—No fui yo, coyote.

El adolescente que sí me entendía soltó una risotada antes de traducir. Mi atención era, al completo, para mi protegida, quien me miraba con una mezcla de incredulidad y molestia. No esperaba que le hablase, ni mucho menos que jugase a ser igual de insoportable que ella. Satisfecho, me centré en mi plato. Era más divertido espolearla que ignorarla. Despegó los labios para hablar; yo volví a mirarla, pero no emití sonido alguno. A mí me dio igual, porque su boca atrapó mi atención por completo. Sus labios, bien definidos, no demasiado gruesos, resultaban más apetecibles que cualquier manjar que pretendieran servir esa noche. Un acceso de lucidez me permitió reprimir las ganas de besarla y volví a encontrar sus ojos. Muy en su línea, audaz, ella había interpretado a la perfección mi interés, pero lo que brillaba en sus ojos era el más absoluto desconcierto. A un paso de revolverme incómodo, uno de los adolescentes empezó a hablar; ella se giró para atender, y el desliz se perdió por el camino.

CLARA

Una mala sensación se había alojado en mi estómago con el primer plato. Estar rodeada de gente, formar parte de una comunidad, era algo que llevaba evitando mucho antes de separarme de mi hermano. Y allí estaba, entre Tarik y Arturo, frente a Luis y Martín, acorralada por un centenar de personas que reían y charlaban. Podía tener mis diferencias con mi sombra, un intenso rencor hacia Arturo, apenas conocía en realidad a los adolescentes, pero, sumado al cariño hacia la niña y ese extraño aprecio que sentía por Eladio, me pareció que unas gruesas cadenas empezaban a atraparme. Cada carcajada de Luis, cada sonrojo de Martín, tensaban el agarre. Porque la sola idea de que pudiera pasarles algo malo me provocaba una sensación de vértigo.

Escuché un gruñido de Tarik, un resoplido de Arturo. Por escapar de ellos, me encontré con una mirada cómplice de Eladio. La presión se acumuló en mi pecho. Me levanté como impulsada por una especie de resorte. ¿Qué demonios estaba haciendo accediendo a la farsa? La cortina de humo era cosa de Eladio, yo ni la necesitaba ni debería colaborar en ella.

Como no, mi reacción hizo que Tarik también dejase su sitio con expresión sombría y ojos alerta. Él percibía el rechazo hacia mí como yo, pero a él le importaba. A mí no, o quizá sí. Me dio la impresión de que, entre tanta gente, escaseaba el aire. No podía pensar, ni fijarme en cada individuo, ni acercarme a ellos, porque lo más seguro era que en breve estuvieran muertos.

—Me voy —dije casi sin voz, alertando a mis compañeros de mesa.

Nadie protestó, al contrario. Mi cara debía ser un poema, ni todo el maquillaje ocultaría una palidez insana, por lo que los ojos puestos en mí reflejaban un aprecio capaz de hacer que no me exigieran explicaciones. La preocupación en los adolescentes no me ayudó ni un poco.

Mi imaginación me la jugó regalándome una recreación exacta de lo que era una masacre. Vi, de pronto, a toda esa gente infectada devorándose los unos a los otros. Había vivido tantas que no faltaba detalle. Unos gritaban de dolor, otros desgarraban la carne con ansia; el suelo y las mesas estaban salpicados de sangre. Y yo no sentía miedo, sino lástima. Una parte de mí se había aferrado a la posibilidad de un mundo civilizado.

—Joder —mascullé, huyendo de la visión y en busca de aire y buen juicio que pusiera fin a mi inesperado ataque de pánico.

No lo conseguí, porque el pasillo por el que avanzaba espoleada por la angustia se veía igual de tintado en granate.

La mano de Tarik se cerró en mi brazo. Su contacto firme me detuvo, y también devolvió la normalidad al entorno. Un pasillo corriente y solitario. Entre jadeos, miré a Tarik. Su expresión era calma, nada afectaba a sus marcadas facciones, pero sus ojos negros brillaban con esa intensidad que me aturdí. La oleada de calor que me recorrió entera solo podía denominarse como deseo. El mismo impulso que me sacó del comedor estuvo cerca de hacer que mi boca fuese en busca de la suya. Quería... deseaba besarlo, perderme con él y olvidarme del mundo. La misma voz que me atraía consiguió con su tono ronco frenarme.

—¿Qué te pasa?

La pregunta era obvia por contexto, y algo empezaba a entender aunque no gracias a él. De

un tirón brusco me deshice de su agarre.

—Nada.

Ahora sí había siseado, de pura rabia e impotencia. Un saludo tímido e infantil detuvo mis ganas de volcar todo mi veneno en Tarik. Ver a Nekhbet casi me devuelve al punto de partida. Por suerte, ahí estaba mi sombra para mantenerme pegada a la tierra. Su voz se mezcló con la de la niña. Ni me molesté en tratar de entenderlos. Necesitaba desprenderme de las malas sensaciones tanto como del deseo, y de aquel estúpido vestido.

TARIK

En un segundo, todo cambió y todavía no comprendía bien el motivo. La cena había transcurrido sin novedades, solo cambiaba la ropa y el aire a celebración. Forzado. Más miradas acribillaban a la chica y me pregunté si el jefe no le habría pedido que se fuera. La angustia había estado cerca de hacer que la zarandeara. La incertidumbre era insoportable, pero ni en un millón de años nos entenderíamos. Y no estaríamos con Nekhbet hasta regresar a la habitación. Allí, nada la libraría de darme respuestas. Antes de alcanzar los postres, Clara había empezado a ponerse muy pálida. Cada vez estaba más tensa y parecía que le costaba respirar. Casi volcó la silla al dejar su sitio para anunciar que se iba.

Al salir tras ella, la había evaluado de forma minuciosa, tratando de no perderme en lo que me atraía. O estaba teniendo un ataque de pánico motivado por a saber qué o todavía no la conocía lo suficiente. La aparición de la niña había sido providencial. De un solo vistazo a Clara, Nekhbet también se puso muy pálida.

—Pregúntale qué le pasa.

El «nada» a modo de ladrido lo entendía perfectamente. Me dieron ganas de insultar a Clara, me contuve por la niña. Un ataque de pánico en toda regla, pero remitía. Persistía el cabreo, y me estaba contagiando. Había llegado la hora de pedir explicaciones.

—¿Qué te dijo Eladio?

—Nada —respondió al segundo, con los puños apretados y actitud violenta.

Los nervios empezaron a agitar mi interior. Furiosa también estaba atractiva. Su cuerpo se estiraba como si pretendiese imponerse al mío. La expectación ante la idea de medirnos de un modo mucho más apetecible que a gritos incendió mi sangre. Su descontrol tiraba del mío. Avancé un paso, ella no retrocedió. Nuestros cuerpos quedaron a un palmo, si bajaba un poco la cabeza rozaría sus labios, y mis ganas de exigir respuestas se desviaron por completo.

Igual que en la cena, ella notó el cambio y su intención pareció reconducirse tan bien como la mía. El brillo en los ojos de Clara destacaba por su frustración, pero había algo más. Un segundo antes me había parecido verlo, ahora no albergaba la menor duda. Estaba cerca de saltarme al cuello; yo no era el único que deseaba a quien tenía delante. Sus pupilas empezaban a dilatarse, y no era tan gilipollas como para no aceptarlo con gusto.

Era ahora o nunca. Si cualquiera de los dos se lo pensaba, un millón de argumentos nos frenarían, pero en aquel pasillo solo imperaba uno: el deseo. La atracción no iba a irse por mucho que nos marchásemos nosotros. Deberíamos resolverla, ponerle fin o solo iría en aumento.

—Apártate —ordenó Clara sin desviar sus ojos de los míos.

El reto era evidente. Quería que me apartase tanto como apartarse ella. Una sonrisa perversa asomó a mi boca. Di un paso atrás, mientras ella estrechaba la mirada con una advertencia al interpretar lo que pasaba por mí cabeza. Sí, podía apartarme, pero de un modo u otro no iba a irme muy lejos, como tampoco se irían las ganas que nos teníamos ambos.

La niña intervino con voz débil porque la estábamos asustando. Quizá Nekhbet temía que nos hiciéramos daño, aunque nuestras intenciones fuesen muy diferentes. Dijo algo para Clara

que yo no comprendí, y ella relajó su postura al momento. A mí me dieron ganas de maldecir. Vi cómo mi oportunidad se evaporaba y no tuve más remedio que resignarme. Al momento me insulté por mi comportamiento. Parecía un crío con problemas de autocontrol. También mi postura perdió el aire belicoso, y me esforcé por dedicarle una sonrisa amable a la niña.

—No te preocupes, ve a dormir —dijo al fin Clara.

La niña la miró con incompreensión. Yo volví a atender a Clara de lo más desconfiado. Mi protegida eludía mis ojos, por lo que no pude interpretarlos. Nekhbet volvió a centrarse en mí buscando una explicación.

—Tengo que ayudarla...

—La ayudaré yo —dije sin pensar lo siquiera.

A mi lado, noté como Clara volvía a tensarse. No quería mi ayuda, ni la de Nekhbet. Se contuvo por la niña. Parecía querer despacharla, aunque tampoco quisiera mantenerla lejos.

—Vete —aseguró Clara, con una voz suave y repleta de cariño que agitó mi pecho—. Mañana hablamos, ¿vale?

Ante el tono, la niña asintió sin objetar y se perdió por el pasillo. Ella avanzó con paso ligero directa a la habitación. La seguí confundido por la determinación con la que se movía. Nada más atravesar la puerta, echó las manos a la espalda y se bajó la cremallera. También entendí que no necesitaba a la niña para vestirse, sino que se lo concedía porque sabía que le hacía ilusión. Antes de que yo cerrase la puerta, el vestido caía a sus pies. Mis ojos la recorrieron implacables. Desde las bonitas piernas al resto del cuerpo cubierto solo por la ropa interior. Ni cicatrices ni moratones pasados afeaban el conjunto. Mi estómago dio una sacudida. La deseaba como jamás había deseado a nadie.

Se volvió hacia mí y me señaló con el dedo. Autoritaria, a pesar de estar medio desnuda y casi sin resuello.

—Ni te me acerques.

Volví a pelearme con mi boca para no esbozar una sonrisa. Yo también señalé, aunque no a ella sino el vestido que descansaba a sus pies.

—¿En serio crees que eso ayuda? —dije y lo entendió perfectamente.

Al dar un paso hacia ella, la chica retrocedió más agitada si cabe. No iba a disuadirme con eso. Desvelé sus intenciones al momento. Pretendía perderme de vista metiéndose en el baño. Solo retrasaría lo inevitable. Le corté el paso y la arinconé contra la pared. Mis manos se deslizaron por sus brazos hasta tomar su rostro y alzarlo hacia mí. Nuestros cuerpos apenas se tocaban, pero ella se estremeció.

—Esto no se pasará, a menos que hagamos algo al respecto.

El suspiro que escapó de sus labios logró agitar también mi respiración y mi pulso. El rostro de Clara estaba arrebolado, y los labios entreabiertos me llamaban a gritos.

—No me hables —gimió a modo de lamento.

Le gustaba mi voz, mi idioma o a saber qué. Tampoco me importaba cuando mi sangre empezaba a hervir mientras ella temblaba. Si no quería que hablase, no lo haría, no era hablar en lo que pensaba. Aproximé nuestros rostros, mis labios apenas rozaron los de la chica, pero casi logro que las piernas dejarasen de sostenerla.

Sus manos se cerraron en mis muñecas carentes de fuerza. Apretó los párpados como si pretendiese con ello reunir entereza para evitar lo que sentía. No estaba funcionando cuando su

cuerpo se había pegado al mío sin que yo me moviera lo más mínimo.

—No quiero...

No pudo decir nada más, entre otras cosas porque mi lengua recorrió su cuello y mi boca terminó junto a su oído.

—Sí quieres, y por eso no quieres —murmuré con voz ronca, tan excitado como ella.

Casi habría podido jurar que me entendió. Sus manos aplicaron un poco más de fuerza antes de rendirse. Un segundo que aproveche para soltar su rostro y deshacerme de mi camiseta. Necesitaba sentirla contra mí, quería que me sintiera. En otra muestra de fortaleza, sus manos se aferraron a mis brazos, aunque tocarme también le afectase.

Encontré su mirada cargada de temor y rechazo. Podía entenderlo. No parecía ver que en estos momentos no actuaba como su guardián, ni había el menor compromiso en lo que estaba a punto de pasar. Me pegué un poco más a ella para que fuese consciente de cuanto la deseaba y le arranqué un jadeo.

—Clara, por favor. Quiero esto, te deseo.

Tampoco fue necesario traductor, porque la petición era evidente. Un instante de vacilación, y pronto las manos que trataban de detenerme se enredaron en mi pelo para que volviera a besarla.

—Adelante. Ahora —jadeó, antes de apoderarse de mi boca obligando a mi lengua a emprender un baile frenético.

Captaba el mensaje. La satisfacción apareció y decidí por los dos. La urgencia era tan fuerte que ni me planteé desplazarme hasta la cama. La necesitaba sin demora, igual que ella me necesitaba a mí. Mientras una de mis manos se perdía entre sus piernas para comprobar que estaba preparada, las suyas se perdieron entre las mías para librarme del pantalón con tanta rapidez como ella se había librado del vestido. Con cada roce pequeñas explosiones se sucedían bajo mi piel.

—Tarik —susurró derritiéndome por completo el cerebro.

En una coordinación sorprendente, casi al tiempo que la tomaba por la cintura, ella enredó sus piernas en mis caderas. La pared se encargó de darnos amparo, y Clara no puso objeciones a que la arrinconase contra ella. Ambas respiraciones estaban al límite, ambos estábamos al límite, por lo que aparté la poca tela que quedaba entre nosotros e invadí su interior. Sus sonidos, el modo de arquear la espalda me hicieron perder la cabeza y dejarme llevar por completo por el placer. Esa noche sería nuestra. No existían diferencias. Lo único que contaba era lo que sentíamos cuando nos besábamos, el roce de nuestros cuerpos, el deseo y el placer que nos catapultaba a otro universo. El calor amenazó con aniquilarme. El único aire capaz de asimilar era el que bebía de ella, y a la inversa. No lo había esperado así, tan intenso. No nos entenderíamos en otros términos, pero en este sintonizábamos a la perfección.

Sentí que Clara estaba cerca de llegar al clímax, y su excitación tiró de mí para que ambos estallásemos al mismo tiempo, dejándonos temblorosos, pero en absoluto satisfechos. Las pequeñas manos acariciaron mi nuca con suavidad, mientras ella se estremecía entre mis brazos. Todavía unidos, la mantuve en peso y me giré hacia el baño.

Me metí con ella en la ducha, y regulé los grifos, antes de ayudarla a devolver los pies al suelo. De tan aturdida, pegó su frente a mi pecho, quizá para no mirarme. En cuanto conseguí una temperatura adecuada, la guie con mi cuerpo para que el chorro en lo alto nos alcanzase a

ambos. Abrazados, recuperando la respiración, dejamos que el agua arrastrase el sudor de nuestros cuerpos. Le concedí un momento, pero la moví de nuevo para ver en qué punto estábamos.

Mis manos sostuvieron su rostro para obligarla a alzar la cabeza. Nada más dar con sus ojos, el deseo cosquilleó en mi estómago. Su mirada vidriosa, sus pupilas todavía grandes, me aseguraban que, por ahora, todo estaba en orden.

—Quiero más, Clara, quiero que esta noche seas completamente mía —susurré con toda mi franqueza.

Probablemente no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, pero algo intuía. Un gemido escapó de sus labios, antes de unas palabras que apenas pude asimilar.

—En mi vida me había sentido así, Tarik, y esto es cosa tuya —reconoció, con un atisbo de miedo que alcanzó mi alma—. Soñé contigo una noche... oh, Dios, es justo como lo recuerdo.

Noté la piel del rostro tirante por una sonrisa, y Clara imitó el gesto. No había escudos en ese momento, lo que veía ante mí era lo que había. Mis manos se deslizaron de su rostro a su cuello, logrando que sus párpados temblaran y su respiración se descompensase. A su vez, sus manos emprendieron un viaje de reconocimiento sobre mi piel, abrasándome a su paso. Yo seguí bajando, ayudado por el agua, y me entretuve acariciando sus pechos. Me incliné sobre ella sin dejar de tocarla, para poder susurrar en su oído.

—Yo también he soñado contigo, pero esto es mucho mejor si cabe —asegué a un paso de perder de nuevo la cabeza al ver como se estremecía bajo mis manos.

Casi al tiempo que la espalda de Clara tocaba la pared de la ducha, su boca asaltó la mía. El calor volvió a recorrerme a modo de descarga. La lengua de Clara se deslizó por mis labios, arrancándome un gruñido, invitándome a cesar la charla para unirnos de nuevo de un modo mucho más profundo. Por una vez, ambos estábamos de acuerdo en algo.

CLARA

Los dos estábamos en la cama, desnudos. Hubiera preferido abrir los ojos y encontrarlo en la silla, o tal vez no. Todavía intentaba asimilar el transcurso de la noche. Me había acostado con él, varias veces, había sido magnífico; obra de algún tipo de locura transitoria. No se me ocurría nada peor. Yo estaba ida, él no. Cumplía su tarea. Seguro que no le había costado demasiado, pero eso no quitaba el peso de la culpa por utilizarlo.

La sensación que me envolvía era de lo más extraña. Su voz, cómo me había hablado, la determinación en la forma de tocarme, el recuerdo de su boca sobre mi cuerpo y el modo de besarme se mantenían. Dudé que fuera por el ataque de pánico. El hombre tumbado a mi lado me atraía como nadie, y me había gustado demasiado estar con él. Como para desear repetirlo. Maldije por estúpida y dejé la cama. Me dio lo mismo estar desnuda. Con lo sucedido, él conocía mi cuerpo casi mejor que yo. Aferré la ropa y me metí en el baño. Ahora sí que quería alejarme de él, pero él no dejaría que lo hiciera.

Mientras esperaba a que se calentase el agua, rememoré mi charla con el jefe por espantar los recuerdos más ardientes. El hombre me había comentado que podría pasar una temporada en el poblado hasta que se calmasen un poco los ánimos. Yo inquietaba a los demás. A saber por qué. Sin embargo, me pareció una buena idea, aunque sabía que no pensaba en mí. Ahora que podía analizar la situación con calma, y no me veía en un salón repleto de gente, era capaz de manejar mis emociones sin que me angustiase implicarme. Asumía que establecer lazos es inevitable, pero eso no significa que haya que echar raíces. En cualquier caso, querer estar sola era mi decisión y el resto del mundo no tenía por qué compartirla.

El salvaje se había visto separado de forma abrupta de su gente. Yo buscaba lo único que me quedaba de mi familia, daría cualquier cosa por poder estar aunque fuese un instante con Guillermo, y sabía lo que se sentía al saber que tus seres queridos estaban lejos. No se lo deseaba a nadie, menos a él.

Luego, estaba la niña. La fortaleza no me parecía un buen lugar dada su posición. Sierva, no debería ser así. Su origen era obvio, como su carácter inquieto. No quería que estuviese encerrada entre esos muros, sino con personas que le enseñasen cosas más útiles que hacer una cama.

Me metí bajo la ducha y dejé que el agua arrastrara cualquier rastro del salvaje. No se iría con facilidad, lo sabía, pero por el momento parecía valer. Mi cobardía regresó del pasado, porque la idea de estar frente a frente con él me aterrorizaba. No podría verlo del mismo modo, ni comportarme igual. No sabía qué hacer. Ojalá pudiese echar a correr y alejarme de allí, pero ya no solo era la posibilidad de dar con Guillermo. La amenaza del exterior me preocupaba. El primer asalto, la flecha... demostraban que esa gente sabía bien lo que hacía.

Cerré el grifo cuando mi cabeza empezó a maquinarse. Nuestra peor carta era la ignorancia. Desconocíamos cuantos eran o dónde estaban. Eso debía ser lo primero a resolver. Me sequé y me vestí envuelta en cálculos. No conocía el terreno, apenas vi demasiado de él, pero si había un mapa en alguna parte, podría hacerme una idea general de cuál era el perímetro y de dónde podríamos localizar la amenaza.

Al salir del baño mis pensamientos quisieron desviarse, pero los mantuve a raya. Lo que había pasado no significaba nada y no volvería a pasar. Lo mejor para superarlo era no volver a mencionarlo jamás.

Como la cama estaba vacía y el salvaje recuperando la ropa del suelo, supuse que opinaba igual. Sin embargo, esquivé sus ojos y expuse en voz alta lo rumiado en la ducha. No mencioné que la idea no venía del jefe, que quería que estuviese con los suyos porque él podía. Eso me lo guardaba para mí. Mientras, preparaba una maleta con lo que creí podría necesitar. Mi equipaje era bastante escaso, terminé rápido. Respecto a él, lo único que obtuve fue silencio.

Me armé de valor y dejé de darle la espalda. No me gustó el modo en el que me miraba, parecía enfadado, ofendido. Si esperaba que le diera las gracias o sacase el tema ya podía volver a su silla.

—¿Te parece bien, mal, te da lo mismo? ¿Qué? —pregunté, terriblemente incómoda.

Él, su silencio y su mal gesto se metieron en el baño, y no tuve ni idea de cómo tomarme su actitud. La llamada a la puerta casi me alegró. Pensé que sería la niña pero, al abrir, encontré el rostro preocupado de Arturo.

—Estás... ¿bien?

—Define bien —repliqué, haciéndome a un lado para dejarle paso.

Arturo, inquieto, entró. Sus ojos dieron con la cama deshecha y pareció encogerse. Se dejó caer en la silla del salvaje y se pasó las manos por el rostro.

—Supongo que tu urgencia por irte no se debía a que te encontrabas mal...

—No —zanjé entre dientes. Tampoco con él quería tocar el tema de lo sucedido la noche anterior—. Me largo al poblado.

Arturo dejó caer las manos y me miró perplejo. No le di tiempo a decir nada.

—Allí estaré más protegida que aquí, eso seguro.

—Iré contigo —dijo poniéndose en pie.

Su empeño por enmendar lo sucedido me pareció absurdo.

—No, te quedarás aquí —aseguré, sin opción a replica—. Si mi hermano vuelve no pasará por ese sitio, y necesito que quede alguien en quien pueda confiar aquí dentro por si tengo que volver.

Sus ojos brillaron con algo parecido al entusiasmo. Me descolocó, hasta que comprendí que se debía a haber reconocido que confiaba en él. Chisté con fastidio.

—A pesar de todo lo que pasó, sé que él es importante para ti. Eso lo tenemos en común, es lo que ambos queremos. Yo... tenías razón. Estaría mejor sin mí.

La mirada de Arturo brilló al verse sobrepasado. Sacudió la cabeza y me miró con todo su pesar.

—Me equivoqué. No solo contigo, con el modo de tratarte. Te juro que no... nunca quise que te fueras. Sí, pensé que no servías para esta vida, que Guille tendría más posibilidades sin ti, es obvio que erré en ambas.

—No, es obvio que si hubiera seguido con vosotros seguiría igual. Haría que os matasen. Sé cómo era, Arturo, ni siquiera cocinaba bien.

Su carcajada me pintó a mí una sonrisa triste. Su abrazo me cogió desprevenida, pero no lo rechacé.

—No te vayas, Clara, no quiero perderte otra vez.

Algo en el tono, en la forma en la que sus manos recorrieron mi espalda, me pareció incorrecto. Me separé de él y marqué las distancias. Caí entonces en cómo me miraba. Intenso, sincero, como si de verdad le importase, como si me quisiera.

—No me iré muy lejos.

Los ojos de Arturo dejaron mi rostro para dirigirse a un punto del cuarto que había a mi espalda. Supe que el salvaje ya no estaba en el baño, sino con nosotros.

—Estás a kilómetros —murmuró, antes de mirarme y suspirar con fastidio—. No creo que en ese lugar vayas a estar segura, pero tú sabrás. He perdido cualquier derecho a corregirte. Solo te pido que, si tienes problemas, vuelvas, o hagas lo que sea por volver.

Asentí. Eso era justo lo que planeaba hacer. Una nueva llamada, tímida y débil, anticipó la aparición de la niña. Se adentró con el rostro bajo, como si fuese un ratón asustado ante la presencia de un desconocido como Arturo. No, eso no era lo que ella debía mostrar. Me giré hacia el salvaje y lo encontré de brazos cruzados con aire aburrido.

—Cuando quieras, nos vamos.

La niña levantó la cabeza sin importarle quién estuviera allí o no.

—¿Os... os vais?

Sonreí y me acerqué a ella. Flaqueé un poco, porque tal vez no quisiera acompañarnos. Igual sí sentía curiosidad, pero no se había planteado permanecer en el poblado más que unas horas.

—Vamos al poblado, estaremos allí un tiempo —dije, y vi sus ojos enrojecerse—. ¿Quieres venir?

La expresión de la niña cambió. Abrió mucho los ojos y antes de poder evitarlo se arrojó contra mí para darme un fuerte abrazo.

—¡Sí!

Se me escapó una risa divertida y crucé una mirada con Arturo. Su expresión era justo todo lo contrario. Alzó las manos como si no pasase nada y puso rumbo a la puerta. No había dado dos pasos cuando se detuvo y volvió junto a mí. Me abrazó de nuevo y me dio un beso en la frente.

—Por favor, no te arriesgues —suplicó, antes de soltarme e irse sin esperar palabra por mi parte.

A mí se me formó un nudo en el estómago. No quería hacerle daño, pero tampoco podía complacerlo. El salvaje murmuró algo, la niña reaccionó con un saltito. La miré preocupada.

—¿Quieres coger algo... ropa?

La niña arrugó la nariz confundida y señaló su uniforme.

—Esta es mi ropa. Con uno me llega... ¿no?

Qué distinto era el mundo cuando yo tenía diez años. Un vestido camisero y unos zapatos viejos por todo equipaje. Después, ilusión. No necesitaba nada más. Sonreí como pude y acaricié aquel precioso rostro.

—Ya lo creo que sí —dije, dispuesta a arrojar aquel uniforme al primer fuego que encontrase para que no tuviera que llevarlo nunca más.

AGRADECIMIENTOS

Sobre todo a ti, por darme una oportunidad y leer esta novela. Espero que te haya gustado.

Por su infinita paciencia, como para no darle las gracias a Blacquier y a Canopus, las primeras siempre. A P. Iglesias, sin el que ni siquiera tendría un blog. A Mocaury, por echarle un vistazo a algún que otro borrador. A Álex y a Pablo, por no amotinarse demasiado.

Al estupendo equipo de Ediciones Kiwi por confiar de nuevo en mí.

A Las locas de la escoba y a la Cuchipandi plumilla, porque son lo mejor que me han traído los libros. En especial a Antía Eiras, Andrea López, Dona Ter, Cristin Ferro, Pati Portabales, Julia, Yoli y Lara, por acompañarme también en esta aventura.

A Silvia Gómez, Alba, Alicia, Xiana y Carla. A Jose y Rosy. Gracias por el apoyo que le dais a mis historias.

A los mencionados en los agradecimientos de *Romy y Allen*, *Duelo de identidades*, *La Broma* y *¿De dónde vienen las brujas?*, por haberle dado una oportunidad a mis anteriores novelas. Ahora, muchísimas gracias a quienes os habéis interesado por las nuevas.

A los blogs *Promesas de amor*, *Paraíso de los Libros Perdidos*, *Little Kitten*, *Between Us*, *Libros Encantados*, *Excentriks*, *Mind Of Books*, *Guardian of words*, *Aprovecha la vida cada día*, *Viajando a otros mundos*, *Sleeping between books*, *Adictabooks by Ely* y *Libros, café y recuerdos*, por sus reseñas de *La Broma*. A *Lectura Adictiva* y *Bella Diamond* por hacerme un sitio entre sus entradas. A *Bonitas Casualidades*, *Mi universo entre letras* y a *Amor y palabras*.

A los seguidores de *El Rincón de Nesa* por sus comentarios, su apoyo y su interés. A Ruth, Andrea y Noe, quienes ahí siguen, desde una tarde en el *al-Ándalus*. A María José, Fátima, Mónica, Patri, Sonia, Rosa y Raquel, compañeras geniales. A Elena, Ana y Noe por esos cafés.

A mi familia, sin importar distancias ni apellidos en común.

A quienes me seguís en las redes, a los escritores y bloggers que sigo, porque con vosotros aprendo cada día un poco más.

A todos, muchísimas gracias por haberme acompañado hasta aquí.

Contents

1. [Copyright](#)
 1. [Nota del Editor](#)
2. [CLARA](#)
3. [EL COMIENZO](#)
4. [SOBREVIVE](#)
5. [ITINERARIO](#)
6. [TRES AÑOS DESPUÉS](#)
7. [UN NUEVO COMIENZO](#)
8. [LA FORTALEZA](#)
9. [TARIK](#)
10. [CLARA](#)
11. [TARIK](#)
12. [CLARA](#)
13. [TARIK](#)
14. [CLARA](#)
15. [TARIK](#)
16. [CLARA](#)
17. [TARIK](#)
18. [CLARA](#)
19. [TARIK](#)
20. [CLARA](#)
21. [TARIK](#)
22. [CLARA](#)
23. [TARIK](#)
24. [CLARA](#)
25. [TARIK](#)
26. [CLARA](#)
27. [AGRADECIMIENTOS](#)

Landmarks

1. [Cover](#)
2. [Table of Contents](#)